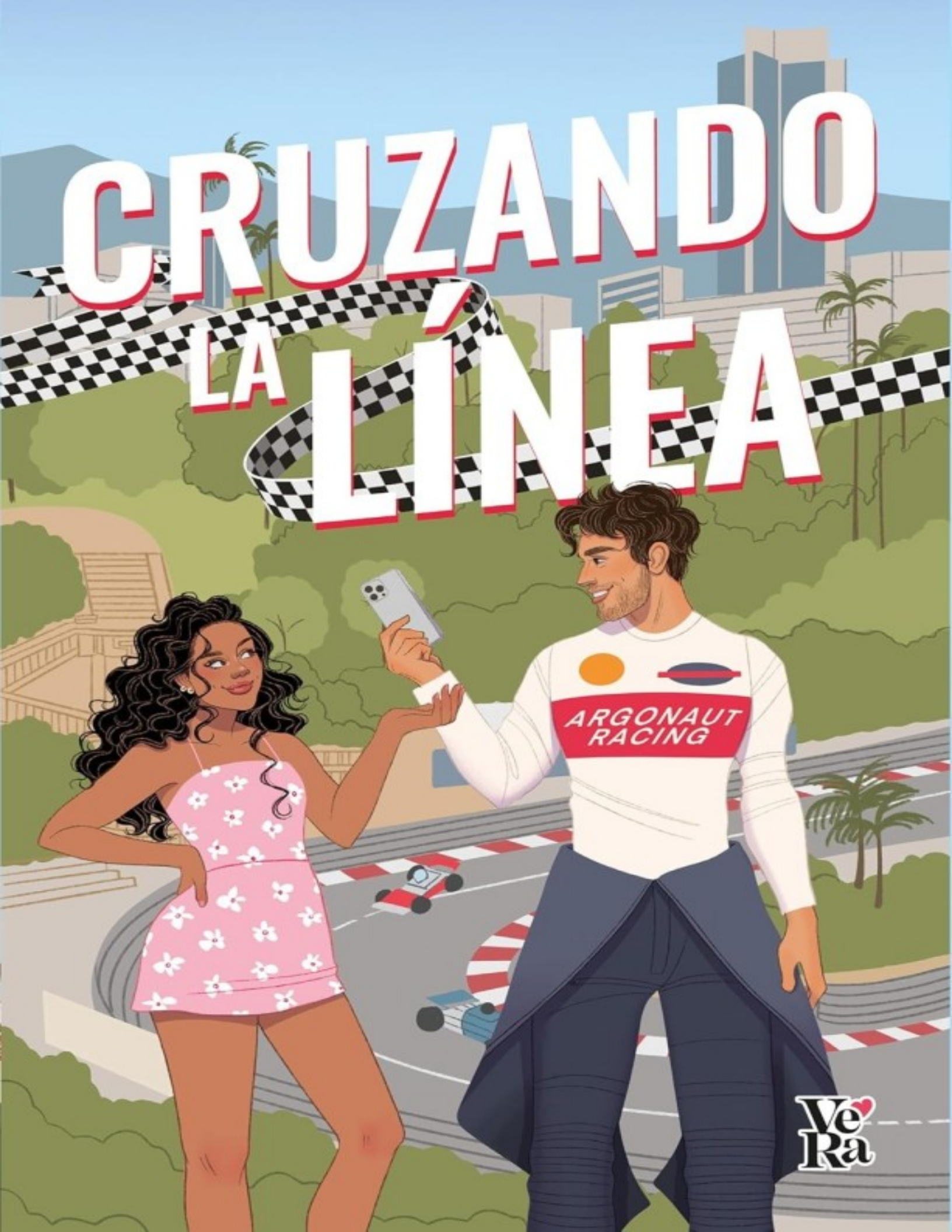
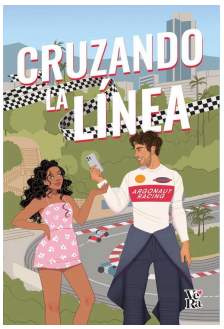

CRUZANDO
LA LÍNEA
ARGONAUT
RACING
Ve
Ra



Tras un fiasco en las redes sociales, la carrera del piloto de Fórmula 1 Dev Anderson está en peligro. Necesita ayuda para salvar su imagen, y rápido. Por suerte, en una fiesta en Mónaco, se topa con la mujer que podría arreglarlo todo. Solo hay un problema: es la hermana menor de su mejor amigo. Y, bueno, quizá haya otro más: la besó el año pasado y desde entonces no ha podido dejar de pensar en ella.

Willow Williams, amante de los *macarons* y de las redes sociales, necesita experiencia laboral para conseguir el trabajo de sus sueños. Así que cuando Dev le ofrece una solución temporal, ella no puede rechazarla, aunque eso signifique ignorar el flechazo que siente por él desde pequeña.

Willow y Dev están decididos a mantener las cosas estrictamente profesionales, a pesar de la química ardiente que hay entre ellos. Sin

embargo, en el brillante mundo de la Fórmula 1, algunas líneas deben cruzarse...

SIMONE SOLTANI es autora de novelas románticas y antigua escritora fantasma para una plataforma de ficción por entregas. Nacida y criada en Washington D. C., es licenciada en Geografía por la Universidad George Washington, lo que le gusta pensar que le resulta útil para la construcción del mundo en sus novelas. Cuando no está escribiendo, dedica la mayor parte de su tiempo a planear viajes que probablemente nunca podrá hacer, a reorganizar sus numerosas estanterías y a ver deportes mientras se acurruca con sus perros.

CRUZANDO LA LÍNEA

SIMONE SOLTANI

VeRa

Para cualquier persona que todos los días
siga adelante a pesar del dolor.
Y para madre J. Este sí te lo hubiera dejado
leer.



CRONOGRAMA DE CARRERAS DE FÓRMULA 1

~~*Baréin • 3–5 de marzo*~~
~~*Arabia Saudita • 17–19 de marzo*~~
~~*Australia • 31 de marzo–2 de abril*~~
~~*Azerbaiyán • 28–30 de abril*~~
~~*Estados Unidos (Miami) • 5–7 de mayo*~~
~~*Italia (Imola) • 19–21 de mayo*~~
Mónaco • 26–28 de mayo
España • 2–4 de junio
Canadá • 16–18 de junio
Austria • 30 de junio–2 de julio
Gran Bretaña • 7–9 de julio
Hungría • 21–23 de julio
Bélgica • 28–30 de julio
Vacaciones de verano
Países Bajos • 25–27 de agosto
Italia (Monza) • 1–3 de septiembre
Singapur • 15–17 de septiembre
Japón • 22–24 de septiembre
Catar • 6–8 de octubre
Estados Unidos (Austin) • 20–22 de octubre
México • 27–29 de octubre

Brasil • 3–5 de noviembre
Estados Unidos (Las Vegas) • 16–18 de noviembre
Abu Dabi • 24–26 de noviembre



PRÓLOGO
Dev

Octubre - Austin, Texas

La he cagado. Por favor, esta vez sí que la he cagado *bien* cagada.

Tengo al ingeniero de carrera al oído, preguntándome cosas como: «¿Qué ha pasado?» y «¿Estás bien?» y lo más importante: «¿Cuánto daño ha sufrido el coche?». Tengo que contestarle; tengo que darle la tranquilidad, a él y al equipo, de que estoy consciente tras derrapar por la pista y dar contra la barrera a casi ciento sesenta kilómetros por hora. Por ahora, van a tener que confiar en los signos vitales que muestran las pantallas del muro de boxes, porque no consigo formular las palabras para decírselo. No porque tenga algún problema físico. Es que mi cerebro… no está. Se ha tomado el día. Ha decidido cortar para el almuerzo. Y no ha sido por el choque.

—¿Dev? —La voz de Branny se abre paso entre la neblina; su preocupación se oye clara y profunda a través de la radio—. ¿Me oyes? ¿Estás bien? Repito: ¿estás bien?

—No me ha pasado nada —escupo, todavía aferrado al volante. Seguramente, debajo de los guantes, tengo los nudillos blancos—. El coche está perdido, eso sí. Perdonadme. Es culpa mía.

Como todo buen ingeniero, va a querer averiguar cuál ha sido el problema, pero ya sabe que no tiene que preguntarlo por la radio

del equipo, donde nos puede escuchar todo el mundo. Va a esperar al análisis, y ahí me van a colgar de las pestañas el CEO, nuestro director de equipo, y mi jefe de mecánicos. Y me lo voy a merecer, porque esto sí que ha sido culpa mía.

Me he distraído.

No tenía por qué pasar. *Jamás* me ha pasado en todos mis años de carreras, especialmente en los cinco que llevo en Fórmula 1. Nunca he dejado que mis pensamientos divagaran tanto como para frenar tarde y perder el control de la parte trasera. Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de sentir el golpe contra las barreras que me sacudió hasta los huesos.

—Apaga el motor y ven al box —me indica Branny.

Hago lo que me dice para no estropear aún más las cosas. No puedo ni imaginar lo que dirán los comentaristas de televisión cuando se debatan los posibles motivos del choque. Casi llego a oírlos decir: «Qué decepción, pero lo que importa es que él está bien».

Pero no estoy bien. Estoy lejos de eso. La cagué bien cagada; y no me refiero al accidente.

No puedo parar de pensar en eso, ni siquiera cuando estoy zafándome del coche destrozado y alejándome de un desastre que va a costar millones de dólares. Si soy sincero conmigo mismo, puede que las cosas nunca vuelvan a estar bien.

Porque anoche besé a Willow Williams. Y ahora soy hombre muerto.



CAPÍTULO 1
Willow

Siete meses después, mayo - Nueva York

Casi prendo fuego a mi apartamento. Otra vez.

Hacer macarrones no debería ser así de difícil. Son pequeños y tiernos, y la receta tiene ingredientes bien sencillos: claras de huevo, harina de almendras y azúcar, nada más. Entonces, *¿por qué?* ¿Por qué no consigo hacer ni una tanda sin echarlo todo a perder?

—Ay, no, mierda —murmuro mientras doy un manotazo a la encimera, cojo el guante de horno y saco mi creación que ahora echa humo. Según el temporizador, todavía faltan cinco minutos para que estén listos, pero están casi hechos carbón. O la receta tenía mal la temperatura de horneado o mi horno me ha llevado derechita al infierno. Apuesto a que es la segunda opción.

Estoy desesperada por recrear los macarrones clásicos de la célebre panadería de Stella Margaux, porque hace un mes que el local de Nueva York ha cerrado por reformas y la verdad es que no puedo vivir sin ellos. Bastó esa noticia para hacerme barajar una posible vuelta a la Costa Oeste, donde prácticamente hay un Stella cada media manzana.

Pero lo cierto es que tal vez ya no tenga la opción de volver a San Diego a vivir con mi familia si no encuentro trabajo en los próximos

meses. Me vine a Nueva York hace cuatro años para ir a la universidad y tenía el plan de quedarme, de ser posible, para toda la vida. Me financiaron la educación los genios de mis padres, con la condición de que, después de graduarme, me mantuviera sola. En realidad, no tendrían problema en seguir ayudándome, y recursos no les faltan, pero es una cuestión de principios. Yo hice una promesa y tengo la intención de cumplirla. Pero no pensé que sería tan difícil.

Me partí los cuernos para hacer una doble licenciatura en Comunicación y en Marketing Deportivo, una especialización en Letras y una pasantía cada semestre. Con toda esa experiencia, pensé que iba a ser fácil conseguir un puesto a jornada completa en el departamento de marketing de un equipo deportivo profesional, o sea, el trabajo de mis sueños. Pero después de mandar decenas de postulaciones que directamente ignoraron, de que no me llamaran para ni una segunda entrevista y de escuchar mil «estamos en contacto» mentirosos, sigo desempleada.

Sería peor si me hubiera graduado hace años y no la semana pasada, pero ya hace meses que estoy solicitando varios trabajos con la esperanza de conseguir algo cuando me den el diploma. Mi hermano se aseguró un trabajo en su campo meses antes de graduarse, así que pensé que yo también iba a poder.

Ja. Me pasa por tarada: aquí estoy, sin trabajo, con una cuenta bancaria que no para de reducirse y a dos horas en coche de la Stella Margaux más cercana. No puedo decir que esté «viviendo la mejor versión de mi vida». Y que me parta un rayo si no lo estoy intentando.

—¿Qué se ha quemado? —pregunta Chantal desde la puerta de la cocina, arrugando la nariz por el olor.

Suspiro y me muevo para abrir la ventana, echándole un vistazo a mi compañera de habitación mientras tanto.

—Mis sueños y ambiciones.

—Ya me lo parecía. Huelen horrible.

No puedo negarlo.

—Es la cuarta tanda que destrozo hoy —me lamento mientras me acerco a ella arrastrando los pies. Apoyo la sien en la parte superior de su brazo, buscando consuelo. No llega a ser su hombro, porque yo mido un metro cincuenta y nada, y ella es un ángel de uno ochenta y cinco—. Los primeros no tenían suficiente azúcar. Los segundos quedaron planos como crepes. Los terceros han quedado crudos, y estos…

—Literalmente se han quemado.

—Se han quemado *un poco* —la corrijo, incorporándome y lanzándole una mirada de advertencia. De todas formas, no puedo enfadarme demasiado, porque *es cierto* que en un momento se quemaron—. No consigo que me salgan bien y no sé qué estoy haciendo mal.

—Tómate un descanso —me indica Chantal. Su tono es firme, pero tiene algo de dulzura—. Mañana lo vuelves a intentar.

Tiene razón, y es verdad que me voy a recomponer y me voy a arremangar para intentarlo otra vez más, como siempre. Pero sabe que mi frustración no tiene que ver solo con los macarrones. Sabe lo mucho que quiero que mi vida sea perfecta y lo mal que me pone que me esté costando tanto. Como es mi compañera de habitación desde el primer año, ya me ha visto pasar por muchísimos altibajos, y tiene un máster en mis sueños y ambiciones. Por suerte, el trabajo de sus sueños, un puesto como analista financiera (¿qué le verá?), la

está obligando a quedarse en Nueva York, porque no sé qué haría sin ella.

—Voy a pedir comida para que nadie tenga que entrar a esta zona de desastre —dice, y saca el teléfono del bolsillo trasero de unos *shorts* vaqueros que favorecen sus piernas largas y morenas—. Y ve a por tu teléfono, ¿vale? No para de vibrar en tu dormitorio, me está volviendo loca.

Esbozo una sonrisa tímida.

—Perdón. No quería distraerme, así que lo dejé ahí.

Levanta una ceja, burlona.

—En realidad, no querías que se te volviera a caer en el tazón de la mezcla.

Se me enciende el rostro cuando menciona ese intento de repostería en particular.

—¡Me ha pasado una sola vez!

Se tira el pelo por encima del hombro y sale tranquila de la cocina, mientras las delicadas cuentas que tiene en las puntas de las trenzas van chocándose entre sí a cada paso que da. Yo la ayudé a elegirlas la semana pasada: el dorado y el azul oscuro son perfectos ahora que está subiendo la temperatura, y son la despedida ideal antes de empezar su trabajo nuevo y tener que usar un peinado «profesional». Sería genial que algún día el mundo dejara de decirnos a las chicas negras cómo tenemos que peinarnos, pero ese día todavía no ha llegado.

Con un suspiro, me desato el delantal y lo cuelgo en el gancho de al lado de la ventana. El algodón rosa pastel ondea con la brisa cálida, como si se burlara en silencio de mí y de mi fracaso. Ni me molesto en mirar los macarrones braseados cuando salgo de la

cocina y cruzo el pasillo estrecho que lleva a mi habitación sin hacer ruido.

En el camino, me encuentro con la puerta abierta de Grace y oigo al pasar parte de la conversación que está teniendo por teléfono. A juzgar por los quejidos que suelta cada tanto y por las (pocas) palabras en cantonés que entiendo gracias a las clases que me dio a lo largo de estos años, está hablando con su madre. Seguro que está prometiéndole que no va a perder el vuelo a Hong Kong que tiene mañana, cosa que ya le ha pasado dos veces.

Me saluda moviendo los dedos cuando paso, a lo que yo respondo lanzándole un beso antes de meterme en mi dormitorio, que está al lado del suyo. El sol se escurre a través de mis cortinas traslúcidas y proyecta sombras cortas a lo largo de mi escritorio. Mi teléfono está apoyado en la superficie, apretado entre unas cremas faciales y una taza llena de bolígrafos con brillitos. La pantalla está oscura, pero cuando la enciendo, me recibe una letanía de mensajes y llamadas perdidas, todos de mi hermano.

Cualquiera pensaría que ha habido una emergencia de algún tipo, pero así funciona Oakley. Si no me encuentra (a mí o a cualquiera) al primer intento, se pone a llamar y mandar mensajes hasta que le respondan. Él de sutil no tiene nada.

Ni me molesto en mirar ninguno de los veinte mensajes. Seguro que son todos emojis y la frase «contéstame!!!!» enviada una y otra vez. En vez de leerlos, escribo su nombre en el buscador, me llevo el teléfono a la oreja y me tiro sobre el edredón con volantes de mi cama para mirar por la ventana al edificio de ladrillos de enfrente.

—Has tardado tu tiempo —gruñe Oakley cuando atiende.

—Estaba ocupada —le digo sin dar detalles. Si le confieso mi catástrofe repostera, no me la va a dejar pasar nunca—. ¿Qué pasa?

—¿Quieres ir a Mónaco?

Algo más sobre mi hermano: él no se anda con rodeos.

Yo ya estoy acostumbrada, pero la pregunta me desconcierta.

—¿A Mónaco? —repito—. ¿O sea, el país?

—*Y sí*, Willow, el país —se burla—. ¿Qué parte no entiendes?

Pongo los ojos en blanco y me imagino mostrándole el dedo del medio.

—Ay, por Dios, quería ver si te había entendido bien.

—¿Y? —Me lo imagino haciendo círculos con la mano en el aire para que me apresure, impaciente como siempre—. ¿Te interesa o no?

—Sí, claro —respondo, aunque la propuesta me hace sospechar—. ¿Cómo no me va a interesar? Pero ¿a qué viene la pregunta?

—Es que la semana que viene voy a ir para allá y se me ocurrió que quizá querrías sumarte. Además, el fin de semana hay carreras y…

Lo interrumpe mi carcajada.

—Ya sabía que esto tenía que ver con los deportes de motor.

En la adolescencia, la vida de mi hermano giraba en torno al karting, lo cual lo llevó a competir exitosa pero brevemente en Fórmula 3. Al final, acabó dejándolo para llevar una vida «normal» y se metió en la universidad. Yo la verdad es que nunca hubiera dejado pasar la oportunidad de ser atleta profesional, por nada en el mundo. Pero esa es la diferencia entre Oakley y yo: él tuvo opciones en la vida. Yo no.

—*Y además* —irrumpe Oakley—, mi empresa va a organizar un evento muy importante. Creo que te podía llegar a gustar codearte con los atletas y después ver las carreras desde el *paddock*. Tengo pases, son cortesía de SecDark.

Como parte de su experiencia universitaria «normal», Oakley estudió ciberseguridad. En el primer semestre de su último año, lo reclutó una de las empresas más importantes de la industria, SecDark Solutions, y desde entonces trabaja para ellos.

La empresa tuvo tanto éxito que hace poco se expandió y empezó a patrocinar a varios equipos y atletas, entre ellos un equipo de Fórmula 1, lo que explicaría esta invitación a la fiesta y que tengamos acceso al *paddock.* Si no estuviera tan orgullosa de mi hermano por haber escalado en una empresa tan exitosa, estaría muerta de envidia.

Pero dado que sus logros me están trayendo beneficios, no me puedo quejar de que le esté yendo mejor que a mí.

—Ya sé que no te está siendo nada fácil conseguir trabajo —dice antes de que pueda preguntarle más cosas sobre el evento—, pero esta puede ser una buena oportunidad para que hagas contactos. Todavía no has abandonado tu sueño de dedicarte al marketing deportivo, ¿no?

Me pongo de lado y aprieto las rodillas contra el pecho. La dulzura de Oakley me hace sentir más vergüenza que si estuviera burlándose de mí por seguir sin trabajo.

Siempre fue mi sueño dedicarme a algo relacionado con el deporte. Crecí con un amor por el béisbol y el baloncesto: me encantaba ir a los partidos con Oakley y con nuestro padre, me encantaba la energía eléctrica de la multitud hinchando por su

equipo favorito. Me enganché desde el momento en que mi padre me cogió de la mano y me llevó al estadio por primera vez. A partir de entonces, ya no hubo vuelta atrás.

Yo quería ser como los de la cancha. Quería correr las bases y hacer tiros de media cancha. Quería que cantaran mi nombre, que hiciera eco por toda la tribuna y que latiera en el corazón de todos los hinchas.

Por desgracia, mi cuerpo impidió que ese sueño llegase a hacerse realidad. Aunque tuve que pasar por incontables médicos a lo largo de muchísimos años para que me dieran el diagnóstico de hipermovilidad, desde pequeña ya sabía que era diferente a mis compañeros. Que nunca iba a poder hacer algunas de las actividades que hacían los demás. Mi carrera de béisbol terminó cuando me disloqué el hombro en mi primera clase de *tee ball*, y el baloncesto directamente estaba descartado por todo lo que hay que correr y frenar en seco, cosa que mis rodillas inestables no podían soportar. No era mi destino ser atleta.

Así que, después de años de observar y aprender desde fuera de la cancha, pensé que el marketing deportivo era la segunda mejor opción. Era otra forma de sumergirme en un mundo que me daba alegría y compartir esa alegría con otros. Eso, claro, si conseguía trabajo.

—No, no lo abandoné. —Doy un suspiro—. Sigo esperando a que me contesten de un par de lugares.

—Entonces ven a Mónaco mientras tanto —insiste—. Te digo que es un evento perfecto para hacer contactos. O si no, piensa que te estoy invitando a unas vacaciones y listo. Vale como regalo de graduación y de cumpleaños muy adelantado.

—¿Todo junto? —le canturreo—. Guau, eres *tan* bueno.

—A ver, digámoslo todo. Solo te lo estoy ofreciendo porque mamá me obligó.

—Entonces, ¿tengo que agradecerle a ella la invitación, no a ti?

—Es una cuestión semántica —dice, desestimando mi comentario. Después vuelve al ataque con su propuesta—: Piensa en toda la gente que vas a conocer. ¿Sabes cuántos atletas y equipos van a ir a esa fiesta? Si al final de la noche no consigues una oferta laboral, me tiro por un acantilado en la costa.

Suelto una risita.

—Eso lo vas a hacer aunque consiga una propuesta. —Los dos heredamos el gen de la adicción a la adrenalina. Solo que yo sé bien que no tengo que hacerles caso a esos impulsos.

—Puede ser —reconoce—. Pero en serio, Wills. Es una muy buena oportunidad. Y no tienes ni que levantar un dedo. Yo me ocupo de todo.

Me pongo bocarriba y observo el techo mientras me enrosco el dobladillo del vestido entre los dedos.

—¿Me prometes que vale la pena? —Sigo dando vueltas, pero ya me está brotando la emoción del pecho—. No quiero perderme una entrevista por irme mucho tiempo.

—Te lo prometo. Puedes salir el miércoles y volver el lunes por la mañana.

Respiro hondo y lo pienso. Tiene razón. Puede ser una excelente oportunidad para hacer contactos. Además, ¿quién no querría pasar unos días en uno de los lugares más geniales del mundo? ¿Y quién soy yo para rechazar un viaje gratis?

—Bueno, está bien —escupo antes de que mi cerebro se entere—. Llévame a Mónaco.



CAPÍTULO 2
Dev

Mónaco

Estoy bastante seguro de que en esta fiesta todos creen que tengo una enfermedad de transmisión sexual.

Que conste: no tengo ni nunca tuve ninguna, a pesar de mis frecuentes aventuras que a la prensa tanto le gusta publicar. Este rumor tiene todo que ver con la chica que administra mis redes sociales (que *administraba* mis redes sociales), que renunció a su trabajo anunciándole al mundo en todas mis plataformas que yo era la nueva cara de la marca de kits caseros para ETS Test Rápido «El que sabe». Sin ellos, yo no habría descubierto tan rápido que tenía clamidia. Pero no pasa nada, ya estoy en tratamiento. Aunque, lamentablemente, me tocó una cepa resistente a los antibióticos. Algunos tenemos una suerte tremenda.

Las publicaciones dieron un empujón a las ventas de la compañía, pero ¿y yo? Hace seis semanas que no tengo sexo, y la mayoría de las mujeres de este lugar no me quiere ni ver. Mierda, esto es un desastre.

Sé que podría demandarla por difamación, pero el daño ya está hecho, y no me interesa devolverle el golpe a Jani. A estas alturas lo mejor que puedo hacer es seguir adelante. Y si soy sincero conmigo

mismo, *tal vez* me merecía enfrentarme a su ira después de todo lo que le hice pasar cuando trabajaba para mí. No fui el cliente más fácil, pero ¿quién coño quiere que documenten ante todo el mundo cada detalle de su vida? Y aun así, Jani insistió en hacerlo día tras día hasta que al final exploté.

Lamentablemente, eso hizo que ella *también* explotara. Ahora mi reputación se ha ido al traste, mi equipo me ningunea, y se dice que mis patrocinadores piensan que tal vez no sea la persona indicada para representarlos. No puedo perderlos (no puedo perder su dinero), porque, sin eso, voy a perder mi lugar en Argonaut Racing.

—Dios, ¿te puedes relajar? Con esa cara vas a ahuyentar a todas las mujeres.

A mi lado, Mark toma pequeños tragos inocentes de champán. Apenas le entra el esmoquin, aunque lo perseguí para que se comprara uno nuevo. Sus hombros desafían las costuras de la chaqueta y sus pectorales ponen en tensión los botones de la camisa blanca y pulcra. En cualquier momento, van a salir disparados y dejar ciega a la gente que tenga la mala suerte de estar de pie en la zona de peligro. Con apenas un vistazo cualquiera se daría cuenta de que el tipo trabaja como entrenador y claramente le encanta hacer alarde de su estado físico. Si no fuera mi entrenador de rendimiento y uno de mis mejores amigos desde el parvulario, me parecería un imbécil.

—¿Con qué cara? —lo desafío, levantando mi propia copa de champán y bajando de un trago su contenido. Me paso el dorso de la mano por la boca antes de continuar—: ¿Con cara de que estoy a punto de arruinar en una misma noche mi carrera y toda oportunidad de mojar la polla? Porque así me siento.

Trabajé demasiado para llegar a donde estoy y me niego a dejar la Fórmula 1 hasta estar más que listo. ¿Argonaut Racing, el mejor equipo de la parrilla? Qué chiste tan bueno. Pero si voy a dejar atrás la zona media y conseguir un lugar en un equipo de excelencia, seguir con ellos es la mejor forma de lograrlo.

Todos los pilotos aspiran a ganar un campeonato, y mis posibilidades de hacer eso dependen del rendimiento que tenga ahora. Fui creciendo en el programa de desarrollo para pilotos de Argonaut desde pequeño y solo competí para ellos, así que tienen mi lealtad en muchos sentidos, pero no puedo quedarme en este equipo para siempre si quiero ganar. Y sí, ir pensando en un campeonato es bastante optimista para un piloto que no ganó ni una carrera en F1, pero cuando de sueños se trata, soy un estúpido.

El problema es que cada día parecen más lejanos esos sueños. A menos que la NASA se ponga a diseñar los coches de Argonaut, nunca voy a ganar un campeonato con ellos. Y está claro que no lo voy a conseguir mientras Zaid Yousef y Axel Bergmüller estén peleando por el primer puesto, sin importar qué coche tenga yo. Sinceramente, estaría más que feliz de ocupar el tercer o cuarto puesto con mi equipo actual, pero eso parece tan probable como que mañana explote el sol.

Por ahora, mi prioridad es mantenerme en Fórmula 1 hasta que pueda demostrar que pertenezco al escalafón *más* alto de este deporte de élite. Solo tengo que bajar la cabeza y rendir lo suficientemente bien para ganarme la atención de los jefes de los mejores equipos. Zaid debería retirarse en los próximos años, así que seguro que Mascort está pensando en quién va a reemplazarlo. O tal vez Specter Energy decida que necesita un piloto para hacer de

número dos de Axel, y si es así, ahí estaré. No me va a dar el título que busco, pero va a ser un paso en esa dirección.

Pero nada de eso va a pasar si pierdo mi patrocinio y Argonaut me deja sin contrato, todo gracias al regalo de despedida de Jani. Puede que el equipo no se apoye mucho en el dinero que yo aporto, pero nadie quiere un piloto que no tenga nada para ofrecer más que talento. Es una mierda, sí, pero así funciona nuestro pequeño mundillo.

Después de esta temporada, tengo un año más con ellos, y ¿qué pasa si no estoy a la altura (o voy más allá) de sus expectativas? Joder, si pienso demasiado en las posibilidades que me quedan, puede que me haga una bolita en el agujero más cercano y no salga nunca más.

—Volverás a acostarte con alguien, Dev, te lo prometo —dice Mark —. Pero solo si dejas de lloriquear como una putilla.

No hay forma de eludir el hecho de que ignoró la primera parte de mi queja. No soy el único que está preocupado por mi futuro en F1.

—No estoy lloriqueando —farfullo. Pero tiene razón. *Sí* estoy lloriqueando. Siempre fui el tipo sonriente, no el que va con el ceño fruncido. No se supone que sea esa persona—. Es que estoy estresado, ¿de acuerdo? Es una noche importante.

Más bien es una semana importante. Esta noche, tengo que demostrar que soy un recurso y no un lastre para el mundo de las carreras. Mañana, tengo que ir de sonrisa en sonrisa con los medios para Argonaut y fingir que no odio a mi compañero de equipo. Después tengo que conseguir un tiempo sólido en la práctica libre del viernes, clasificar por encima del P10 el sábado (si no, no hay forma de que consiga puntos en una pista como la de Mónaco,

donde es casi imposible pasar a los otros) y competir el domingo como si fuera una cuestión de vida o muerte.

Y, de alguna forma, es cierto.

—Ya va a pasar. —Mark suena seguro, pero sé que él también tiene sus dudas—. Y si no me crees —dice, señalando con la cabeza al otro lado del salón—, pregúntale a Oakley. Sabes que él nunca te va a dorar la píldora.

Me doy la vuelta, miro adonde señala Mark y encuentro a nuestro amigo de pie junto a las puertas del salón de baile, estrechando manos y dando palmadas en los hombros.

Gracias a Dios, cojones. Siento que he pasado años esperando a que ese hijo de puta llegara para salvarme del aburrimiento que siempre me inspiran estos eventos insulsos de patrocinio.

Conocí a Oakley antes de aprender a caminar. Nuestras familias son vecinas desde antes de que yo existiera, y él y yo crecimos juntos en las pistas de karting. Somos miembros fundadores del Club de los Padres Blancos Descolocados, dos chicos mestizos —Oakley de ascendencia negra y yo india— con padres blancos, y nos hicimos amigos porque nunca terminábamos de encajar en los deportes de motor debido a nuestro color de piel. Y también porque nuestros padres sin duda son las personas más torpes y descolocadas del planeta. Son frikis, los dos, pero teniendo en cuenta el trabajo que tiene Oakley estos días, no se quedó atrás en la escala de frikismo.

Ni hace falta decirlo: nos hicimos amigos para siempre.

Y el año pasado casi lo arruino todo en tan solo un instante, cuando besé a su hermana.

Sacudo la cabeza para deshacerme del recuerdo antes de que logre volver a plantarse y echar raíces. Ya aprendí que no tengo que obsesionarme con el tema: lo hice durante mucho tiempo y tuve que afrontar las consecuencias. Además, no quiero dejar que se interponga en mi amistad con Oakley; fue un error de una vez y nunca se va a repetir. Ya he aprendido.

Antes de poder avanzar hacia Oakley, mi agente se mete en mi camino y me bloquea el paso. Genial.

El hijo de puta de Mark consigue esquivar la mirada fulminante del tipo y sonríe ante mi desgracia, alzando su copa de champán vacía como haciendo un brindis sarcástico.

—Nos vemos más tarde, amigo —me grita antes de alejarse rápidamente.

Unos pasos más atrás de mi agente está Chava, exasperado, con las manos extendidas a los lados formando el gesto universal de «hice lo que pude». Sin duda, mi asistente lo intentó, pero no hay forma de frenar a Howard Featherstone cuando tiene la misión de convertir mi vida en un infierno.

—¡Howard! —exclamo, calzándome mi sonrisa distintiva y fingiendo entusiasmo. Sabía que estaría aquí esta noche, pero tenía la esperanza de evitarlo al menos un ratito más—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor, Dev —dice en un tono monótono, mientras sus ojos fríos y grises se instalan en los míos—. Pero creo que ya lo sabes.

Tengo la tentación de meterme los dedos en las orejas y burlarme de Howard repitiendo sus palabras, pero me obligo a recordar que soy un hombre de veinticinco años: la respuesta que corresponde a mi edad es decirle que se vaya a la mierda.

Gracias al cielo, tengo suficiente formación en medios para no hacer ninguna de esas dos cosas en público, así que domo mi expresión para que parezca comprensiva y asiento solemnemente con la cabeza.

—Entiendo —le doy la razón—. Los últimos tiempos no han sido fáciles.

Me escruta con sospecha, seguramente porque sabe muy bien que estoy actuando. Pero no me lo va a decir para no cambiar de tema.

—La verdad es que no. Y se nos pasó la hora de arreglar las cosas. Podríamos haber empezado antes si no estuvieras evitando mis llamadas.

Suelto una risa seca y me paso la mano por el pelo en un acto de falsa incomodidad, aunque no puedo contenerme y levanto un poco el dedo del medio cuando dejo caer la mano al lado del cuerpo. No he querido hablarle porque sabía qué me iba a decir. «Tienes que arreglar esto, Dev. Contrata a alguien para que limpie tu imagen. Crea un equipo de relaciones públicas. Deja que te transformen en un robot. Deja que te chupen toda la vida».

—Discúlpame —respondo con una falsedad descarada—. Es que las últimas semanas han sido una locura, ¿sabes? Ey, ¿viste la carrera de Azerbaiyán? Llegué a la Q3 en…

—Deja de joder. —No puedo evitar que me den escalofríos por la fuerza de sus palabras. Uy, sí que estoy en apuros—. *Nadie* está contento con tu trabajo en este momento —arremete Howard—. Ni tu equipo ni los patrocinadores. Y desde ya que yo tampoco. ¿Y todos los demás? Se están *riendo* de ti.

—Estoy acostumbrado a que se rían de mí —señalo, encogiéndome de hombros—. Soy un tipo gracioso.

Parece que este no es momento de chistes, porque cuando me doy cuenta tiene la nariz pegada a la mía, y lo único que veo son sus manchas y sus venas a punto de reventar.

—Sigue así y se acaba todo —me gruñe—. No va a haber ni una butaca en NASCAR para ti.

No me gusta que insulte el arte caótico de girar a la izquierda que es NASCAR, y menos me gusta que esté así de cerca de mi cara.

—Te sugiero que des un paso atrás, Howard —murmuro—. Este no es lugar para hacer una escena.

Y, *de verdad,* no quiero pelearme con un hombre de sesenta años que cree que puede esconder su calva incipiente peinándose el pelo para un lado.

Como si de pronto recordara dónde está, Howard pestañea un par de veces para deshacerse del enfado y se tambalea hacia atrás, resoplando mientras se ajusta la chaqueta del esmoquin. Echa un vistazo alrededor para fijarse si su arrebato ha llamado la atención de alguien, pero parece que el único que nos está mirando es Chava, con una mueca de incomodidad.

—Que te entre en la cabeza —dice una vez que se recupera, cuidándose de mantener baja la voz—. Tu carrera profesional está enterrada, y yo no te puedo salvar si no me dejas intentarlo.

Suelto un suspiro. No me interesa el cariz que está tomando esto, ya lo he vivido muchas otras veces.

—Mira, si Axel se pudo recuperar cuando lo filmaron gritando «negro de *ya sabes qué*» mil veces mientras rapeaba una canción, creo que voy a llevarlo bien con mi ETS falsa.

Howard niega con la cabeza como si no pudiera creer que yo sea tan estúpido.

—Deberías saber mejor que nadie que la gente perdona un acto de racismo mucho más rápido que un escándalo sexual.

Eso me cierra la boca. Porque, aunque odie admitirlo, tiene razón. Lamentablemente, así es como funciona el mundo donde vivimos.

Aprovechando mi silencio, me aprieta el hombro y me sostiene la mirada.

—Déjame arreglar esto, Dev.

La peor parte es que sé que él puede conseguirlo. Puede contratar gente para ocultar todos los trapos sucios y hacerme quedar como el príncipe perfecto del *paddock.* Sería tan fácil.

Pero ya he hecho eso: cedí el control de mi imagen y dejé que convencieran al mundo de que tengo la personalidad de una figura de cartón. No pude hablar de nada ni remotamente político o «controversial», incluso si el tema que quería tratar me afectaba directamente a mí o a la gente que yo quería. No estaba permitido compartir lo que pensaba ni mis opiniones sinceras; tuve que ser el chico del póster en el que todo el mundo pudiera proyectarse. Y lo odié, pero lo hice porque todos dijeron que era lo mejor para mí.

Sí, claro.

Se suponía que Jani iba a ser un punto medio. En vez de formar un equipo, la contrataron a ella para que gestionara mis publicaciones patrocinadas en las redes sociales y todo lo que exigiera Argonaut, y que tal vez ofreciera un vistazo superficial de algunos aspectos de mi personalidad para mis fans. Pero lo llevó demasiado lejos cuando intentó entrometerse en mi vida personal y publicarla en internet. Y después de que intentara convencerme de compartir más de lo que quería demasiadas veces, me harté.

Así que no. No estoy interesado en entregar mi imagen a gente en la que no confío ni un poco.

—Puedo arreglarlo yo —digo, aunque apenas reconozco mi voz—. Solo necesito un poco de tiempo.

—No te queda mucho tiempo antes de que la gente deje de creer en ti. —Coge aire y endereza los hombros—. Voy a buscar una copa de champán. Pero cuando vuelva, vamos a hacer las rondas juntos y recordarle a todo el mundo que es una maravilla tenerte en el *paddock* y en los carteles. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Apenas resisto el impulso de hacer el saludo militar.

Como si se diera cuenta, Howard me mira con odio y se va dando zancadas; yo me encuentro con los ojos de Chava.

—Bueno —resopla mi asistente al acercarse. Tiene la piel de casi el mismo tono que la mía, marrón claro, pero eso no esconde el rojo que le va subiendo por el cuello. Odia a Howard tanto como yo—. Qué desastre, joder.

—Ni que lo digas —mascullo, con ganas de beberme todo un barril de champán en este preciso momento—. Tengo que arreglar las cosas.

—¿Se te ocurre cómo? ¿Sin contratar a una empresa de relaciones públicas?

—Todavía no lo sé —digo, negando con la cabeza. Suspiro y le apoyo el codo en el hombro; de pronto estoy totalmente exhausto—. Tengo que resolver demasiados problemas al mismo tiempo.

—Entre ellos, que todas las mujeres de este lugar te están mirando como si estuvieras contaminado —dice tajante Chava, mientras un trío de chicas con vestidos caros me mira de reojo al

deslizarse por al lado, manteniendo una buena distancia de mí—. Y a mí también, por estar contigo. Joder, Dev.

—No es culpa mía —me quejo, echando la cabeza para atrás—. Pero tengo que acostarme con alguien. Al menos tengo que resolver *ese* problema hoy.

Hay muy pocas probabilidades de que encuentre en este lugar a alguien que no crea que estoy en tratamiento por una ETS y que quiera venir a mi apartamento conmigo, pero tengo que intentarlo. Lo único que tengo que hacer es encontrar a una mujer que esté dispuesta a darme la hora y explicarle la situación. Reírme como si todo hubiera sido una broma, porque eso es exactamente lo que es. Una broma muy muy cruel.

Es fácil. Hago frente a estrategias más difíciles en todas y cada una de las carreras. Esto no es nada.

Me enderezo, le dejo mi copa de champán vacía a Chava y me paso los dedos por el pelo para sacármelo de la frente. Soy un tipo guapo y soy más encantador que la hostia, así que esto tiene que ser pan comido. Voy a desestimar las últimas seis semanas como si hubieran ocurrido por casualidad. Lo que pasa es que no lo intenté lo suficiente. Pero ahora… Ahora voy a por todo.

Pero todos mis planes salen volando por la ventana en cuanto Willow Williams entra al salón.



CAPÍTULO 3
Willow

No importa que la ropa que tengo puesta me haya salido más cara que un mes de alquiler; al lado de este grupo de gente, siento que estoy muy mal vestida.

Ya sé que me veo fabulosa con este vestido celeste y estos tacones de diez centímetros (por más que al usarlos esté tentando no solo al destino sino *también* a mis tobillos), pero aun así me siento descolocada. Si algún rincón del mundo me puede hacer sentir fuera de lugar, es una fiesta opulenta en Mónaco.

Mónaco. Solo pensar en el nombre casi me pongo a negar con la cabeza, incrédula. Porque, la verdad, ¿quién espera que le llegue una invitación de último momento para ir a un lugar que es sinónimo de belleza y coches rápidos? Yo, que tengo un pasaporte casi sin usar, seguro que no.

Hoy por la tarde aterricé en el aeropuerto de Niza y me pasó a buscar un chofer que mandó Oakley. Tuve el rostro pegado a la ventanilla del coche de lujo mientras íbamos subiendo por la costa y cruzábamos la frontera con Mónaco, y fui admirando las maravillosas aguas azules, la vegetación espesa y los acantilados deslumbrantes.

Aunque mi hermano no me hubiera anticipado nada, aun así me habría dado cuenta de que había carreras este fin de semana solo por la cantidad de calles cerradas y de yates millonarios que se

agolpaban en el puerto. Era un caos controlado. La emoción por el fin de semana casi se palpaba en el aire cálido de la primavera.

Hice una videollamada con Grace y Chantal para ir mostrándoles el paisaje a medida que avanzábamos despacio con el coche, pero por poco me quedo muda cuando llegamos al hotel.

El lujo no me es ajeno. A mis padres siempre les fue bastante bien, y todos conocen la afición de mi madre por las cosas caras, pero nunca había visto un despilfarro así. El edificio tenía un encanto clásico, con sus columnas y su fachada antigua cubiertas de flores amarillas y violetas que subían trazando patrones perfectos hasta arriba de todo y colgaban por encima del pórtico. El vestíbulo, con techos altos y obras de arte del siglo dieciocho, bien podría haber sido una escenografía sacada de un estudio de filmación.

Casi se me escapa una risita cuando se me acercó un botones de uniforme bordó y sombrerito y se ofreció a llevarme la maleta con un acento muy marcado. Todo era tan perfecto.

La suite que me reservó Oakley era igual de impresionante: tenía unas bonitas vistas al mar, una bañera grande y una cama en la que entraban diez personas. Está claro que no reparó en gastos para este regalo de graduación y cumpleaños. Es eso, o tal vez su empresa ofrece mejores beneficios de lo que yo creía.

Pero todavía no pude darle las gracias a mi hermano porque estuvo todo el día desaparecido en combate. Me mandó un mensaje para decirme que iba a estar ocupado hasta que empezara la fiesta, pero que nos encontráramos en el salón del hotel donde se celebrará el evento de hoy.

Me pasé las últimas horas arreglándome. Me remojé, exfolié e hidraté el cuerpo hasta el cansancio para después ponerme el

vestido que me alentó a comprar Grace, aunque casi me da un infarto cuando vi el precio. Pero *es cierto* que es magnífico, y me sentía espléndida… hasta ahora.

Siempre tuve algunas inseguridades con respecto a mi apariencia, y una sola mirada a mi alrededor ya me acobarda. No sé cómo, pero cada persona que me pasa por al lado es más preciosa que la anterior. Y después estoy yo: una bajita con carita de bebé que podría ser presidenta del Comité de las Tetitas Pequeñas. Ese triplete hace que muchas veces cuando salgo sola me pregunten dónde están mis padres.

Envidio a las mujeres como Chantal, con esas piernas largas y esas curvas. Yo, en cambio, estoy convencida de que me podrían sustituir por un cuadrado de cartón con una foto de mi rostro y nadie notaría nada diferente.

Pero cada vez que empiezo a sentirme así, me recuerdo a mí misma las cosas que *sí* me gustan de mí. Me encanta el brillo bronceado de mi piel sea la estación que sea. Me encantan mis rizos (aunque hoy los planché hasta dejarlos casi sin vida). Y sí, la verdad es que en general me encanta tener la suerte de poder ponerme casi cualquier cosa sin sujetador.

Después de recordarme todo eso, echo los hombros un poco para atrás y alzo la cabeza, agradecida de que los tacones me levanten un poco. Sin ellos, me resultaría imposible llegar a ver algo entre toda esta gente bien vestida.

Me tomo unos segundos para examinar el salón, desde los techos altos con molduras elaboradas y detalles dorados hasta los suelos de madera relucientes. En una punta del salón hay una escultura de hielo de un coche de Fórmula 1 (no le falta el surco para tomar

chupitos) y en la otra punta hay un tragafuegos haciendo un espectáculo. Está claro que no escatimaron en nada, pero no sé por qué me sorprende. Este deporte es puro dinero, dinero y más dinero.

—¡Wills!

Me sobresalto al oír la voz de mi hermano, me doy la vuelta para ver de dónde viene y lo encuentro saludándome al lado de la fina barra. Doy un pequeño suspiro de alivio y voy abriéndome paso hacia donde está. Como siempre, es el alma de la fiesta y está rodeado por un grupo de gente, pero no tarda en darles una excusa y venir a encontrarse conmigo.

Me recibe con los brazos bien abiertos y yo me lanzo contra él y lo estrujo fuerte unos segundos. Da un paso atrás, me coge por los hombros y me mira de arriba abajo.

—¿Estás más bajita?

Arrugo la nariz y le alejo las manos de golpe. Claramente, ya se terminó el momento de cariño entre hermanos.

—No te olvides de que tengo la altura perfecta para romperte las rodillas. ¿Quieres ver qué pasa si sigues?

—Mejor no. Sobre todo ahora que veo esos zapatos. —Pone cara de preocupación al mirar mis tacones de aguja—. ¿Tú puedes ponerte eso? Te juro que si te dislocas algo, *yo* no te lo vuelvo a poner en su lugar.

Pongo los ojos en blanco, pero la verdad es que su preocupación está justificada, teniendo en cuenta que a mis articulaciones no siempre les gusta quedarse donde tienen que estar. Hace tiempo aprendí que los tacones, por muy espléndidos que fueran, no eran los mejores zapatos para mí, aunque eso nunca apagó el amor que

les tengo. A veces hay que vivir al límite. Para Oakley están los coches rápidos; para mí, los tacones altos.

Igualmente, me paso por lo menos una hora al día en el gimnasio o en una esterilla de yoga, haciendo ejercicios de fuerza para incentivar a mi cuerpo a que lo mantenga todo donde corresponde. Con la ayuda de la fisioterapia y de un par de cirugías, hoy en día no me preocupa demasiado sufrir una lesión importante. Pero nunca voy a dejar de ser precavida. Es por eso que tuve que quedarme sentada mirando mientras Oakley corría como loco y perseguía su sueño de convertirse en atleta.

Yo trato de que no sea un problema, de no permitirme soñar con ser la hermana que no tiene dolor crónico ni tejidos conjuntivos débiles, pero a veces me aparece la amargura en el fondo de la garganta.

—Tranquilo, hace rato que no se me disloca nada. —Descarto su comentario con un gesto de la mano—. Pero es bueno saber que no me ayudarías si me llegara a pasar. Eres un mierda.

Se encoge de hombros, haciendo caso omiso a mi ataque.

—Eso ya lo sabíamos los dos. —Con ese tema resuelto, me toma con cuidado del codo y me hace girar en dirección a la barra—. Pidamos unas copas y busquemos a Dev. Tiene que estar por aquí.

Casi me caigo de morros cuando se me traba el tacón en la nada misma. Si no fuera porque Oakley me está sujetando, me hubiera ido al suelo (y de lleno) ante la mera mención de ese nombre.

—¿Dev? —repito, y se me crispa la cara cuando oigo lo aguda que me salió la voz. Me aclaro la garganta y rectifico—: ¿Dev Anderson? ¿Está aquí?

Si Oakley me estuviera prestando atención en serio en vez de estar mirando a una rubia bonita, se habría dado cuenta enseguida de que entré en pánico.

Hace siete meses que no veo al mejor amigo de mi hermano. Y la última vez que lo vi… Digamos que pasaron cosas que no esperaba, y todavía estoy muerta de vergüenza.

—Sí, más vale que esté aquí —dice Oakley mientras nos abrimos camino a codazos para ir a la barra—. SecDark es uno de los patrocinadores de su equipo.

—Cierto. —Ya lo sabía. Es que… me olvidé. Y cuando digo «me olvidé», en realidad quiero decir que no tenía ni la más mínima idea —. Pero… Pero pensé que vosotros patrocinabais a otro equipo. —No puedo ser *tan* despistada. Quizá no esté tan pendiente de la F1 como de otros deportes, pero la tengo en el radar. A eso y a tantas otras cosas que tienen que ver con Dev, el chico que me gustó con locura casi toda mi infancia.

Oakley suelta un gruñido mientras levanta la mano para llamar al camarero, cosa que interpreto como una confirmación.

—Habíamos empezado a trabajar con Deschamp, pero Argonaut se ganó a los dueños con esa mierda de «100 % estadounidenses». Por eso hicimos el cambio el año pasado. Aunque Argonaut todavía no llegó al podio esta temporada, así que hay que ver si al final les convenía asociarse a ellos.

Asiento con la cabeza, tratando de asimilar toda esa información, pero tengo la mente en modo ansiedad. Mis ojos cobran vida propia y empiezan a dispararse de un lado a otro por toda la inmensidad del lugar, buscando a Dev entre la gente. Yo sabía que había una pequeña posibilidad de encontrarme con él en las carreras de este

fin de semana y me preparé para esa posibilidad, pero esto ya se siente como una emboscada.

Oakley no para de hablar de las estadísticas de las carreras, pero yo ya casi no oigo su voz. Igualmente, no me está diciendo nada que no sepa. Si fuera por él, seguiría hablando del tema hasta el final de sus días. En general, le presto toda la atención del mundo, como la buena hermana que soy… y también porque me interesan esas cosas, aunque no es algo que me guste admitir delante de él.

Pero esta vez solo estoy fingiendo que le presto atención mientras murmuro alguna que otra frase vacía cuando siento que hace falta. Pero, cuando mis ojos aterrizan en una silueta conocida que está entre la gente, ya no puedo sostener más la farsa.

La sonrisa característica de Dev (la que nunca duda en enseñar) ilumina todo el salón. Juro que su rostro está hecho exclusivamente para sonreír y, con esa barbita oscura que tiene en la mandíbula marcada, se acentúa aún más su brillo. He visto varios vídeos suyos en los recomendados de mi página de «Para ti» y siempre le dan el título de «la mejor sonrisa del *paddock*» y, la verdad, tengo que darles la razón. No hay nadie en esa parrilla (en el pasado, en el presente ni seguramente en el futuro tampoco) que tenga un humor más contagioso que el de Dev. No le llegan ni a la suela del zapato.

Cuando éramos pequeños, era raro verlo sin una sonrisa de oreja a oreja en el rostro, cosa que no ha cambiado en absoluto. Es como si le resbalaran todas las preocupaciones. Y no es que no se tome nada en serio (si así fuera, no habría llegado tan lejos en su carrera), pero Dev tiene la habilidad insólita de ver siempre el vaso medio lleno, por vacío que parezca.

Sin la ayuda de su actitud positiva, creo que yo no habría sobrevivido a los momentos más difíciles de mi adolescencia, en una época en la que odiaba mi cuerpo por impedirme hacer lo que más quería en el mundo. Sé que estoy dándole demasiado mérito, pero Dev y su sonrisa y sus palabras de aliento marcaron una diferencia enorme.

Se me acelera el corazón como me pasa cada vez que lo veo, pero esta noche viene acompañado de unas náuseas ansiosas. Es… guapo. *Muy* guapo. Más de lo que me acordaba, y eso que en mi mente siempre lo veo de la mejor forma posible.

Desde donde estoy, tengo una vista perfecta de su perfil. Su pelo negro azabache está más corto a los lados y más largo en la parte de arriba. Los mechones se le rizan y le acarician la frente con ese estilo despeinado que parece hecho a propósito, aunque es más probable que se deba a que está todo el tiempo pasándose los dedos por el pelo. Y ese esmoquin… Un traje de pingüino no debería quedarle así de bien a nadie, pero sé de mucha gente (yo incluida) que preferiría verlos a él y a sus hombros anchos sin el traje.

Aunque, por lo que he escuchado, últimamente las mujeres no están haciendo fila para gozar de ese privilegio, y yo tampoco tendría que estar teniendo esos pensamientos. Y no lo digo por el rumor que va dando vueltas por internet de que Dev está en tratamiento por una ETS, sino porque él está más que prohibido para mí. Nuestro beso es un secreto que pienso llevarme a la tumba.

—Ah, ahí está. —La voz de Oakley me corta los pensamientos casi impuros y me devuelve la atención a él. Dentro de mi campo visual, noto que está mirando al mismo lugar que yo—. Vamos a saludarlo.

—¿Eh? —La sílaba de sorpresa se me escapa atolondrada de los labios.

—No me estabas ni escuchando, ¿no? —Me pasa una copa de champán que apareció por arte de magia (además del vaso de Old Fashioned al que ya le está dando sorbos) mientras yo estaba embobada con su mejor amigo—. He encontrado a Dev. Quiero hablar con él antes de que mis jefes me empiecen a joder.

Oakley me agarra del hombro y me da un empujoncito para que camine antes de que yo llegue a entender lo que está pasando.

Pero si hay algo que entiendo más que bien es que no estoy nada lista para volver a ver a Dev Anderson.



CAPÍTULO 4
Dev

Estoy en apuros. *Mierda,* estoy en apuros.

Parece imposible que esté en todavía *más* apuros que hace cinco minutos, pero así es.

Porque con Willow aquí, estoy bien jodido.

Por desgracia, no literalmente.

Tengo que irme de la fiesta. Es mi única opción, porque si me ve antes de que recobre la compostura, voy a… Bueno, no sé qué voy a hacer, pero claramente no va a ser nada bueno ni inteligente ni útil para limpiar mi imagen.

Aunque sé que tengo que darme la vuelta y caminar derechito a la puta puerta, es como si no pudiera sacarle los ojos de encima.

Al otro lado del salón, ella mira alrededor mientras sus delicados hombros se van tensando a medida que busca una cara familiar entre el mar de invitados. Si fuera un tipo más valiente (qué irónico decir eso, dado que me gano la vida conduciendo un coche a trescientos veinte kilómetros por hora), me acercaría a ella y la saludaría, le diría lo mucho que me alegra volver a verla y le ofrecería ir a buscarle una copa. Solo que, en mi estado actual, hay una alta probabilidad de que mi saludo vaya a salir como: «¿Qué *cojones* estás haciendo aquí?».

Por suerte, soy un cobarde, así que me quedo plantado donde estoy y mi foco queda atado a ella.

Tiene puesto un vestido que se desliza por el suelo y se sostiene con dos tirantes tan finos que podría arrancarlos con el más leve tirón. Está un poco fruncido en el centro, lo que resalta la curvatura suave de su pecho y, aunque no es la más dotada en ese aspecto, eso no evitó que mis manos disfrutaran lo que sintieron cuando tuve el privilegio de tocarla. Examino la seda azul ondulante, la veo caer por el suave arco que trazan sus caderas, imaginando cómo se sentiría hacerla un rollito y levantársela por encima de la cintura, como hice la última vez que…

Mierda. Joder. No puedo pensar así en ella ahora. Me corrijo: no puedo pensar así en ella *nunca*. Ya lo he aprendido. Ya lo aprendimos todos, porque vimos lo que pasó la última vez que uno de los amigos de Oakley empezó a salir con Willow. Y no fue nada bonito.

Estoy a punto de convencerme de dar media vuelta cuando, de pronto, se le ilumina la cara. Una sonrisa se despliega por su rostro y me da el mismo subidón de adrenalina que siento cuando me subo al coche antes de una carrera. Pero en vez de estimularme a moverme, me deja congelado mientras absorbo toda la fuerza de su alegría.

Tiene hoyuelos en las dos mejillas, hoyuelos profundos que se revelan cuando está sonriendo o riéndose; o intentando *no* sonreír o reírse. Se asoman cuando arruga los labios o los pliega a un lado. Incluso cuando frunce el ceño aparece una huella de ese huequito en al menos un lado de su rostro. Si en algún momento están totalmente escondidos, es porque está durmiendo o más aburrida que la mierda.

Y, por favor, cómo odio saber eso.

El nudo que tengo en el estómago se transforma en una piedra de pavor cuando diviso al destinatario de su sonrisa.

Oakley tira del brazo de su hermana y la abraza, y por fin, *por fin*, consigo arrancarle la mirada, porque ya aprendí que no tengo que repetir errores.

Y besar a Willow Williams fue el error más grande de mi vida.

—Tierra a Dev. ¿Hay alguien ahí? ¿Hola? ¿Estás *muerto*?

Cuando pestañeo y me doy la vuelta, la cara de Chava está a centímetros de la mía. Mark está de pie a su lado; justo regresa de su gran fuga y me está mirando como si estuviera tentado de llamar al médico del equipo.

—¿Estás bien? —pregunta Mark, acercándose y entrecerrando los ojos, seguro que fijándose si tengo las pupilas dilatadas.

Lo alejo de un manotazo mientras Chava suelta una carcajada. Están confabulando en mi contra, como siempre. Es como si se hubieran olvidado de quién les paga el sueldo.

—Estoy bien —mascullo mientras me paso la mano por el pelo, pero me doy cuenta de que otra vez estoy buscando a Willow con la mirada.

Tengo suerte de que ella nunca le haya dicho nada a su hermano sobre nuestro pequeño… incidente. Las semanas siguientes a lo que pasó, estuve convencido de que Oakley iba a aparecer y asesinarme con sus propias manos. Teniendo en cuenta que casi mata a Jeremy por lo que le hizo a Willow, creo que mis miedos estaban justificados.

Jeremy se merecía totalmente lo que recibió, la verdad, y sus crímenes fueron mucho más grandes que un beso robado en las

escaleras de un hotel. Soy casi inocente en comparación. Pero la culpa todavía me revuelve las tripas.

—Estábamos hablando de cómo conseguir que se acueste con alguien hoy y de repente se fue a otro mundo —explica Chava—. Seguro que estará rezando por no explotar como una lata de refresco después de tanto agitar sin abrir.

Su comentario es más fuerte que yo, y estoy sonriendo antes de poder evitarlo. No me puedo resistir a una tomadura de pelo.

—Vamos, tampoco la agité tanto.

—Ahí está el Dev que conozco —me arrulla Chava, pellizcándome la mejilla. Si este tipo no fuera uno de mis mejores amigos y la única razón por la que llego puntual a donde tengo que ir, ya lo habría despedido a estas alturas—. ¿Te vamos a buscar una chica o qué?

—Esa es la idea —contesto. Espero que esto me sirva para sacarme a Willow de la cabeza—. Pero antes, quiero beber otro…

Pero me vuelve a interrumpir Howard, que aparece a mi lado, esta vez tendiéndome una copa de champán. Por la cara que tiene, no es una ofrenda de paz.

—Lo que vas a hacer ahora es tomar esta copa y seguirme —me indica—. Ya dejaste pasar demasiado tiempo, y hay muchísimo terreno por cubrir.

Sí, quería otra copa, pero no quería conseguirla así.

—¿Me podrías dar una media hora? —pregunto, conteniendo mi exasperación. Estoy harto de que este tipo me esté encima todo el tiempo y me arruine el humor—. Tengo que saludar a un par de personas primero. Después, te prometo que voy a charlar con quien tú quieras.

Howard me empuja la copa contra el pecho con tanta fuerza que un par de gotas del líquido pálido me salpican la camisa.

—Quince minutos —me concede, y solo eso mantiene a raya mis ganas de pegarle un puñetazo en la mandíbula—. Pero te voy a estar vigilando.

De nuevo, el impulso de hacerle burla es fuerte, porque el tipo es un cliché andante del típico villano de película. Sé que solo quiere asegurarse de que yo consiga los mejores contratos (y de ganar todo lo que pueda con el porcentaje que le corresponde de esos contratos), pero la verdad es que debería fijarse en cómo mejorar sus modales.

Cuando se vuelve a alejar arrastrando los pies, me trago el champán (probablemente envenenado) y le entrego la copa vacía a un camarero que pasa por ahí antes de mirar entre medio de Mark y Chava.

—¿Creéis que me puedo escaquear por la puerta de atrás?

Mark suelta una carcajada.

—No hay ninguna oportunidad. Además, Oakley se va a indignar si te escapas antes de que él llegue a saludarte.

Se me tensa todo el cuerpo y mis ojos se disparan a donde había visto a Willow y Oakley entre la multitud, pero ya no están ahí. En su lugar, me rodea un perfume a vainilla dulce familiar, y me doy cuenta de que ya es tarde para salir corriendo.

No me sumo de inmediato cuando todos empiezan a saludarse. Siento gritos alegres y palmadas en la espalda e insultos amistosos, pero yo justo estoy asimilando la idea de que me encuentro a apenas unos pasos de Willow por primera vez en más de medio año. Al parecer, ya no tengo ni idea de cómo actuar cerca de ella.

Vamos. Haz como si estuvieras tranquilo. Actúa normal. Así de fácil.

Cuando me llega el momento de mirar a Oakley, fuerzo una sonrisa y lo dejo arrastrarme entre sus brazos, esperando que no haya desarrollado de pronto la habilidad de leerme la mente.

—Me alegro de verte, imbécil —me dice al oído, golpeándome la espalda tan fuerte que juro que me altera el ritmo del corazón. Mierda, tal vez *sí* sepa lo que hice.

Pero no veo más que calidez en los ojos de Oakley cuando da un paso atrás, todavía sujetándome de los hombros. Sigue siendo mi mejor amigo. El tipo con el que crecí haciendo karting, el que me acompañó durante todo el camino hasta la Fórmula 3. Si no hubiera decidido que su sueño ya no era correr carreras, estoy seguro de que seguiría a mi lado hoy en día.

En cierto sentido, me alegra que lo haya dejado. He visto amistades destruirse por la competencia, y la mayoría de los pilotos que conozco no se llevan muy bien que digamos: no son más que conocidos del ámbito profesional. Somos compañeros de trabajo, en realidad. No son gente con la que compartiría mis secretos más íntimos y oscuros. Pero a Oakley… A él sí puedo acudir.

O, más bien, *podía* acudir a él, hasta que hice lo único que jamás podría contarle.

Chava sí sabe mi secreto y me lanza una mirada cómplice cuando Oakley me suelta y se coloca a mi lado, eliminando lo único que me separaba de Willow. Mark la acaba de abrazar y ahora me toca a mí, pero me está costando conseguir que mis pies se muevan.

No sé cómo lo conseguí, pero estoy acercándome, abriendo los brazos y envolviéndola, aunque mi cerebro sigue sumergido en ruido

blanco.

Su coronilla apenas me llega al hombro, y ella es tan ligera que no deja de sorprenderme lo fuertes que son sus abrazos. En mi cabeza siempre fue delicada, suave y ligera. Pero, aunque *parezca* frágil, la he visto matándose en el gimnasio. Si lo decidiera, seguro que podría levantarme como una pesa. Y ella siempre está decidida.

No quiero decir que sea inquebrantable. Su condición hace que tenga algunas limitaciones más que la persona promedio, pero subestimarla sería un error. Es más fuerte de lo que piensa la mayoría de la gente.

Sostengo el abrazo lo suficiente para respirar su aroma dulce y recordarme que lo que siento por ella es platónico y nada más, y que por ese motivo besarla estuvo mal en tantos niveles.

Al menos, eso es lo que me repito constantemente.

Me encuentro con una sonrisa tentativa cuando ella me suelta la cintura y baja los brazos, pero me está vigilando con esos ojos oscuros, telegrafiándome un mensaje claro: *No hagas que esto sea incómodo*.

Bueno, no tiene por qué preocuparse por que *yo* haga que las cosas sean incómodas, porque ya lo son. Pero no voy a exponernos, aunque eso implique ignorarla el resto de la noche.

¿Es de maleducado? Sí, claro, pero uno tiene que hacer todo lo posible para evitar que lo asesine su mejor amigo.

Hablando de él, Oakley me engancha el cuello con el brazo y me pregunta cómo viene la temporada, y así me salva de tener que entablar una conversación con Willow. No me cabe duda de que está atento a mi trayectoria, por lo que debe saber que terminé en octavo puesto en Azerbaiyán y recibí un DNF en Miami (mi punto

más alto y el más bajo hasta el momento), así que bajo la voz y digo:

—Tengo que contarte la verdad de lo que pasó con Nathaniel en Italia la semana pasada. —Le va a gustar el chisme sobre mi compañero de equipo; además, no puedo dejar pasar la oportunidad de soltar mierda sobre ese tipo—. Un *spoiler*: no le había fallado el coche cuando chocó.

Le doy la espalda a Willow cuando Oakley me presiona para que le cuente toda la historia. Es una distracción sólida, aunque la risa melodiosa de Willow sigue flotando por los aires alrededor nuestro mientras habla con Chava y Mark. Hago lo que puedo para ignorarla y sigo con lo mío hasta que Oakley está prácticamente llorando de la risa. Me pasó lo mismo cuando me enteré de la verdad: Nathaniel vomitó dentro del casco, cortesía del virus gástrico del que le prometió a su equipo que ya se había recuperado. La sorpresita hizo que perdiera el control por una milésima de segundo y chocara contra la barrera.

Oakley todavía se está secando las lágrimas cuando algo que hay detrás de mí le llama la atención y le borra la sonrisa.

—Mierda, me están llamando mis jefes —dice, y levanta una mano para saludarlos—. Espero que esto no lleve mucho tiempo. —Dicho eso, se da la vuelta y le habla a su hermana—: ¿Está bien si te dejo aquí, Wills?

Estoy de espaldas a ella, pero más que atento a la presencia de Willow.

—Sí, todo bien —le asegura ella—. Ve.

Oakley asiente y me da una palmada en el hombro.

—No lo pases demasiado bien sin mí.

Cuando se va, ya no tengo más opción que darme la vuelta otra vez y enfrentarme a Chava y a Mark y *también* a Willow. Casi estoy tentado de salir corriendo a buscar a Howard, pero eso ya sería demasiado, por mucho que me gustaría evitar una interacción con ella.

—Bueno —arranco, mirando a los tres, con ganas de limpiarme las palmas en los pantalones del traje, porque de pronto están aceitosas —, ¿qué…?

—¿Sabéis qué? Necesito otra copa —interrumpe Chava, haciendo caso omiso de mi intento de unirme a su conversación—. Ven conmigo, Mark. Les traeremos unos tragos a Willow y a Dev para que no tengan que meterse a codazos entre la gente.

Mark frunce el ceño y mira su copa medio llena, sin terminar de entender la estrategia de Chava.

—Pero yo no necesito…

—*Vamos.*

A pesar de que lo estoy fulminando con la mirada, Chava agarra el bíceps inflado de Mark y lo arrastra hacia la barra.

Por mucho que quiera pedir disculpas e ir a hablar con literalmente cualquier otra persona, no puedo ignorar a Willow. En parte porque Oakley me gritaría por tratar mal a su hermana, pero sobre todo porque, apenas la miro, me vuelvo a quedar congelado.

Antes nunca me sentía así con ella. Tan cohibido y torpe y tan… *fuera de lugar*. Y ni que fuera la primera vez que me quedo a solas con ella. Ni por asomo. Cuando éramos pequeños, parecía que ella y yo pasábamos más tiempo juntos que separados. No hubiera dicho que éramos amigos, pero sí una presencia constante en la vida del otro.

Pasábamos el rato y charlábamos mientras yo esperaba a que Oakley se preparara para salir. Nos sentábamos juntos en la cocina de mi casa mientras mi madre hacía *jalebi* y devorábamos una tanda tras otra. Nos tirábamos palomitas de maíz cuando íbamos juntos al cine con nuestras familias. Una vez hasta se quedó conmigo varias horas porque yo había tenido una conmoción cerebral y no había nadie más que me pudiera cuidar. Nunca se sintieron raras las cosas entre nosotros.

Hasta ahora.

Está mirando a cualquier lado menos a mí, tiene tan apretada la copa de champán casi llena que sus nudillos han empalidecido. Saber que se siente tan incómoda con todo esto como yo me hace sentir un poco mejor, pero tengo que dejar de ser un bebé asustadizo y arreglar esta situación tan extraña.

Así que, con la determinación de sacar lo mejor de todo esto, carraspeo mientras pienso en lo mucho que me gustaría seguir teniendo una copa en la mano, tanto para lubricar mi boca, que está seca como un desierto, como para beber algo de coraje líquido.

—Cuéntame, Willow —empiezo, avergonzándome internamente por mi intento de sonar despreocupado, que más bien me hace parecer asqueado. Lo descarto: sé que no va a funcionar. Con ella no—. ¿Cómo va todo?

Sus enormes ojos marrones por fin se alzan hasta los míos, y las manos se aflojan un poco alrededor de la copa.

—Todo bien —contesta, y su tono susurrado me mueve algo que *definitivamente* no debería moverme—. ¿Y tú?

Lo último que quiero es hablar de mí, así que desvío la conversación.

—Acabas de graduarte, ¿no? Perdón por no mandarte un regalo. Era lo mínimo que podía hacer.

—Has estado ocupado —dice, desestimando con un gesto de la mano mi disculpa—. Y este viaje a Mónaco es el regalo de Oakley. Puedes añadir tu nombre a la etiqueta y tema solucionado.

Me relajo un poco con su broma y con el asomo de sonrisa que le estira la comisura de sus labios gruesos, contento de que, aunque esta interacción sin duda es extraña, todavía podamos encontrar algún tipo de normalidad.

—Con gusto me quedaré con el mérito del trabajo de otro —digo, riendo por lo bajo.

Ella sonríe y yo me doy cuenta de que está tan contenta como yo de que nos estemos adaptando a la situación.

—Llama a tu jefe y pregúntale si puedes tomarte una semana extra de vacaciones —sigo—. Oakley y yo podríamos alquilar un yate.

Estoy bromeando (aunque no tanto: alquilar un yate sí que podría ser divertido), pero debo haber dicho algo malo, porque se le borra la sonrisa de la cara.

Mierda. ¿Qué he hecho esta vez?

—No hace falta que llame a nadie. No tengo trabajo —dice, y baja un poco el mentón—. Me he presentado a tantos que ya he perdido la cuenta, pero casi nadie me ha respondido. Tal vez tenga que buscar algo más allá del marketing deportivo.

Genial: le hice sentir mal por su búsqueda de trabajo poco exitosa. Apenas pasaron, qué, ¿un par de semanas desde que se graduó? La mayoría de la gente no tiene la suerte de que la contraten tan

rápido, de todas formas. O eso creo. Ni que alguna vez me hubiera movido en el mercado laboral.

Sé que a veces soy un impresentable, y en general es a propósito, pero esta vez no.

—Estoy seguro de que conseguirás algo —le aseguro, queriendo morir—. No te preocupes por el tema.

—Mmm, sí. Claro.

Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y yo sigo con la mirada las puntas de sus dedos, recordando que hizo lo mismo justo antes de que yo…

—No hablemos más de mí —dice, y me interrumpe los pensamientos antes de que acabe de caer otra vez en el recuerdo de aquella noche—. Tú sí que has sido noticia últimamente. ¿Está todo bien?

Ahora me toca a mí poner una mueca de disgusto: odio que ella sea otra persona más que mete el dedo en la llaga de mi reputación. Odio que haya oído hablar del tema siquiera.

—Ah, sí. Podría estar mejor.

Ya estamos empatados ahora que cada uno hizo que el otro se sintiera como la mierda, pero Willow siempre intentó suavizar las situaciones pesadas, así que no me sorprende que sonría y diga:

—¿O sea que la gente de Test Rápido «El que sabe» no te está pagando millones de dólares para que los promociones? Qué estafadores.

Eso me arranca una carcajada fuerte y genuina.

—Es todo un tema, ¿no? Les he dado tanta publicidad que me *deberían* estar pagando. Y la verdad que es un producto excelente.

Su sonrisa no se va, pero una sombra de preocupación le cruza los ojos.

—¿Lo has utilizado?

Ay, mierda. Ahora cree que el rumor de la ETS es cierto. ¿Acaso hoy tengo la maldición de no decir lo correcto?

—Digo en general, nada más —respondo rápido. Si hay algo que *no* necesito es que ese rumor se propague más aún, como una… No. No voy a hacer ese chiste—. Una prueba rápida y sencilla nunca puede ser algo malo. Es un buen producto para tener a mano, sobre todo en un lugar como este, donde la gente no tiene tanto cuidado como debería. —Extiendo un brazo y señalo a la multitud que nos rodea. Está lleno de nuevos ricos y trepadores—. Más vale prevenir que sentir ardor cuando orinas.

Cierra los ojos como indicando que no puede creer lo que acabo de decir, negando casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Ay… por Dios.

Me encojo de hombros. Es cierto. Los preservativos tienen sus límites, y no siempre se usan del todo bien, así que ¿qué tiene de malo ser precavido? De todos modos, siempre me pareció que era una mierda que se humillara a la gente que tiene ETS, pero ahora que me lo hacen a mí, aunque ni la tenga, lo siento más que nunca. Tal vez esa marca *sí* que sería un patrocinador ideal.

Willow respira hondo y endereza los hombros, y sus ojos se vuelven a instalar en mí, esta vez con una chispa cómplice. Ya ha pasado un tiempo desde la última vez que recibió una dosis de mi sentido del humor, pero se lo está tomando como se lo toma siempre: con resignación y negándose a reírse, por mucho que le cueste contenerse. Le parezco gracioso. Pero no quiere admitirlo.

—¿Y cuál es la historia detrás de esas publicaciones? —me pregunta una vez que recobra la compostura—. ¿Te han hackeado?

Suelto un suspiro y tiro de mi pajarita.

—A grandes rasgos, la chica que me gestionaba las redes sociales, Jani, se cansó de mí y renunció. Y ese fue su regalo de despedida.

—Voy a ser sincera: no lo vi todo. Solo cositas que fue compartiendo la gente a la que sigo. —Me lanza una sonrisa burlona, y yo hago lo que puedo para no pensar en lo mucho que me gusta—. Parece que eres una especie de celebridad.

—Sí. Gracias por darte cuenta al fin. —Saco mi teléfono y recorro mi archivo de Instagram—. Y tengo un regalito para ti.

Mis dedos callosos rozan sus uñas pintadas de rosa cuando le paso el teléfono. Ella va navegando un poco, recorriendo la leyenda de muchísimos párrafos que Jani se tomó el tiempo de teclear, y yo no consigo desviar la mirada. La expresión de Willow pasa de la lectura pasiva a una mueca de incredulidad en una milésima de segundo. Al menos llego a ver la huella de sus hoyuelos.

—Guau, sí que hiciste enfadar a esta mujer —dice, con los ojos llenos de una mezcla entre pena y gracia. Vuelvo a coger mi teléfono y dejo que nuestros dedos se rocen una vez más.

—Lo tengo que admitir. Un poco la hostigué.

Willow me analiza la cara y al instante un temor eclipsa el dejo humorístico de su expresión.

—¿Qué hiciste, Dev?

Tengo una lista larguísima de pequeñas maldades, pero voy con la peor de todas:

—Le… Le cancelé el vuelo de Australia después del Gran Premio y la dejé tirada.

—*No*.

Levanto las manos con las palmas hacia afuera.

—En mi defensa, me había estado acosando todo el día para que hiciera un vídeo con ese filtro de niño sexy que está de moda. Ese que está dando vueltas por todos lados, ¿lo has visto? Y me saltó con eso después de un entrenamiento malo y… bueno. Lo cancelé en ese mismo momento. Y no le dije nada.

El dorso de la mano de Willow da contra mi pecho.

—¡Qué tonto eres!

—Nunca lo negué.

Suelta un suspiro exasperado, pero entonces me estudia en silencio, como si estuviera buscando algo. Finalmente, vacila y me pregunta:

—¿Y no publicaste nada más desde que pasó eso?

—No tengo ningún interés en gestionar yo mismo mis redes —digo, negando con la cabeza—. Tengo un millón de cosas que hacer. —Como conducir rapidísimo un coche sin chocar.

—Estás desperdiciando una oportunidad valiosísima de limpiar tu imagen —dice frunciendo el ceño. Claramente, está viendo todo esto desde el punto de vista del marketing, lo cual es lógico si se tiene en cuenta lo que estudió—. Está claro que esta publicación hizo muchísimo daño. ¿Por qué no haces que se ocupe el equipo de prensa de Argonaut, al menos por el momento? ¿O por qué no contratas una empresa de relaciones públicas que se encargue de todo?

—Porque siempre te das cuenta cuando alguien contrata esas empresas —digo, arrugando la nariz—. Todas las publicaciones parecen insulsas. Cero personalidad, ¿no? —No hace falta que

ahonde en mis motivos—. Y no confío en que Argonaut no me haga quedar mal.

—Vamos, eso no puede ser cierto —intenta razonar—. Están precisamente para ayudarte.

Suelto una carcajada.

—Sí, no estaría tan seguro de eso. Están tan ocupados chupándole el culo a mi compañero de equipo que ni siquiera se fijan en mí. Lo único que recibí por esto fue un sermón de cinco minutos del director. Eso es todo. Desde que mi compañero y su padre cayeron con todo su dinero, no hacen más que… ignorarme.

La sorpresa le abre la boca y mis ojos bajan a sus labios. Son carnosos y mullidos, el de abajo un poco más relleno que el de arriba, como si estuviera haciendo pucheros todo el tiempo. Es muy sexy. Y eso *sí* que es algo que *no* debería estar pensando.

—¿En serio? —me pregunta.

—En serio —le confirmo, haciendo un esfuerzo por que mis ojos vuelvan a los de ella—. No se están preocupando por mí. Están pasando el tiempo hasta que se termine mi contrato porque son demasiado tacaños para pagar por rescindirlo.

—Qué horror.

Tiene razón, sobre todo porque yo debería ser su piloto número uno. Fui ascendiendo por su academia de pilotos. Yo soy el que está anotando puntos de forma consistente mientras mi compañero de equipo hace saltar banderas rojas en cada carrera. Estoy en el puesto número trece en el Campeonato de Pilotos y es gracias a mí que no estamos en el último puesto en el de Constructores. Pero si mis estadísticas no llegan a conseguir su apoyo, no sé qué más se puede hacer. Teniendo en cuenta que le queda bastante tiempo a mi

contrato, no puedo hacer más que quedarme mirando el techo por ahora. En algún momento voy a tener la oportunidad de pasarme a otro equipo.

Creo. Joder, eso espero.

Pero ¿quién va a querer contar conmigo si no puedo demostrar lo que valgo?

En vez de decirle algo de todo eso, me encojo de hombros y descarto el tema como hago siempre que algo me molesta.

—Así es la vida.

Pero Willow no se va a contentar con encogerse de hombros. Los engranajes de su cerebro ya han empezado a girar.

—No tiene por qué ser así —dice, y se enciende la pasión detrás de su afirmación. Pero se está conteniendo, se nota, porque cuando se mete en serio en algo, la voz le tiembla un poco. Odia eso, porque dice que la hace parecer demasiado sensiblera, pero yo no estoy de acuerdo. Muestra lo mucho que le importan las cosas.

Y eso demuestra, una vez más, que conozco demasiado bien a esta chica.

—Puedes llamarles la atención, Dev —arremete, y vuelve a aferrarse con ambas manos a la copa de champán. Esta vez, lo hace porque está emocionada, no por nervios—. Tienes que exponerte en otros círculos. Buscar nuevos patrocinadores y fans que pongan dinero en el *merchandising* de tu equipo. Los dos sabemos que el dinero mueve. Si apareces y pones sobre la mesa un cheque bien cargado, no te van a poder ignorar.

Me cruzo de brazos, impresionado (y un poco intimidado) por la habilidad que tiene Willow de montar un plan de juego en apenas cinco segundos. Cómo todavía no ha conseguido trabajo es algo que

no entiendo. Claramente, es terca y pragmática: es la empleada perfecta.

Sinceramente, si pudiera, la contrataría para que arregle lo mío.

Ella sigue hablando y sus ojos chispean mientras hace un borrador del plan. Pero yo ya no la estoy escuchando, porque se me ha ocurrido una idea, algo que debería haber pensado antes.

Podría contratar a Willow para que arregle el desastre que es mi reputación.

Es brillante. O sea, puede que a Oakley no le vaya a encantar la idea, pero este sería un arreglo estrictamente profesional. Y, de todas formas, no tiene motivos para pensar que vaya a pasar nada inapropiado entre Willow y yo. Y los dos aprendimos que no tiene que pasar nada. Con su ayuda, podría estar camino a convertirme en el piloto número uno de Argonaut. Tal vez hasta podría allanarme el camino para conseguir un equipo mejor.

Willow puede conseguir eso. Está claro que sabe lo que hace, y tiene un título que la habilita. Y, lo más importante, ella en serio quiere que yo tenga éxito. Esta chica nos animaba a Oakley y a mí desde las pequeñas gradas de las carreras de karting, y me sigue animando a día de hoy. ¿Qué más podría pedir de la persona que se ocupe de arreglar este asunto?

Ella sigue hablando, pero las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda detenerlas:

—Creo que ya sé cómo arreglar esto. Todo esto.

Ella se detiene y frunce el ceño.

—A ver, ¿cómo?

Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Contigo, Willow. Te necesito *a ti*.



CAPÍTULO 5
Willow

—Contigo, Willow. Te necesito *a ti*.

Cuando Dev dice esas palabras, el cerebro se me va a un lugar que está lejísimos de ser apropiado para la relación que tenemos y el salón donde estamos. Solo espero que no vea que me he puesto roja de pies a cabeza ni sienta el calor que he empezado a irradiar, porque tengo casi la misma temperatura que la superficie del sol.

Desde que nos abandonaron Chava y Mark, me está costando tanto mantener la compostura que me puse a hablar sin parar de marketing y de formas de reconstruir su imagen en un intento de evitar el silencio incómodo, pero de repente él tuvo el descaro de abrir la boca y decir que *me necesita*. Creo que voy a desmayarme. O a vomitar. ¿O las dos cosas? Ay, Dios, no sé.

Él me está escrutando, con los ojos marrones bien abiertos y el rostro lleno de esperanza. Pero lo único que puedo hacer yo es mirarlo boquiabierta como un pescado.

—¿Podrías… repetir eso? —le pido, sorprendida de que me salgan palabras coherentes.

Espero que lo diga de otra manera y modere un poco la forma de mirarme, porque me está contemplando como si en mi rostro estuvieran todas las respuestas del universo. Claramente, no están, por lo que me *encantaría* saber qué se le está pasando por la cabeza en este momento.

Pero la expresión de Dev no se atenúa. Ni de lejos. Y de repente me agarra de los hombros y se pone más cerca todavía. Debido a la proximidad, me envuelve el aroma de su colonia y de otra cosa única que es característica de él.

—Eres justo lo que necesito, Willow.

Mi yo de catorce años se habría vuelto loca y se habría derretido hasta convertirse en un charco de baba si Dev le hubiera hecho una confesión así. Mi yo de veintiún años, en cambio, da un paso atrás y levanta un poco las manos. No me gusta dónde está yendo todo esto. Ya cometimos errores; no hace falta que cometamos más.

—Necesito que me expliques el proceso mental que estás haciendo —digo despacio—. Porque lo que dices no tiene sentido.

Con eso consigo que parpadee, y la veneración que tiene en los ojos se disipa un poco. Tiene que pasar un segundo más para que me suelte los hombros y dé un paso atrás él también.

—Uy, mierda. Perdón —me espeta, mirando alrededor, seguramente para fijarse si alguien notó la interacción—. Me he dejado llevar un poco.

—Ajá. —Todavía siento el calor de sus manos contra mi piel, pero me esfuerzo por no prestarle atención—. Y… ¿me lo vas a explicar o no?

—Sí. Cierto. Ahí voy. —Inspira hondo, con las manos en alto y las palmas apretadas entre sí como si estuviera a punto de rogar o rezar —. Willow… creo que puedes arreglarme. Creo que puedes arreglar mi imagen. Quiero contratarte para que te ocupes de eso.

Una vez más me quedo sin palabras mientras mi cerebro trata de computar lo que acaba de decir. ¿Quiere… contratarme? ¿Para limpiar su imagen?

—¿Es una broma? —escupo, inclinándome hacia el costado para mirar detrás de él, esperando que salga un equipo de filmación o un tipo con un teléfono y digan «¡has caído!»—. ¿Te ha mandado Oakley a hacer esto?

Dev frunce el ceño y deja caer las manos a los lados del cuerpo.

—¿Qué? No. Literalmente se me acaba de ocurrir la idea hace poco, mientras hablabas. —Se humedece los labios y me mira fijamente como si estuviera buscando las palabras justas.

Más le vale buscar bien, porque no voy a aguantar muchos más de estos comentarios poco claros sobre lo mucho que me necesita.

—Quiero que me ayudes a hacer todas las cosas que dijiste que arreglarían esto. Eres perfecta. —Ay, Dios, de nuevo con los cumplidos que hacen que el corazón me dé un vuelco—. Claramente, sabes manejar estas situaciones, y yo tendría mucha suerte de que trabajaras conmigo. ¿Y? ¿Qué dices?

En este momento, soy incapaz de decir ni una palabra. No puede ser que me esté pidiendo lo que yo creo.

—Pero ¿por qué yo? —por fin alcanzo a pronunciar—. Está bien, es verdad que sé lo que hago. Más o menos. Pero ¿no quieres a alguien con más experiencia? ¿Alguien que tenga experiencia comprobable? ¿Alguien que ya haya trabajado en esto antes?

Dev niega con la cabeza.

—Ya tuve eso y no me funcionó. Además, no… —Respira hondo y desvía la mirada un segundo antes de volver a fijarse en mí. Me sorprende la vulnerabilidad que hay en lo profundo de sus ojos—. No hay mucha gente en quien confíe en este momento, ¿vale? Me cago de miedo solo de pensar en entregarme a cualquiera que venga.

—¿Pero en mí *sí* confías? —me burlo.

Me siento un poco mal cuando veo que las comisuras de la boca se le van para abajo, pero necesito que esto le entre en la cabeza.

—Por favor —trato de razonar con él—, te conozco desde que éramos pequeños. Sé todos los líos en los que os metisteis tú y mi hermano. Al lado de lo que podría hacer yo, lo que pasó con la que te gestionaba las redes sociales es cosa de niños. Tú y yo sabemos que tengo más material para chantajearte que nadie.

—Pero jamás lo usarías —objeta—. Tú no eres así.

—Eso no lo sabes. —Ahora soy yo la que frunce el ceño.

—Eh… Sí que lo sé.

Lo dice como si me conociera más que a un nivel superficial. Tal vez él crea que es así solo porque hace mucho que nos conocemos, pero la verdad es que no pasamos mucho tiempo juntos en los últimos años. Y yo cambié.

—Si nunca les contaste a nuestros padres nada de lo que hicimos Oak y yo, eso quiere decir que nunca se lo contarías al mundo entero.

—Está bien, pero ¿qué pasa si me haces enfadar y hago lo mismo que Jani?

—Ya te lo he dicho: tú no eres así.

Dios, qué hombre tan insufrible. No me gusta que me digan quién soy y de qué soy capaz, pero tiene razón. Creo que jamás podría manchar el nombre de nadie, más allá del daño que me hubieran hecho. No lo hice cuando me encontré al que era mi novio en la cama con otra chica, así que, para que yo llegue a considerar un plan secreto de venganza, Dev tendría que cometer un crimen particularmente cruel.

Dev vuelve a juntar las manos.

—Te pago lo que quieras —insiste—. Dime un número y te lo doy.

Siento un vuelco en el estómago. Esto ya parece más un soborno que una propuesta laboral.

—Yo sé que te pueden mantener tus padres y tu hermano, así que me imagino que eso no debe ser lo que más te interesa —reconoce, lo que no hace más que conseguir que frunza aún más el ceño—. Pero esto sería lo mejor para los dos. Lo único que tienes que hacer es seguirme por el mundo unos meses y después lo pones en el currículum. Piensa en lo bien que va a quedar. Además de la experiencia que ganarías, podrías jactarte de haberme limpiado la imagen. Así ganamos todos. Y no es que vayas a trabajar conmigo para siempre, ¿eh? Es solo hasta que mi reputación deje de estar en la ruina.

—Yo no sé gestionar redes sociales personales —le digo, negando con la cabeza—. Todas las pasantías que hice fueron para marcas y equipos. No puedo hacer…

—Sí que puedes —dice, taladrándome con los ojos—. Eres la mejor para hacer esto, y no lo digo de lameculos. Tú me conoces, conoces el deporte y sabes cómo arreglar este desastre. Tienes que verme como una marca más, solo que un poco más… humana. Esta reinvención tiene que quedar lo más auténtica posible. Que parezca que el que lo hace soy yo en persona, por más que eso sea imposible.

En silencio, asimilo lo que me dice, mordiéndome el labio inferior. No quiero ni considerar su propuesta, pero creo… que ya lo estoy haciendo. La chispa de sus ojos y la confianza que tiene en mis capacidades (por más que no tenga forma de saber a ciencia cierta si seré capaz de hacer lo que me está pidiendo) hacen que sea muy

difícil decirle que no. Nunca nadie me tuvo tanta fe. O, por lo menos, nadie que pudiera contratarme.

—Por favor, Wills —ruega, suavizando la voz.

Ese tono hace que me tiemblen las rodillas y se desplome toda mi determinación. Además, todo lo que dice tiene mucho sentido. La verdad es que esto quedaría *bastante* bien en mi currículum. Quedaría increíble, de hecho. Y yo podría volver a mi vida en Nueva York en unos meses, idealmente tras aceptar un puesto permanente en algún lado. Tal vez este sea el camino al éxito que estoy buscando. Y al mismo tiempo estaría ganando dinero, o sea que no tendría que volver a San Diego con mis padres.

Estoy decidida a valerme por mí misma, y esta es la oportunidad perfecta para demostrar que puedo.

—¿Qué dices? —presiona Dev. Está tan cerca que lo único que veo es a él. El resto de la fiesta se esfumó—. Podemos fijar una fecha límite incluso. ¿Te parece bien la boda de Alisha?

Su hermana se casa a mediados de agosto y, teniendo en cuenta que ya casi estamos en junio, solo me estaría comprometiendo por dos meses y medio. Es como un trabajo de verano, cosa que ya hice un montón de veces a lo largo de mi vida. Uno más no me va a hacer nada. Solo que ahora, en vez de servir helado o atender en un restaurante, tendría la posibilidad de hacer lo que me gusta.

Me termino lo que me queda de champán y dejo que Dev se lleve la copa. La hace desaparecer al instante, como si fuera un truco de magia barato. En este momento, siento el mundo que me rodea como una ilusión, pero estoy a punto de decir que sí a algo que es demasiado real.

—Está bien —digo, sin darme tiempo a pensarlo un poco más—. Acepto.

Ver cómo se le ilumina el rostro a Dev me hace parpadear como si estuviera mirando directamente al sol.

—Ay, gra…

—*Pero* —lo corto para evitar perderme en su sonrisa— solo si a Oakley no le incomoda.

Su alegría se atenúa un poco, aunque sigue siendo casi enceguecedora. Siento que empiezo a devolverle la sonrisa. Tiene una energía tan contagiosa que es inevitable.

—Trato hecho —dice, y se le disparan los ojos en dirección a algo que está por encima de mi hombro—, pero no se lo cuentes a Oakley hasta mañana, ¿de acuerdo? Hoy tengo ganas de pasarlo bien sin tener que preocuparme por lo que vaya a decir.

No tendría por qué obsesionarme tanto con la opinión de mi hermano, pero, después de lo que pasó con Jeremy, corresponde que al menos le pregunte si está de acuerdo. La separación no fue culpa mía, lo sé, pero aun así me siento culpable por haber sido parte de lo que sacudió al grupo de amigos de Oakley. Ahora, ante cualquier cosa que tenga que ver con sus amigos, incluso si uno me hace una propuesta laboral, tomé la decisión de consultárselo primero siempre.

Parece que Dev también lo entiende. Él formó parte del desastre. Él y Chava y Mark se pusieron de mi lado en la separación, mientras que otros dos amigos defendieron a Jeremy. La consecuencia de todo eso fue casi una masacre.

—Sí, puedo esperar —accedo, justo cuando un codo se me apoya en el hombro, que siempre ha sido el reposabrazos de mi hermano.

—Dev, parece que tu agente está intentando cagar un ladrillo —anuncia Oakley, aunque por suerte no parece haber escuchado nuestra conversación—. Ve a hacer lo que te pida, así nos vamos y buscamos un lugar en serio para ir a bailar.

Me agacho para librarme del brazo de Oakley y niego con la cabeza.

—No contéis conmigo para ir a bailar —digo mientras Mark y Chava vuelven con las copas que habían prometido cuando me abandonaron a solas con Dev—. Tengo desfasados los horarios y quiero estar bien mañana.

Chava me ofrece otra copa de champán y después la mano con la palma hacia arriba.

—Está bien si nos quieres abandonar hoy, pero solo si bailas conmigo ahora. ¿Sí?

No dejo de notar que la pregunta está dirigida a Oakley, que veo por el rabillo del ojo que asiente con la cabeza. Lo hacen como si creyeran que no me doy cuenta, pero ahora tienen mucho cuidado cuando estoy yo. Si no fuera porque todavía me da mucha vergüenza lo que pasó, les diría algo. Pero por ahora lo voy a seguir dejando pasar.

A pesar de todo, ojalá Oakley me deje trabajar con Dev, porque, cuanto más lo pienso, más lo quiero hacer. Quiero dar este paso adelante. Y, la verdad, la idea de viajar por el mundo y seguir un deporte emocionante por unos meses no está nada mal. Además, no tiene motivos para no querer que me pase esto. Sería otra cosa si él supiera el pequeño desliz que tuvimos Dev y yo el año pasado, pero parece que los dos estamos de acuerdo en mantener el secreto.

Tomo la mano que me extiende Chava y echo un vistazo a Oakley y Dev, que están detrás de mí. No tengo ni idea de qué va a pensar Oakley sobre la propuesta de Dev.

Pero creo que mañana ya voy a conocer mi destino.



CAPÍTULO 6
Dev

Después de una hora de chupar culos con Howard siguiéndome los pasos, les cancelo el plan de ir a bailar a Mark, Chava y Oakley, alegando que tengo dolor de cabeza. Mark me manda a mi apartamento con dos analgésicos y una bebida isotónica, una bolsa de hielo y la recomendación de un programa de meditación guiada. Tuve que esforzarme muchísimo para convencerlo de salir a él, el más devoto entrenador y la madre pato del equipo, pero por fin me quedo solo y puedo pensar bien en lo que hice.

Lo positivo: contrato a alguien para que arregle mi imagen dañada. Lo negativo: ese alguien es la hermana menor de mi mejor amigo.

Willow no depende de la opinión de su hermano, pero Oakley jamás la dejaría meterse en una situación de la que pudiera salir herida, física o emocionalmente. Y después de lo que le pasó a Willow, no me sorprendería que él rechazara tajantemente mi idea.

Si pasa eso, voy a anular mi oferta. Y se acaba todo. Es lo mejor que puedo hacer, porque Willow va a discutir con Oakley si dice que no y ella cree que la propuesta sigue abierta. No voy a interponerme entre dos hermanos. Eso terminaría en más drama, cosa que ninguno de nosotros quiere.

Seguro que ni debería habérselo ofrecido, pero realmente creo que puede efectuar esta resurrección. No solo sabe lo que hace a

nivel profesional, sino que también sabe mucho *de mí*. Sabe cuáles son mis límites. Además, conoce el deporte, porque creció rodeada de él. Y no tengo que explicarle nada sobre mi historia personal, porque la presenció casi toda. Es la solución perfecta, cojones.

Me saco de una patada estos zapatos formales incomodísimos en la entrada de mi apartamento, sin siquiera molestarme en encender la luz. Me desplazo hasta mi habitación, guiado por el brillo suave de la ciudad que se abre al otro lado de mis ventanales, convencido de que no me quedaré pensando en esto más de la cuenta. Lo mejor a lo que puedo apuntar es a irme a dormir y ver cómo amanece mi cabeza. Nunca tomé las mejores decisiones con el estómago lleno de champán.

Por la mañana, cuando tenga los pensamientos ordenados, voy a volver a analizarlo. Pero ya me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Willow puede arreglarme. Yo sé que puede.



Estoy soñando de nuevo con esa noche, aquella del año pasado que derivó en mi peor decisión. Tal vez sea una pesadilla. Todavía no lo sé.

Me cogí un buen pedo y Willow también. Está apoyada contra la pared, a mi lado, mientras Oakley vomita hasta las tripas detrás de una puerta que está a nuestra izquierda. Suelta arcadas y quejidos, jurando que jamás va a volver a tomar alcohol, aunque mañana beberá de nuevo.

Willow y yo apenas llegamos a arrastrarlo hasta el baño antes de que devolviera, pero nuestro límite fue entrar con él. En vez de eso, estamos aquí afuera, esperando a que acabe para arrastrarlo de vuelta al hotel, donde puede pasar lo que queda de su cumpleaños en cama. Podría encargarme yo solo, pero Willow, como buena hermana, quiere asegurarse de que esté bien.

—Solo porque mi madre me va a matar si le pasa algo —se asegura de recordarme.

Puede decir todo lo que quiera, pero yo sé la verdad. Ella nunca lo va a admitir, pero la verdad es que *le importa* su hermano. Es una locura. Un comportamiento totalmente desquiciado. Yo nunca confesaría eso mismo sobre mi hermana (aunque también es cierto).

Alisha anda por ahí, en la parte principal de la discoteca con su prometido y el resto de nuestros amigos, todos festejando el cumpleaños de Oakley. Por un golpe de suerte, conseguí que todos vinieran a Texas para la celebración, porque mi cronograma de carreras dictaba que tenía que estar en Austin esta semana. Pero juntarnos a todos siempre deriva en el caos más hermoso, sin importar dónde estemos.

Me apoyo contra la pared fría de hormigón y cierro los ojos mientras el mundo me da vueltas. Puede que yo no esté vomitando toda mi comida como él, pero esta noche he tomado la misma cantidad de copas que Oakley. No me consigo convencer de abrir los ojos otra vez hasta que Willow tartamudea:

—No, gracias. Estoy… Estoy con mi novio, en realidad.

Me lleva un minuto entender qué está pasando frente a mí: Willow está pegada contra la pared, con los hombros tensos y medio echada a un lado para evitar a un imbécil de alguna fraternidad que

le está invadiendo el espacio personal. El tipo me echa una ojeada desdeñosa como midiéndome y vacila un instante antes de volver a mirarla a ella.

Novio. Willow habló de un novio. Entonces caigo en la cuenta de que está hablando de mí. Es un truco para conseguir que este capullo la deje en paz, porque, hasta donde yo sé, no está saliendo con nadie… Y si está saliendo con alguien, ese alguien no está aquí. Es una mierda que no pueda decir «no» o «no estoy interesada» y conseguir que este hijo de puta le haga caso, solo porque los tipos como él no les tienen tanto respeto a las mujeres como a otros hombres.

Pero parece que este tipo no respeta a nadie, porque no le mueve ni un pelo que le hayan mencionado a un novio. Y tenerme cerca tampoco, al parecer. Se le acerca más y le susurra algo al oído que la hace girar la cabeza y estremecerse de asco. Y no necesito ver más que eso.

Realmente no estoy para pelearme esta noche. Tengo que estar en condiciones para conducir el fin de semana que viene, pero sin duda puedo destrozar a este tipo y a su puto cuello de camisa pija si hace falta.

No tardo ni un segundo más en tirar del codo de Willow y ponerla detrás de mí. Sonrío de oreja a oreja para ocultar mi ira cuando quedo cara a cara con Cuellito de Camisa.

—Yo soy el novio —le digo, y se me enciende un fuego bajo la superficie de la piel—. Y tú tienes que alejarte de mi chica de una puta vez.

Tengo las manos de Willow contra la cintura; me está empujando, tratando de hacerme a un lado para encargarse del tema ella sola.

Pero Oakley me habría cortado la cabeza si no hubiera saltado a protegerla, y prefiero hacer frente a la furia de Willow que a la de su hermano. Además, jamás me habría quedado mirando cómo Cuellito de Camisa casi acosaba a alguien, y menos a alguien que quiero. A la mierda con todo.

El tipo tiene la decencia de dar un paso atrás. No está muy estable que digamos, pero tiene los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—¿Quién mierda te crees que…? —Pero entonces se le abre la mandíbula y se le agrandan los ojos. Y ahí está. El reconocimiento que va a dar fin a todo este asunto—. ¡Mierda! ¡Eres Dev Anderson! —balbucea, levantando las manos de la emoción. Imbécil. Pero al menos no me está pegando un puñetazo—. Hermano, en serio, perdón. No sabía que era tu…

—No pasa nada —le gruño, aunque sí pasa. Pero sé bien que no tengo que hacer una escena. Si la hago, voy a terminar en los medios. Y eso quiere decir que tengo que sacármelo de encima antes de hacer algo poco inteligente, como magullarme la mano rompiéndole la nariz—. Disfruta el resto de la noche.

Después de unos segundos más de mirarme boquiabierto, por fin se aleja dando tumbos. Willow no ha dejado de pincharme la espalda desde que me la puse detrás, así que respiro hondo y me doy la vuelta.

Empiezo a hablar sin darle tiempo para que me haga la vida imposible, porque no hay forma de que no vaya a intentarlo.

—Antes de que te pongas a gritarme —levanto ambas manos—, ya sé que eso no ha estado bien, y si no tuviera que cuidarme para

que no me vean haciendo cosas estúpidas, le habría roto la cara a ese hijo de puta.

Pero en vez de colgarme de las pestañas verbalmente, Willow me sonríe.

—*En realidad* —dice, y un par de hoyuelos profundos se le asoman en las mejillas— te iba a dar las gracias, pero está bien saberlo, supongo.

Me quedo mirándola. Un momento, después dos. Estoy demasiado borracho para procesar la respuesta.

—¿No… estás enfadada? —No hay forma de que no esté enfadada. Tiene que estar enfadada. ¿Acaso no odia que la gente luche por lo que a ella le corresponde resolver? ¿Habrán abducido unos aliens a la Willow real y la reemplazaron por este ángel misterioso y comprensivo?

—No, no estoy enfadada —dice ella, soltando una risita. Justo en ese momento me doy cuenta de lo cerca que estamos. Prácticamente pecho contra pecho. Me envuelve el aroma de su perfume. Si no estuviera ebrio ya, sería embriagador—. Ese tipo no me iba a dejar en paz, hicieras lo que hicieras. Y ¿te digo la verdad? Lo que hiciste fue bastante sexy.

Pasa un instante de silencio y después se lleva la mano a la boca, como si estuviera intentando volver a meterse dentro el secreto.

Pero ya lo escuché. Y mi miembro también, al parecer, porque está presionando contra la cremallera de mi pantalón, igual que cuando vi a Willow por primera vez esta noche.

Tiene puesto el vestido más apretado del mundo, una cosa que le abraza cada curva y tapa lo justo y necesario para no ser ilegal. Es negro y ajustado y está atado a su cuello con un lazo hermoso que

ha estado toda la noche rogando que lo desaten de un tirón. Oakley intentó hacerla volver al hotel a cambiarse. Hasta intentó que yo lo respaldara, pero yo cerré el pico, di media vuelta y me fui con el resto de nuestros amigos. ¿Cómo iba a decir algo si ya me lo estaba imaginando tirado en mi habitación?

Willow es una chica preciosa, eso sí puedo admitirlo. También puedo admitir que me ha parecido preciosa durante mucho tiempo.

Pero ninguno de esos detalles importa, porque está en la zona prohibida. Desde siempre. Y yo solo supero los límites dentro de un coche de carreras. Pero eso no quiere decir que no me tiente.

—Ay, mierda —dice entre risitas descontroladas—. Perdón. No… No debería haber dicho eso. No estoy tratando de hacerte sentir incómodo, te lo juro.

Niego con la cabeza, más que nada para sacarme de encima los pensamientos que no debería estar teniendo.

—No, está bien. Estoy más que dispuesto a hacer el papel de falso novio cada vez que lo necesites. —Hasta estaría dispuesto a hacer el papel de novio real.

Todavía riéndose, echa la cabeza para atrás y la apoya contra la pared, y sus rizos tipo tirabuzón le caen sobre los hombros desnudos. Sí, está borracha, y yo también, porque lo único en lo que puedo pensar es lo guapa que está bajo estas luces fluorescentes de mierda.

—Dios, menos mal que no me dijiste algo así hace unos años —murmura, llevando la mirada al techo.

Su comentario me hace fruncir el ceño.

—¿Por qué?

Niega con la cabeza, todavía sin mirarme, intentando que el comentario pase desapercibido.

—En serio, dime —insisto—. ¿Hice algo mal hace unos años?

Justo entonces se incorpora y me clava la mirada. Tiene los ojos tan oscuros que casi me veo reflejado en ellos. Pero hay una rayita, un cuarto de su iris derecho, que es como caramelo fundido. Es dorado y profundo. Algunos dirían que es una imperfección, una anormalidad, pero es… Willow.

—¿No lo sabes? —me pregunta.

—¿Qué?

Y entonces me confiesa algo que me cambia por completo la noche. Tal vez la vida entera.

—Que me gustabas muchísimo.

El mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor, y no puedo echarle toda la culpa a los siete chupitos de tequila que me tragué esta noche.

—¿En serio?

—Sí, pero fue hace como *mil* años —contesta, desechando el comentario con un movimiento de la mano que casi termina golpeándole la cara—. Una cosa de cuando era pequeña. No es nada. Pensé que ya lo sabías —lanza otra risita, tan dulce y tan inocente—. Era tan obvia que daba vergüenza.

—No lo sabía —le digo, pero ya estoy analizando cada interacción que tuvimos en la vida. ¿Qué diablos fue lo que no vi? ¿*Cómo* no lo vi? Y si lo hubiera visto, ¿las cosas serían distintas ahora?—. ¿Por qué…? ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella resopla, pero la sonrisa torcida sigue dibujada en su rostro.

—Era un capricho adolescente estúpido. Y ni que a ti te hubiera interesado. Y después Jeremy me invitó a salir, así que…

Jeremy. El hijo de puta de *Jeremy*. La personificación de un pedazo de mierda. Un ponecuernos, un mentiroso y una persona horrible en su totalidad. Me jode que lo hayamos considerado nuestro amigo durante tanto tiempo, solo porque crecimos juntos. Las señales de advertencia estuvieron siempre, pero nosotros… las ignoramos. Nos tapamos los ojos. Nos convencimos de que sus chistes, sus comentarios casi misóginos y la forma en que les hablaba a las chicas estaba bien, que no querían decir nada. Que era un buen tipo. Que todos éramos buena gente.

Solo que eso era mentira, porque siempre lo ayudamos a que no sufriera las consecuencias de sus actos. Le creímos cuando nos juraba que las chicas con las que salía y cortaba eran unas psicóticas de mierda que esperaban demasiado de él. Lo defendimos cuando lo acusaron de ponerles los cuernos. Claramente, esa chica no entendía lo que era salir de forma casual. Hasta nos reíamos cuando nos contaba historias escandalosas de lo que hacían esas acosadoras para llamarle la atención.

Cuando empezó a salir con Willow, a todos nos pareció bien, hasta a Oakley. Los dos estaban en la universidad en Nueva York: Jeremy a punto de graduarse y Willow justo empezando. Era perfecto, la verdad. Él podía cuidarla, ser una cara familiar entre el caos de una ciudad nueva. Hasta le hicimos bromas de que era obra del destino. Que tenían que terminar juntos.

—Ya todos sabemos cómo acabó eso —concluye Willow encogiéndose de hombros, y su sonrisa ya no brilla tanto.

Sí, acabó con ella llamando a su hermano entre lágrimas y con Oakley subiéndose a un avión a Nueva York. Acabó con Jeremy en el hospital, amenazando con meterle una denuncia, y nuestro grupo de amigos dividido en dos. Por suerte, la cosa nunca fue más allá de eso, pero ninguno de nosotros volvió a ser como antes.

Pero ahora me queda la duda de qué habría pasado si yo hubiera hecho algo antes que Jeremy. ¿Tan distintas habrían sido las cosas si yo la hubiera invitado a salir en vez de él?

—De haberlo sabido, yo… —interrumpo la frase, porque ni siquiera tengo claro qué habría hecho si ella me hubiera dicho lo que sentía por mí.

¿Es cierto que llevo un buen rato luchando por esconder mi atracción por ella? Claro que sí, sobre todo desde que acompañé a Oakley a visitarla en la universidad hace unos años. Pero siempre pensé que salir con ella sería cruzar una línea imaginaria, un límite que nunca quise traspasar. Tal vez no le hubiera molestado a Oakley, como tampoco le molestó lo de Jeremy al principio, pero aun así parecía… incorrecto. Como una traición a mi mejor amigo, sin importar cuánto lo deseara. Cuánto la deseara a ella.

—¿Qué habrías hecho, Dev? —insiste Willow cuando ve que no voy a completar la frase. Tiene la mirada fija en mí, los labios rojos apenas abiertos.

No lo sé. No sé qué mierda habría hecho en ese entonces. Pero en este momento, tengo la tentación de recuperar el tiempo perdido, y me cago en las consecuencias.

No me doy cuenta de que mis manos están en sus caderas hasta que las cubre con las suyas, suaves y cálidas. Estoy seguro de que me las va a sacar, pero entonces me recorre los brazos con la punta

de los dedos, lenta, cautelosamente, hasta que sus manos se detienen en mis codos. Los aprieta, como invitándome a que me acerque, y yo ni lo pienso y empiezo a… hasta que la puerta a nuestro lado se abre de par en par.

Me alejo de un salto mientras Oakley sale trastabillando del baño, todavía un poco verde.

—Vámonos de aquí —gruñe, y sus ojos se posan en mí y después en Willow. Puede que yo haya puesto algo de distancia entre nosotros, pero no tanta. Por cómo se le entrecierran los ojos, se nota que tengo cara de culpa—. Esperad… ¿Qué mierda estabais haciendo?

—Nada —dice rápido Willow. Si mis pecados se reflejan en mi expresión, los de ella se traslucen en su voz. Da un paso adelante y toma el brazo de su hermano con la cabeza gacha—. Vámonos de aquí.

—No, un segundo. —Oakley levanta una mano y su mirada desorientada se arrastra del uno al otro. Por más borracho que esté, eso no va a evitar que sume uno más uno—. No me mintáis. ¿Qué mierda estabais haciendo?

Willow da un paso adelante y le tironea del brazo, intentando convencerlo de que se ponga a caminar.

—En serio, no estábamos haciendo nada, Oak. Solo te estábamos esperando.

Pero él no se mueve. Se le oscurece el semblante y le arranca el brazo de las manos a Willow. Mirándome solo a mí, me clava un dedo en el pecho.

—¿Estabas besando a mi hermana?

—¿Qué? —tartamudeo, y mi reacción no me ayuda demasiado—. *No*. Que no, mierda. Claro que no.

¿Pero estaba a punto de besarla? Por supuesto, cojones.

No me animo a mirar a Willow. Solo espero que no se lo tome a mal. Pero parece que lo entiende, porque vuelve a coger el brazo de Oakley y lo obliga a mirarla.

—Tengo los labios pintados de rojo, literalmente. —Se señala dramáticamente esa boquita perfecta—. Si nos hubiéramos estado besando, Dev tendría toda la cara roja, imbécil.

—Sí, estaría en modo payaso, amigo —añado a la defensa—. Y sin ofender a Wills, no sé si es el tono de rojo que elegiría.

Un paso detrás de su hermano, ella pone los ojos en blanco, pero él se desinfla ante nuestros argumentos.

—Ah —murmura. Su enfado se desvanece al instante y lo reemplaza una mirada vacía y ebria que prefiero mucho más—. Bueno. Bien. Sí. —Se pasa el dorso de la mano por la frente antes de dejarla caer floja a un lado—. Pero ni se te ocurra intentarlo.



Me despierto bañado en sudor frío, con las sábanas enredadas entre las piernas. Me las saco de encima, salgo de la cama, cojo el teléfono y voy directo a la cocina antes de tantear a ciegas dentro del mueble en busca de un vaso. Lo lleno con agua de la nevera con una mano mientras uso la otra para buscar el contacto de Mark en mi teléfono. Ambas manos me tiemblan.

—Si me estás llamando para ver si llegué bien a casa —dice cuando atiende la llamada—, sí, mamá, llegué bien. Ya puedes volver a dormir.

Lo ignoro, pongo el teléfono en altavoz y lo tiro en la encimera.

—Mark, creo que la he cagado.

—Te juro que si te has hecho daño haciendo alguna estupidez me voy a sacar de quicio —gruñe—. No te puedo dejar solo ni un…

—No hay daño físico.

—Bueno… —se le va apagando la voz—. ¿Qué has hecho, entonces?

Me paso los dedos por el pelo, todavía agitado por el sueño y la advertencia de Oakley, una advertencia que ignoré ese mismo fin de semana.

—He contratado a alguien para que gestione mis redes sociales.

Mark se queda callado un instante.

—¿Y por qué está mal eso? —pregunta al fin—. Lo necesitas. A menos que… Ay, mierda, no me digas que has vuelto a contratar a Jani.

—Peor todavía. —Me dejo caer en una de las banquetas que hay enfrente de mi isla de mármol—. He contratado a Willow.

El silencio que se estira por la línea telefónica esta vez casi chispea de tensión. El estupor de Mark me llega fuerte y claro.

—No, joder. Mentira.

Cierro los ojos y el mentón se me clava en el pecho.

—Ahí está la cuestión: hablo en serio.

—Despídela —me exige—. Ya mismo.

—No puedo hacer eso. —Suspiro—. Yo soy el que le ofreció el trabajo. Necesito su ayuda.

—Entonces *sí* que la has cagado. ¿Hace falta que te recuerde lo que pasó la última vez que te acercaste un poco mucho a ella?

Está claro que no hace falta. Nunca voy a olvidarme de que acabé contra la barrera en la vuelta número treinta y siete de Austin solo porque no podía sacarme de la cabeza a Willow y su beso. Cuando por fin volví a la calle de boxes después de hacer un viajecito en el escúter de la vergüenza aferrado a un banderillero bastante charlatán, le dije a mi director de equipo que había sido un error estúpido de principiante, que había bloqueado las ruedas traseras, pero no hizo falta más que una mirada firme de Mark para soltarme la lengua.

—Chocaste corriendo de local, Dev —me regaña—. ¡De local!

—Sí, gracias, ya me he enterado —murmuro, restregándome los ojos como si eso fuera a sacarme de la cabeza las imágenes de la cara de Willow y mi coche destrozado—. Y técnicamente, en Las Vegas corro de…

—*Cállate* —me interrumpe—. Esto es una mala idea y tú lo sabes. Ella te distrae. No solo eso: los dos sabemos que Oakley te va a cortar los huevos si alguna vez intentas algo con ella. ¿Te acuerdas de cómo me amenazó cuando tuve el descaro de decir que estaba guapa?

Ah, sí, Oakley quedó un poco susceptible después de lo de Jeremy. No podíamos ni dirigirle la mirada a Willow sin resultar víctimas de los ojos fulminantes de su hermano. Con el tiempo, se fue calmando, pero su advertencia del octubre pasado fue un recordatorio de lo que es capaz de hacer por su hermana.

—Sí, eso es porque sabe lo puta que eres —bromeo, intentando aliviar la tensión que se ha generado tan rápidamente.

—Como si tú no lo fueras —se burla Mark—. ¿Hace falta que te recuerde lo que pasó en Monza hace dos años?

—Eso fue una sola vez —le señalo—. ¿Se puede esperar que no acabe en la cama con cinco mujeres después de llegar al podio de F1 por primera vez?

—Apenas llegaste tercero, y fue porque penalizaron a cuatro pilotos.

—El podio es el podio, mi amor. Hay que celebrar las cosas cuando se puede.

—Esa no es la cuestión —resopla Mark—. Oakley nunca va a dejar que ninguno de nosotros se acerque ni un poco a Willow después…

—Ya lo sé —lo interrumpo en voz baja, desinflándome. Me llevo el vaso a la cabeza con la esperanza de que el frío me haga volver a mis cabales.

—Y, la verdad, tiene razón. Jeremy la destruyó. —Suelta un suspiro largo—. Y por ella *tú* destruiste tu coche.

—Ay, vete a la mierda. Ese chiste ha sido malísimo. Te estoy tirando tomates en mi cabeza. ¡Buu, fuera, bájate del escenario!

—No es un chiste —el tono de Mark lo deja totalmente claro—. No puedes permitir que esta chica te vuelva a afectar, Dev. Si en serio vas a hacer esto, todo tiene que ser estrictamente profesional, por tu bien y por el bien de tu amistad con Oakley.

La culpa me empieza a rebullir en el pecho. Tiene razón. Tengo que mantener la distancia con Willow, termine trabajando conmigo o no.

Pero después de verla esta noche, después de soñar con las palabras que me dijo esa noche de borrachera del año pasado, sé que es más fácil decirlo que hacerlo.

Porque Willow me tiene enganchado, y no tengo ni idea de cómo desengancharme.



CAPÍTULO 7
Willow

Menos mal que existe el *jet lag*. Si no, anoche no habría dormido nada.

Dev y su propuesta laboral son lo primero que se me aparece en la cabeza cuando me despierto con el estómago hecho un nudo y la mente nublada. Antes de que se disipe la niebla, por un momento me pregunto si lo de ayer fue todo una alucinación. Pero el puerto centelleante de Mónaco que se ve por las puertas del balcón es la prueba de lo contrario. También el vestido del evento de anoche, que está tirado sobre el sillón de la esquina. Y para terminar de darle dimensión a lo sucedido, tengo seis mensajes de Oakley que me avisa que está subiendo a mi habitación. Estoy aquí en serio. Y Dev me contrató en serio para arreglar los problemas de su imagen.

Entre quejidos, me obligo a salir de la cama y arrastro los pies hasta la puerta cuando oigo a Oakley llamando desde el otro lado con su llamada distintiva. Es algo que quedó de cuando jugábamos al Rey del Castillo en nuestra casita del árbol. En esa época no podías entrar si no hacías la llamada secreta, pero hoy en día la usamos para avisarle al otro de nuestra presencia.

Ni me molesto en espiar por la mirilla y giro el pomo para abrir la pesada puerta de un tirón, con cuidado de no sacar la cadera a un lado para tener tracción como suelo hacer. Ya aprendí por las malas que, en vez de eso, tengo que usar la poca fuerza que tengo del

torso para arriba. No tengo ningún interés en volver a dislocarme la cadera ni en pasar horas en un hospital de Mónaco para que vuelvan a ponerla en su lugar.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunta Oakley mientras entra dando zancadas. Son las nueve, pero él ya se ha duchado y vestido.

Yo, por otro lado, sigo en pijama (aunque sea uno muy bonito de lino rosa y manga larga, sigue siendo un pijama) y tengo el pelo hecho un desastre porque ni me molesté en recogérmelo anoche, y menos en envolverlo con un pañuelo.

—Podemos ir al casino, ir de compras, cogernos un buen pedo en un yate… —propone—, lo que tú quieras. El mundo está a tus pies, nena.

No sé si es tan así; lo que sí sé es que tengo que hablar con Dev para ver por dónde quiere empezar. Porque cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de lo complicado que va a ser este trabajo, y estoy entrando un poquito en pánico. ¿Y si no me sale como él espera? Aunque no estaría insistiendo tanto en contratarme si no me creyera capaz, ¿no? Está de mi lado, por mucho que yo no me sienta muy segura al respecto.

Hoy sería un día ideal para que me dé un curso intensivo sobre lo que espera de mí. El jueves es el día de ocuparse de los medios: siempre está lleno de entrevistas, sesiones de fotos y creación de otros contenidos para el equipo y los patrocinadores del piloto en la previa del fin de semana de carreras. Yo podría ir a observarlo y él me podría enseñar cómo son las cosas.

Pero primero… tengo que tener una charla con mi hermano. No va a pasar nada hasta que él me dé su aprobación.

Oakley se tira en mi cama con las piernas colgando para afuera y los pies en el suelo y me mira fijamente, esperando una respuesta. Cómo quisiera haber tenido tiempo para tomarme un café antes de empezar con todo esto, pero bueno, parece que allá voy.

Me poso sobre la silla donde tiré el vestido anoche y pongo las manos apretujadas entre las rodillas porque necesito la presión para centrarme y no volverme loca de los nervios.

—Estoy abierto a cualquier plan —digo con la voz tan casual y relajada como me es posible—. Pero… ¿te puedo comentar algo primero?

Sin inmutarse, Oakley hace círculos con la mano en el aire para que se lo diga de una vez.

Inspiro hondo y exhalo despacio.

—Al final tenías razón en que iba a conseguir una propuesta laboral antes de que terminara la fiesta.

Se pliega para sentarse con un movimiento fluido que yo jamás sería capaz de hacer, por mucho que ejercite los abdominales.

—¿En serio?

Le respondo asintiendo con la cabeza. Cuando sonríe y se le iluminan los ojos oscuros, se me encoge todavía más el estómago.

—¡Increíble, Wills! Yo *sabía* que iba a pasar. ¿Para quién vas a trabajar?

Uy, mierda, llegó el momento de la verdad.

—Prométeme que no te vas a enfadar ni me vas a decir que no, ¿de acuerdo? —lo amenazo sin demasiada convicción. Igualmente, él va a hacer lo que quiera.

—¿Por qué? ¿Vas a ser la novia profesional de uno de los vejestorios de los jefes de equipo? —dice Oakley con una risotada.

—Ay, *no*, qué asco. —Me tiro el pelo enmarañado por encima del hombro—. Pero gracias por pensar que soy tan guapa que me contratarían para una cosa así.

Me tira una almohada que hace que tenga que dar un salto torpe para atajarla y evitar que me pegue en la cara.

—Anda, en serio, ¿qué es? —exige—. Basta de tanto misterio. No me gustan esas gilipolleces.

Me aprieto la almohada contra el pecho, como si fuera a protegerme de lo que seguro va a ser una desaprobación total e inmediata.

—Dev quiere que gestione sus redes sociales durante un tiempo —confieso pisando las palabras—. Es solo hasta que se recupere su imagen pública después de todo el lío con Jani. No quiere meter a una empresa grande de relaciones públicas.

Oakley me mira fijamente y parpadea con una expresión indescifrable.

Ay, no. Ya está. Me va a decir que no. Y por más que se lo discuta, yo sé que Dev no va a querer contratarme si mi hermano no está de acuerdo.

Pero, para mi sorpresa, Oakley me mira confundido.

—¿Por qué me enfadaría por eso? —Se mueve un poco más cerca del borde de la cama—. Es una muy buena oportunidad para que des tus primeros pasos. Y piensa lo bien que va a quedar en tu currículum. —Frunciendo el ceño, pasea la mirada por la habitación, pensativo—. La verdad, no sé cómo no se me ocurrió a mí. Es literalmente perfecto.

Tengo que recoger mi mandíbula del suelo.

—¿En serio te parece bien? —¿De verdad era así de fácil que me diera el visto bueno? Yo esperaba un melodrama y amenazas de mandarme en el primer vuelo de vuelta a Nueva York.

Tal vez también quería que pasara eso. Tal vez quería que me convencieran de no hacerlo. Son mis nervios que tratan de tomar el control, lo sé, pero casi esperaba que alguien me señalara las desventajas que yo todavía no descubrí. Tiene que haber algo que yo no esté viendo.

—Sí, más vale —dice encogiéndose de hombros—. Pero ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Yo quiero que me den el crédito.

—¿Y no te molesta que trabaje para uno de tus mejores amigos? —sigo insistiendo a ver si encuentro esa escapatoria.

—No. —Pasa un instante en el que se me queda mirando. Después se le abren mucho los ojos—. Mira, yo sé que te dije que no quería que volvieras a salir con un amigo mío, pero esto es un acuerdo profesional. No es… personal.

Algo de razón tiene, y tal vez subestimé su capacidad de distinguir entre Dev y Jeremy. Además, no sabe nada del beso.

Pero todavía hay cosas que me preocupan, por mucho que quiera el trabajo.

—¿Y si Dev me despide y me deja tirada en Australia como a Jani? —cuestiono—. ¿Ahí qué harías?

—Primero que nada —dice Oakley levantando un dedo—, ya pasó el Gran Premio de Australia, así que eso es imposible. —Levanta otro dedo—. Y segundo, él sabe bien que no te puede dejar tirada en ningún lado. Pero si tú haces las cosas mal y te echan, es problema tuyo. —Baja el primer dedo y deja levantado el del medio con una sonrisa—. Así que no la cagues.

Le lanzo la almohada y suelto una carcajada de placer cuando veo que lo golpea de lleno en la cara. Al final, parece que esos reflejos excelentes que tenía se perdieron cuando dejó las carreras.

—Menos mal que te vas —gruñe mientras tira la almohada a un lado—. Que sea Dev el que tenga que verte la cara.

—Aun así, casi nunca me ves. Estás muy ocupado en Chicago —resoplo mientras me levanto despacio de la silla. Siento como si me hubieran quitado quinientos kilos de la espalda. Si Oakley no ve ninguna desventaja, tal vez esta sea la decisión correcta—. Y solo van a ser un par de meses. Es solo hasta la boda de Alisha.

Aparece una mirada melancólica en los ojos de Oakley cuando menciono a la hermana mayor de Dev, cosa que le pasa hace años, pero se la borra en un abrir y cerrar de ojos y sacude la mano para cambiar de tema.

—Sí, sí. Ve a vestirte, así nos vamos. Quiero pasar el día borracho y apostar todos mis millones.

Suelto una risotada, pero me acerco a mi maleta para buscar la ropa que me voy a poner.

—Creo que estás contando unos ceros de más en tu cuenta bancaria.

—Tú no sabes nada de mi vida. —Frunce los labios y me observa —. Eh, ¿esto quiere decir que tienes que hablar con Dev? ¿Cuándo empiezas oficialmente?

—No lo sé —admito mientras hurgo entre varios vestidos y cárdigans, ignorando cómo se me acelera el corazón—. Quería que me dieras luz verde antes de avanzar con los detalles.

Oakley dice entre dientes algo que no entiendo.

—Está bien, llámalo y dile que al abominable hermano mayor no le importa una mierda lo que hagáis vosotros dos. Pero no le empeores las cosas. Ya le está yendo bastante mal.

Pongo los ojos en blanco mientras elijo un vestido estampado de florecitas rosas y un calzado deportivo blanco. Mis articulaciones no van a sobrevivir una caminata por la ciudad sin soporte en el arco, por más bonitas que sean mis sandalias.

—Llámalo tú —replico—. Ni siquiera tengo el número, y además seguro que prefiere que se lo digas tú.

La primera parte es mentira. Sí que tengo el número de Dev, a menos que lo haya cambiado en los últimos siete meses. Y eso de que seguro que prefiere que Oakley le dé las noticias… digamos que no es una *mentira*. Es que me pone de los nervios hablarle. Está claro que eso no es una buena señal para nuestra relación laboral, pero idealmente después de unos días vamos a volver a tratarnos como buenos amigos.

O eso espero. Ay, Dios, no sé cómo voy a hacer esto si ni siquiera soy capaz de hablarle al tipo.

Oakley suelta un gruñido, pero se saca el teléfono del bolsillo, toca la pantalla un par de veces y lo apoya a su lado en la cama.

Dev tiene la voz ronca cuando atiende, y no puedo evitar preguntarme qué hizo después de la fiesta de anoche.

—¿Qué pasa?

—Hola, ¿estás en la pista? —La pregunta de Oakley es para él, pero está mirándome a mí, midiendo mi reacción.

Hay un ruido de fondo, como de sábanas. Me toma por sorpresa la imagen mental de Dev desnudo en la cama, la piel oscura contra unas sábanas blancas que apenas le cubren lo justo y necesario. Es

repentina e involuntaria, pero la idea me gusta más de lo que debería.

—No, ni he salido todavía —dice—. ¿Por qué?

—Ven a buscar a tu nueva empleada antes de salir para allá.

Oigo una pausa larga y crepitante antes de que llegue su pregunta:

—¿Hablas en serio?

—Hola, Dev —digo con un hilito de voz.

—Willow. Hola. —Se aclara la garganta y la voz suena un poco menos ronca—. Oak, ¿tú estás de acuerdo?

—Sí —dice mi hermano—. Me da rabia que no se me haya ocurrido antes.

—Está bien. Guau. Bueno. Entonces paso a buscarte en un rato, Wills.

Sin darme tiempo a entrar en pánico ante la idea de estar sola con Dev, Oakley añade:

—Vamos todos juntos. Yo también quiero ir a pasear detrás de escena.

—Pero si tú ya sabes cómo es —señalo, pero me alivia que vaya a estar él en el medio (es un buen recordatorio de por qué no puedo permitirme más pensamientos así sobre Dev)—. Ya fuiste a un montón de carreras. Y literalmente fuiste piloto.

—Pero de Fórmula 1 no —objeta—. Y el hijo de puta de Dev siempre está demasiado ocupado para enseñarme el lugar.

—Está bien, vamos todos —dice Dev con un suspiro exasperado.

—Una gran familia feliz —bromea Oakley.

Sí, bueno. Yo no diría eso, pero…

—Bueno, Willow —dice Dev mientras yo miro el teléfono que está al lado de la pierna de mi hermano—. Bienvenida a Argonaut Racing. Espero que te guste el rojo, azul y blanco.

No era broma lo que decía Dev de los colores. Parece como si les hubiera vomitado encima una bandera de los Estados Unidos a él y al noventa y nueve por ciento de la gente que está aquí.

Es como si hubiera cobrado vida el eslogan de Argonaut Racing: «100 % estadounidenses». En los cinco minutos que pasaron desde que llegamos a la suite de hospitalidad del equipo, cada persona con la que hablamos tenía acento de Estados Unidos; y el uniforme del equipo, unos *shorts* azul marino y una camiseta polo con rayas rojas y blancas, es el patriotismo en todo su esplendor. Un patriotismo que da escalofríos.

Mientras espero a que nos den el café que pedimos, hago una búsqueda a escondidas en mi móvil y descubro que Argonaut tiene el orgullo de contratar únicamente a trabajadores radicados en Estados Unidos, desde fabricantes hasta pilotos. El dueño y presidente del equipo, Buck Decker, es un petrolero multimillonario de Texas que tomó el mando del equipo hace dos años e implementó la regla de «100 % estadounidenses», además de poner a su hijo Nathaniel como segundo piloto después de Dev. Antes, el equipo era un poco más internacional, pero siempre fue un constructor estadounidense.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolso y Oakley me pasa un *latte* con mucha vainilla: el café que me pido siempre. Por lo menos no voy a tener que preocuparme por conseguir una buena dosis de cafeína mientras esté de gira con Dev. La verdad, este *motorhome*

de hospitalidad parece más el vestíbulo de un hotel de lujo que una estructura que todos los fines de semana se monta y desmonta en un lugar distinto del mundo.

Una barra rectangular elegante ocupa el centro del lugar, rodeada de mesas altas repartidas por el espacio, y hay varios televisores colgados en las paredes con poca distancia entre sí. Hay máquinas expendedoras pequeñas cargadas de botellas de la empresa de bebidas que patrocina al equipo, puestos con tentempiés para llevar y algo que parece una cabina de fotos. Incluso hay plantas colgantes que le dan un poco de verde al lugar.

Los uniformes son lo único que es un espanto de ver. Hasta Dev está un poco ridículo, y eso que a él todo le queda bien. Parece un niño que se puso un conjunto, obligado por la madre para ir a un desfile del Día de la Independencia. Algo que *su* madre nunca haría; la tía Neha jamás se rebajaría a hacer una cosa de mal gusto como esa.

Sin embargo, aunque parece un poco tonto con eso puesto, Dev es al que mejor le queda el uniforme. Las mangas de la camiseta le marcan los bíceps y tiene los botones del cuello desabrochados lo justo y necesario para que se le asome un poco la piel. Si los *shorts* fueran un poco más cortos, serían casi obscenos, pero así como están le destacan los muslos firmes y, por un instante, juro que se asoma una espiral de tinta negra por debajo del borde. Pero cuando Dev se mueve, la tinta desaparece.

Cuando levanto la vista, no tengo la intención de mirarlo a los ojos, pero igualmente sucede y él se me queda mirando un momento de más. Como si fuera capaz de oír cómo me derrito mentalmente por él y estuviera intentando descubrir la forma de

decirme que pare. Pero cuando lo miro mejor, lo único que encuentro en sus ojos es asombro, como si no pudiera creer que yo esté aquí. Que esto esté pasando de verdad. Yo siento lo mismo.

Por fin desvía la mirada y nos señala un pasillo trasero con la cabeza.

—Venid conmigo.

Suelto un suspiro de alivio cuando se da la vuelta y se abre paso entre la multitud como si fuera el dueño del lugar. Va saludando a la gente; se nota que está totalmente en su elemento. Esto me atrae mucho más de lo que debería.

—Antes que nada, tenemos que encontrar a la verdadera luz de mi vida —dice Dev por encima del hombro—: Patsy Beedle, la directora de comunicaciones de Argonaut.

Oakley y yo lo seguimos, y Chava se nos pone al lado mientras vamos hacia las oficinas que están en la parte trasera del *motorhome*. Él también tiene puesto ese uniforme horrible, lo cual no es una buena señal para mí. Empiezo a sospechar que todos los que tengan algo que ver con el equipo y los pilotos tienen que ponérselo.

—Me contaron que te uniste al equipo de Dev. —Chava me lanza una sonrisa torcida—. Yo te voy a ayudar con lo que necesites, incluido todo lo que sea reservas de hoteles y viajes mientras estemos de gira.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento, feliz de tener otro aliado en este lugar.

—Gracias —exhalo—. Todo esto pasó muy… de repente. La verdad es que anoche no me esperaba una propuesta laboral.

—Nosotros tampoco nos lo esperábamos —interviene alguien.

Miro por encima del hombro y alcanzo a ver a Mark acercándose desde atrás. Aunque tiene una sonrisa en el rostro, no es la sonrisa auténtica que le vi miles de veces. Jamás tuve ningún problema con él, pero nunca le caí demasiado bien. Y no lo culpo. Si yo no hubiera salido con Jeremy, él no habría tenido que ponerse del lado de nadie, ni habría perdido tantos amigos en el proceso.

Le devuelvo la sonrisa, esperando que me salga un poco más genuina que la suya. Mark es el entrenador de Dev, así que está siempre con él, y si voy a estar gestionándole las redes sociales a Dev, yo también voy a tener que estarle encima todo el tiempo. Va a ser imposible que no nos crucemos, así que, por el bien de nosotros dos y de Dev, espero que podamos convivir en paz.

Delante de mí, Dev frena de pronto. Me asomo para ver qué está parando el tráfico y atisbo a una mujer pelirroja de mediana edad con el uniforme del equipo de Argonaut, aunque es una versión modificada: tiene una falda de tubo azul marino y un pañuelo con un estampado de estrellas. Su sonrisa es la de alguien que enseguida te ofrecería una porción de pastel de manzana, pero sus ojos delatan que también la envenenaría con arsénico.

—Ahí estás —le dice Dev, radiante de alegría. No duda un segundo en rodearle los hombros con el brazo y nos mira a mí y a Oakley—. Ella es Patsy. Es la que me está encima para fijarse que yo no vaya a decirle a la prensa nada escandaloso que pueda meter en problemas al equipo.

La mujer suelta un suspiro de fastidio.

—Ese no es mi trabajo, señor Anderson. —Por cómo alarga las vocales y arrastra melosamente las palabras, debe ser de algún

lugar bien al sur. Podría insultar a toda mi ascendencia y que parezca dicho con dulzura.

—Bueno, más o menos, ¿no? —dice Dev encogiéndose de hombros.

Patsy abre la boca como si fuera a protestar, pero después la vuelve a cerrar y asiente con la cabeza.

—La verdad es que sí —reconoce negando con la cabeza y luego lo mira desde abajo con el ceño fruncido—. ¿Qué haces aquí tan temprano? En general, los jueves tengo que mandar a alguien para que te traiga a la fuerza.

—Puras calumnias —nos dice Dev a mí y a Oakley, con una sonrisa pícara.

Sí, claro.

—Yo siempre soy puntual. —Se aclara la garganta para hacer pasar la mentira—. *En fin*. Patsy, te presento a la persona que va a gestionar mis redes sociales a partir de ahora: Willow Williams.

Le extiendo la mano. La envuelve con la suya y aprieta con firmeza, pero le aparece una arruga de confusión entre las cejas.

—Un placer —dice antes de soltarme la mano y mirar de nuevo a Dev—. ¿Es ella sola?

—Ella sola —le confirma con un tono de voz que la desafía a cuestionar su decisión. Hace menos de un minuto que conozco a esta mujer, pero ya me doy cuenta de que está a punto de hacer justamente eso.

—Ya hablamos del tema, Dev. Necesitas todo un…

—Yo sé lo que necesito, Patsy. Necesito que te tomes unas bonitas vacaciones con tu marido en la campiña toscana —la interrumpe suavemente con una amplia sonrisa, como si le estuviera ofreciendo

mandarla de vacaciones de lo bueno que es, y no para que deje de fastidiarlo—. Te prometo que Willow es lo mejor de lo mejor. Va a arreglarlo todo fácilmente. —Chasquea los dedos.

No hay forma de que Patsy se trague lo que le está diciendo, pero tiene la cortesía de volver a dirigirse a mí:

—Bueno, señorita Williams, me alegra que te sumes a nuestro equipo. Tú y yo vamos a estar trabajando mucho juntas para evitar que este sinvergüenza vuelva a… hacer alguna picardía.

—Con mucho gusto —le digo sinceramente. Las chicas somos minoría en este lugar (en realidad, en casi todos los deportes de motor), así que va a ser bonito trabajar con otra mujer ambiciosa que claramente no deja que Dev le pase por encima.

—Pídele a uno de estos chicos que te dé mis datos de contacto, y no dudes en avisarme si te puedo ayudar con algo. —Vuelve a mirar a Dev y se inclina para librarse de su brazo—. Necesito que estés aquí en una hora para autografiar las tarjetas de piloto y para filmar unas cosas. Ahora vete a aterrorizar a otro.

Nos ahuyenta con las manos y nos obliga a abrirle paso para irse caminando con calma. ¿Me intimida un poquito? Sin duda. Pero también me fascina, y me emociona trabajar con ella.

—Y ahí va la mujer de mis sueños —dice Dev embelesado mientras la observa irse—. Me da un poco menos de miedo ella que mi madre.

Oakley suelta una risotada.

—Seguro que la tía Neha se pondría muy contenta si te escuchara. —Mira alrededor, seguramente ansioso por salir a ver los coches—. ¿Ya podemos ir al garaje?

Dev le hace un gesto a Oakley para que vaya él primero.

—Adelante.

Sin dudar ni un segundo, mi hermano ya se está abriendo paso a empujones entre la multitud. Mark se le suma, pero yo siento un roce suave en el brazo que hace que me quede. Cuando miro por encima del hombro, justo llego a ver a Dev quitando la mano.

Para distraerme de cómo me hubiera encantado que la dejara ahí, le doy un trago al *latte* y termino quemándome la boca. Por Dios, tengo que *calmarme*.

—¿Todo bien por ahora? —me pregunta, atento a mi rostro. Cuando asiento, sigue hablando—: Patsy da mucho miedo, pero te va a ayudar en serio. Lillie y Ransom administran las redes sociales del equipo, y Konrad es nuestro fotógrafo principal. Si alguna vez necesitas subir contenido sobre el equipo, se lo pides a ellos.

Vuelvo a asentir mientras hurgo en mi bolso y saco un cuadernito y mi boli rosa favorito. Podría teclear esta información en las notas del teléfono, pero me acuerdo mejor de los detalles cuando los escribo a mano. Además, así es menos probable que se me pierdan en medio del caos tecnológico que es mi teléfono.

Con el *latte* apretado bajo el brazo, tomo nota de los nombres y los títulos. Cuando termino, levanto la vista hacia Dev. Está sonriendo, pero no es la sonrisa ancha de siempre. Esta es más sutil, más íntima. Es la misma que me dedicó anoche. Como si yo lo hubiera impresionado, tal vez. Tengo que esforzarme para no ponerme a hacer interpretaciones.

—No tienes que trabajar este fin de semana —continúa—. Primero tantea el terreno y después, cuando regreses a casa el lunes, puedes pasar por la oficina central de Dallas. Técnicamente, soy tu jefe, pero también eres empleada de Argonaut, así que vas a tener

que ir allá para ocuparte de todas las cosas legales. Voy a decirle a Chava que mande el contrato hoy por la noche, así ya lo revisas. —Me había olvidado de que Chava seguía aquí, pero de pronto lo veo saludando por el rabillo del ojo—. Dime qué talla tienes también, así te conseguimos un par de estos uniformes tan hermosos.

No puedo contener la mueca que se apodera de mi rostro y nos hace reír a los dos. Me alegra que estén contentos de que pronto yo también vaya a caer en la desgracia de lucir el uniforme de Argonaut junto con ellos.

—El vestuario no es lo mejor, pero viene con otras ventajas increíbles —dice Chava, señalando con la cabeza mi *latte*, que a decir verdad es de los mejores que he probado—. Ya verás el almuerzo. Cada comida es prácticamente un despliegue digno de una estrella Michelin.

—Eso es lo que te toca comer *a ti* —refunfuña Dev—. Mark me va a echar de una patada en el culo si me pesca tratando de comer algo que no sea pechuga de pollo o verduras a la plancha.

Chava pone los ojos en blanco.

—Por lo menos has conseguido que el chef use la mezcla de especias secreta de tu madre.

Ese sabor a casa seguro que ayuda un poco, pero sé que debe ser todo un desafío para Dev que le controlen así la dieta. Tiene que cuidarse de no subir de peso ni perder masa muscular, porque cada kilo que se ahorre dentro del coche importa para su rendimiento. Por más que no esté corriendo en una cancha ni lanzando una pelota, no deja de ser un deportista de élite.

El tema de la comida fue parte de la razón por la que Oakley dejó el mundo de las carreras. Parte de esa experiencia «normal» que

tanto quería era dejar de estar pendiente de cada caloría que se metía en la boca. Lo pasó muy mal, y ahora lo sé bien, pero en ese momento me daba celos que él por lo menos tuviera la oportunidad de seguir su sueño. A veces pienso que me sigue dando celos.

Me sacudo ese pensamiento de la cabeza para recordarme que estoy siguiendo mi sueño ahora mismo. Es cierto que es una versión modificada, pero estoy en el medio del *motorhome* de un equipo de Fórmula 1 hablando de contratos y de las ventajas del trabajo. Estoy dando los primeros pasos para que mi carrera despegue. Y lo estoy haciendo con unas personas que conozco de casi toda la vida.

Esto es gracias a Dev. Alzo la vista y me quedo mirando cómo bromea tan tranquilo con Chava. Tiene una mano en el bolsillo de los *shorts*, los hombros relajados y una confianza en sí mismo que le sale a oleadas. Se me acelera el corazón cuando lo miro, pero seguro que es por la cafeína que me está llegando a las venas.

—Esto está pasando de verdad —murmuro, más que nada para mí misma.

Pero parece que Dev me oye, porque se da la vuelta y se me queda mirando mientras Chava se aleja hablando por el teléfono.

—Sí —dice Dev en voz baja—. Esto está pasando de verdad.

Quiero creer que sé lo que le está pasando por la cabeza, porque es lo mismo que está pasando por la mía: vamos a hacer esto. Vamos a ayudarnos mutuamente. Vamos a sacar el mayor provecho de dos situaciones de mierda para que cuando salgamos estemos cada uno en su mejor momento.

Pero hay que tener mucho, mucho cuidado para no volver a cometer un error.



CAPÍTULO 8
Dev

Por esas vueltas de la vida, no quedo décimo en la clasificación como esperaba. Ni noveno. Ni siquiera octavo. Hoy, estoy en el séptimo puesto.

Tal vez Willow sea mi amuleto de la buena suerte, porque nunca me imaginé que quedaría en un puesto tan alto, sobre todo corriendo con un coche de Argonaut. Lo que está claro es que estoy muchísimo mejor que Nathaniel, que se hizo un hueco en el puesto número trece. No está mal, teniendo en cuenta que él y yo en general quedamos en los puestos más bajos de la zona media, pero su padre seguramente esté echando humo por las orejas porque hoy yo quedé varias filas más adelante.

Qué importa. Buck puede enfadarse todo lo que quiera. No estoy aquí para acariciarle el ego a Nathaniel. Estoy aquí para marcar puntos para el equipo y tratar de sacarme de encima este infierno rojo, blanco y azul.

Sea o no sea mi amuleto de la suerte, desde el jueves que no veo mucho a Willow. Desayuné rápido con ella y Oakley esta mañana, y me los crucé por el box cuando arrancaba el caos del día de carrera. Ella me hizo algunas fotos a mí y después al coche, aunque solo en los instantes previos a que yo me subiera, siguiendo al pie de la letra el consejo que le di en nuestro *tour* del jueves.

—Un par de cosas que tienes que recordar cuando hagas fotos por aquí —le dije mientras avanzábamos por el garaje. Oakley estaba ocupado hablando con uno de mis mecánicos al otro lado del lugar; no llegaba a oírnos—. Primero, no subas ninguna foto donde se vea la pantalla de un ordenador. Segundo, nunca le hagas fotos al coche cuando está sin neumáticos o si cualquier componente interno está expuesto. Y tercero, intenta no hacer demasiadas fotos de la parte trasera del coche en general. No queremos que nuestra competencia vea esa parte de cerca.

—No hacerle fotos de culo —dijo, asintiendo pensativa mientras tomaba nota en un cuadernito que había sacado de su bolso—. Entendido.

—¡Willow Williams! —exclamé sorprendido, y casi me tropiezo dándome la vuelta para mirarla, muy complacido por esa muestra de humor subido de tono. Ahí fue la pose de niña inocente—. ¿Cuándo te has vuelto tan atrevida?

Estaba tentando al destino. Debería haberme reído y dejarlo pasar en vez de quedarme regodeándome en su actitud. Pero ese chiste me dejó con ganas de oír un poco más.

Levantó una mano y trazó un círculo en el aire con el lápiz. El puente de la nariz se le puso un poco rosa, pero aparte de eso mantuvo la compostura, aunque evitó mirarme a los ojos.

—Aceptemos el chiste y sigamos con lo nuestro.

—Ya has pasado demasiado tiempo conmigo —le dije burlonamente, sin prestar atención a cómo se me retorcía el estómago—. Te estoy contagiando. Me pregunto cómo acabarás cuando lleguen las vacaciones de verano.

Eso sí hizo que me mirara. Sus ojos oscuros chispearon, aunque el resto de su cara no mostraba rastros de humor.

—Elijo ignorar que dijiste «contagiando».

—*Willow.*

Por fin se rio, ligera y líricamente, y se dio la vuelta para inspeccionar una de las áreas de herramientas y repuestos de coche.

—No soy una cría, Dev. Ya puedo juntarme con los más grandes.

Y ese es mi problema. Es cierto que ha crecido, y ya no puedo apoyarme en mis mecanismos de defensa de siempre para evitar que crezca mi atracción por ella. Supe que estaba en apuros desde el instante en que la vi en el evento de SecDark el miércoles por la noche, pero esa inquietud no hizo más que multiplicarse mil veces desde entonces. Sobre todo después de estar cerca de ella, si bien por lapsos cortos, todos los días. ¿Cómo diablos voy a soportar los próximos meses sin mandarlo todo a la mierda y hacer algo que Howard describiría como «poco feliz»?

Pero no puedo pensar en ella ahora. No cuando tengo un pie en la parrilla de salida y estoy listo para subirme al coche para la vuelta de formación. En cuanto me siente, tengo que liberar la mente y centrar mi atención solo en el camino que tengo por delante. Cualquier lío en el que me haya metido va a tener que esperar.

Porque estamos en Mónaco, bombón. Y estoy a punto de dar un espectáculo increíble.



Bueno, más bien un espectáculo desastroso.

La parte difícil de clasificar tan bien es mantener el puesto. Estoy luchando por mi vida desde que la puta carrera empezó hace cincuenta y tres vueltas, y con todavía veinticinco por delante, las probabilidades de que no termine son bastante altas.

La fiabilidad del coche está empezando a fallar, y los frenos responden un poco menos cada vez que doblo. Casi pierdo el alerón delantero cuando un Omega Siluro giró en la horquilla y me tocó hace seis vueltas, y no siento que anden muy bien mis ruedas traseras. Lo único que me salva es que mi parada técnica ha tardado menos de tres segundos y ha sido planificada a la perfección. Gracias a eso, no quedé tan atrás como para no llegar a recuperar el puesto que perdí por parar.

Mientras consiga sostenerlo y hacer lo que tengo que hacer, terminaré en P7. Claro que no es el podio, y sí, tal vez es optimista pensar que el coche de Deschamp que está detrás de mí tragándose mi polvo no me pueda pasar, pero creo que puedo conseguirlo.

—Sigue presionando —me indica Branny por la radio—. Kivinen está 2,6 adelante.

Eso no es algo que escuche a menudo. Solo estoy cerca de Otto Kivinen o de los coches de Mascort en general cuando me muestran la bandera azul para que me aparte de su camino. Otto y Zaid siempre están literalmente kilómetros por delante de mí, pero esta es una bonita sorpresa. Dudo que tenga alguna oportunidad de pasar a Otto, pero mi ingeniero de carrera parece más optimista que yo.

Seguramente sea porque Otto está teniendo problemas técnicos, y Branny me lo confirma. El piloto número dos de Mascort lo está pasando mal. Será una bendición para mí, pero también puede

convertirse en una maldición si me exijo demasiado y no consigo que estos neumáticos me duren hasta el final.

—A esta velocidad, vas a pasar a Kivinen en tres vueltas. Repito, tres vueltas.

Mierda, bueno, está bien. De todas formas, Otto no va a dejarme su lugar tan fácilmente, aunque le esté costando seguir, lo cual quiere decir que vamos a tener que pelear para conseguir el sexto puesto. Y llegado el caso, ¿voy a poder sobrellevar la degradación de los neumáticos y controlar el nivel de combustible? Es difícil conseguir un equilibrio entre evitar que el coche te falle mientras lo llevas a su límite.

Antes de tener demasiado tiempo para pensarlo, aparece en mi campo visual el alerón trasero de Kivinen. Intento rebasar por la izquierda, pero él se anticipa a mi estrategia y me bloquea. Es de esperar para alguien que corre en Fórmula 1 desde hace diez años; ya vio todas las jugadas que existen.

Pero tampoco es que yo esté verde: ya aprendí un par de cosas en las temporadas que llevo corriendo. Así que lo engaño.

Me muevo a la izquierda, a la derecha, después otra vez a la izquierda antes de echarme rápido a la derecha una vez más. Pero cuando él se mueve para defender su derecha, me voy a la izquierda. Cuando se da cuenta, no tiene tiempo de bloquearme. Ya estamos rueda contra rueda. Me le tiro encima en el siguiente giro, y quién lo diría. Ya pasé al mismísimo Otto Kivinen, joder.

—Bien hecho —me halaga Branny—. Mantén esa velocidad.

No voy a llegar más arriba, pero cuando cruzo la línea de llegada en sexto puesto siento que gané la carrera. Fuera de mi DNF mecánico en Miami, recibí puntos en todas las carreras. Nathaniel,

en cambio, solo lo ha conseguido dos veces en seis ediciones del Gran Premio; siete contando el de hoy. Según Branny, terminó en P15 aquí: bajó dos puestos desde que salió. Y si eso no indica claramente quién debería ser el piloto número uno de nuestro equipo, no sé qué más hace falta.

Por supuesto que si alguna vez nos pregunta la prensa, Argonaut no tiene un piloto número uno. No prioriza a uno sobre el otro. Eso sería un escándalo, porque creemos en el valor estadounidense por excelencia: la *igualdad*. Salvo porque claramente sí hay rangos, y Nathaniel siempre es el elegido, gracias a los millones de su papaíto.

Pero eso no puede seguir así si mis resultados son consistentemente mejores que los suyos. Me abro paso hacia el parque cerrado y apago el coche mientras mi área del garaje me vitorea por la radio. Poco después, me uno a ellos. Me abrazan decenas de brazos y me palmean la espalda lo que siento como mil manos. Ni siquiera acabé en el podio, pero para Argonaut, es un puto lujo.

Pero no quiero celebrarlo con ellos primero.

Les agradezco a todos los miembros del equipo que ayudaron a que consiguiera esto mientras recorro con la mirada las caras que están en la sección del garaje separada por un cordón, desde donde ven la carrera los amigos, familiares e invitados VIP. No puedo negarlo: estoy buscando a Willow. Pero es a Oakley a quien encuentro primero.

—Muy sólido, eh —dice cuando me acerco a él, sonriéndome y acercándome por el brazo—. Casi me haces echar de menos esta mierda.

—Todos estamos mejor sin ti —lo provoco mientras me golpea la espalda con alegría. Con eso le arranco una carcajada y otra palmada antes de que me suelte.

Me aparto el pelo mojado de la frente mientras sigo buscando a Willow. Encuentro lo que busco cuando una pequeña mano me coge por la muñeca y de pronto aparece su cara sonriéndome desde abajo.

—¡Eso ha estado increíble! —grita a través del ruido de la multitud que está afuera, gritándole al podio.

Me río al verla saltar de un lado a otro en el poco espacio que tiene. Sigue siendo la más bajita del área, incluso aunque se ponga de puntillas. Yo tampoco soy el tipo más grandote (ser más alto o ancho me hubiera afectado en las carreras), pero la forma en que me está mirando Willow me hace sentir que mido dos metros.

Sin pensarlo, la acerco a mí. Le envuelvo los hombros con los brazos mientras ella chilla y se queja de que estoy hecho un asco, pero me devuelve un abrazo fuerte. Por un momento, me olvido de dónde estamos y quién nos está mirando y bajo la cabeza para rozarle el pelo con la mejilla. Como un adicto, respiro hondo: necesito una dosis de su aroma dulce a vainilla. Hasta ahora, no me he dado cuenta de lo mucho que lo anhelaba.

Es ridículo que esté limitado a… *esto*. Olerle el pelo a una chica porque su aroma me trae el recuerdo de cuando le pude tocar todo el cuerpo.

La suelto y le acuno la cara con las manos, la obligo a que me mire a los ojos.

—¿Todavía tienes ganas de hacer esto? ¿Tienes ganas de vivir en esta locura durante un tiempo?

—Es lo que más quiero en el mundo.

El brillo que me devuelve hace que me acerque a ella para verlo más de cerca.

Estoy sonriendo más que antes (y eso de por sí es mucho decir), y le guiño el ojo rápido antes de darme la vuelta para enfrentarme a la fila de gente que está luchando por ganar mi atención, listo para otra ronda de abrazos y palmadas en el hombro. Porque si me hubiera quedado mirándola un segundo más, habría hecho algo que ni siquiera debería estar pensando, sobre todo con su hermano a nuestro lado.

Pero dentro de no mucho Oakley ya no va a estar, y yo voy a ser el único que va a poder evitar que haga algo «poco feliz». Y no se me conoce por ser particularmente controlado.



CAPÍTULO 9
Willow

Sigo embriagada por el subidón de adrenalina que me dio el Gran Premio cuando me meto en la cama por la noche.

La Fórmula 1 es un espectáculo incomparable. Es imposible no ver la pasión que corre por todo el circuito, desde los pilotos hasta los fanáticos. Dejarme llevar por ese sentimiento fue el privilegio más grande del mundo. Incluso la fiesta posterior a la carrera, también organizada por SecDark, palpitaba con el mismo fulgor del día, y cuando me fui todavía no daba ninguna señal de estar menguando. Me habría quedado más tiempo si no tuviera un vuelo desde Niza mañana temprano, y si no me dolieran las piernas de haber estado tanto tiempo de pie hoy. Pero al menos pude disfrutar un poco del mundo de la élite antes de tener que despedirme.

Estoy enganchada, sin duda alguna, y ahora quiero más.

Todavía me vuela la cabeza pensar que voy a poder disfrutar de todo esto de primera mano durante las próximas semanas. Va a ser un trabajo indiscutiblemente difícil y voy a tener un itinerario agotador, pero estoy lista para afrontar el desafío. Tanto es así que me pone un poco mal tener que volver a mi país mañana y perderme el Gran Premio de España. Pero no hay mal que por bien no venga: voy a volar directo a Texas para ir a la oficina central de Argonaut Racing, así que voy a tener la oportunidad de ver dónde empieza la magia.

Incapaz de apagar el cerebro después de la vorágine que fue mi día, no paro de dar vueltas en la cama. Pero no es solo por la emoción que me quedó corriendo por el cuerpo después de ver la carrera desde la zona VIP. *Puede* que sea por cierto recuerdo que se me repite una y otra vez en la mente: cuando Dev me atrajo hacia él de un tirón y me dio el abrazo más sudado y caliente (en cuanto a la temperatura) del mundo después de la carrera.

Y, ay, cómo me sostuvo la cara con total naturalidad…, como si no le importara quién nos estaba mirando…, como si yo fuera la única persona en todo el garaje... Sí. Sin duda, eso es parte de mi problema actual.

Fue bastante inocente la cosa; Oakley ni se inmutó. Pero lo sentí como algo mucho más intenso. Lo sentí como ese momento en las escaleras unas noches después de que yo le hiciera la confesión de borracha más vergonzosa de mi vida: que Dev me había gustado durante toda mi infancia y adolescencia.

Si soy sincera, todavía me gusta: es un sentimiento que siempre anduvo dando vueltas en los rincones de mi corazón. Hace rato que lo tengo encerradito en una celda, pero sigue ahí. Estuvo encarcelado mientras salí con Jeremy, cuando me enamoré de un chico que pensé que iba a tratarme bien, pero cuando me rompió el corazón, ese sentimiento se las arregló para volver a salir a la luz.

Oakley me acompañó tras el desastre y me ayudó a volver a juntar los pedacitos de mi corazón después de que me engañaran y me hicieran dudar de mi propia cordura. Pero Dev también me acompañó. No tan seguido como mi hermano y seguro que no al mismo nivel (él no fue el que mandó a Jeremy al hospital con la

nariz rota y un par de costillas fracturadas). Pero con acciones pequeñas, marcó una diferencia enorme.

Me enviaba mensajes solo para ver cómo estaba y me mandaba fotos desde donde sea que estuviera esa semana. Me compartía recetas que encontraba en el móvil porque sabe que la repostería me ayuda a calmarme cuando estoy estresada. Hasta me regaló una diana para dardos personalizada con el rostro de Jeremy. Fue una tontería y una pérdida total de tiempo y dinero, pero consiguió hacerme reír, sobre todo cuando tiraba dardos que iban directo a los ojos de «Jeremy».

Ahora que vamos a estar trabajando juntos, es hora de volver a apresar esos sentimientos en las sombras. Tal vez hasta añadiría un candado por si acaso. No puede haber distracciones. Nada que pueda manchar mi reputación profesional. Esta es mi oportunidad de demostrar lo que puedo hacer.

Hablando de trabajo, Chava ya me mandó la información para iniciar sesión en las redes sociales de Dev y, ya que no puedo dormir, podría aprovechar el tiempo para ponerme a mirar su contenido. Aunque *puede* que ya lo haya visto. O, por lo menos, ya vi todo lo que publicó antes del cumpleaños de Oakley del año pasado, cuando decidí dejar de seguirlo o silenciarlo en todas las plataformas por la vergüenza que me daba. Por eso no vi en tiempo real el escándalo del Test Rápido «El que sabe», pero me alegra un poco habérmelo perdido.

Arrastro el ordenador desde la mesita de noche, me la apoyo encima y entorno los ojos cuando se enciende esa luz azul intensa. Abro una ventana nueva en el navegador y empiezo por Instagram. Escribo la dirección de *e-mail* y la contraseña de Dev con una mano

y vacilo antes de hacer clic en «iniciar sesión». Contengo la respiración mientras espero a que cargue la página y la suelto con un quejido cuando aparecen puntitos rojos de las notificaciones al lado de casi todos los iconos.

Su perfil de Instagram, en cambio, está vacío. Debe haberlo eliminado todo después de la publicación controvertida de Jani. Con eso ya me voy a ahorrar horas de trabajo. Significa que no voy a tener que bucear entre miles de comentarios que seguramente fueran agresivos o espantosos. Es probable que sus mensajes directos, por otro lado, sean un circo total.

Antes de meterme con ellos, me pongo a navegar por su archivo. El regalo de despedida de Jani está ahí, donde estaba la noche en la que Dev me lo mostró. Junto con cientos de publicaciones viejas. Como no están publicados, no hay motivo para que me ponga a verlos, y sin embargo me encuentro leyendo absorta uno tras otro, deteniéndome más de lo que debería para mirar imágenes en las que él le sonríe a la cámara. Su risa es tan contagiosa que no hace falta más que una fotografía fija para que yo tenga que luchar para que no se me escape una risita ni me palpite el corazón.

No se puede negar: Dev está más bueno que el pan, y las imágenes de él sin camiseta en su *motorhome* con el sudor brillando sobre esos abdominales profusamente marcados no me ayudan a manejar estos sentimientos que tengo. *Tendría* que estar mirando su cuenta con una mirada profesional. *Tendría* que ponerme a pensar cómo incorporar elementos de su *feed* viejo para construir algo nuevo y definir los lineamientos creativos que voy a seguir en futuras publicaciones. Y *tendría* que estar tomando notas para descubrir cómo combinarlo todo y que resulte bien.

En vez de eso, estoy fantaseando con pasarle los dedos por las ondas del pelo y apoyar los labios en ese mentón con perilla, y después ir bajando más y más hasta…

Cierro el ordenador de golpe y la habitación queda sumida en la oscuridad.

Es el baldazo de agua fría que necesito. De ahora en adelante, esos pensamientos están prohibidos. Vedados. Abolidos. No necesito todas las complicaciones que vienen con esos sentimientos, y no voy a permitir que interfieran con el trabajo para el que me contrató Dev.

Además, los dos decidimos seguir con nuestra vida después del incidente del año pasado. Y hasta ahora vamos bastante bien.

Mientras me aleje de los chupitos de tequila y de cualquier otra cosa que tenga el potencial de soltarme la lengua, va a ir todo bien.

No hay absolutamente nada de qué preocuparse.



El miércoles por la tarde Chantal me está esperando apenas entro a nuestro apartamento y enseguida me ayuda con las maletas. En plural. Tuve que comprar otra después de pasar por la oficina central de Argonaut y salir con mi nueva parafernalia del equipo.

—Más te vale haberme traído un regalo —me advierte, lanzándome una sonrisa torcida por encima del hombro mientras arrastra las dos maletas hasta mi dormitorio.

Levanto un poco más el bolso atiborrado que tengo colgado del hombro mientras arrastro los pies detrás de ella.

—Fui especialmente a un Starbucks de Mónaco para comprar una taza, según lo solicitado.

Suelta un ruidito de felicidad mientras me guía hasta mi dormitorio y después se tira en mi cama y me mira, impaciente. Dejo caer el bolso al lado del equipaje y me derrumbo en el suelo, dolorida y agotada después de dormir en habitaciones de hotel durante una semana y de tomar tantos vuelos. Estoy desesperada por dormir en mi propia cama al menos un par de noches. Dentro de poco, solo voy a descansar en aviones y habitaciones de hotel durante un tiempo. Ni las vacaciones de verano me van a dar algo de alivio, porque voy a tener que viajar a California para la boda de Alisha. Va a ser muchísimo para mi cuerpo.

—¿Y? —empieza Chantal, con lo que me quita de mis pensamientos. Se cierne sobre mí cuando se tira bocabajo con los codos clavados en el colchón y el mentón apoyado en las manos—. Cuéntamelo todo. En realidad, espera. —Se pone de lado para sacar el teléfono del bolsillo de los *shorts*—. Primero voy a llamar a Grace por FaceTime. Me va a matar si no la incluyo en esto.

—Son las tres de la mañana en Hong Kong —le recuerdo, abriendo la cremallera de la primera maleta. Si no deshago la maleta y separo las cosas ahora, no lo voy a hacer nunca, y voy a tener que lavar y volver a hacer la maleta rápidamente cuando llegue el momento de sumarme a la gira de Dev.

—Ella dijo que no le importaba —descarta mi respuesta con un gesto de la mano mientras resuena por todo el dormitorio ese tono de llamada tan característico—. Además, ya sabes que a nuestra amiga le gusta la noche.

Eso es cierto. Cuando no tengo los horarios totalmente desfasados como este fin de semana, soy madrugadora. Más de una vez me crucé con Grace a las cinco de la mañana, yo recién levantada para ir al gimnasio y ella a punto de irse a acostar. Esos días, nos sentamos juntas en la cocina con unas tazas calentitas (un café fuerte para mí y un té para dormir para Grace). Se me encoge el corazón de solo pensarlo. No voy a verlas a ella ni a Chantal en los próximos meses.

Grace atiende como si no fuera plena noche, exigiéndole a Chantal que gire la cámara para poder verme.

—Ponte a hablar, fea —me ordena, poniéndose el móvil cerca del rostro. Los ojos oscuros le brillan por el hambre de chismes—. Y no te olvides de ningún detalle.

Al instante me pongo a hacerles un resumen de estos últimos días tan movidos, tratando de ser breve, incluso a pesar de las interjecciones de las chicas. Ya he separado toda la ropa sucia en pilas por color cuando termino de ponerlas al tanto, y la emoción de Grace prácticamente sale rebosando del teléfono.

—Eres literalmente la chica con más suerte de todo el planeta —dice, saltando con tanta violencia que su imagen tiembla en la pantalla—. Yo *mataría* por ir a esas carreras, pero tú puedes entrar de lo más tranquila.

—Sí, porque voy a estar *trabajando* —subrayo, y agarro la maleta llena del arsenal de cosas de Argonaut—. Y voy a tener que ponerme esto —digo mientras levanto una camiseta polo a rayas blancas y rojas bordada con los nombres de todos los patrocinadores y la exhibo frente a Chantal y la cámara— todos los días que esté allí.

Las dos hacen una mueca y a Chantal hasta le dan arcadas.

—Bueno, eso… no es nada bonito.

—No hay que juntar esos colores a menos que sea en una bandera o una paleta de helado —coincide Grace—. Pero no pasa nada. A ti te va a quedar bien. Y Dev seguirá pensando que estás buena de la hostia.

Lanzo una mirada furiosa poco convincente a la pantalla, pero la verdad es que espero que a Dev le guste lo que vea. Por supuesto que no va a pasar nada entre nosotros. Pero no tiene nada de malo que yo quiera que él me vea guapa… ¿no?

—No vamos a empezar con eso —digo en cambio.

Chantal gira el teléfono para intercambiar una mirada sarcástica con Grace antes de volver a girarlo hacia mí.

—Supongo que no deberías habernos contado tu confesión de borracha ni del beso del año pasado si no querías que militáramos por que vosotros dos os juntéis —dice Grace, despreocupada—. Porque, para mí, sois una pareja bastante perfecta.

—Basta —protesto mientras tiro la camiseta de vuelta a la maleta. Le daría la razón, pero hay demasiados obstáculos entre Dev y yo. Mi hermano, por ejemplo. Y la verdad, ni siquiera sé si Dev *querría* ser algo más que amigos. Y no nos olvidemos de la barrera más reciente de todas: Dev es oficialmente mi jefe—. Yo voy a mantener el profesionalismo.

—Ajá —murmura Chantal, que claramente no cree ni una palabra de lo que digo—. Gracie, mi vida, ¿en cuánto tiempo dices que le pone los cuernos?

—En tres semanas, como mucho —responde sin dudar.

Mientras me sube un calor por el cuello, les muestro el dedo del medio a dos manos y con eso me gano una carcajada a todo volumen como respuesta. Con la cabeza gacha, manoseo unas cuantas camisas, faldas y pantalones de la maleta y los voy tirando hasta hacer una pila de patriotismo que espero que no se destiña en la lavadora.

—¿Le contaste a tu hermano lo que pasó con Dev el año pasado? —pregunta Grace—. ¿Por eso estás tan empecinada en mantener una relación platónica? ¿Te advirtió que no salieras con él?

Mi cabeza vuelve a levantarse bruscamente.

—No se lo conté, de *ninguna* manera. Y nunca va a pasar, porque no hay nada que contar. Fue un error de una sola vez y ya lo superé.
—Casi. Más o menos. Bueno, en realidad para nada, pero qué importa.

Chantal toma aire con los dientes apretados.

—Amiga, por favor. Vas a viajar por el mundo con el tipo que te tiene obsesionada desde siempre. ¿En serio te parece que vais a mantener el profesionalismo?

Suelto el aire mientras me echo los rizos por encima del hombro, nerviosa.

—Es lo que hay que hacer. No voy a joderme la carrera (que ni siquiera ha empezado todavía, dicho sea de paso) acostándome con un tipo que técnicamente es mi jefe. No soy tan irresponsable.

—Yo sería irresponsable cien veces por un hombre que esté tan bueno como Dev —se ríe Grace mientras se abanica—. Él sabe que te gusta; no pierdes nada con intentarlo, a ver si él siente lo mismo.

—Él me *gustaba* —la corrijo, con el rostro todavía más acalorado por la mentira—. En pasado. Ya no.

—Sí, claro —me desestima Chantal—. Todavía estás enganchada. Y la verdad, no te culpo. Es un chico de ensueño.

—Está bien, supongamos que *sí* me gusta. —Levanto un poco las manos. No importa cuánto insista en negarlo, ellas se van a dar cuenta igualmente—. Supongamos que todavía estoy totalmente embobada con él. No es que pueda *hacer* algo. Además… —Doy un resoplido y bajo el mentón—. ¿Os acordáis de toda la historia con Jeremy?

Las chicas se quedan en silencio cuando lo menciono. Eso *sí* que lo entienden. No puedo ni quiero seguir poniendo en riesgo las amistades de mi hermano. Él no dudó de mí ni un segundo cuando le conté lo que había pasado con Jeremy. Directamente saltó a defenderme en cuanto se enteró de que lo necesitaba. Nunca voy a terminar de agradecerle su lealtad y la confianza que me tuvo. No puedo responder a eso yendo a acostarme con otro de sus amigos, sin importar lo fuertes que sean mis sentimientos ni hace cuánto los tenga. No voy a arriesgarme a causar otro desastre.

—Está bien —reconoce Chantal—. Puede que él no sea la mejor opción como novio. Pero no veo nada de malo en que os acostéis en secreto.

—*Chantal*.

—Por favor, ¡es la situación perfecta! Viajaréis juntos, os hospedaréis en los mismos hoteles. Sería tan fácil meterse en la habitación del otro y…

—No va a pasar.

Se tira las trenzas por encima del hombro y me mira fijamente.

—Tal vez te haría falta. Tal vez, con un par de orgasmos que no te hayas dado tú misma, estarías un poco menos de mal rollo.

Respiro bruscamente, pero antes de que llegue a decirle que no se meta en lo que no le importa (y que ni siquiera me acuerdo cuándo fue la última vez que me di un orgasmo), Grace suspira con aire soñador.

—El verano es para enamorarse, Willow —dice, devolviéndome la atención al teléfono—. ¿Qué tiene de malo abrirse a esa posibilidad?

—Con él, no. —Tengo que cortar con esto antes de que se les ocurran más ideas locas—. Escuchadme bien: no va a pasar nada. No puede pasar nada.

Chantal vuelve a girar el teléfono para mirar a Grace. No necesito verla para saber que está poniendo los ojos en blanco como Chantal.

—Estáis hablando sin saber —mascullo.

La risa de Grace llena la habitación como si estuviera a nuestro lado.

—Di lo que quieras, mi vida. Pero nadie te conoce mejor que nosotras.



Me siento mucho más descansada ahora que pasé unos días en casa, y estoy mirando la apertura del Gran Premio de España en directo desde mi ordenador portátil mientras reviso mi ropa y pienso qué voy a necesitar de verdad para estos meses de gira. Para los fines de semana de carreras, no tengo otra opción que ponerme ese uniforme inmundo, pero casi todos los días laborables, seguro que puedo usar lo que quiera. Igualmente, me estoy dando cuenta de que es un desafío elegir qué llevar.

Salvo una carrera que es en Montreal, todas las demás son en Europa, así que por lo menos no voy a tener que preocuparme por que haya cambios de clima muy abruptos de un lugar a otro. Pero primero, según Chava, Dev quiere que me sume a sus vacaciones en San Diego antes de que tengamos que ir dentro de dos semanas al Gran Premio de Canadá.

La verdad, no quiero ir a casa. Ya vi a mis padres cuando vinieron a mi graduación en Nueva York, y no tengo mucho interés en dormir en mi habitación de la infancia, pero, según Chava, este viaje no es opcional. Así que parece que me vuelvo a California.

—¿Todo bien? —pregunta Chantal, apoyada en el marco de mi puerta—. Hace rato que estás ahí mirando ese pilón de imitaciones baratas de banderas.

Bajo el volumen de los comentaristas que están haciendo predicciones sobre el resultado de la carrera y resoplo.

—Estoy intentando decidir qué llevar —confieso—. Quiero estar segura de tener lo que necesito para todos los países que vamos a visitar.

—Ay, nena, la cantidad de sellos que vas a acumular en el pasaporte. —Suelta un suspiro anhelante—. Qué envidia. Yo me tengo que quedar a trabajar en una oficina. Qué asco.

—Mi vida es envidiable, sí —me burlo—. Pero tal vez… Ay, mierda, mi pasaporte.

Chantal se ríe mientras me levanto toda desbandada y doy un manotazo a la cómoda para coger el bolso que llevé a Mónaco. Cuando mis manos tocan la libretita azul, se me encorvan los hombros de alivio. Si la pierdo, no voy a ir a ninguna parte.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta mientras apoyo con cuidado el pasaporte en la cómoda para que esté a la vista todo el tiempo—. Es una oportunidad increíble, no digo que no. Pero la verdad es que todo esto parece un poco… caótico.

—*Es* caótico —coincido mientras vuelvo a mi lugar en el suelo. En cuanto me acomodo, abro mi cuaderno para ver la lista de cosas que tengo que meter en la maleta—. Pero sí, estoy segura. Lo quiero hacer.

Se le dibuja en el rostro una sonrisa burlona preocupante.

—Lo que quieres es ir con Dev y montarte en su…

—¡No lo digas! —chillo, lanzándole mi bolígrafo.

Lo esquiva sin problema, balanceándose sobre los talones.

—Las dos sabemos que es lo que quieres —canturrea mientras entra un poco más en mi dormitorio y me acerca el neceser dándole empujoncitos con un pie que tiene las uñas pintadas de rosa—. Pero está bien, ya no digo nada más. Por ahora.

—Uf, gracias —refunfuño mientras levanto la caja que tengo a la izquierda—. Pero qué amable.

Chantal se inclina a mi lado, ignorando mi comentario sarcástico.

—¿Esa es la Gran Caja de Pastillas?

Levanto la caja de zapatos etiquetada con brillitos y la sacudo. Todos los envases de antiinflamatorios, suplementos para las articulaciones y analgésicos de emergencia traquetean dentro. Antes me daba vergüenza viajar con un arsenal de medicamentos, además de varios rollos de vendas para las articulaciones, pero después conseguí aceptar que, si quiero estar cómoda y en movimiento, la Gran Caja de Pastillas (como le decimos cariñosamente) es una

parte más de la vida. ¿Por qué me tiene que dar vergüenza algo que no puedo cambiar de mí misma?

—Lista para la batalla —le digo mientras la meto en mi equipaje de mano. No hay manera de que guarde un cargamento tan preciado donde no lo pueda ver.

—¿Todos los hoteles tienen gimnasio?

Levanto mis bandas elásticas para hacer ejercicio y después las dejo caer en mi equipaje de mano.

—Estoy bastante segura, pero igualmente voy preparada.

—Ejercita las articulaciones. Y ten cuidado, ¿vale?

—No sé cuánto cuidado esperas que tenga si además quieres que vaya por ahí montando pollas —le respondo.

Chantal suelta un graznido de sorpresa ante mi comentario y se deja caer sobre las nalgas enormes que tiene. Pongo los ojos en blanco y contengo una sonrisa mientras ella se abraza el estómago y se ríe a carcajadas.

—Por Dios, me encanta este lado tuyo —llega a decir sin aliento—. Cuando nos conocimos eras tan tierna, ¡y ahora eres una bestia!

Con una risita, le pego en el brazo con el dorso de la mano.

—Eso fue obra *tuya*.

Y aunque no se lo voy a confesar, últimamente Dev también me está influenciando. Es difícil que no se me escapen estas cosas cuando estoy expuesta a su humor vulgar. Además, quiero que él sepa que yo ya no soy una chica pasiva que se sonroja por cualquier cosa. Puede que haya sido así cuando estaba con Jeremy, y durante un tiempo más también, mientras me sanaba el corazón, pero ahora estoy a punto de entrar en una etapa completamente nueva de la vida. No quiero que me persiga esa reputación.

—Te corrompí. —Chantal se seca una lágrima invisible; después me rodea con los brazos y, mientras me abraza, me mece y finge que llora—. Cómo creció mi pequeña. Dios, cómo te voy a echar de menos.

—Pero me voy en unos días, no me estoy yendo ahora —me quejo, pero la dejo que nos siga acunando—. Por lo menos podrías hacer algo para que me den ganas de echarte de menos.

—Qué cosita tan malvada —arrulla, apretándome la cabeza contra su pecho—. Mi bello diablillo de bolsillo.

—Eres la peor —mascullo mientras suena de fondo el compás que abre la canción de Fórmula 1. Es un recordatorio de dónde voy a estar en los próximos meses: dejándome llevar por la corriente del mundo de las carreras, a kilómetros de mi zona de confort de siempre y lejos de mis amigas.

Así que dejo que Chantal me sostenga como a una muñeca mientras van pasando rápido las caras de los pilotos por la pantalla. Se me corta la respiración cuando aparece Dev, que mira a la cámara con una sensualidad innegable. No importa que todos los demás también hayan mirado a cámara. Ellos no me hicieron sentir así. Como si me estuvieran mirando directamente a mí.

Pero Dev sí. Y de repente pierdo la confianza en mi capacidad de mantener una relación platónica.



CAPÍTULO 10
Dev

Voy contando los días que faltan para que llegue Willow.

Técnicamente, no tenía que sumarse a mi equipo hasta la semana que viene, cuando viajemos a Canadá, pero le pedí a Chava que le reservara un vuelo a San Diego antes. Tenemos que ponernos a limpiar mi imagen cuanto antes. No hay mucho tiempo, y después de lo que pasó el último fin de semana, necesito algún tipo de triunfo.

Si terminar en sexto puesto en Mónaco no fue suficiente para demostrar que ella es mi amuleto de la buena suerte, la masacre del Gran Premio de España tiene que terminar de definirlo. No hay otra forma de describir lo que pasó, teniendo en cuenta que me chocaron hasta el culo desde todos los ángulos a los cinco segundos de la primera vuelta y tuve que retirarme de la carrera porque el daño de mi coche era demasiado grande para seguir corriendo.

También quedaron enredados en el caos otros tres pilotos. Los hijos de puta de la FIA catalogaron todo como un «incidente en el circuito de carreras» y nada más, aunque está claro que fue una imprudencia de Lorenzo Castellucci lo que causó el choque. Lo deberían haber atiborrado de penalizaciones y multas y advertencias firmes, porque un día ese tipo va a matar a alguien.

—¿Estás seguro de que no tienes una conmoción cerebral? —La voz de Chava sale de los altavoces de mi coche. O más bien del

coche de mi madre, que le robé para el día de hoy—. Odias pasar a buscar a la gente por el aeropuerto. Y yo soy tu asistente. ¿No es parte de mi trabajo?

—No me pasa nada. Disfruta de tu día libre con tu familia, idiota —le digo mientras me meto en el carril que lleva a la rampa de la terminal de llegadas—. Y si hoy cocinas tres leches, más vale que me guardes un poco.

Antes de ser mi asistente, Chava pasó por el instituto de gastronomía. Lo dejó cuando se dio cuenta de que solo le gustaba cocinar como *hobby* y no profesionalmente, y en vez de dedicarse a eso vino a trabajar para mí. Se suponía que iba a ser un empleo temporal, algo para salvarlo de la decepción de sus padres, pero ya han pasado cuatro años y el tipo sigue conmigo. La pérdida para el mundo culinario definitivamente fue una ganancia para mí.

Chava suspira.

—Sabes que Mark te va a matar si comes…

Me salvo de tener que reconocer la amenaza que eso representa a mi vida y a mi dieta cuando oigo a la madre de Chava gritar de fondo: «¡Salvador, ven aquí!».

—Parece que tu mamaíta querida te necesita —le digo, sonriendo para mis adentros—. ¡Y tráeme pastel! Me lo merezco: ¡casi me asesina Castellucci!

Chava corta el teléfono después de murmurar algún insulto mexicano muy ofensivo que me levanta el día con su creatividad soez. No era broma lo de merecer un capricho después de lo que pasó el fin de semana pasado, y no me cabe duda de que dentro de unas horas aparecerá en casa de mis padres con un envase de

plástico lleno de pastel y bendiciones de parte de su madre. Voy a necesitar las dos cosas si quiero sobrevivir el resto de la temporada.

Cada vez que subo al coche, asumo un riesgo. Siempre existe la posibilidad de que no salga ileso de la carrera. Los avances tecnológicos en seguridad han salvado mi vida miles de veces, pero los pilotos como Lorenzo los ponen a prueba cada vez que se apagan esas cinco luces rojas.

Tengo suerte de que en general clasifique en un puesto más alto que yo. Casi siempre está al frente, cerca de los coches de Mascort y Specter Energy, pero una bandera roja interrumpió su última vuelta rápida en Q3 en la clasificación del sábado. Eso lo dejó en el décimo puesto, mientras que yo me hice un lugar como número doce, lo cual nos puso un poco demasiado cerca para estar cómodo al principio de la carrera. Debí haberme dado cuenta de que iba a tratar de abrirse paso a golpes. Al intentarlo, tocó otro coche, lo cual hizo que ambos se pusieran a dar vueltas descontroladamente y aniquilaran a todos los que tenían cerca, yo incluido.

Por qué D'Ambrosi no lo echa es un misterio, dado que lo único que hace es arruinar sus posibilidades de ganar el campeonato una y otra vez. La Scuderia es un equipo legendario. Su nombre es sinónimo de F1 y carreras de élite y trae consigo una base de fans que los siguen desde hace generaciones. A pesar de los actos de terrorismo que comete en la pista, Lorenzo sigue siendo el que está en el póster. Es el semental italiano, el orgullo del *paddock*, hijo de un viejo tetracampeón mundial. Cuando no está chocando con todo el mundo, es un piloto increíble, eso hay que reconocérselo; pero es muy descuidado: todavía es demasiado joven y arrogante para haber desarrollado algún tipo de miedo.

Con veinticinco años, yo sigo siendo relativamente joven, incluso para los estándares de las carreras, pero ese chico de veintiún años me hace sentir como un viejo que agita el puño y le grita al cielo quejándome de él.

Las señales de un coche me distraen de Castellucci cuando estoy aparcando frente a la terminal del aeropuerto. No importa que literalmente me dedique a conducir; conducir en el mundo real es una pesadilla. Al menos en la pista solo tengo que preocuparme por diecinueve idiotas y no por un millón.

Aparco junto al borde de la acera y enciendo las luces de emergencia; después le subo el volumen a mi lista de música para ahogar los sonidos que se arremolinan a mi alrededor mientras me acomodo para esperar. Según el rastreador de vuelos, el avión de Willow ha aterrizado hace veinte minutos, así que debería salir en cualquier momento, si es que todavía no ha salido.

Recorro con la mirada las caras de la multitud que hay dando vueltas a mi alrededor mientras suena el tema que da título a una película de Bollywood de finales de los noventa. El cantante se acaramela poéticamente con la sonrisa de una mujer y algo que le pasa a su corazón cuando la ve. Es más empalagoso que la mierda y jamás voy a admitir que tengo el hábito de escucharlo, pero me trae recuerdos de estar tirado en el suelo de la sala de estar, jugando con los coches de juguete mientras mi madre miraba películas y hablaba a gritos por teléfono con su familia de la India.

Otra cosa que jamás voy a admitir es que la letra en hindi tiene mucho más sentido cuando Willow sale andando ligera por la puerta y una sonrisa de sorpresa le ilumina el rostro al verme salir del coche.

Como en la letra de la canción, está claro que *algo me está pasando* a mí también; solo que lo mío es un poco más impúdico.

—Hola —me saluda agitada cuando me acerco a ella en la acera. Dos maletas gigantes la hacen parecer más bajita. Tiene los rizos un poco desordenados, y su vestido verde pálido ondea mientras ella se limpia las palmas contra las caderas—. Perdón, no… No esperaba verte a ti. Chava dijo que vendría él.

Agarro las asas de las maletas para evitar envolverle la cintura con los brazos. Cada vez que la veo se hace más fuerte mi reacción, lo cual no encaja para nada con mi promesa de mantener una relación estrictamente profesional.

—Chava tenía que hacer unos trámites. —Arrastro las maletas atrás de la furgoneta negra—. Hoy me tienes de chofer. Vamos, entra al coche.

Aprieta el bolso contra su cuerpo mientras se dirige al asiento del acompañante, lo cual me da la oportunidad de descruzarme los cables antes de encerrarme con ella. Cuando le dije a Chava que no tenía problema en encargarme de buscar a Willow por el aeropuerto (bueno, cuando le *insistí* en encargarme), me estaba enfocando en arrancar con mi resucitación en las redes sociales. No pensé que su sonrisa pondría mi corazón a correr a toda marcha, ni que tendría que luchar por bajarme el miembro solo por la forma en que su vestidito le ondula sobre los muslos.

Y sin embargo aquí estoy, acomodándome los vaqueros después de colocar su equipaje en el maletero, con los nervios y la culpa carcomiéndome el estómago. Por Dios, qué bien me vendría ese tres leches ahora. O un buen puñetazo en la boca del estómago.

Una vez que las maletas están guardadas, entro al coche con ella. Me sube un calor por la cara cuando aparecen flotando entre nosotros las notas de la canción de amor vergonzosa que estaba escuchando, así que manoteo desesperadamente el botón del volumen hasta bajarlo por completo. De todas formas, no sé qué es peor: el canturreo romántico de Udit Narayan o el silencio tenso que lo reemplaza.

—¿Estás lista? —pregunto, tras elegir ignorar la incomodidad que se instala en el ambiente.

Willow asiente con la cabeza mientras se pone el cinturón con un *clic*.

—Gracias por venir a buscarme. No hacía falta, en serio.

—No es nada. —Apago las luces intermitentes del coche, vuelvo a encender el GPS y pongo el coche en marcha. Miro por los espejos y hago que la furgoneta enorme confluya con la corriente de coches que intentan salir—. Así hago algo en vez de comerme la cabeza pensando en mi mierdoso fin de semana.

—Sí, ya vi la carrera. Qué mala suerte has tenido.

—Sí, claro, qué suerte —me río—. Pero me alegra que hayas vuelto. Creo que eres mi amuleto de la buena suerte.

Cuando gruñe, por fin le dirijo la vista y la inspecciono rápidamente.

—¡No me endiñes esa responsabilidad! Es demasiada presión.

—Es tarde. Así que más te vale que estés a la altura de las circunstancias —le tomo el pelo—. Tengo planeado llegar al podio el domingo que viene.

—Ah, eso *sí* que es mucho decir. —Se ríe por lo bajo mientras la voz del sistema de navegación me indica que gire a la izquierda en

la intersección concurrida que tenemos delante—. Si soy tu amuleto de la buena suerte, ¿qué vas a hacer cuando me vaya?

—¿Y quién dice que alguna vez te voy a dejar ir? —le pregunto, concentrado en meterme en el carril que gira a la izquierda y en conducir a la defensiva para que no me choque uno de estos imbéciles (ya he tenido suficientes choques últimamente). Las palabras se me desprenden de la lengua antes de que pueda pensar en todas las formas en que se las puede tomar.

Willow lanza una carcajada (por suerte se tomó mi pregunta como un chiste) y su risa reverbera por todo el coche.

—¿Qué, me vas a tomar de rehén?

Le respondo con voz grave y siniestra, siguiéndole el juego, aunque esta vez no estoy seguro de si estaba bromeando:

—Dile a tu familia que me pague un millón de dólares y después hablamos de una posible liberación.

Cuando me animo a mirarla, está sonriendo: tiene los hoyuelos marcados y los ojos casi cerrados.

—Eso no va a ayudar a limpiar tu imagen. ¿Tener presa a una pobre chica inocente? No queda muy bien.

Acelero y doblo a la izquierda justo cuando la luz del semáforo que tenemos arriba se pone amarilla.

—No creo que seas tan inocente.

El aire cambia al instante. Mierda, debería haberme guardado lo que pensaba. Mi madre dice que mi incapacidad de guardarme las cosas es una maldición y, en este momento, tiendo a creerle.

—Bueno, creo… Creo que tenemos que hablar. Quería evitar el tema, pero es como tratar de esconder un elefante.

—Te dije que nunca me hablaras del tamaño de mi nariz —lloriqueo, intentando distraerla para evitar la conversación que ella quiere tener. No puedo con esto ahora. Ni nunca. Solo me va a meter en problemas—. *Ya sabes* que me genera inseguridad, Willow.

Eso le saca una risita floja, y yo sonrío por mi victoria, aunque ella se estabiliza rápidamente.

—Hablo en serio, Dev —dice, aunque su sonrisa y las risas que le sacuden la voz no están de acuerdo—. Y pensé que eras demasiado inteligente para dejarte llevar por los estándares de belleza eurocentristas. Qué vergüenza.

Ese comentario me hace reír antes de que logre analizarlo: todavía me sorprende que me tome el pelo. Era así cuando éramos pequeños: nos seguía el juego a Oakley y a mí con total naturalidad. Pero a medida que fue creciendo, eso se fue desvaneciendo. Como si se le estuviera cerrando la coraza en vez de abrirse. Se volvió… callada. Reservada. Como si le hubieran quitado la liviandad. Cuando me fui a competir a Europa a los dieciocho, apenas nos hablábamos.

Y así siguió durante años. Justo después del desastre de Jeremy me sumé al intento colectivo de comunicarme con ella, para asegurarme de que la chica luminosa con la que había crecido no permitiera que se terminara de extinguir esa luz. Empezó como un favor a Oakley: la llamaba para preguntarle cómo estaba y después le contaba lo que ella me decía. Pero después de un tiempo, se convirtió en una necesidad propia de saber más sobre ella.

Igualmente, fue todo muy casual. No teníamos conversaciones profundas ni intercambiábamos más que un par de mensajes semana de por medio. Pero ella se estaba volviendo a abrir, aunque solo fuera un centímetro cada vez.

Por eso me sorprendió tanto cuando me confesó que había estado enamorada de mí. Fue atrevido. No era algo que la Willow cohibida hubiera hecho, con o sin ayuda del alcohol. Fue como vislumbrar a la Willow de antes. La chica temeraria que había conocido durante tanto tiempo. La que podía seguirte el ritmo de cualquier broma.

La que me hace sentir cosas que no debería sentir.

—Bueno —me obligo a decir—. Hablemos del tema.

Por fin nos atrapa una luz roja, así que aprovecho para mirarla directo a los ojos. Si ella quiere hablar de esto, voy a dejar que lleve la conversación. No voy a enterrarme diciéndole cualquier cosa si después no me voy a poder desenterrar. Ya estoy bastante embarrado, de cualquier forma.

Arrastra los dientes por el labio inferior y mira por el parabrisas, al tráfico.

—Lo que pasó el año pasado en el fin de semana del cumpleaños de Oakley… —dice, retorciéndose los dedos sobre las piernas—. No me… No me arrepiento de eso, ¿vale? No voy a decirte que estaba mintiendo y que no sentía nada de eso, ni que no me gustó lo que pasó. Pero creo que los dos sabemos que fue un error.

Mantengo la boca cerrada y asiento. Tiene razón. *Fue* un error. Y fue un error dejarlo pasar todo, como me pidió esa noche, aunque yo no quería. Todavía no quiero, pero no es una decisión que pueda tomar yo.

—Siento que nos está pesando —sigue, empujando las palabras. Todavía tiene la atención clavada en la ventanilla cuando un rubor le mancha la parte superior de los pómulos—. Solo quiero que sigamos adelante y seamos amigos; sin sentirnos raros y sin coquetear.

Podemos conseguirlo, ¿no? ¿Dejar eso atrás y que todo siga tranquilo?

Si eso es lo que quiere, voy a hacer todo lo posible por conseguirlo, por muy difícil que me resulte.

—Sí —contesto, apretando suavemente el acelerador cuando el semáforo se pone en verde—. Perdón si te he hecho sentir incómoda.

—No me incomodaste —escupe, y por fin me mira. Tiene una pierna plegada debajo del culo, y se le está subiendo el vestido unos centímetros.

Tengo que poner toda mi fuerza de voluntad en arrancar la mirada de su piel oscura y dirigirla a la calle.

—Está todo bien, lo juro —sigue—. Y me alegra que estemos trabajando juntos.

Me aferro a la oportunidad de cambiar de tema para no aparcar en el arcén y meterle las manos bajo la falda.

—Por eso te he hecho venir hasta aquí para pasar la semana conmigo. Quería empezar con esto lo antes posible. —Ahora que hemos regresado a un terreno familiar, se le ilumina el rostro.

—Entonces empecemos. He estado pensando en cómo enmarcar tu vuelta al mundo de las redes sociales. Necesitas empezar de cero. Borrón y cuenta nueva, pasado pisado, ¿entiendes? —Echa un vistazo por la ventanilla a las palmeras que pasan antes de volver a mirarme—. ¿Tienes ganas de surfear hoy?

Le lanzo una mirada risueña.

—¿En serio me estás preguntando eso? —Nunca voy a dejar pasar una oportunidad de meterme en el agua. Lo único que sobrepasa mi amor por el surf es mi amor por las carreras.

—Bueno, genial, porque tengo una idea —arremete; claramente estaba lista para convencerme aunque yo no estuviera de acuerdo—. Para nuestra primera publicación, quiero hacerte unas fotos saliendo del agua. Como *El nacimiento de Venus*. Pero *Dev renacido*. Una versión totalmente nueva de ti.

—¿Estás diciendo que me quieres ver desnudo, Willow? —bromeo mientras doblo la esquina y entro al vecindario de nuestros padres —. Me lo hubieras pedido y ya.

—Dev —dice, y se hunde en su asiento—. ¿Qué es lo que te *acabo* de decir?

Gruño. Las indirectas son un acto reflejo, sobre todo con ella.

—Sin coquetear. Sí, entendido. Pero vamos, tú te metiste sola en eso.

—Bueno, es cierto —me concede—. Pero fue la última, ¿vale?

¿Esta censura que me impone es por ella o por mí? Saber que no se arrepiente de lo que pasó entre nosotros es exactamente el tipo de información que no necesito, porque de ninguna forma me va a ayudar a aligerar la tensión que tengo en el pecho y acallar la voz de mi cabeza que me dice *a la mierda* y me manda a coquetear todo lo que quiera.

Por fin doblo en la entrada compartida de nuestras familias y aparco la furgoneta detrás del coche que se compró mi padre en su crisis de la mediana edad: un coche deportivo Mascort 241. El mismo por el que casi me demanda Argonaut cuando subí una foto posando con él en mis redes. Cómo me gusta jugar con el ego frágil de mi equipo.

—Espera, que busco mis cosas —le digo cuando los dos salimos de la furgo—. Nos vemos aquí dentro de veinte minutos y te llevo a

mi lugar favorito.

Sin decir nada más, saco las maletas del maletero de un tirón y las arrastro hasta la puerta de entrada. Me estoy dando la vuelta para ir a mi casa cuando su mano se apoya en mi brazo y me retiene.

—Vamos a arreglar esto —me asegura con suavidad—. Te lo prometo.

¿Habla de la tensión que hay entre nosotros o de cómo me ve el público? Sin estar seguro, lo único que puedo hacer es asentir. Por primera vez en la vida, no consigo emitir palabras.

Esa es una cosa más por la que le puedo dar crédito a Willow. No solo es mi amuleto de la buena suerte, sino que también es la única persona que conozco que me puede dejar mudo.



CAPÍTULO 11
Willow

La piel dorada de Dev resplandece a la luz del sol como si los rayos estuvieran hechos para brillar específicamente sobre él.

Me muero de vergüenza por lo mucho que lo vengo mirando. Y cuando digo «mirando», en realidad es «admirando». Me derrito. Esto me está llevando a niveles de bochorno que ya me hacen pensar: *tengo que tirarme al mar y no salir nunca más*. Pero por lo menos puedo fingir que toda la atención que le vengo dando a Dev hace ya dos horas es por trabajo.

—¿Y si hacemos unas fotos con el traje por la cintura? —le pido por encima del sonido de las olas. Dios, espero que mi bronceado alcance para esconder lo ruborizado que tengo el rostro.

Dev sacude la cabeza y el pelo negro y el agua vuelan para todos lados.

—¿Qué te dije de intentar sacarme la ropa, Willow? —me responde desde lejos, pero ya está quitando los brazos del neopreno negro mientras se acerca vadeando a la orilla.

Ignoro la broma y vuelvo a levantar la cámara para hacer una foto tras otra de él saliendo de entre las olas y mostrando cada vez un poco más de piel. No soy la mejor fotógrafa, pero hice un par de clases cuando estaba en la universidad, así que me defiendo con la réflex. Mi meta de hoy es capturar la esencia de Dev.

La gente tiene que conocer al Dev de verdad (pero no más de lo que él esté dispuesto a enseñar). No tiene sentido invadir su privacidad; eso le haría más daño que bien, y tendríamos que empezar todo de cero.

—¿Así está bien? —pregunta cuando ya tiene el traje por las caderas. Trazan una V tan marcada que parece una flecha que apunta a un tesoro oculto. Un tesoro no tan oculto con esa tela ajustada—. ¿O me quieres como Dios me trajo al mundo?

—¡Así está perfecto! —grito, sosteniendo la cámara delante de mi rostro para esconder lo que puedan llegar a revelar mis expresiones —. ¿Te puedes dar la vuelta? Mira hacia el mar.

Hace lo que le pido, pero verle la espalda no ayuda a calmar mis hormonas. Este tipo está… todo marcado. De pies a cabeza. Y me siento una degenerada comiéndomelo con los ojos de esta manera.

Ya lo he visto sin camiseta cientos de veces, pero no se puede negar que los últimos años le han sentado muy bien. Tal vez Chantal tenía razón al final. Tal vez no tiene nada de malo acostarnos sin que nadie se entere, porque ¿qué clase de persona sería capaz de resistirse a un hombre tan sensual?

Me sacudo ese pensamiento en cuanto aparece porque está *muy* mal. Ya le dije claramente a Dev que no puede pasar nada entre nosotros, pero algunos comentarios que hizo en el coche me hacen pensar que no soy la única que siente más que amistad hacia el otro. Me levanta el ego y a la vez me enciende todas las alarmas. Pero va a ser mucho más difícil resistirse si la atracción es mutua.

—¡Listo, ya tengo lo que necesito! —Dejo reposar la cámara contra mi pecho y le hago señales con las manos para que se acerque a la orilla—. ¿Las quieres ver?

Cuando llega a mi lado, le voy mostrando las fotos en la pantalla de la cámara y me río por lo bajo cuando él se carcajea al ver las imágenes en movimiento que no lo favorecen tanto. Me parece muy natural estar hombro con hombro, y solo espero que la comodidad que hay entre nosotros se sostenga el resto del tiempo que trabajemos juntos.

—Están muy bien —concluye y se deja caer en la arena junto a su tabla de surf abandonada, recostándose un poco contra los brazos extendidos—. Publica lo que quieras. Confío en que me vas a hacer quedar lo mejor posible.

—Qué palabras tan atrevidas. —Me ajusto el vestido detrás de los muslos y me siento al lado de él para contemplar las olas. Aunque no estaba muy segura de volver a casa, no puedo negar que echaba de menos la playa, más allá de que últimamente me crea un bicho de ciudad—. Voy a escribir algo sobre empezar de cero y pasar malos momentos, así lo pongo con las fotos. Después empezamos a subir cosas de los fines de semana de carreras y de lo que pautemos con las marcas, pero también vamos a seguir haciendo fotos más casuales como estas. —Le lanzo una mirada, sin saber cómo va a reaccionar a mi siguiente pregunta—. ¿Te sentirías cómodo con enseñar la boda de tu hermana? No hace falta poner nada sobre ella. Solo unas fotos de ti y del lugar. Algo que muestre lo bien que te llevas con tu familia. A tus patrocinadores les va a encantar.

Dev echa la cabeza para atrás y sonríe.

—Di la verdad: tú lo que quieres es sacarme fotos embadurnado de *haldi* para tener con qué chantajearme.

—No me des ideas —le advierto—. Porque soy capaz.

—Creo que me gusta cuando me amenazas. —Se le ensancha un centímetro más la sonrisa—. Y no estoy coqueteando. Estoy diciendo un hecho, nada más.

Negando con la cabeza, me esfuerzo por no sumarme a su sonrisa. Las mariposas que alguna vez se habían instalado en mi estómago hacen un retorno triunfal.

—Así no se puede.

—Más te vale que se pueda, porque no te queda más opción que verme la cara durante un buen tiempo.

Se me ocurren formas mucho peores de pasar el rato, la verdad.

—Vamos. —Se levanta de un salto y me extiende la mano, con la parte de arriba del traje todavía colgándole de la cadera—. Ahora te toca a ti ir al agua.

—Eh… Me parece que no —me planto en el lugar hundiendo los dedos en la arena cálida—. Estoy bien aquí en tierra firme.

—Te dejo usar mi tabla para barrenar —me intenta engatusar—. ¿Te acuerdas de cómo le rogabas a Oak para que te dejara hacerlo?

Ay, cómo no me voy a acordar. No importaba qué estuviera haciendo mi hermano: yo siempre quería hacer lo mismo que él, ya fuera jugar al fútbol, hacer karting o aprender a surfear. Solo que, a diferencia de Oakley, que podía hacerlo todo sin problemas, yo en general terminaba herida. Hasta los desafíos físicos más simples eran un riesgo para mi salud. A medida que fui creciendo, empecé a encerrarme más en mí misma, a probar menos cosas nuevas, a convencerme de que estaba conforme con quedarme en mi propia burbuja. Con quedarme lejos del peligro.

Pero Dev nunca me trató como una estatuilla de cristal. Aunque Oakley me prohibía unirme a ellos porque se preocupaba por mí,

Dev casi siempre lo convencía de dejarme probar. Yo sabía cuáles eran mis límites, claro, pero cada vez que presenciaba cómo saltaba Dev a defenderme, se me derretía el corazón.

—Está demasiado fría el agua —vuelvo a rechazar la propuesta, por más que me siento agradecida: se acordó de un detalle pequeño pero importante sobre mí—. Y no tengo bañador.

Me señala, mirándome fijamente.

—Te voy a llevar al agua. Acuérdate de lo que te digo.

—Ajá, sí, seguro. —Hurgo en mi riñonera para mirar la hora en el teléfono, pero me olvido de ello cuando veo el nombre de mi hermano mil veces en la pantalla.

Oakley: Espero que no la hayas cagado en el trabajo nuevo!!!! (jaja ya sé que no, porque si no Chava ya te hubiera delatado ayer)
Oakley: Pero sí contó que esta semana ibais a estar en casa, así que manda saludos a mamá y papá
Oakley: Y dile a mamá que pare de mandarme todas esas recetas, te juro que esa mujer piensa que yo sobrevivo a base de comida para llevar
Oakley: Ni se te ocurra decirle que tiene razón
Oakley: Pero os está yendo bien con Dev? Cómo estás tú?

Cuando veo esos mensajes justo después de todas esas bromas innegablemente seductoras con Dev, me siento casi como si me hubieran pillado haciendo algo malo. Y ni quiero pensar en que me pasé horas derritiéndome por él, cosa que nunca habría hecho si hubiera estado Oakley. Por más que ahora tenga una presión en el pecho por la ansiedad, los mensajes de mi hermano son un recordatorio necesario de por qué debo mantener mis sentimientos bajo control.

Willow: Todo bien, todavía no me han despedido!! Ya voy a tener unas cositas para publicar por Dev, estate atento a sus redes

Me aclaro la garganta después de mandar el mensaje en un intento de centrarme y levanto la mirada para volver a mirar a Dev.

—Habría que ir yendo a casa —le digo mientras vuelvo a guardar el teléfono en la riñonera—. Quiero empezar a editar estas fotos, así ya subimos esa primera publicación.

Hay un momento de vacilación, como si él sintiera que algo cambió en mí, y luego asiente con la cabeza y me ofrece otra vez la mano para ayudar a levantarme. Esta vez la agarro, y la sensación de su palma en contacto con la mía hace que al instante me suba un calor por el brazo. Me levanta con cuidado, envolviéndome el codo con la otra mano para evitar tirar con demasiada fuerza de mi muñeca. Es una técnica que le enseñé hace mucho tiempo, una muy necesaria para asegurarse de que mi frágil articulación no se escurra de lugar.

Las cosas como esas, esos detallitos que aún recuerda después de tantos años, hacen que flaquee mi determinación de mantener nuestro vínculo en términos platónicos. La verdad, si estoy así después de pasar tres horas con él, ¿cómo voy a estar después de tres días, y ni hablar de tres *semanas*?

Se lo agradezco rápidamente y retiro el brazo de entre sus manos para volver a levantar la cámara.

—¿Te molesta si te hago unas fotos más mientras tú te alejas? —Necesito un minuto para recuperar la compostura—. Como para dar un mensaje de «ya he vuelto, estad atentos».

Dev sonríe con descaro, pero levanta la tabla y se aleja caminando mientras grita por encima del hombro:

—¡Yo sé que no te gusta que me aleje, pero te encanta ver *cómo* me alejo!



Un rato después, volvimos a la furgoneta de la madre de Dev. Se puso un pantalón corto y una camiseta, la ropa con la que lo veo más a menudo. Dev en esmoquin es una maravilla, y Dev en traje de carreras es una cosa increíble, pero Dev con ropa informal… Esa es mi versión favorita.

—¿Podemos hacer una parada antes de ir a casa? —pregunto en cuanto empieza a salir a la carretera.

—Sí, claro. —Está relajado en el asiento, con las manos descansando en la parte de abajo del volante como si no tuviera que prestar casi nada de atención para conducir un coche de tres toneladas. Es más sensual de lo que quisiera admitir—. ¿Dónde?

—En Stella Margaux —respondo, bajando el mentón de la vergüenza. Pero estoy desesperada por tener algo dulce para engullir mientras me paso el resto de la tarde editando fotos.

Me lanza una mirada con el ceño fruncido.

—¿El lugar ese de los macarrones?

—Ese mismo.

—Qué locura —murmura y vuelve a mirar la carretera—. No sabía que te gustaban.

—Un poco demasiado, tal vez —confieso—. El local de Nueva York está cerrado por reformas, así que hace bastante que no como ninguno. Intenté hacerlos yo, pero digamos que… no me salió muy bien.

—¿Pero la repostería no te ayudaba a liberar el estrés?

—Nunca dije que me saliera bien.

Frunce el ceño con una expresión pensativa por un segundo, luego asiente con la cabeza y se le forma una sonrisita en los labios, como si me estuviera imaginando quemando postres.

—*Touché*.

Pasan cinco minutos de silencio hasta que aparcamos frente al edificio pintado de lila. El nombre está escrito con una bonita letra cursiva estampada en las ventanas de cristal. Cada centímetro de Stella Margaux es un gran sueño pintoresco de colores pasteles, desde las vitrinas decoradas en las que parece que los macarrones flotan sobre nubes hasta las pinturas al estilo de Miguel Ángel que hay en el techo.

Según cuentan varias historias de interés general, los murales que hay en cada tienda están hechos por artistas marginales de la comunidad local, y una parte de las ventas de las tiendas está destinada a la financiación de la educación artística en las escuelas públicas. No solo hacen los mejores macarrones del mundo, sino que la misma Stella Margaux es una mujer fabulosa: es exactamente el tipo de persona que quiero ser yo.

Qué lástima que nunca voy a estar ni cerca de tener ese talento para la repostería.

—¿Cuáles son tus sabores favoritos? —pregunta Dev mientras me sujeta la puerta para que pase.

—Me encanta el de melocotón y vainilla —respondo mientras el aroma dulce del azúcar me golpea de lleno. Este es mi lugar—. Y hacen uno increíble de lavanda y miel, pero los sabores clásicos también son excelentes. Te voy a comprar uno de pistacho para que lo pruebes. Te va a encantar.

Pero, sin darme tiempo de llegar al mostrador para pedir, Dev ya me está apartando suavemente con el hombro mientras sonríe a la mujer que está detrás del mostrador con un vestido rosa de mangas abullonadas. Ella empieza a parpadear rápido cuando lo ve y la mano le sale disparada para peinarse el pelo, que ya está perfecto. No puedo juzgarla por reaccionar así.

—Hola, sí —la saluda mientras echa una ojeada a la vitrina y luego enfoca los ojos en ella—. ¿Me darías diez de cada sabor?

—Dev —escupo y me quedo mirándolo, horrorizada—. Estás pidiendo como doscientos macarrones. —No es que me sepa de memoria todo el menú, incluidos los sabores de temporada… pero me sé de memoria todo el menú, y está pidiendo *muchísimos* macarrones.

—¿Quieres algún tipo de caja en particular? —dice la mujer del mostrador sin dudar ni un segundo. Hace un gesto delicado con la mano para señalar las bonitas cajas que están dispuestas delante de nosotros.

A Dev se le ensancha la sonrisa, y juro que ella suspira.

—Sorpréndeme.

—*Dev* —digo de nuevo, y esta vez lo agarro por el codo—. ¿Qué haces?

Se encoge de hombros, saca la cartera y extrae una tarjeta de crédito negra de una de las ranuras.

—Paga la empresa. Estás en horario laboral. Además, quiero ver por qué tanto revuelo. He visto esta tienda por todo el mundo pero nunca he entrado.

—¡No podemos comernos todo eso!

—Los compartiremos con tu familia —dice encogiéndose de hombros—. Y si Mark pregunta qué comí esta semana, mentimos. Tú me cubres, ¿verdad?

—Sí, más vale —contesto. Como siempre. Igualmente, suelto una risita burlona—. Es una locura lo que estás haciendo.

—Eh, dijiste que te gustaban, ¿no? ¿Por qué no voy a hacer algo que te haría feliz? —Se pasa la mano por el pelo, con los ojos enfocados en mí—. Tú me estás haciendo un favor enorme. Al lado de eso, esto no es nada.

¿*Cómo* se supone que debo responder a algo así? Otra mujer en la caja ya está calculando el total que tenemos que pagar, así que aprieto los labios y miro cómo Dev le da la tarjeta y charla alegremente con las empleadas. En ningún momento para de revolverse ni estrujarse mi estómago, que está batallando contra una nueva proliferación de mariposas.

Varios minutos después me están llenando de bolsas y más bolsas de todos los colores, desde rosa pastel hasta amarillo patito, llenas de cajas de mi postre favorito. Confieso que una vez me comí quince de golpe (ese récord me dio un subidón de azúcar que duró horas), pero esto ya es más que un exceso. Dev vuelve a sostenerme la puerta para que salga y después me ayuda a colocar todas las bolsas con cuidado en el asiento trasero de la furgoneta.

—Debería hacer una foto de este botín y mandársela a Mark —lo amenazo sin demasiada convicción, pero mi cerebro está demasiado

ocupado repitiendo: *Ha comprado doscientos macarrones porque dijiste que te gustaban*.

Mientras se ríe, Dev me abre la puerta del asiento del acompañante, no sin antes coger furtivamente una caja de una bolsa.

—A que no te animas. Te va a gritar a ti también por traerme aquí.

—Bueno, está bien. Te guardo el secreto —desisto y me subo a la furgoneta. Para mi vergüenza total, la brisa me levanta el vestido antes de que llegue a sentarme, y se me enciende el rostro de solo pensar que tal vez le haya mostrado mis partes a Dev. Por suerte, me había puesto un bikini por si tenía que meterme en el agua, pero ese dato calma muy poco la humillación que siento.

La expresión de Dev sigue igual de tranquila que antes, indescifrable, cuando coge una caja de color naranja atardecer y levanta una ceja.

—¿Quieres comerlos conmigo? ¿O me vas a delatar? Porque para los soplones no hay macarrones.

—Te prometo que no te delataré. —Le ofrezco mi dedo pequeño.

Nuestras miradas se encuentran apenas me engancha el meñique con el suyo. El contacto hace que salten chispas entre los dos y me deja sin aliento. Me parece peligroso. Como un disparo de advertencia que yo debería respetar. Solo que el disparo me emociona en vez de asustarme. Me da ganas de acercarme y rozarlo, de probar dónde está el límite. Me da ganas de descartar mi promesa de tener cuidado siempre (con mi cuerpo y con mi corazón) para hacer algo que sería un descuido innegable.

Pero entonces Dev me suelta el dedo y la ola de deseo desenfrenado se desinfla, así que vuelvo a mis cabales. No soy tan

insensata. Y por el brillo cauteloso que le veo en esos ojos de ónix que tiene, él tampoco.

—Vamos a comer el botín —dice, con un dejo de tensión en la voz. Como si estuviera conteniendo las palabras que quiere soltar en realidad.

Asiento con la cabeza y dejo que me cierre la puerta mientras me tomo un segundo para respirar.

Contrólate de una puta vez, me regaña una vocecita al fondo de mi cabeza. Qué lástima que esté ahogada por el recuerdo de la risa cómplice de Chantal.



CAPÍTULO 12
Dev

Si existiera morirse de inflamación testicular, ya estaría en un ataúd.

Entre la sequía que me viene durando más o menos toda la vida y los ojazos color avellana de Willow que me recorren diciendo todo lo que sus labios callan, estoy seguro de que mi miembro va a gritar literalmente, va a pedir ayuda en cualquier momento.

Claro que podría hacer algo al respecto. La mayoría de la gente que hay por aquí (más bien, la mayoría de mis compatriotas estadounidenses) no sabe ni quién soy, así que es poco probable que los rumores que me persiguen sean un problema. Podría meterme en un bar, ligarme a una chica cualquiera y llevarla a mi casa. Pero con la suerte que tengo, me saldría el tiro por la culata y terminaría con un nuevo escándalo entre las manos. Un motivo más para cabrear a los de Argonaut y acabar de aniquilar mi carrera profesional.

Y hay que admitirlo: tengo suficiente dinero y contactos para conseguir el número de un servicio que me envíe una mujer preciosa a la puerta de mi casa, pero no me calienta pagar por sexo. Viva por las trabajadoras sexuales que disfrutan de su trabajo, pero creo que nunca voy a ser uno de esos tipos que usan sus servicios, aunque conozco a mucha gente del *paddock* que sí.

Lo cual solo me deja la opción en la que me estuve apoyando las últimas semanas y la inspiración que estuve usando desde aquella

noche en Austin: envolverme el miembro con la mano y pensar en Willow. Y después de hoy tengo más material para añadir: el viento levantándole el vestido sobre las caderas, mostrando la braga de su traje de baño con margaritas que apenas le cubre esa manzana de culo que tiene.

En ese momento fui todo un caballero y fingí que no había visto nada. Pero ahora… En mi mente dan vueltas imágenes de lo más obscenas mientras ella entra a su casa y se gira para cerrar la puerta, lanzándome una sonrisa.

Me dirijo a mi casa y voy derecho arriba, a mi dormitorio, y después al baño suite. Mis padres están pasando el día en Malibú para ver el salón de boda de Alisha, por suerte. Porque una tarde con Willow y ya estoy ostentando la erección más grande del mundo entero. Benditas sean las bolsas de macarrones con las que conseguí esconderla hasta entrar a casa. Si no fuera por su presencia divina, esto seguro que habría ahuyentado a Willow para siempre.

Me saqué la ropa en un abrir y cerrar de ojos y estoy en la ducha, con la cabeza contra los azulejos fríos y la mano aferrando mi pene mientras me llueve el agua encima. Su sonrisa es lo primero que se materializa en mi cabeza. Los labios gruesos, la lengua rosada asomándose para humedecerlos, los hoyuelos despuntando en sus mejillas. Desde ahí, imagino su cuello esbelto, la curva de sus pechos cubierta por el algodón fino de su vestido, la brisa alzándole la tela hasta la cintura. Unas leves estrías pálidas trazan un mapa en sus caderas y su culo, me tientan a recorrer cada una, a zambullirme entre sus muslos y sacarle unos gemidos suaves. Sentirla apretándome entre sus piernas. Llevarla tan alto que grite mi nombre y se deshaga ante el más mínimo contacto.

Acabo en tiempo récord, con los ojos cerrados y apuntalados contra un antebrazo. Sería supervergonzoso si estuviera con alguien. Pero qué importa. Esto es lo que me generan Willow y el celibato que me impuso el escándalo. Volví a la adolescencia, joder.

Cuando termino con la ducha, me envuelvo la cintura con una toalla y cojo otra para secarme el pelo. Un músculo del hombro me da un calambre cuando levanto el brazo. Mierda. Hace rato que no me sacudían de un lado para el otro las olas, y seguro que mañana me va a doler. Como le di la semana libre a Mark, no tengo a nadie que me ayude si la cago demasiado, así que me pongo un traje de baño y me voy al jacuzzi del patio trasero, mi fisioterapeuta provisional.

Ya casi se pone el sol cuando salgo al porche y las luces titilantes que instaló mi padre se encienden automáticamente sobre mi cabeza mientras el cielo se oscurece. El jacuzzi está dos escalones por debajo de la parte más baja del porche, en un área que apenas se llega a ver desde la casa y que está separada del jardín de los Williams por la cerca alta que hay a la izquierda. La abertura que Oakley y yo tallamos en la esquina trasera sigue ahí; nunca la taparon, aunque ya ninguno de los dos pasa por ella. Solo Herman, el perro San Bernardo de la familia, la usa hoy en día, y hasta a él le queda bastante ajustada.

Tras abrir la tapa del jacuzzi, meto poco a poco un pie en el agua y después el otro, y me voy hundiendo hasta quedar totalmente sumergido en uno de los asientos. Dejo caer la cabeza hacia atrás y suspiro mientras se me van aflojando los músculos. Aprieto un botón y unos chorros se disparan y me martillean entre los hombros, pero

me distraigo del alivio cuando me llama la atención una luz que se enciende.

Desde mi punto panorámico, llego a ver la planta alta de la casa de los Williams, y esa luz sale de la ventana del dormitorio de Willow. Tiene las persianas abiertas, y ahí está ella, con una caja naranja en una mano y un macarrón en la otra. Se detiene y da un mordisco, y echa la cabeza hacia atrás de placer mientras mastica, con los rizos negros cayéndole precipitadamente por la espalda. Como si alguien la estuviera llamando, mira por encima del hombro y mueve los labios. Después se acerca a la ventana.

Se me para la respiración mientras espero a ver si se da cuenta de que la estoy mirando, pero sus ojos siguen mirando la puerta mientras tira del cordón de la persiana y me cierra el vistazo que tuve de su vida.

Me estoy empezando a dar cuenta de que incluso pasar horas y horas con ella ya no me parece suficiente. Cómo fue que pasé meses sin verla después de la mala decisión que tomamos (bueno, está bien, la mala decisión que tomé *yo*) es algo que nunca entenderé. Pero ahora que ha vuelto a mi vida… Sí, estoy jodido.

Total y completamente jodido.

Así que hago lo único que puedo hacer. Cierro los ojos y me pierdo en el recuerdo de esa noche, la noche cuando cambió todo, una vez más.



Es sábado por la noche en Austin (*esa noche*) y me tengo que ir a dormir de una puta vez.

Mark ya me ha trabajado los hombros y el cuello para que no esté rígido cuando me suba al coche mañana. Chava repasó nuestros planes para el viaje a México de la semana que viene. Jani ha conseguido hacerme enfadar a niveles insospechados con sus vídeos. Y hace treinta minutos, después de horas de jugar videojuegos conmigo, Oakley se fue de mi habitación para que yo pudiera descansar.

Pero el sueño me rehúye. Todo porque no puedo dejar de pensar en Willow.

La tengo en la cabeza desde el miércoles por la noche, cuando nos cogimos un buen pedo en la discoteca por el cumple de Oakley. Ella con ese vestido diminuto, con los rizos sueltos y desordenados, esa sensualidad que hace que mis ojos no se le puedan despegar. En general, ella tiene un tipo de belleza común, pero cuando muestra tanta piel y los ojos le echan humo… Mierda, era toda una fantasía.

Todavía siento la calidez de su piel, sus caderas suaves contra mis palmas, sus manos sobre las mías. La llego a oír murmurar: «¿Qué habrías hecho, Dev?».

Y ese es el tema. Todavía no sé qué habría hecho si me hubiera enterado antes de que estaba enamorada de mí. No consigo dejar de agonizar por el tema desde que me lo preguntó, y eso me obliga a analizar cada encuentro que tuvimos a lo largo de los años y fijarme si hubo alguna ocasión en la que hubiera podido hacer algo.

Pero si lo que sentía por mí era tan obvio, ¿cómo es que no me di cuenta? ¿Cómo pude pasarlo por alto tanto tiempo cuando podría haber tenido todo lo que anhelaba? ¿*Tan* inconsciente fui?

La respuesta llega con una puerta que se abre de golpe y una acusación furiosa de estar besando a su hermana. Oakley. *Oakley* es el motivo por el cual pasé por alto cada pista y huella y cartel de neón que Willow me lanzaba en el camino. En cada instante estuvo ahí para interceptarlos. Me vendó los ojos y me forzó a encajar a Willow en la categoría de «familia». Se aseguró de que la viera como una molestia y nada más.

Pero Willow *no es* mi familia. No es mi hermana. Nunca me resultó una molestia ni un estorbo. A mí no. A mí nunca.

Y sin embargo siempre la mantuve lejos. A una distancia prudencial. Desvié la mirada. Convenciéndome de que era una extensión de Oakley, cuando ella siempre fue una persona con identidad propia. Y justo esta mismísima semana me vengo a dar cuenta.

Entierro la cara en la almohada y apenas consigo contener un grito de irritación. El universo me tiene que estar haciendo una broma pesada. Los dioses que manejan mi destino disfrutan de joderme la vida. De otra forma, no sentiría que me ha atropellado un camión enorme de emociones de mierda solo porque una chica me confesó que le gusto. O que le gustaba. Pero por cómo me respondió, apostaría a que el sentimiento sigue vigente.

No soy tan arrogante para pensar que puedo ligarme a cualquier chica del mundo, pero corro con coches rapidísimos y gano millones y soy atractivo y tengo una sonrisa que baja los pantalones. Me aman madres e hijas por igual, soy un caradura con tendencia a hacer chistes subidos de tono y comentarios ingeniosos en entrevistas. Soy una puta *fiesta*, y las mujeres me lo dicen. En general sin palabras.

Así que no, no estoy desacostumbrado a que me confiesen que les gusto y me hagan ojitos. Sé cómo lidiar con las declaraciones de amor que surgen de arranques de pasión y con las lágrimas que llegan cuando digo que el sentimiento no es mutuo. Sé cómo evitar los enredos que terminan generando un drama. Y sé cómo evitarme problemas.

Solo que Willow me hace querer meterme de cabeza en cualquier problema. Me hace pensar si no debería salir de la cama e ir a buscarla. Porque si lo hago, tal vez haya una oportunidad de que consiga dormir esta noche. La odiaría por arruinarme los rituales de los fines de semana de carreras si no estuviera tan enganchado con ella… y si no estuviera estancado entre recuerdos de palabras cargadas y roces no tan inocentes. Mierda, tengo que despejarme la cabeza.

Lo que más me molesta es que lo hayamos… dejado pasar. En cuanto Oakley me dijo que nunca intentara nada con su hermana, no volví a decirle nada a ella. Ni al día siguiente en el desayuno, cuando los dos teníamos una resaca de la hostia. Ni el viernes cuando pasó por el box antes de salir a pasear por Austin con sus amigos. Ni hoy cuando me felicitó por clasificar en P12 y se sentó tan cerca en la cena que podría habérmela llevado para hablar en privado sin causarle ninguna sospecha a su hermano.

Los dos estamos fingiendo que no pasó nada, que esas palabras mortales nunca salieron de sus labios hermosos. Pero ya no puedo fingir, tengo que…

Un golpe suave en la puerta me saca de mis planes casi cocinados de ir hasta su habitación y decirle lo mucho que la cagué. Lanzo un suspiro y me doy la vuelta para salir de la cama y ponerme una

camiseta y unos pantalones. De ninguna manera voy a abrir la puerta en ropa interior, aunque seguramente sea alguien que ya me vio con mucha menos ropa en todos estos años. Creo que estuve desnudo frente a Mark más veces que frente a cualquier mujer con la que me haya acostado.

Pero no es Mark ni Chava ni Oakley quien me espera al otro lado de la puerta. Ni siquiera son Jani o Patsy que vienen a torturarme.

Es mi cruz.

—Hola —saludo a Willow, mirándola sorprendido. Mierda, ¿la invoqué? ¿Me llegó a sentir pensándola a varios pisos de aquí? ¿Estoy a punto de enterarme de que en realidad soy un mago?—. ¿Qué haces aquí arriba?

Sus ojos no acaban de subir hasta los míos cuando levanta la mirada de la alfombra. Se alejan rápido de mi cara, miran por encima de mi hombro y vuelven.

—Estaba buscando a Oak —me explica, retorciéndose los dedos frente al estómago—. Me quedé fuera de mi habitación cuando salí a la máquina expendedora. Pensé que tal vez estaría aquí arriba contigo y me podría dar su llave.

Niego con la cabeza, más que nada para sacarme de encima mis pensamientos de antes. No la invoqué, pero la verdad es que parece que el destino está conspirando de nuevo. La duda que tengo es si es a favor o en contra de mí.

—Se fue hace más o menos media hora. —Seguramente esté en el bar del hotel ligándose a tres chicas diferentes a estas alturas—. Si quieres, puedo bajar a la recepción contigo y pedir que te hagan otra tarjeta magnética.

Cuando un rubor suave le inunda la parte superior de las mejillas, casi espero que me diga que no y salga corriendo. Pero en vez de eso, asiente y suelta un suspiro de alivio.

—¿No te molestaría?

Para nada, sobre todo porque el destino la ha traído a mi puerta. Ya que estamos puedo aprovecharlo.

—Para nada —le respondo mientras me palpo los bolsillos de los pantalones para asegurarme de tener mi propia llave—. Igualmente, la habitación está a mi nombre, así que va a ser más fácil si voy yo.

—Gracias —dice, apartándose para dejarme pasar una vez que me calzo—. Fue muy tonto, literalmente me dejé la llave sobre la cómoda.

—Pasa en las mejores familias —le aseguro, extendiendo un brazo e indicándole que la sigo a los ascensores.

—¿Te molestaría ir por las escaleras?

—¿Siguen sin gustarte los ascensores? —le digo después de lanzarle una sonrisa.

Cuando la alcanzo y me coloco a su lado, levanta indignada el mentón, desafiándome a que le tome el pelo. Cosa que definitivamente voy a hacer.

—Si puedo los evito.

—Te quedaste atascada *una vez*, Wills. —No puedo evitar reírme —. Y fue durante cinco minutos.

—Una vez fue más que suficiente —resopla, lanzándome una mirada fulminante—. Ahora algunas de mis pesadillas son sobre quedarme atrapada en un ascensor que se cae de la nada. Mis rodillas prefieren el ascensor, pero mi ansiedad no.

—Está bien, está bien, ya lo he entendido. Vamos por las escaleras.

Abro de un tirón la puerta de incendios que da a la escalera y la sostengo para que pase primero. Estoy en el noveno piso, así que no va a ser una expedición veloz, pero supongo que eso juega a mi favor. Ahora tengo tiempo para preparar lo que quiero decir, decirlo y lidiar con las consecuencias.

Willow se sujeta del pasamanos de la izquierda, bajando cada escalón como si tuviera miedo de saltárselo. Fue sensata y se puso un calzado deportivo con la suela blanca, pero no puedo culparla por tener cuidado. Para ella, un pequeño error puede derivar en consecuencias enormes. Sé cómo se siente.

Cuando llegamos al descansillo del octavo piso, por fin carraspeo, esperando que eso ayude a aligerar la fuerza con la que el corazón me está golpeando contra la caja torácica. No estoy nervioso, así que no entiendo cuál es el problema. No, no estoy para nada nervioso…

—Willow, la otra noche —tanteo— yo…

—No hace falta que hablemos de eso —me interrumpe, con los ojos firmemente clavados en los escalones mientras damos la vuelta en el descansillo y empezamos a bajar otro piso.

Qué bien que todavía nos quedan siete pisos más. Claramente, esta conversación no va a ser fácil.

—No, me parece que sí tenemos que hablar.

Suelta un suspiro, manteniendo la cabeza gacha y los ojos bajos.

—¿No podemos dejarlo atrás? Dije algunas cosas que no debería haber dicho y te puse en una situación incómoda. Perdóname, ¿vale? Olvidémoslo y sigamos adelante.

Me quedo mirándola, sorprendido por sus disculpas.

—No tienes que pedirme perdón por nada.

—Claro que sí. Por mi culpa, las cosas se pusieron raras entre nosotros.

—No fue así. —Me humedezco los labios para darme la oportunidad de formular una respuesta y calcular cómo quiero manejar esto—. Pero me hiciste darme cuenta de un par de cosas.

Eso *sí* hace que levante la mirada. Un par de ojos bien abiertos, nerviosos pero cautelosamente esperanzados, se encuentran con los míos. Y entonces se tropieza.

Correr carreras me ha dado el don de tener reflejos casi sobrehumanos, que perfeccioné con miles de horas de entrenamiento, así que apenas pienso lo que hago cuando estiro un brazo para atraparla. Le abrazo la cintura desde delante y la acerco de un tirón contra mi pecho, casi levantándole los pies del suelo. Ante el contacto, se le va el aliento de los pulmones y se aferra a mi brazo, apretándose de espaldas contra mí como si fuera su único sustento.

Esa sensación me gusta más de lo que quisiera admitir.

—Ay, Dios —exhala, recobrando la compostura y el equilibrio poco a poco antes de despegar los dedos temblorosos de mi antebrazo—. Gracias por evitar que me rompa todos los huesos del cuerpo. Estuve cerca.

No voy a permitir que se haga daño. Nunca ha pasado y nunca pasará. Sobre todo ahora que estoy aceptando lo que ella ha despertado dentro de mí.

Tengo el corazón azotándome el pecho. Estoy seguro de que ella lo percibe.

—¿Estás bien?

Ella asiente, lo cual debería darme pie para que la suelte, pero no consigo convencerme de alejarme de ella.

Su cuerpo se siente cálido y suave contra el mío, y su perfume dulce me invade los sentidos. Se me cruza el pensamiento de que podría haberla sostenido así hace años si no hubiera sido tan imbécil.

—Estoy bien —dice, casi susurrando—. Ya me puedes soltar.

—Me parece que no quiero.

Ahí está mi confesión. Está a la par de la suya de la otra noche, pero ella me responde riendo casi sin aliento, como si fuera un chiste, y tira la cabeza hacia atrás para apoyarla contra mi pecho.

—Puedo sostenerme sola —me promete, y sus hoyuelos se acentúan cuando sonríe—. No tienes que preocuparte por que me vuelva a caer. Voy a tener más cuidado.

—No hablaba de eso, Willow.

Se queda inmóvil y entonces levanta lentamente la cabeza. Se le borró la sonrisa. Si me guío por su mirada de liebre ante un reflector, parece que no va a preguntarme a qué me refiero.

Pero está bien. Se lo voy a explicar de todas formas, porque no puedo contenerme, aunque este no sea el lugar más romántico para una confesión. Al menos va a ser memorable.

—Lo que me dijiste en la discoteca —murmuro, soltándola un poco para moverla a mi lado. No quiero perderme ni un atisbo de su expresión—. No puedo dejar de pensar en eso. De pensar en ti.

—Dev, no —susurra, liberándose de mis brazos y retrocediendo hasta el pasamanos. Lo toma a cada lado de su cadera, aferrándose con fuerza—. No hace falta que hagas esto. —Se le mueve la

garganta cuando traga con dificultad y sus palabras son un poco más articuladas cuando vuelve a hablar—. No tienes que tranquilizarme. Estoy bien. Ya lo superé.

—¿Tranquilizarte? —repito, casi riéndome de incredulidad—. ¿Eso crees que estoy haciendo?

—Obviamente. —Baja un escalón de lado, todavía aferrada al pasamanos, y yo la sigo sin vacilar—. Haces que la gente se sienta mejor cuando mete la pata. Es lo que haces. Así eres tú.

Lo que dice me desorienta y detiene mis movimientos. Claro que me gusta mantener la paz y alejar el caos de mi vida todo lo que pueda, pero eso no quiere decir que me paso el día apaciguando a la gente que me rodea. ¿No?

Pero, mierda, ¿eso es lo que ella piensa? ¿*Eso* es lo que hago? ¿Es lo que estoy haciendo ahora?

La respuesta es un «no» rotundo. No estoy haciendo nada de esto para que ella se sienta mejor después de lo que confesó. Lo estoy haciendo porque me quedé tan enganchado de esta chica que no puedo dormir. Y estoy tan concentrado en ella que apenas me importa la carrera de mañana, a la que lamentablemente voy a ir poco preparado. Lo que admitió la otra noche abrió unas esclusas que estaban sostenidas por una cerradura oxidada, y ahora no puedo hacer más que lidiar con los caudales de agua que se han desbordado. Soy lo suficientemente egoísta para querer que ella esté conmigo en la zona de desastre.

—No estoy haciendo eso.

Ella baja otro escalón y llega al siguiente descansillo, y yo la sigo. Mientras tanto, no separa la espalda de la pared de cemento, pero tiene el mentón levantado, desafiante.

—Y tú no metiste la pata —digo—. Lo único que hiciste fue decirme lo que sentías.

—Sí —me responde, soltando un resoplido—, y estaba borracha cuando lo dije.

Un paso más me coloca frente a ella. Pie contra pie. Encima de ella.

—¿Pero eso quiere decir que no era cierto?

Hay que darle crédito por levantar los ojos y sostenerme la mirada. Se le curvan los labios hacia abajo mientras me analiza la cara, aunque no estoy seguro de qué está buscando.

—¿Por qué lo quieres saber? —me pregunta al fin.

—Porque no puedo sacarte de mi cabeza. —Mis manos cogen la curva de su cintura mientras ella toma bocanadas bruscas de aire, y yo llego a lo que quiero decir—. Porque no puedo parar de pensar en lo que podría haber pasado si Oakley no nos hubiera interrumpido. —Estiro los dedos por su espalda y la aprieto un poco, acercándola a mí—. Lo que yo quería que pasara.

—Lo que tú… —se interrumpe, y se le abren y cierran los labios mientras se queda mirándome, como si no pudiera creer lo que le estoy diciendo. Toma aire, se coloca un rizo detrás de la oreja, y lo ignora cuando vuelve a saltar hacia delante—. ¿Te estás cachondeando de mí?

Esa frase, viniendo de su boca, me tienta a reír, pero la vulnerabilidad evidente que le veo en el rostro mata cualquier pálpito de risa antes de que salga de mi garganta. Realmente no me cree. Incluso cuando tengo las manos puestas en su cuerpo. Incluso cuando ya le he dicho que no puedo parar de pensar en ella, se cree que todo es una broma.

—No estoy bromeando —digo en voz baja, como si estuviera hablándole a un animal que está a punto de salir corriendo—. Tal vez parezca que esto sale de la nada. Y tal vez sea cierto, no sé. Pero, Willow, lo que me dijiste me hizo darme cuenta de que… —De pronto las palabras se me secan en la boca y me atraganto por los nervios. Quizá las palabras no están sirviendo para una mierda en esta situación, así que tal vez sea hora de cambiar de tercio—. ¿Sabes qué? A la mierda.

Y por fin hago lo único que no paro de anhelar hace días. Hundo los dedos entre los cabellos sedosos que se derraman sobre sus hombros, le echo la cabeza para atrás y le inclino la cara hacia la mía. Tiene los labios separados, los ojos bien abiertos, como esperando a que pase lo peor. Pero no intenta alejarse cuando vuelvo a deslizarle la otra mano detrás de la cintura.

Estamos tan cerca que podría contar cada mota dorada de la rayita de caramelo de su iris. Casi estoy tentado. Pero hay algo que quiero más que eso.

—Dev —murmura, y su pecho se infla y desinfla contra el mío. Pero no es una amenaza. Es una invitación.

Se difuminan los bordes del mundo cuando por fin nuestros labios se encuentran. Quisiera poder negarlo, decir que todo esto me resulta raro, que quiero separarme y borrar el error que es este beso antes de llegar más lejos.

Pero no puedo. Solo puedo apretarla contra mí y dejar que su calor suave se funda conmigo. Solo puedo agarrar un puñado de sus rizos y deslizarle la lengua entre los labios. Solo puedo cerrar los ojos bien fuerte y perderme en ella.

Ella me deja entrar sin dudarlo, me devuelve el beso, me deja tomar lo que quiera y decir todo lo que mis palabras no pueden expresar. Pero debe saber exactamente lo que intento decirle, porque aprieta las palmas contra mi pecho y después las mueve hacia arriba para aferrarse a mis hombros, manteniéndome cerca, dándome más. Con gusto lo tomaré todo.

Mis venas se encienden. El fuego me recorre como un rayo. Y Willow alimenta las llamas con sus dulces sonidos de placer, su respiración entrecortada y sus gemidos. Es mejor que cualquier cosa que haya soñado en la vida.

Ella jadea de asombro contra mi boca cuando aprieto mi brazo alrededor de ella y la levanto del suelo. Eso da pie para que me rodee la cintura con las piernas de un salto y deslice los dedos entre mi pelo y se aferre fuerte a mí, sin dejarme ir. Y yo no quiero que me deje ir nunca. Puede quedarse conmigo todo lo que quiera.

Con la espalda de ella contra la pared, puedo dejar que mis manos le recorran los muslos hasta llegar al dobladillo de su vestido, y lo empujo bruscamente hasta su cadera. El calor de su torso hace presión contra mi abdomen, me desafía a que lleve los dedos más arriba, al borde de su ropa interior de algodón, que los meta bajo el elástico de su cadera.

Lo podría hacer. Lo *quiero* hacer. Sería muy fácil, y estoy totalmente desesperado por sentir un poco más de ella. La suavidad de sus muslos ya es bastante tentadora, y la forma en que rota la cadera contra mí es lisa y llanamente pura provocación.

Y tampoco hay forma de que ella no sienta lo mucho que la deseo. Pero esto tiene que parar antes de que llegue más lejos. Tengo que estar seguro de que estamos en el mismo lugar.

—Mierda, Willow —murmuro, separándome lo suficiente para tomar aire. Aprieto mi frente contra la de ella y siento que me están arrancando de un sueño—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella está jadeando como si hubiera corrido dos kilómetros; tiene la mirada desenfocada sobre mis labios, pero asiente.

No puedo evitar que mis manos le acaricien las caderas, todavía por debajo del vestido.

—No eres la única que siente cosas, ¿vale? Disculpa que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta.

Justo cuando abre la boca para responder, oímos un portazo de unos pisos más abajo, y eso la sobresalta y la arranca del hechizo en el que estaba sumida. Pestañea rápido varias veces y después su mirada horrorizada se instala en mí.

Se apresura a recoger las manos, a volver a plantarlas en mi pecho, pero en vez de atraerme a ella, me empuja para alejarme.

Aunque es lo último que quiero, la agarro de la cintura y doy un paso atrás para volver a apoyarla en el suelo.

—¿Sabes… sabes qué? —tartamudea. Los dedos le recorren rápidamente la parte baja del cuerpo mientras se ajusta el vestido—. Puedo ir a recepción sola.

Me lleva unos segundos registrar sus palabras. ¿Ya… ya está? ¿En serio va a ignorar lo que acaba de pasar?

—Todavía tenemos que hablar de…

Levanta una mano y cierra los ojos. Respira hondo y retiene el aire durante un segundo antes de volver a mirarme.

—Esto no debería haber pasado —declara. Las palabras son un cuchillo que se me clava en las tripas—. Y no va a volver a pasar. No puede volver a pasar. Los dos sabemos por qué.

El cuchillo se retuerce, porque sé que tiene razón.

—Mira, deberíamos…

—Basta, Dev —me interrumpe, con la voz firme—. Basta. Olvidémonos del asunto.

El problema es que no puedo. Y no creo que vaya a poder nunca. Y ahora que sé el sabor que tiene (azucarado, al pecado más dulce) nunca voy a poder sacármela de la cabeza.



El agua que golpea contra mi cara me atraganta y me incorporo. El corazón todavía me late a mil por hora cuando el recuerdo se interrumpe y yo vuelvo a la realidad. Rígido como un poste, recorro el jardín con la mirada buscando al culpable de la interrupción, y cuando encuentro a Chava de pie en el porche, gruño y me vuelvo a desplomar en mi asiento. Al menos no me están a punto de asesinar.

—¿Hace cuánto que estás en el agua, mano? —me pregunta mientras se queda mirándome, visiblemente preocupado—. Estás más rojo que Mark cuando lo dejamos al sol más de cinco minutos.

Nuestro pobre amigo pálido tiende a volverse del color de la mermelada de fresa cuando se topa con el sol. Nunca tuve la desgracia de que me pasara eso (bendita sea la melanina), pero al parecer sentarme en agua casi hirviendo tiene el mismo efecto visual.

—Me quedé dormido —murmuro, mintiendo, y me froto la cara con las manos—. Gracias por rescatarme antes de que me ahogara.

—Sería una buena forma de terminar tu contrato —me trina. Entonces me muestra un contenedor de plástico—. Te he traído pastel.

—Sabía que por algo te había contratado.

Me subo al borde del jacuzzi y dejo los pies en el agua mientras Chava se descalza y hace lo mismo en el lado de enfrente, con el contenedor apoyado junto a él.

—¿Qué has estado haciendo todo el día? —me pregunta, pataleando suavemente con las piernas—. Vi tu tabla de surf afuera. ¿Fuiste al mar?

Asiento y me paso una mano por el pelo, todavía reacomodándome en el presente mientras el aire de la noche vuelve a bajarme la temperatura.

—Sí, Willow quería hacerme unas fotos surfeando, así que pasamos un par de horas en la playa.

—Ah, *Willow* quería pasar más tiempo contigo, ¿no?

Meto la mano en el agua y lo salpico, lo que lo hace insultarme mientras se seca la cara.

—Fue totalmente profesional, imbécil.

—Ajá, claro —dice mientras se repone—. ¿Cuándo vas a admitir que te gusta?

Echo un vistazo a la casa de los Williams y vuelvo a mirarlo. Prácticamente no hay ninguna posibilidad de que alguien vaya a oír nuestra conversación, pero aun así bajo la voz.

—Cuando esté seguro de que Oakley no me va a asesinar.

—Ah, cuando las vacas vuelen, entonces. —Chava asiente con aires de sabiduría—. Pero, la verdad, mano, yo digo que te lo intentes y después lidies con las consecuencias.

—Eso es porque te encanta causar desastres y tienes tendencias suicidas.

—Haces cosas peligrosas todos los días —dice tras soltar una carcajada. Pero entonces me lanza una mirada que hace que mi cabeza se ponga a dar vueltas otra vez—. ¿Qué cambia un riesgo más?



CAPÍTULO 13
Willow

Me despierta Herman respirándome fuerte en la cara.

Con un quejido, hundo las manos en el pelaje del San Bernardo y le empujo el pecho con fuerza. No cede, claro. Pesa más que yo, y mi fuerza no puede competir con el amor que siente por mí.

—Herman. —Entreabro un ojo—. Amigo, tienes que moverte. Te adoro, en serio, pero ¿me das un poquito de espacio?

Suelta un resoplido fuerte y caliente, pero se resigna y se echa a mi lado. Le doy unas palmaditas en la cabezota y le acaricio las orejas antes de ir rodando al borde de la cama. Me quedo sentada un rato para no marearme y después me pongo de pie de un salto, agradecida de que no se me nuble la visión con puntitos negros. Según el reloj que está en la mesita de noche, son las siete pasadas, aunque la verdad es que últimamente he andado por tantas zonas horarias diferentes que el tiempo en sí ya no me parece real.

Mi ordenador está abierto en la mesita de noche, al lado de un despliegue de animales de peluche y debajo de un póster del grupo de pop coreano que me tenía obsesionada en secundaria. La pantalla está negra, pero, con solo tocar el teclado cubierto de migas de macarrones, se abrirían el Photoshop y el documento de Word donde hice una descarga mental para volcar una retahíla de pies de foto para las próximas publicaciones de Dev. Me parecieron bastante

buenos a las tres de la mañana. A ver si a la luz del día sigo pensando lo mismo.

La revisión puede esperar hasta que esté con Dev, y quisiera postergar ese momento… tanto como pueda. Ayer estuve demasiado cerca de tomar malas decisiones y necesito algo de distancia, así me mentalizo para defenderme de sus encantos. A veces no estoy segura de si él se dará cuenta de lo mucho que coquetea, sin importar con quién esté hablando. Pero otras veces creo que sabe bien lo que hace y el efecto que tiene en la gente. Sobre todo en mí.

Pero me pasé años enterrando esto que siento. Cuando le hice esa confesión borracha, no esperaba que pasara nada: si hasta traté de hacerme la tonta y seguir como si nada. *Él* fue el que dio el primer paso. Él fue el que me apretó contra la pared y me levantó el vestido y me hizo sentir partes suyas que nunca pensé que iba a sentir.

Pero yo tampoco dije que no. Yo no lo frené hasta que él se alejó. Y ni siquiera en ese momento quise parar, pero me invadió el miedo y bajé en picado por siete pisos de escaleras como una velocista olímpica.

A veces quisiera no haberme ido corriendo. Quisiera haberme quedado con la espalda contra la pared y las piernas enroscadas alrededor de la cintura de Dev. Quién sabe qué hubiera pasado; pero por lo menos no estaríamos suspendidos en este circuito de espera rarísimo, sintiendo una atracción permanente y sin poder hacer nada al respecto. Daría cualquier cosa para que las cosas volvieran a ser como eran antes de que yo lo fastidiara todo.

Pero ahora ya es demasiado tarde. De eso no hay duda.

Suelto un gruñido mientras me agacho sobre la esterilla de yoga que está bajo la ventana porque necesito estirar y hacer unos

ejercicios de fuerza antes de empezar el día. Me duele la lumbar por el vuelo de ayer, y va a ser cada vez peor con todos los viajes que tengo por delante. Pero me niego a quejarme. Quiero este trabajo, este lugar junto a Dev y su equipo, y voy a hacer todo lo que pueda para evitar que el dolor me frene.

Herman me mira desde la cama, y justo levanta la cabeza cuando vibra mi móvil en la mesita de noche. Pasa la vista del teléfono a mí, como diciéndome que mueva el culo y lo coja de una vez.

—Me lo podrías traer —sugiero, pero lo único que hace es refunfuñar y volver a bajar la cabeza.

Me levanto con dificultad, doy unos pasos ligeros hasta el teléfono y, al cogerlo, siento que mi corazón hace un «tum» un poco raro cuando la pantalla se ilumina con un mensaje.

Dev: Mi madre quiere que vengas a desayunar

Ahí va mi plan de evitar a Dev.



Me envuelve el aroma del *masala chai* cuando abro la puerta sin llave de la casa de los Anderson (ni me acuerdo de haber tocado la puerta alguna vez) y me quito las zapatillas de dos patadas mientras llamo a Dev.

—¡Willow! —Es su madre la que contesta con una voz cantarina que me guía hacia la sala de estar—. ¡Ven! Te quiero enseñar unas fotos para hacerle pasar vergüenza a Dev.

—*Mamá* —se queja Dev cuando entro. Está sentado en el suelo frente a la mesa de café, donde su madre ha hecho un despliegue de fotos—. Ella me conocía cuando era pequeño. Ya ha visto todos mis momentos más vergonzosos.

—Todos no. —Me llama con la mano, dedicándome una amplia sonrisa que es la misma que heredó su hijo. Ella tiene la piel un poco más oscura que él, y el pelo corto y negro de ella tiene unos mechones grises, pero el parecido es muy fuerte. No hay duda de que Dev heredó la belleza de ella—. Necesito que me ayudes. Estoy juntando fotos para el vídeo de la boda.

—¿Son muy vergonzosas? —pregunto y me acomodo en el suelo al lado de Dev para mirar las fotos que tengo enfrente. Hago todo lo que puedo por ignorar la mirada de Dev, que está fija en mí—. Me vendría bien algo de material para chantajes.

Dev echa chispas por los ojos mientras Neha se ríe y me pasa una en la que está él de bebé chapoteando en la bañera con un patito en la cabeza.

—¿Qué te parece esta? —pregunta Neha.

Ya estoy buscando el teléfono para hacerle una foto.

—Mejor de lo que podría haber pedido.

Dev lanza las manos al aire, pero sabe que no tiene que meterse.

Me paso los veinte minutos que siguen ayudando a su madre a elegir fotos de Dev y Alisha cuando eran pequeños, hasta que ella da una palmada y me lleva a la cocina. Al poco tiempo, ya tengo delante de mí un vaso de chai, un plato de *khaman dhokla* acompañado de varios chutneys distintos *y además* una tortilla. Ella no me quita los ojos de encima hasta que me como cada bocado del plato.

—Bueno —empieza cuando ya estoy tan llena que exploto—, así que estás trabajando para Dev.

Lo observo atentamente desde el otro lado de la mesa. Está pasando el dedo por el plato para rebañar lo último que le queda del chutney de cilantro. Cuando se lo lleva a la boca, tengo que mirar para otro lado. Al ver una imagen así, mi mente me llevaría de inmediato a unos lugares peligrosos que no corresponden en absoluto cuando tengo a su madre vigilándome.

—Sí —respondo, apretando el vaso de chai calentito contra mi pecho—. Él cree que puedo revivir sus redes sociales, y yo estoy tan loca que lo voy a intentar.

Hace un ruido de satisfacción con la boca y sube y baja la cabeza.

—Me alegro por ti. Necesita mucha ayuda para arreglar esa reputación tan terrible que tiene. —Al decir eso, le lanza una mirada de desaprobación a su hijo, pero la expresión se le borra cuando vuelve a mirarme a mí—. Además, siempre me pareció que vosotros dos hacíais buena pareja.

Si hubiera estado bebiendo mi té cuando pronunció esas palabras, sin duda alguna ahora me estaría atragantando. Pero Dev no tiene tanta suerte. Tose y se golpea el pecho con el puño, luego mira a su madre y dice algo cortante en guyaratí que yo ni soñando llegaría a entender. A pesar del tono de Dev, ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe como respuesta. Por los ojos entornados de él, me doy cuenta de que esa no era la reacción que esperaba.

Se aleja de la mesa de un empujón mientras se le tensa un músculo de la mandíbula.

—Willow, ¿quieres enseñarme lo que has hecho hasta ahora?

Claramente, está ansioso por alejarse de la madre y de esta conversación. Y… ¿se está *ruborizando*?

Asiento con la cabeza después de un momento de duda y vuelvo a apoyar el vaso.

—Está todo en mi ordenador. No se me ocurrió traerlo.

—Está bien —dice, ya en el marco de la puerta—. Voy para tu casa. Vamos.

En fin, parece que eso es todo. Le lanzo una sonrisa rápida a su madre, me levanto y le doy gracias por el desayuno.

—Nos vemos, Willow —dice con calidez y me atrapa y aprieta la mano antes de que yo pueda irme—. Vuelve para la cena. Estoy segura de que a Dev le *encantaría*.

Suelto una risa incómoda mientras le devuelvo el apretón de mano y salgo a buscar a Dev. Está al lado de la puerta de la calle, golpeteando el costado del teléfono con el pulgar, impaciente. En cuanto me ve, abre la puerta de un tirón. Me apresuro a calzarme y él enseguida me lleva afuera. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa, pero, por cómo me evita la mirada, me contengo.

—Mañana me voy a Dallas —anuncia mientras cruzamos el camino de entrada que comparten nuestras casas—. Tengo que practicar un poco en el simulador de la oficina central.

Me da un vuelco el estómago. Tanto que me insistió para que me tomara un vuelo hasta mi casa ¿y ahora me abandona?

—Ah. Pensé que de aquí nos íbamos directos a Canadá.

—Puedes decir que me vas a echar de menos, Willow. Está bien.

Casi le pongo mala cara, pero, cuando veo que él sonríe, elijo darle un codazo en las costillas.

—Cállate. —Pero supongo que esto quiere decir que ya se le pasó el momento de enfado que le generó hablar con su madre—. Pensé que querías crear más contenido juntos. Como que parece un desperdicio haber hecho este viaje.

—Perdón. —No parece para nada arrepentido—. No sabía que el equipo quería que fuera para allá; me enteré anoche. —Su tono de voz casual se amarga en un instante—. Parece que están preocupados por cómo me va a ir, por más que las últimas dos veces el que fracasó fue Nathaniel, no yo.

Lo observo y percibo la tensión que tiene alrededor de los ojos.

—Me da la sensación de que no sois grandes amigos.

Dev suelta una risotada mientras subimos los escalones de la puerta de mi casa.

—Podría decirse que no.

Como él no se explaya, paso por el umbral de mi casa y saludo con la mano a mi padre, que está en su estudio cerca de la entrada. El hombre larguirucho está encorvado en su silla ergonómica con cuatro pantallas enfrente. Antes de que Oakley empezara con las carreras, mi padre trabajaba de ingeniero de sistemas, y ahora que ya no es mánager de mi hermano, volvió a sus raíces. Mi madre es una cirujana muy importante especializada en cirugía cardiotorácica, así que en realidad no hay razón para que él trabaje, pero creo que solo sigue para mantenerse ocupado. Yo sé que extraña las épocas en que Oakley corría carreras.

Papá nos devuelve el saludo agitando la mano con entusiasmo, pero enseguida lo distrae algo en una de las pantallas. Sonrío cuando se da la vuelta y subo las escaleras, seguida de cerca por Dev.

—¿Entonces nos encontramos en Montreal? —le pregunto cuando llegamos al piso de arriba. Me decepciona tener que separarnos por casi una semana, pero al menos nos queda este tiempo juntos. Para trabajar, claro.

—Si te parece bien —responde.

Asiento con la cabeza y empujo la puerta para entrar a mi habitación.

—Sí, está bien. Ya tengo bastante contenido para subir historias y publicaciones todos los días hasta que nos volvamos a ver. Pero si puedes hacer algunas fotos mientras no estés, te lo agradecería.

—Por ti, lo que sea. —Me lleva un segundo, pero de pronto las palabras y su posible significado me golpean de lleno en el pecho. Cuando lo miro, parece que Dev también se ha dado cuenta de lo que acaba de decir, porque enseguida añade—: Digo, lo que sea que necesites para el trabajo.

Después de cómo metió la pata ayer y de lo que sea que le haya dicho a su madre esta mañana, no me lo termino de creer. Pero me obligo, porque la otra opción es tener otra charla para aclarar por qué tenemos que mantener las formas.

—Gracias —digo, lanzándole una sonrisa tensa. Voy arrastrando los pies a buscar mi ordenador que está en la mesita de noche, lo llevo a mi escritorio y lo abro—. Dame un segundo para que lo prepare todo.

Dev asiente con un gruñido, y empiezo a pasar las fotos y a separar las que quiero enseñarle. Lo edité todo en blanco y negro, salvo la última foto que voy a incluir en el carrusel. Es una de Dev con la tabla de surf bajo el brazo. Se está alejando, pero, como tiene la cabeza un poco girada, se ve perfectamente su sonrisa

característica. Está algo torcida, y tiene los ojos entornados por el sol, pero se lo ve… contento. Es el Dev que conozco de toda la vida.

El Dev que quiero que todo el mundo conozca.

—Ay, por Dios. ¿Todavía tienes esto? —pregunta a mis espaldas con una risotada.

Me quedo congelada, sin dejar de examinar la foto, porque quién sabe qué habrá encontrado. Esta habitación está llena de reliquias de mi infancia. Cuando me doy la vuelta, está sosteniendo en alto la elefantita de peluche que tengo en la mesita de noche hace ya ni sé cuántos años. Eli reside en este lugar hace tanto tiempo que ni me acuerdo de que está aquí. Pero de repente, vuelvo a tomar plena consciencia de ella.

Todo porque fue un regalo que me hizo Dev hace mucho tiempo.

Me la ganó en la feria municipal. Ese día, nuestros padres habían encomendado a él y a Oakley la tarea de cuidarme y, una vez que vi los elefantes de peluche que había en exhibición en uno de los puestos de juegos, no hubo forma de sacarme de ahí. Mientras que Oakley me amenazó con llamar a mamá porque yo no le hacía caso, Dev se encogió de hombros y dijo que me iba a ganar uno, ya que lo quería tanto. Dicho y hecho.

Aunque solo tuviera doce años, él ya tenía mejor coordinación óculo-manual que la mayoría de los adultos, y en menos de cinco minutos, la señora del puesto nos dio el peluche. Dev sostuvo la elefanta un momento, saboreando su victoria, y después me la dio. Si tuviera que precisar el punto justo en que me enamoré de él, podría decir que fue ese.

Con un grito ahogado, salgo disparada de la silla y corro hacia él.

—¡Déjala!

Dev sostiene a Eli por encima de mi cabeza y la contempla.

—No puedo creer que te la hayas quedado.

—Claro que me la quedé —refunfuño mientras trato de alcanzarla, pero él la tiene apenas por encima de mi alcance—. Eli es demasiado tierna para tirarla.

—¿*Eli*? —repite sin dejar de reírse—. ¿Eli la elefanta?

—Tenía *nueve años*, Dev. A los niños no se les suelen ocurrir nombres muy creativos que digamos. Dámela *ya*.

Salto hacia ella, con el cuerpo apretado contra él para tener más posibilidades de atraparla, pero Dev enseguida me rodea la cintura con el brazo y me levanta por el aire. Después me suelta así sin más, y caigo rendida en la cama. No es algo bonito, pero lo hace con delicadeza para no dañar nada más que mi ego.

Aun así, me deja farfullando, ofendida.

—¡Ay, qué imbécil que eres! —Pero esa jugada suya encendió una llama dentro de mi cuerpo.

Se queda mirando con afecto a Eli, sin prestarme atención.

—Es cierto que estás obsesionada conmigo desde hace años.

Me quedo tan pasmada porque me esté echando eso en cara en este momento que estoy casi segura de que tengo la boca completamente abierta. Nunca me arrepentí tanto de haber dejado que el tequila me soltara la lengua esa noche. Tal vez *sí* haga falta tener otra charla sobre este tema, porque, si él sigue así, me voy a morir de la vergüenza antes de que podamos siquiera empezar a limpiar su reputación.

Pero justo cuando estoy a punto de regañarlo, Dev dice:

—Menos mal que es mutuo.

Por alguna razón, eso es peor que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho para cerrar la idea.

Sigo sin palabras, estirada a lo largo de la cama, cuando él suelta a Eli con cariño y da unos pasos largos hasta mi escritorio como si no acabara de decir algo que me destruyó el mundo entero.

Hace un minuto, estaba tratando de corregirse en el acto, de evitar que yo interpretara de más sus palabras, y ahora… está diciendo cosas como *esa*. Un animalito de juguete y ya ha cambiado todo.

—¿Quieres enseñarme estas fotos ahora? —pregunta con una tranquilidad a la que yo no podría ni aspirar.

Pasa un instante más antes de que yo consiga despegarme del edredón. Si con eso solo Dev ya me desvía de mi eje, estoy en graves problemas.

—Bueno. —Me tiembla la voz, y me aclaro la garganta para mantenerla a raya.

Me levanto como puedo y me acerco a él. Se mueve a un lado y yo me siento en mi silla. Voy pasando las fotos despacio y contengo la respiración cuando clava la mano en el borde del escritorio y se inclina para acercarse más. Quedo envuelta en el aroma de su colonia y de las especias que quedaron del desayuno que preparó su madre. El olor me da tranquilidad y al mismo tiempo hace que el corazón me empiece a aporrear las costillas; y cuando él me roza el hombro con el pecho, juro que casi entro en ebullición.

Por fin, me da su aprobación con la cabeza y se aleja un poco, aunque no tanto como para que deje de sentirme rodeada por él. Levanto un dedo en señal de que tengo más cosas para enseñarle y

abro el documento de Word con el pie de foto que escribí para la publicación.

Veo por el rabillo del ojo que mira el texto. La verdad, más que un pie de foto, es un ensayo de dos mil doscientos caracteres en el que cuento a grandes rasgos por qué desapareció —que cometió un error e hirió a alguien que le respondió haciéndole daño—; qué fue de su vida este último tiempo (sin olvidarme de llenar de elogios a Argonaut); y lo cierro con unas frases optimistas sobre empezar de cero y volver a presentarse ante el mundo. Quiero pensar que se lee como algo natural y sentido de corazón, sin ser demasiado sensiblero. Como algo que podría haber escrito Dev.

Deja caer las manos de mi escritorio cuando termina y se aleja, y me giro en la silla para mirarlo. Me corre la ansiedad por las venas solo de pensar que quizá no le gusten las palabras que elegí. No me molesta volver a empezar, y con un comentario suyo conseguiría un buen segundo borrador, pero…

—Es perfecto.

El miedo se me drena del cuerpo y exhalo una risa de sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, en serio —afirma y se deja caer al borde de mi cama. Con las piernas bien abiertas, apoya los codos en esos muslos fuertes y se inclina hacia delante, con la mirada fija en mí. No tiene una sonrisa en la cara. Ni rastro de soltar un chiste. Va en serio cuando dice que lo que hice es muy bueno—. Me encanta. Tendría que haberte puesto a trabajar en esto antes.

Contengo la alegría, pero aun así me da una sensación cálida por dentro.

—No por nada estudié filología —bromeo. Pero no lo hace reír, así que vuelvo a aclararme la garganta—. ¿Estás listo para mostrárselo al mundo?

—Hagámoslo —dice, asintiendo con la cabeza.

Con algunos clics y algunos destacados y ediciones de último momento, todo queda copiado, pegado y cargado donde corresponde. Ahora solo queda hacer clic en «publicar».

—Toma —digo, mientras levanto el ordenador y se lo encajo a Dev —. Tienes que hacer tú los honores. Es tu reputación.

Pero él me lo devuelve empujándolo con la mano.

—Tú eres la que ha hecho todo el trabajo. Hazlo tú.

Vuelvo a deslizar el ordenador sobre mis piernas y frunzo el ceño.

—¿Estás seguro?

—Como he dicho antes: confío en ti.

Bueno. Está bien. Puede que mi corazón siga brincando, pero allá vamos.

Para mi sorpresa, no me tiembla la mano cuando arrastro el cursor por encima del icono y alzo la vista para mirar a Dev por última vez. Cuando nuestras miradas se encuentran, desaparece algo de la preocupación que me queda. Él lo quiere. Yo lo quiero. Y estamos decididos a arreglarlo. Juntos.

Hago clic.



CAPÍTULO 14
Dev

Excelentes noticias: ahora solo *algunas* personas piensan que tengo una ETS. Willow ha estado trabajando mucho esta semana, publicando todos los días en cada red social que tengo (y en algunas que ni siquiera sabía que existían antes de que ella apareciera en mi vida) para volver a generar interés público por mí. Y si me guío por la selección de comentarios que me estuvo enviando todos estos días que estuvimos separados, está funcionando bastante bien.

Hoy, por fin volvemos a estar juntos. Estamos sentados en el *motorhome* que montó Argonaut en el circuito de Montreal, charlando mientras desayunamos. Pronto tendré que ir a hacer un reconocimiento de la pista, una reunión de bienvenida y un debate de estrategias, pero estoy saboreando este rato. Es un típico jueves lleno de cosas que hacer, y es todavía más ajetreado por la cena a la que me mandó uno de nuestros patrocinadores. Lamentablemente, todavía no encontré la forma de escaparme de eso.

—¿Qué va diciendo la gente hoy? —le pregunto a Willow mientras empujo de un lado a otro con el tenedor los huevos revueltos que Mark me puso enfrente.

Ella mantiene la cabeza gacha mientras navega por el teléfono, y un asomo de sonrisita de satisfacción le levanta las comisuras de sus labios brillantes.

—Que tu sonrisa es la octava maravilla del mundo.

—Muy bueno.

No debería haberla echado de menos tanto como la eché, pero nuestra semana separados pareció un mes. Y, tengo que admitirlo, sentí como si me faltara una parte de mí todo el tiempo. Apenas volvió a mi vida hace unas semanas y, sin embargo, ha logrado cruzar las fronteras de todos mis pensamientos. Cuando sigamos cada uno por su lado al final del verano, me preocupa que ya haya conseguido conquistarlos por completo.

En parte es por eso por lo que me fui antes de tiempo de San Diego. Claro que necesitaba pasar tiempo en el simulador y hablar con el equipo en la fábrica de Dallas, pero no era tan urgente como le hice creer a Willow. Me podría haber quedado en nuestra ciudad un par de días más, pero tenía que salir de ahí, sobre todo después de que mi madre literalmente se me riera en la cara cuando le dije que nunca pasaría nada entre Willow y yo. Después acabé de cagarla cuando vi el peluche que le había conseguido a Willow cuando éramos pequeños.

La idea de que ella se hubiera quedado con ese juguete (*Eli*) junto a su cama durante tanto tiempo, esa confirmación visible de que había estado años pillada por mí, hizo que algo se rompiera en mi cabeza. Y cuando se apretó contra mí para tratar de recuperar a la elefanta de peluche… Mierda, es un milagro que lo único que haya hecho fuera tirarla sobre la cama y balbucear algo de que la obsesión era mutua, porque lo único que quería era arrastrarla hacia mí y besarla hasta que me rogara que le hiciera algo más.

Traté de hacerme el tonto y volver a lo nuestro (al trabajo que ella estaba haciendo para mí), pero ya había roto nuestro acuerdo. Willow, por suerte, dejó pasar el asunto. Seguramente porque no

quería hablar del tema. Porque ¿qué podía decir después de eso? Yo sabía cómo eran las reglas y las ignoré por completo. Regañarme por haberlas roto no habría cambiado nada.

Hoy ya volvieron nuestras risas relajadas, como si todo lo de la semana pasada estuviera olvidado. Volver a tener a alguien cerca ayuda. Chava está sentado enfrente de nosotros, también navegando por mis redes sociales y leyendo en voz alta sus comentarios favoritos cuando se los cruza.

Hasta Mark está participando. Coge el teléfono de Chava y suelta una risotada antes de leer en voz alta:

—«Tenga clamidia o no, me lo montaría como él en esas olas». —Sus ojos se dirigen a mí—. Parece que tus oportunidades están mejorando, amigo. Tal vez consigamos que te acuestes con alguien de una vez.

Hago lo que puedo por no mirar hacia donde está Willow mientras ensayo una risa forzada.

—Tal vez tenga más oportunidades cuando la gente deje de mencionarme a mí y a las ETS en la misma frase.

—Lo vamos a conseguir —promete Willow, y por fin me animo a mirarla. Está totalmente tranquila, como si el comentario de Mark no la hubiera aturdido tanto como a mí—. Voy a citar uno de los comentarios que he leído antes y decir que muy pronto vas a estar ahogándote en un mar de tetas.

Sale expulsado de la boca de Chava un rocío de zumo de naranja que cubre toda la mesa. Con una mueca de asco, uso la servilleta para limpiar un par de gotitas sueltas que me llegaron al brazo.

—*Por Dios*, Willow —dice tosiendo y riendo a la vez—. No sabía que podías hablar así.

Ella se encoge de hombros y le sonríe. Las chispas que le aparecen en los ojos oscuros hacen que sienta el *short* de mi uniforme más apretado.

—Soy bastante hábil hablando.

Estoy seguro de que es cierto. Y mierda, las fantasías de tener sus piernas alrededor de mi cintura y sus labios demostrándomelo al oído arremeten contra mí justo en ese momento, enfrente de todos.

Me levanto de golpe y me muevo de mi silla intentando esconder un asomo de erección que espero que no sea demasiado obvio.

—Se me pasó el tiempo —anuncio ante las expresiones de confusión que me reciben—. Tengo que ir a visitar a Patsy. Ver si por fin me puso en la conferencia de prensa de pilotos. Tal vez hoy sea el día en que me dé el visto bueno para decirles a los periodistas que Nathaniel es un hijo de… —Me interrumpo al darme cuenta de dónde estoy y quién podría estar escuchando—. Un chico dulce, simpático y divino al que respeto *muchísimo*.

—Ajá —pronuncia Chava mientras Mark suelta una carcajada.

Willow nos mira a mí, a Mark y a Chava y de vuelta a mí con el ceño fruncido. La verdad, será mejor que ella no termine de entender el odio que le tengo a mi compañero de equipo. No me va a venir bien que algo de eso se filtre inconscientemente en las cosas que postea.

Además, para ella, prefiero seguir siendo el Dev positivo. El Dev que arregla cosas. El Dev que siempre ve el vaso medio lleno. No hace falta que vea el flujo de oscuridad e insatisfacción que me recorre por dentro. No quiero sacarles el filtro color de rosa a esos ojos hermosos todavía.

Pero si Argonaut sigue fastidiándome, quizá dentro de poco ella y el resto del mundo se encuentren con que soy una persona muy diferente a la que pensaban.



Quien haya dicho que el mundo de la Fórmula 1 es pura emoción y entretenimiento miente descaradamente.

—Si me quedo dormido, asegúrate de que no se me caiga el champán —le susurro a Mark, apenas resistiendo la tentación de echarme sobre la mesita donde estamos sentados. Algunos eventos de los patrocinadores parecen divertidos, pero este es una invitación a la siesta. ¿Quién hubiera dicho que los relojeros suizos serían tan pero *tan* aburridos?

Esta noche Mark es mi acompañante. Si no me dejan llevar a los dos, él y Chava se turnan para venir conmigo. Aunque tal vez intente incluir a Willow en esa rotación dentro de poco. ¿Es una estrategia desesperada para pasar más tiempo con ella? Sí, diablos. ¿Me molesta que así sea? Ni un poquito.

Mark me lanza una mirada risueña.

—Mientras ostentes así esa cosa que tienes en la muñeca, me parece que a nadie le va a importar que lo manches todo.

Seguro que tiene razón. Sacudo el brazo para subir el puño de mi camisa por encima del reloj reluciente que tengo en la muñeca. Tengo que admitirlo: las ventajas de la vida que llevo a veces son geniales. Seguramente nunca más tenga que pagar por ningún reloj.

Lamentablemente, una de las peores partes de esta vida está caminando directamente hacia mí.

—Ahí vienen —murmura Mark—. No hagas nada estúpido.

Mis ojos caen en Buck y Nathaniel Decker, y yo fuerzo una sonrisa. Es más sarcástica de lo que correspondería.

—*Jamás*.

Mark suelta un suspiro y se incorpora, echando los hombros para atrás. Es más alto que la mayoría de los hombres del salón, así que casi ni hace falta que haga eso, pero agradezco tener un guardaespaldas provisional. No es que *yo* necesite que me protejan. No, más bien necesito que alguien me sujete si Buck me lanza una de sus famosas microagresiones.

—Buck —lo saludo con falsa calidez cuando él y su hijo se acercan —. Me alegro de verle.

El dueño de Argonaut, vestido con botas y sombrero de vaquero, me dedica una sonrisa que ni se acerca a mitigar la frialdad de sus ojos. Me tiene un odio tremendo, pero no me sacó del equipo apenas pasó lo de mi escándalo, lo que quiere decir que me necesita más de lo que me odia. Lamentablemente, no sé durante cuánto tiempo más durará esta situación, y mi contrato estipula que puede pagar para que me echen cuando él quiera, así que voy a seguir haciendo lo que pueda para caerle relativamente bien.

—Dev —me devuelve el saludo, inclinando la cabeza de forma que su sombrero le esconde los ojos un momento—. Me alegra que no hayas faltado a este evento.

Falté a *una* fiesta de un patrocinador el año pasado, cuando estaba tan engripado que no podía salir de la cama, y este tipo me lo sigue echando en cara. Cada vez que lo veo (cosa que no pasa

seguido, gracias a Dios, porque en general está demasiado ocupado manejando su imperio del mal para ir a las carreras) me da una razón más para devolverle el odio que me tiene.

—No me lo perdería por nada en el mundo. —Me vuelvo hacia Nathaniel, que parece muerto de aburrimiento. No lo culpo—. ¿Qué tal, Nate?

Solo algunas personas tienen permitido llamarlo por su apodo, y está claro que yo no estoy entre ellos… y por eso mismo me empeño en usarlo lo más que puedo.

—Bien —dice apuntándome con su vigoroso mentón. Su acento tejano es apenas más leve que el de su padre—. Entusiasmado por el fin de semana.

Me imagino que sí. El equipo va a hacer todo lo que pueda para que él esté contento, así que apenas llego a concebir qué nube negra me van a echar encima para que él esté feliz.

—Va a ser una buena carrera si sigue habiendo buen clima.

Los ojos de Nathaniel se encienden como si quisiera decir algo más, pero su padre lo interrumpe.

—Te veo mañana por la mañana en el *paddock* —dice Buck. Es una invitación a retirarme, una promesa y una amenaza a la vez—. Haz el esfuerzo de socializar esta noche. Quiero que todos vean que te dignaste a aparecer. La verdad, me sorprende que hayas llegado a la hora pautada. Tu gente no es famosa por su puntualidad.

Asiento, mordiéndome la lengua para no responder algo así como *vete a la mismísima mierda*.

—Sí, señor.

Mira a Mark, pero fuera de eso no acusa recibo de su presencia, y después se toma las manos por detrás de la espalda y se va a dar

una vuelta, con Nathaniel siguiéndole el paso a regañadientes. Me da pena. Con un padre como Buck, no me sorprende que él haya salido así.

Cuando se pierden entre la multitud, me vuelvo hacia Mark y dejo que se me borre la sonrisa.

—Va a ser una sorpresa enorme si ese tipo me mantiene el contrato hasta que se termine.

—Como si fuera a gastar dinero para sacarte —resopla Mark, pero veo que la duda le cruza rápidamente la cara—. El equipo va a terminar en la última posición de la tabla sin tus puntos. Te necesita.

Pero solo hasta que encuentre a alguien que le parezca mejor. Sin embargo, fuera de los tres mejores equipos, hay muy pocos pilotos mejores que yo. No, qué mierda digo. Entre los otros catorce, *ninguno* es mejor que yo. Si tan solo tuviera un coche mejor y el apoyo del equipo para poder demostrarlo…

—Ya veremos durante cuánto tiempo —mascullo, justo cuando me vibra el móvil en el bolsillo.

Cuando lo saco, veo una notificación. «Dev Anderson ha subido una nueva foto». Sigo mis cuentas principales desde los perfiles falsos que me creé después del desastre de Jani, más que nada para fijarme qué decía la gente de mí cuando desaparecí de las redes. *Spoiler:* no decían nada bueno. Dejé de revisarlas tras dos días horribles.

Parece que Willow está trabajando, aunque es un poco tarde para publicar. Seguramente esté en la habitación del hotel, a un par de puertas de la mía, ya en pijama y tirada en la cama. Ese era su plan, al menos, cuando hablé con ella hace un rato. La imagen de ella así me gusta más de lo que me conviene.

—¿Por qué estás sonriendo como un imbécil?

Pestañeo un par de veces para arrancarme de mi fantasía y mis ojos se alzan hasta encontrar a Mark.

—¿Cómo?

—Ya eres bastante tonto todos los días, pero esto —sube y baja la mano por enfrente de mi cara— es otra cosa.

Bloqueo mi móvil y me lo vuelvo a meter en el bolsillo sin fijarme en qué publicó Willow. Comparto prácticamente todo con el tipo que tengo al lado, pero esto me lo quiero guardar un poco más. No quiero que me juzgue más.

—No es nada. —Pero Mark me conoce demasiado.

—¿Es Willow?

—Ha publicado algo —confieso tras respirar hondo—. Estaba mirando la notificación.

Conociéndolo, no me cree. Acaba de ver mi reacción, que fue demasiado extática para una notificación que no merecía más que una mirada superficial.

—Sí, claro —dice lentamente—. Vi cómo la mirabas hace un rato.

Me quedo congelado ante sus ojos severos y aprieto la mandíbula para evitar incriminarme más.

—Sabes que no puede pasar nada —me advierte, bajando la voz mientras se pone en modo sermón. Ya está, lo mejor que puedo hacer es dejar que me diga todo lo que quiera—. Deja de hacerte la idea de que quizás sí. —Levanta una mano y me muestra la fiesta que nos rodea—. Elige a cualquier mujer de este lugar. Sácate las ganas. Solo babeas por ella porque estás pensando con el miembro atado. Te prometo que ni bien lo liberes, la vas a olvidar.

Puede pensar todo lo que quiera, pero ni una mujer me ha llamado la atención esta noche. Si eso no demuestra que está equivocado, entonces no sé qué más hace falta.

Fuerzo una sonrisa torcida, decidido a desviar la conversación del tema de Willow.

—¿Crees que mi reputación ya ha mejorado lo suficiente para que le suelte la correa? —pregunto, intentando poner algo de humor a mis palabras, aunque lo único que siento es el sudor frío que me baja por la espalda.

—No te has tirado a nadie hasta ahora porque has estado demasiado metido en tu cabeza. —Al parecer, Mark ya se cansó de hacerse el bueno—. Y lo estás usando como excusa porque quieres estar con alguien con quien no puedes estar.

La verdad me golpea el estómago como un puñetazo.

—No sabes lo que dices —le espeto.

—Sí que lo sé. —Me echa una ojeada, sin molestarse en esconder su disgusto—. Si la idea de arruinar tu amistad con Oakley, cosa que casi está asegurada, no llega a convencerte de que te alejes de Willow, al menos piensa en lo que le vas a hacer a ella. Piensa en lo que va a sufrir su carrera profesional por estar vinculada de esa forma contigo. Si empezáis a salir y la gente se entera, nunca nadie la va a volver a contratar cuando terminéis. Van a pensar que se pasa el tiempo acostándose con deportistas para conseguir trabajo. ¿En serio quieres hacerle eso?

Se me hielan las venas y me quedo congelado, de forma que me es imposible responderle. Claro que no quiero eso. Ella se merece nada menos que lo mejor. En parte es el motivo por el que le ofrecí

el trabajo en un principio: para asegurarme de que dé su primer paso hacia el éxito. Lo último que quiero es destruirlo todo.

—Ni se te ocurra, Dev —murmura Mark—. No nos arruines las cosas a todos.



Me voy solo a la cama.

Si tomo esta noche como parámetro, mi reputación con las mujeres está mejorando. A diferencia de los últimos meses, algunas se han armado de valor para acercarse a mí, y yo no dudé en dar rienda suelta a todos mis encantos. Pero cuando por fin me escabullí para buscar otra copa y mirar la notificación que había recibido, mi deseo de acostarme con cualquier otra persona cayó a valores negativos.

Willow había subido una foto de la reunión de bienvenida. En ella, yo estaba riendo con la cabeza echada hacia atrás mientras un grupo de chicas *desi* me mostraban un cartel editado con Photoshop de mí como un héroe musculoso de una película de Bollywood, con el resto de los pilotos de fondo como bailarines secundarios. Me hizo partirme de risa y posé para varias fotos con las chicas. No me di cuenta de que Willow también estaba capturando el momento.

El texto de la publicación decía: «Si no me va bien con las carreras…», que es palabra por palabra el chiste que hice en ese momento. Pero entre el barullo de la multitud y, a juzgar por el ángulo de la foto, la distancia que nos separaba, no hay forma de que Willow lo haya oído.

Si Jani hubiera hecho esta publicación, habría escrito algo empalagoso, algo que yo jamás diría. Pero Willow entiende mi sentido del humor y sabe lo que funciona con mi marca.

Me conoce *a mí*.

Me fui de la fiesta poco después, harto de coquetear con mujeres que no me interesaban en absoluto. Mark me lanzó una mirada de decepción cuando lo saludé, pero no me importó. ¿Para qué malgastar mi energía en algo que en realidad no quiero? Pero aunque ignore lo que me propuso, su advertencia se queda dando vueltas.

No quiero arruinar la carrera de Willow antes de que despegue. El mundo es cruel con las mujeres en formas que jamás voy a terminar de entender, pero si ella empieza a salir conmigo, ese hecho la va a perseguir el resto de su vida. No puedo arriesgarme a que pase eso, por mucho que la desee.

La opinión de Oakley por sí sola no llega a detenerme, pero la posibilidad de destruir la carrera de Willow combinada con el resto de las consecuencias (como dar el golpe fatal a lo que queda de nuestro grupo de amigos) sí.

Creo. Mierda, ¿en serio?

No es que tenga planeado romperle el corazón a Willow si empezamos a salir, pero no soy adivino. No sé leer las estrellas ni predecir el futuro. Pero si tuviera que elegir entre hacerle daño y dejar de correr carreras, me despediría de la F1 sin pensarlo.

Me estremezco y me aprieto una almohada contra la cara con la esperanza de sofocar esa idea, pero sigo respirando, y lo único que veo es la sonrisa atrevida de Willow de esta mañana. Mi chica no tan inocente.

Sé que tengo problemas desde el cumpleaños de Oakley del año pasado… pero ¿ahora? Estoy más enredado de lo que pensé que iba a llegar a estar.



La consecuencia de mi noche de dormir mal es un entrenamiento horrendo. Se extiende también al sábado, y termino clasificándome en decimotercer puesto. De por sí, no es algo que no haya pasado antes, pero Nathaniel se escabulló en el número doce por dos milésimas de segundo, y eso sí que duele. Buck está feliz y todo el garaje suelta un suspiro de alivio. ¿Y yo? Yo estoy tratando de no ser un mal perdedor cuando ni siquiera ha empezado la carrera.

Ya en mi *motorhome*, Mark me está poniendo a prueba los tiempos de reacción mientras Chava y Willow están sentados en el pequeño sofá, cada uno trabajando para que mi vida siga adelante sin problemas.

—Reid tiene lugar en su jet si quieres viajar en avión privado mañana —dice Chava en cuanto aporreo la última luz encendida del panel—. Dice que no tiene problema en que nos sumemos todos, y tiene que volver a su casa esta semana, así que igualmente va a viajar a Dallas.

Reid Coleman es el tercer piloto estadounidense de la parrilla. Si Scuderia D'Ambrosi no lo hubiera pescado de la F2 antes, estoy seguro de que Argonaut lo hubiera ido a buscar. Es la personificación del niño estadounidense: pelo rubio dorado, ojos azules y piel de mármol, aunque últimamente luce un bronceado que delata que

pasó el invierno en algún lugar cálido. No tiene nada que ver con el color marrón que tengo yo. A veces estoy bastante seguro de que Argonaut solo me contrató porque querían ganar unos puntos en materia de diversidad, pero nunca voy a comentarle a nadie esa conspiración.

Reid y yo compartimos un apartamento en Mónaco poco después de firmar con nuestros equipos. No éramos más que unos niños recién salidos de la adolescencia que se encontraron viviendo el sueño de correr en el nivel más alto de los deportes de motor. Sin lugar a dudas, puedo darle todo el crédito por mantenerme cuerdo ese primer año. Sin él, tal vez habría perdido los nervios.

Desde entonces nos alejamos un poco. Es lo que pasa cuando estás en un equipo diferente, y es parte de crecer, supongo, pero todavía nos tenemos en cuenta el uno al otro.

Me ajusto el traje de carreras alrededor de la cintura y asiento.

—Me apunto. Prefiero no viajar con el equipo otra vez. —Especialmente si encuentran alguna forma de fastidiarme hoy. Como siempre, trato de ver el vaso medio lleno, pero Argonaut me lo pone más difícil cada día.

Willow carraspea.

—Cuando dices que podemos sumarnos todos —empieza, levantando las cejas—, ¿me incluyes a mí?

Chava le envuelve el cuello con el brazo y la acerca a su lado. Levanta la mano que tiene libre para darle un coscorrón como hacía cuando éramos pequeños, pero antes de que llegue a hacerlo, la suelta. Definitivamente tomó la decisión correcta: no creo que a ella le guste que le revuelvan los rizos.

Un arranque de celos inesperado me penetra el pecho al verlos apretados uno contra otro. Él le cogió suavemente el cuello como si fuera un juego entre hermanos, y la mano de ella se apoyó contra su pecho para evitar que la apretara más fuerte. Y, sin embargo, la adrenalina me saltó en un momento en que debería estar tranquilo.

—¡Claro! ¿Cómo no te va a incluir? —dice Chava, sonriéndole, totalmente ajeno a mi subidón de temperatura—. Ahora eres una de nosotros.

Todos mis instintos me están gritando que lo aleje de ella a patadas. Que le diga que no le ponga las putas manos encima. Pero antes de que logren controlarme esos instintos, Mark me lanza una mirada de advertencia con sus ojos azules penetrantes. Así que, en vez de eso, respiro hondo para calmarme y bajo mi ritmo cardíaco. Mierda. No puedo arriesgarme a estresarme antes de subirme al coche. Conducir enfadado no me va a llevar a ningún lugar más que a las barreras.

Hago lo que puedo para ignorar la conversación de Chava y Willow mientras le hago una seña a Mark para que coja el aparato de tortura que usamos para entrenarme el cuello, pero las risitas de ella mientras Chava le cuenta las ventajas de viajar en avión privado me llegan volando por el aire y me golpean una y otra vez, como puños.

Mark casi me rompe el cuello cuando tira fuerte del arnés antes de que me termine de preparar. Por suerte, consigo zafarme de las correas antes de hacerme daño en serio. Hace un escándalo con el tema, me pasa las manos por la cabeza y los hombros para fijarse que no me haya lesionado, pero yo me agacho y me alejo hacia el sillón.

—¿Os molestaría iros al garaje? —les pregunto, tratando de que no se note la tensión de mi voz—. Necesito que Mark me trabaje la zona lumbar, y no quiero que me veáis con la ropa ignífuga. Soy un hombre, necesito privacidad.

Tras asentir y emitir algunos murmullos de consenso, recogen sus cosas y se dirigen a la puerta, aunque no sin que Chava me lance una mirada confundida antes.

Cuando se van, Mark me mira con el ceño fruncido.

—Estás distraído.

Levanto el arnés y me lo vuelvo a poner.

—Estoy bien. Te lo prometo. Solo había demasiado barullo. —Le señalo la correa—. ¿Me vas a torturar o no? Sé que te encanta verme sufrir, bombón.

Ignora mi broma y el rechazo me duele.

—Willow te está afectando.

—Cierra la puta boca. —Las palabras me saltan antes de que pueda detenerlas, pero estoy cansado de sus sermones de mierda. Tomo aire y cierro los ojos para centrarme antes de volver a abrirlos. Mark está de mi lado. Solo me está cuidando—. Perdón, amigo. No debería haberte dicho eso.

Asiente para aceptar mi disculpa.

—Está bien. Te entiendo. —Hace una pausa y me mira a los ojos —. Pero tienes que largarla.

No sé cómo tomarme sus palabras. ¿Largarla como despedirla? ¿O abandonar lo que siento por ella? Sea cual sea, no sé si lo puedo hacer.

—Volvamos a esto. —Le ofrezco otra vez la correa—. Tengo un compañero de equipo que necesita que le den un par de hostias.



Me vuelvo a sentir yo mismo cuando llego a mi lado del garaje.

El rugido de los aceleradores y el olor a aceite de motor de alguna forma me devuelven la presión arterial a los niveles normales. La ráfaga de adrenalina que me recorre ahora es por la carrera inminente y nada más. Reboto sobre los dedos de los pies mientras tengo una conversación de último momento para repasar la estrategia con Branny y Sturgill, nuestro director de equipo. Sturgill no es mal tipo, pero es el lacayo de Buck. Y aunque su prioridad debería ser hacer puntos para el equipo sin prestar atención a qué piloto los consigue, Sturgill nunca intentó ocultar que la prioridad *de él* es que Buck esté contento.

Dicho esto, alguna que otra vez sí dio la cara por mí, y por eso lo tengo que respetar. Solo lamento que no lo haga más seguido.

Una vez que lo cerramos todo, me dirijo adonde Chava está ayudando a Willow a ponerse los auriculares.

Tiene la cara tan iluminada que casi tengo que mirar para otro lado. Es como el sol: irradia luz sobre todos y todo lo que la rodea, y me atrae como una polilla ante una llama.

—Nunca me he visto tan guapa —le proclama a Chava, enmarcándose el rostro con las manos y haciendo alarde de sus auriculares rojo fuego. Se pintó las uñas de un color que combina, y tiene los anulares acentuados con brillos.

Es la única persona de aquí a la que le queda bien el uniforme de Argonaut. La falda azul ajustada le abraza las caderas y tiene la camiseta polo rayada metida simplemente por delante. Se sujetó los

rizos en un moño estampado de estrellas, de una forma que logra ser deportiva y al mismo tiempo desgarradoramente sensual.

Con una mirada ya me doy cuenta de que estoy metido en un buen lío. Pero no me interesa salir.

¿Cómo puedo despedirla, como me insiste Mark, si tiene aspecto de ángel y un cerebro brillante?

—Suerte —me dice al verme llegar, y se le marcan los hoyuelos.

—No la necesito —bromeo, imitando su sonrisa—. Te tengo a ti.

Eso le saca un resoplido, y tira la cabeza hacia atrás.

—¡Te dije que no me cargaras esa responsabilidad!

—Hoy voy a llegar al podio solo porque estás tú.

—Eres lo peor —suspira, y después me indica que me haga a un lado—. Voy a buscar a Konrad. Ayer tomó unas fotos que quiero subir a tu *feed.*

Doy un paso al costado y la dejo pasar mientras pienso en el post que hizo la otra noche. Todo lo que ha hecho hasta ahora ha sido perfecto: les dio a mis fans la oportunidad que tanto pedían de espiar mi vida, aunque nunca se pasó como para que yo me sintiera incómodo. Tuvo cuidado de mantener un equilibrio entre lo personal y lo profesional. Ayer hasta me sugirió que hiciéramos una serie de publicaciones sobre mi relación con los miembros del equipo que trabajan de cerca conmigo, una especie de gira de agradecimientos para enseñar que aprecio lo que cada uno de ellos hace por mí. En contraste, Jani compartía más fotos mías sin camiseta en el gimnasio que cualquier otra cosa. Era como si su estrategia principal fuera hacerme parecer un imbécil egocéntrico.

Cuando Willow se aleja tranquila, yo me doy la vuelta hacia Chava y pongo los ojos en blanco ante su cara de entenderlo todo. Entre

sus sonrisitas pícaras y los comentarios de desaprobación de Mark, es como tener un demonio en un hombro y un ángel en el otro. Solo que no sé cuál es cuál.

—No digas nada —le advierto.

—No iba a decir nada.

—Pero lo estabas pensando.

Se le dibuja una sonrisa maliciosa.

—Culpable de todos los cargos.

Suspiro y estiro los brazos por encima de él para tomar mi casco del estante.

—No tengo tiempo para esto.

Chava se agarra las manos por detrás de la espalda y se balancea sobre los talones, como la amenaza constante que es.

—*Suerte* —se burla con una imitación malísima de la voz de Willow.

—Te voy a matar.

—Saca turno, cabrón.



Una vez que me subo al coche, todas esas estupideces se van volando.

El motor ruge detrás de mí. El casco me limita la visión de modo que lo único que veo son el asfalto y los coches de delante, incluido Nathaniel, que está al frente y a la derecha. Verlo me llena de determinación. Objetivo número uno del día de hoy: pasarlo lo antes posible. Aunque eso solo va a ser posible si se sale de mi camino el

Omega Siluro que está en el espacio de la parrilla que tengo enfrente.

Lo cual por supuesto que no va a pasar.

Tarda en cruzar la línea, lo cual me fuerza a rebasar por la derecha, pero Nathaniel logra arrancar de manera sólida, así que me obliga a colocarme detrás de él. Me quedo cerca de él durante la primera vuelta y mantengo la calma a pesar de que su aire lleno de polvo me reduce la velocidad en todas las curvas, pero tragarme su estela en las líneas rectas vale la pena. Cuando puedo activar el DRS, ya no me cabe duda de que lo voy a pasar.

Le doy un par de vueltas, haciendo que los neumáticos entren un poco más en calor hasta sentir que el coche va cómodo. Estoy en el punto óptimo, listo para acelerar, y sé que puedo adelantarme más.

Solo hay un problema: mi compañero de equipo no se sale de mi camino, diablos.

Está defendiendo su lugar como si su vida dependiera de ello, lo cual va a ser un sufrimiento para sus neumáticos, sobre todo siendo tan temprano en la carrera. Su ingeniero seguro que le está diciendo que se lo tome con calma, que sostenga la estrategia de dos paradas para ponerse nuevos neumáticos, pero el tipo está con ganas de cagarla.

—Necesito pasarlo —le digo a Branny por la radio, ignorando sus peticiones de que me aleje del alerón trasero de Nathaniel—. Mi ritmo es medio segundo más rápido, fácil.

Hay un instante de crepitaciones y Branny anuncia:

—Negativo, no tienes permiso para acelerar.

La decisión me toma por sorpresa. Como están las cosas, los dos nos estamos quedando fuera de los puntos, y para cambiar eso,

tengo que pasar a mi compañero de equipo o unas cuantas personas que están delante de nosotros tienen que acelerar y meterse en bastantes problemas. Entonces, ¿por qué no me dejan hacer lo que mejor nos va a posicionar en el Campeonato de Constructores?

En realidad, estoy preguntando algo estúpido. Ya sé por qué.

—Entonces da la orden a todo el equipo —le reclamo—. Dile a él que me deje pasar.

—Negativo —dice Branny al instante. Ni siquiera se lo piensa dos veces antes de contestarme—. Mantén la velocidad y defiende.

Eso es *una mierda*. Hasta los comentaristas tienen que ver que mi ritmo es mejor que el de Nathaniel. Si me deja pasar, voy a estar segundos delante de él, fácil. Y existe la posibilidad de que alcance al McMorris que está décimo.

Pero no, estoy varado defendiendo al pedazo de mierda que es mi compañero, que solo sabe mirar los espejos retrovisores cuando yo estoy detrás de él.

Estoy que echo humo por sesenta vueltas más, insultando mentalmente a Nathaniel y Buck y a todos los que los habilitan a hacer lo que les dé la gana, hasta que cruzo la línea de llegada.

Si no me había decidido antes, ahora sí. Tengo que irme de aquí.



CAPÍTULO 15
Willow

—Parece que al final no soy tu amuleto de la suerte.

En un rincón alejado del garaje de Argonaut, Dev se pasa una toalla por el pelo mojado. Se saca unos rizos sueltos de la cara y los despeina para dejarlos caer al natural. Incluso después de una carrera agotadora en la que se pasó el tiempo defendiendo la posición de su compañero, se ve casi perfecto.

Pero el Dev que está enfrente de mí ahora es un hombre que casi ni reconozco. Tiene los hombros encorvados y una expresión lúgubre en la boca. No está contento, eso queda claro, y está escondido en este rincón para que nadie más llegue a verlo así.

Tampoco quería que yo lo viera, pero yo sabía que era falsa la media sonrisa que tenía en la cara cuando pasó arrastrando los pies por la calle de boxes, así que lo seguí después de que Chava le pasara una botella de agua y una toalla sin decir nada, ya que, a diferencia de mí, él sabe bien que no tiene que molestar a Dev en un momento así.

Dev intentó protestar cuando se dio cuenta de que yo lo seguía, pero cerró la boca después de oír mi comentario sobre el amuleto de la suerte. Sigue sin hablar, así que no me queda otra cosa más que mirarlo y devanarme los sesos para buscar la manera de relajar el ambiente.

Yo escuché la radio del equipo, escuché cuando su ingeniero de carrera le dijo que no tenía permiso para pasar a su compañero. Como resultado, él terminó en el puesto doce y Nathaniel en el once. Ninguno de los dos ganó puntos. Con razón está desanimado y exhausto. Todo eso para nada.

Puede que yo sea nueva en este ámbito, pero es imposible no darse cuenta de la tensión que hay entre el lado del garaje de Dev y el de Nathaniel. Está claro quién es la prioridad, lo cual sin duda tiene algo que ver con quién es el dueño del equipo. No sé bien por qué Dev odia tanto a Nathaniel, pero a la larga voy a conseguir que me cuente toda la historia. Por ahora, después de ver de primera mano cómo trata el equipo a Dev, me quedan claras muchas cosas.

Desde que asumí el riesgo de gestionar las redes sociales de Dev, mi meta siempre fue llamar la atención de los superiores de Argonaut para que vean el valor que él le aporta al equipo. Pero tal vez estoy viendo mal las cosas. Tal vez tengo que pensar una nueva estrategia, porque, por lo que he visto hasta ahora, este grupo nunca va a pensar en lo mejor para Dev mientras esté Buck Decker al mando.

—Cuando termines con las entrevistas y el análisis —digo—, ven a buscarme al hotel, ¿vale?

Hay una larga pausa antes de que me conteste con la voz áspera:

—Sí.

Tiento a la suerte y rozo los límites que establecimos cuando me pongo de puntillas y le peino un rizo que le cuelga sobre la frente. No se me escapa la sorpresa que le aparece en los ojos cuando lo hago, pero elijo no darme por aludida.

—Listo —proclamo sonriéndole, con el corazón un poco más acelerado—. Ya estás listo para las cámaras.



Son las once pasadas cuando llaman a la puerta.

Me desenvuelvo de la cama, doy unos pasos amortiguados hasta la entrada y pongo las puntas de los dedos sobre la superficie lisa para espiar por la mirilla. No veo la cara del hombre que está al otro lado, en el pasillo del hotel. Tiene el brazo estirado para apoyarse contra el marco de la puerta y el mentón apretado contra el pecho, pero no hay duda de que es Dev.

Levanta la cabeza despacio cuando abro la puerta de un tirón. Se duchó y se cambió, pero tiene la expresión tan sombría como cuando lo dejé en el garaje después de la carrera. Para mi sorpresa, se puso una camiseta azul marino con el logo de Argonaut y unos vaqueros. Después de lo de hoy, uno pensaría que no iba a elegir algo con la marca del equipo, pero me imagino que (al igual que con la orden que le dieron durante la carrera) no tenía opción.

—Hola —dice con voz grave y ronca.

—Hola. —Doy un paso atrás y estiro el brazo para invitarlo a entrar—. Pasa.

Se me queda mirando un instante antes de soltar el marco de la puerta y entrar arrastrando los pies. Se quita los zapatos de dos patadas en cuanto pasa el umbral de la puerta y luego avanza hacia el sillón que está en una esquina. Con un suspiro, se arroja ruidosamente sobre él y echa la cabeza hacia atrás, contra el cojín.

Tiene las rodillas separadas y los codos colgando por fuera de los apoyabrazos. Es una postura abierta pero agotada, y no puedo evitar fantasear con gatear entre sus piernas, ponerle las manos en los muslos…

Por Dios, niña. Contrólate.

Me quedo un segundo más en la entrada de la habitación para recobrar la compostura antes de darme la vuelta e ir hacia la cama. Me poso en la esquina que está más cerca de él, me guardo las manos tras la espalda y lo observo.

—¿Estás bien? —pregunto por fin, aunque la respuesta es obvia.

Cierra los ojos y las pestañas le rozan las mejillas por unos segundos. Después los vuelve a abrir y fija la atención en mí.

—Estaré bien.

En otras palabras, no está *para nada* bien. Aunque él jamás permitiría que salieran esas palabras de su boca. Dev, el tipo que está siempre conforme, jamás.

—¿Quieres hablar de lo que pasa? —insisto.

—La verdad, no.

Asiento con la cabeza y dejo que se instale el silencio entre nosotros. Cuando le pedí que me viniera a buscar, fue porque quería pensar juntos una nueva estrategia para conseguir la atención de otros equipos que no fueran Argonaut, pero está claro que este no es el momento para sacar ese tema. Dev está mal, y está librando una batalla invisible de la que no estoy enterada. Y no sé si alguna vez me enteraré.

Por más que no estoy lista para sacar el tema de la estrategia ni de insistirle para que se abra conmigo, no quiero que se vuelva a su habitación a sufrir en soledad. Por supuesto, Dev podría ir a buscar a

Chava o a Mark, pero dudo que lo haga; en toda la experiencia que tengo con él, nunca lo vi así de vulnerable. Ya tengo bastante suerte de que haya venido con la guardia baja. Quiero asegurarme de que se quede.

Salto de la cama, lo cual lo sobresalta, me parece. Pero va perdiendo un poco de la distancia que tiene en la mirada mientras me sigue los pasos.

—Veamos una película —declaro y le sostengo la mirada por un momento antes de dirigirme a la mesita de noche para buscar el mando de la tele.

Ya está abierta mi sesión de Netflix: antes vi un episodio de una de mis series de comedia favoritas mientras hacía una llamada por FaceTime con Chantal. Así que, cuando aprieto el botón de encendido y la pantalla cobra vida, se revelan mi perfil y una selección de comedias románticas que el algoritmo cree que me van a gustar. No voy a elegir ninguna de esas para esta noche, igualmente.

—¿Te sigue gustando el terror? —pregunto, lanzándole una mirada.

Ya no tiene el entrecejo tan serio como antes, pero frunce el ceño cuando le hago esa pregunta.

—¿Te acuerdas de eso?

Suelto una risa burlona, desplazándome por la pantalla para ver la siguiente fila de sugerencias.

—¿Que si me acuerdo de cómo me cagaba de miedo cada vez que tú y Oakley hacíais esas maratones de películas de terror? Eh, sí, me acuerdo.

Eso le saca una risa. Suena áspera, casi como si se hubiera olvidado de cómo se hace ese sonido.

—Me sigue gustando, pero no te voy a hacer mirar mi película *slasher* favorita.

Aprieto los dientes para contener una sonrisa. Al menos parece dispuesto a quedarse. Si lo único que consigo es distraerlo de lo que pasó hoy y recordarle que en la vida hay más que carreras y toda la política que traen de la mano, voy a considerarlo un éxito total. En general, él es el que va esparciendo la alegría, llenando de luz y ligereza la vida de los que lo rodean. Y se merece lo mismo para él. Ahora le toca que lo cuiden a él.

—Me parece bien. —Me vuelvo a tirar en la cama y me pongo a propósito en uno de los lados para que haya mucho lugar si quiere sumarse—. ¿Qué quieres ver?

Se endereza despacio y me indaga con la mirada mientras espero su respuesta.

—Tengo algo en mente —dice por fin—. Pero tienes que prometerme que nunca se lo vas a contar a nadie. Sobre todo a Chava. Nunca me la va a dejar pasar.

Me froto las manos como una supervillana y sonrío.

—Uy, ¿algo que no sabe ni Chava? Cuéntalo ya.

Exhala otra risa, niega con la cabeza y aparta la vista, como si no pudiera mirarme a los ojos para confesarlo.

—Cuando tengo un muy mal día… pongo una película de Bollywood.

Me quedo mirándolo, esperando que haya un giro. Como no dice nada más, arrugo la frente.

—¿Y? Lo dices como si yo no supiera que a los once querías ser cantante de *playback*.

Vuelve a poner la atención en mí bruscamente. Con los ojos bien abiertos, me amenaza con el dedo.

—Más te vale llevarte eso a la tumba.

—Lo juro por mi madre —le prometo, tratando de no reírme—. Pero lo digo en serio: no me sorprende que hagas eso cuando tienes un mal día. ¿A quién no le gusta ponerse a ver un drama exagerado con momentos de baile cuando no se siente muy bien?

—Es un poco más… específico. —Inspira hondo, exhala rápido y confiesa—: En general pongo *Kal Ho Naa Ho*.

No soy experta en cine de la India, pero vi *muchísimas* películas de Bollywood cuando era pequeña, gracias a la tía Neha. Estoy bastante segura de que le prestó cada uno de los DVD que tiene en su colección a mi madre a lo largo de las décadas que llevan siendo vecinas. Y hay una película que siempre se destacó más que el resto, porque es la que me dejó llorando durante horas después del final.

—Perdón —digo despacio, tratando de contener mi incredulidad—, pero ¿*Kal Ho Naa Ho* es tu película de *consuelo*? ¿Hablas en serio?

Dev levanta una mano y de nuevo me evita la mirada.

—Es que… sí. Habla de estar orgulloso de ser uno mismo: de tu trasfondo, de tus orígenes. Y de vivir la vida al máximo, por más que te puedas morir en cualquier momento. Si eso no explica lo que me pasa en la vida… —Se va apagando y se encoge de hombros.

Está bien, lo comprendo. Aunque nunca hubiera esperado una respuesta como esa.

—Entiendo. Pero esa película me dejó llorando la primera y única vez que la vi, así que por hoy te voy a decir que no. Dame otra opción.

Aprieta los labios hacia un lado, pasa los ojos por toda la habitación y vuelve a enfocarse en mí, con una chispa de ilusión encendida en los ojos.

—¿*Devdas*?

—Estás loco de remate —digo después de casi atragantarme.

—¿*Dil Se*?

—¡Es como si *quisieras* estar triste!

Se ríe de nuevo, pero esta vez es ese sonido cálido que tanto conozco.

—Bueno, bueno —reconoce—. ¿Qué te parece *Om Shanti Om*?

—Ah, ya entiendo. —Asiento con aires de sabiduría cuando descifro las pistas de sus elecciones cinematográficas—. La temática en común no es la depresión: es Shah Rukh Khan.

Y entonces aparece: ahí está la sonrisa que hace que se pare un poco el tonto de mi corazón, aunque ya sabe que no le conviene.

—Me has pillado. Es imposible equivocarse con el rey Khan.

—Podría ver *Om Shanti Om*. —Vuelvo a levantar el control remoto y escribo el título en el buscador. Cuando paso por encima de la imagen que muestra una escena popular de la película, tiento a la suerte y doy unos golpecitos en el lado vacío de la cama *king size*: es una invitación directa—. Ven aquí. No quiero que tengas que girar el cuello para mirar la pantalla. Mark me va a matar si te lastimas algún músculo.

Es un comentario trivial, pero los dos sabemos que estamos rozando los límites de la amistad, por más que dejemos un mar de

espacio y una montaña de almohadas en el medio. Convencida de que va a decir que no y a arrastrar el sillón hasta aquí, me trago la sorpresa cuando se levanta de golpe y camina hasta la cama. Sube con cuidado al colchón, primero una rodilla, después la otra, levanta una de las muchas almohadas, la pone entre los dos y le deja caer el codo encima como si fuera un apoyabrazos mientras se acomoda contra la cabecera de la cama.

A lo largo de los últimos días, ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que nos abrazamos o chocamos los cinco o nos sentamos hombro con hombro en distintas reuniones, así que no tendría por qué ponerme nerviosa la idea de que esté acostado a medio metro de mí. Pero esto me resulta íntimo. Estamos solos, y literalmente estamos juntos en la cama, por más que no estemos ni cerca de tocarnos. La habitación está iluminada con la luz tenue del velador, y el zumbido suave del aire acondicionado es el único sonido que hay, así que la ambientación tampoco ayuda a la causa.

Cuando ya se ha puesto cómodo, suelto un suspiro y me acurruco en mi lado de la cama. Voy a fingir que esto es lo más normal del mundo, aunque esté lejos de ser cierto.

—¿Todo listo? —pregunto, y levanto el mando a distancia. Pero antes de tocar el botón de «reproducir», vuelvo a bajar el brazo y me incorporo en el lugar—. Espera, dame un segundo.

Le tiro el mando y voy rápido a buscar la reserva de picoteo que tengo en la cómoda.

—Fui a comprar cosas para picar —explico mientras le muestro dos paquetes de patatas fritas—. No puedes ir a Canadá y no comprar las patatas de kétchup y las condimentadas. Elige tu veneno.

Se lleva un dedo a los labios y mira primero un paquete y después el otro.

—¿Hacemos mitad y mitad?

—Me gusta cómo piensas.

Le doy primero las de kétchup y doy la vuelta a la cama para llegar a mi lado. Dev toca el botón de «reproducir» mientras yo abro mi paquete y suelto un suspiro de satisfacción con el primer bocado salado. Ya me comí unas cuantas cuando terminan los créditos del principio, y me lleva un segundo darme cuenta de que no entiendo ni una palabra del diálogo.

—Dev, yo necesito subtítulos —le recuerdo y miro hacia donde está él, que ya se puso cómodo con las patatas y el control remoto descansando sobre la barriga.

—Ay, mierda. Sí, claro. —Se apresura a activarlos y me lanza una sonrisa torcida a modo de disculpa—. Me olvidé de que no todo el mundo tuvo que ir obligado a la escuela de hindi.

—Por más que no te haya gustado, a mí me da envidia que sepas tres idiomas —refunfuño y vuelvo a meter la mano en el paquete de patatas.

—Cinco, en realidad —dice como quien no quiere la cosa, concentrado en la tele mientras Shah Rukh Khan se pasea por la escena—. Aprendí francés e italiano cuando me mudé a Europa. Hizo que fuera mucho más fácil comunicarme en el *paddock.* Es una cagada esperar que todos hablen perfecto nuestro idioma.

Me quedo mirándolo, por lo que me pierdo la traducción en la pantalla. Yo pensaba que Dev Anderson ya no podía sorprenderme más, pero él viene y me demuestra que estaba equivocada…

además de hacer que se me metan más mariposas a revolotear por todo el estómago.

—Un poco sí te odio —bromeo—. Basta de ser bueno en tantas cosas. Déjanos algún logro impresionante a los demás.

Dev se ríe. Es un sonido familiar y natural, y ahora le sale con tanta facilidad que me hace preguntarme si el hombre que entró aquí es el mismo que el que está acostado a mi lado.

—Tú eres buena en muchísimas cosas también, ¿sabes? —dice, y me mira a los ojos desde el otro lado del abismo de sábanas que nos separa—. No te subestimes nunca, Willow.



En el intermedio (cómo no amar el cine de Bollywood) me levanto para estirar las piernas mientras Dev va a buscar bebidas de la máquina expendedora que está al final del pasillo.

Ya pasamos el momento incómodo y volvemos a llevarnos como antes. Lo bombardeé con ositos de goma cuando cantó a gritos «Ajab Si» como si me estuviera confesando sus sentimientos a mí. Abucheamos a la pantalla juntos cada vez que apareció Mukesh. Dev incluso me prometió que mandaría a hacer cada uno de los vestuarios que usa Deepika Padukone después de escucharme halagarlos al menos seis veces, aunque seguramente lo dijo solo para que me callara.

Estamos metidos en nuestro propio mundo, donde no importa nada que esté fuera de esta habitación o que no tenga que ver con esta obra maestra de las películas tontas. Espero que sea un alivio

temporal para él, una oportunidad para reiniciar el sistema y quitarse de encima toda la basura que le dejó esta semana, porque mañana ya es otro día y no quiero que lo empiece con todas esas preocupaciones encima. No puedo hacerlas desaparecer por completo, pero *sí* puedo rebajarle un poco la carga, aunque sea viendo una película y comiendo comida basura que él probablemente no debería estar consumiendo.

Se abre la traba de la puerta y Dev vuelve a entrar. Pero en vez de quitarse los zapatos y volver a la cama, deja las botellas de agua y la tarjeta de mi habitación en la mesita y se pasa la mano por el pelo.

—Acabo de darme cuenta de la hora que es —dice, con la cabeza gacha y una expresión un poco menos relajada que antes.

Me acerco a la entrada y me detengo a unos pasos de donde está él sosteniendo la puerta con el pie.

—Tendría que irme a la cama —añade—. Mañana salimos bastante temprano.

—Oh. —No quiero parecer decepcionada, pero así me sale la palabra. Niego con la cabeza y me obligo a usar un tono más despreocupado—. Sí, tienes razón. Y yo todavía tengo que hacer las maletas, así que…

—Otro día terminamos la película. —Por la sonrisa reconfortante que me dedica, sé que es una promesa—. ¿Estás segura de que quieres venir a Dallas esta semana antes de salir para Austria? Si quieres volver a Nueva York, Chava te puede cambiar el pasaje.

Niego con la cabeza. Tenemos que estar en Europa en una semana para la próxima carrera y, si Dev tiene planeado pasar el tiempo que falta en la oficina central, entonces yo también. Pasar tiempo separados no va a ser favorable para la creación de

contenido y, ya que vamos a estar en la fábrica, voy a tener la oportunidad de hablar con los empleados de Argonaut de allí. Es el momento perfecto para trabajar en la gira de agradecimientos de Dev, que va a venir bien elijamos la estrategia que elijamos.

—No, está bien —le aseguro—. ¿Nos vemos por la mañana entonces?

Asiente con la cabeza mientras sostiene la puerta con la mano esta vez y se empieza a alejar despacio.

—El coche sale a las nueve para el aeropuerto.

—Perfecto.

Hay un momento de silencio, como si ninguno de los dos supiera cómo terminar la conversación. La verdad, no quiero que se vaya. ¿Él sentirá lo mismo?

—Bueno —dice por fin y da un paso decisivo hacia atrás.

Me acerco a sostener la puerta para despedirme y aferrarme a estos últimos segundos que nos quedan juntos. Nos vamos a encontrar de nuevo por la mañana, lo sé, pero yo quiero más de esto antes de que se esfume.

Dev está medio girado cuando de pronto vuelve la cabeza hacia mí, con un brillo repentino en los ojos.

—Una cosa más.

Me aferro un poco más fuerte a la puerta. Las mariposas están a toda máquina de nuevo.

—¿Sí?

—¿Quién tiene mejores abdominales: Shah Rukh Khan en «Dard-E-Disco» o yo?

La pregunta inesperada me saca una carcajada de sorpresa. No puedo fingir que no me parece graciosa.

—Basta de buscar halagos —le regaño. Porque los abdominales de Dev son mejores. Y eso no es poco decir.

La sonrisa le ocupa casi todo el rostro.

—Buenas noches, Willow —dice.

—Buenas noches, Dev.

Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y se va caminando sin prisa, con los hombros echados atrás y el mentón en alto.

Este es el Dev que conozco: confiado y contento. El decaimiento que se había apoderado de él ya se evaporó.

Cuando estoy cerrando la puerta, hay un movimiento en el medio del pasillo que me llama la atención. Es Mark, que está volviendo a meterse a escondidas en su habitación, pero no sin antes lanzarle una mirada de advertencia al hombre que se le está acercando. Dev no se da por aludido, pero la situación me hace arrugar el entrecejo.

Porque empiezo a sospechar que esa es la razón por la que Dev se tuvo que ir.



CAPÍTULO 16
Dev

Reid Coleman se ganó a mi chica.

Técnicamente, Willow no es mi chica. Y bueno, sí, Reid se ganó a *todos* los que estaban en el avión con sus historias de aventuras y su acento sureño. Pero da lo mismo. Ese tipo está en mi lista negra hasta que a Willow se le borren los corazones que tiene dibujados en los ojos.

El calor opresivo de Texas no ayuda a los celos que me arden por dentro mientras Chava, Mark, Willow y yo nos abrimos paso por el suelo de asfalto hasta la furgoneta que nos espera. Mark se queda unos pasos atrás conmigo mientras Chava y Willow van delante, repasando el relato de cuando Reid hizo paracaidismo y hablando como adolescentes fanáticas obsesionadas.

—¿Ya me has perdonado?

Le echo una mirada a Mark mientras me acomodo el bolso un poco más arriba en el hombro.

—No hay nada que perdonar.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

—Podemos fingir que sí.

Resopla y sigue hablando en voz baja:

—Solo quiero que sigas concentrándote en lo tuyo.

—Nunca me distraje —le respondo, pero eso no relaja el ceño de Mark.

Se preocupa por mí; es su trabajo, pero también lo hace porque es un buen amigo. En general, no me molesta, porque el noventa y nueve por ciento de las veces tiene razón y necesito que me vuelvan a llevar por el buen camino. Pero sus advertencias sobre Willow y la forma en que prácticamente me sacó a rastras de su habitación anoche no me están generando ningún cariño por él.

—Mira, tuve un mal día. Ella solo quería levantarme el ánimo —le explico, aunque cuando me doy cuenta de las implicaciones de esas palabras, me explayo antes de que saque conclusiones—. Lo único que hicimos fue mirar una película. Y ¿te digo la verdad? Me ayudó. Ella… —me voy callando mientras intento pensar una forma de hacerle entender la ligereza que Willow trae a mi vida. La forma en que aleja las nubes tormentosas que flotan sobre mi cabeza con su luminosidad pura— me levantó el ánimo.

Mark entrecierra los ojos como señal de advertencia.

—Le estás dando demasiado crédito a una sola persona.

Puede ser. O tal vez no le doy suficiente crédito. Porque me sacó del lugar oscuro donde me podría haber enterrado anoche, y ahora lo único que evita que me ponga a darle vueltas a lo atascado que me siento en Argonaut es la presencia de ella. Estamos a punto de entrar en el nido de víboras que es la oficina central de mi equipo, pero saber que ella está conmigo me quita el miedo. Bañándome en el sonido de su risa, mantengo los ojos puestos en sus rizos mientras suben y bajan.

—Ella lo merece.



La semana en Dallas es una seguidilla borrosa de reuniones, sesiones de entrenamiento en el gimnasio más largas que nunca y horas en el simulador. Cuando nos subimos al avión a Austria, estoy seguro de que podría recorrer el circuito con los ojos cerrados. Estoy listo para volver al ataque.

Todavía está por verse si Argonaut me lo va a permitir.

—Bueno, es hora de ponernos al día —anuncia Willow una vez que el avión llega a los diez mil metros y nos permiten usar dispositivos electrónicos.

Saca de un tirón el ordenador portátil de la mochila que tiene a sus pies y lo abre. Cuando se enciende la pantalla, aparece una presentación de diapositivas. Esta chica sí que se ha preparado.

No pasamos mucho tiempo juntos estos días fuera de las comidas. Estuvimos demasiado ocupados con nuestras respectivas responsabilidades para hacer más que saludarnos y tomar alguna que otra foto rápida. Estar sentados uno al lado del otro en primera clase en este vuelo comercial parece un momento robado. Pero la advertencia de Mark de mantenerme alejado de ella me salta a la mente en cuanto ella carraspea y se prepara para empezar la presentación.

Willow merece aplicar estas habilidades a una escala más grande, trabajar para un equipo que valore su dedicación y talento. No quiero arruinarle esa oportunidad. Así que en vez de inclinarme hacia ella como me gustaría, asiento y dejo que ella gire su pantalla hacia mí.

—La cantidad de seguidores aumentó en un promedio de un nueve por ciento en todas las plataformas —empieza. La primera

diapositiva muestra gráficos del aumento de seguidores e interacciones.

Una vez que la reviso, pasa a la siguiente. Esta está llena de logos de marcas de compañías con las que estaría más que dispuesto a trabajar.

—Howard te consiguió tratos con dos nuevas marcas. Tengo algo pensado para cada una, si quieres revisarlo después. Vamos a asegurarnos de que vayan bien contigo.

—¿Cuán insufrible fue mi agente cuando hablaste con él? —le pregunto, seco.

—Demasiado —me responde con una mirada cómplice.

—Era de esperar. —Señalo el ordenador y le indico que siga.

—Bueno, no pasa nada si rechazas esta idea porque te parece demasiado pronto —se anticipa—, pero las locutoras de este pódcast querrían entrevistarte. Escuché casi todos los episodios que hicieron hasta ahora, y estas tipas sí que saben de lo que hablan. Además, son graciosísimas y les está yendo muy bien.

Levanto una ceja, sorprendido. ¿Todo eso hizo antes de saber siquiera si me interesaba la idea?

—¿Has escuchado todos los episodios?

—Casi —me corrige—. Hice lo que me correspondía. Y escuché otros programas sobre F1 para ver si irían mejor contigo, pero creo que este es el mejor.

—Guau, eres increíble.

Las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda frenarlas, pero incluso cuando le sube un rubor por el cuello, no quiero retractarme. Se merece ese elogio y mucho más.

—Gracias —murmura, con los ojos clavados en el ordenador portátil mientras pasa a la siguiente diapositiva—. En fin, tengo que pedirle a Chava que lo programe todo. Y después…

Mientras ella sigue hablando, yo intento concentrarme en la pantalla y no en cómo se va sonrojando su rostro hermoso. Cada vez que me sugiere algo, yo acepto. Sé que ella sabe más que yo. Está claro. Yo solo me dejo llevar.

—Bueno, voy a coordinarlo con todos y ponerlo todo en el calendario —dice, sonriendo de oreja a oreja, en cuanto llega a la última diapositiva.

Tengo que resistir el impulso de recorrer la curva que dibuja su sonrisa, porque eso es algo que un jefe *jamás* tendría que hacer. Pero la tentación es real, y cuanto más tiempo pase con ella, más difícil se va a hacer resistirla.

Tal vez Mark tuviera razón. Tal vez tengo que despedirla. Para preservar mi cordura y su reputación.

Solo que esa certeza se deshace en una nube de humo cuando ella me aprieta la mano y veo su entusiasmo palpable. Es un contacto breve, totalmente inocente. Apenas una expresión de lo contenta que está de trabajar en todo esto. Dudo que siquiera lo haya premeditado.

Todavía con ese gesto de satisfacción en la cara, guarda el ordenador portátil y saca su cuaderno, y después se acurruca en el asiento que le queda demasiado grande. Anota algunas cosas en la página con el labio inferior bajo los dientes mientras se concentra. Entonces me doy cuenta de que estoy totalmente enganchado. No la voy a dejar ir a ninguna parte a menos que sea a mi lado.

Al menos hasta que termine el verano y se acabe nuestro tiempo juntos. Quién mierda sabe cómo lo voy a hacer para dejar que se aleje de mí una vez más.



El domingo trae cielos celestes y un sol tan luminoso como mi humor. Una vez más, siento que nada me puede detener. Es un alivio que agradezco después de todo el peso que vengo cargando en los hombros.

El entrenamiento del viernes pasó sin complicaciones y me clasifiqué decimoprimero ayer. Para sumar más a mi humor alegre, Nathaniel se clasificó en el puesto diecisiete, así que es poco probable que las decisiones del equipo afecten a mi carrera. No me pueden pedir que me quede detrás de él cuando ya estoy kilómetros más adelante.

Lo evito cuando todos los pilotos se juntan en la parte trasera de un camión de plataforma modificado que vamos a usar para el desfile de pilotos. Saludo a Thomas Maxwell-Brown con una sonrisa y un golpe en la espalda, y le tomo el pelo por las fotos de imbécil que subió en un yate la semana pasada. El tipo es más opulento que un miembro de la realeza británica… y puede que efectivamente sea un miembro, si subimos lo suficiente por su árbol genealógico.

Me acabo de subir al camión cuando Zaid Yousef me hace un gesto con el mentón, indicándome que me acerque al espacio libre que hay junto a la barandilla, a su lado… y bien lejos de los

periodistas. Me quedo congelado un segundo antes de forzarme a mover los pies.

Es ridículo, pero todavía me deslumbro cuando veo a Zaid. Literalmente no es más que un tipo como cualquier otro, uno de los que compiten contra mí desde hace años, pero desde pequeño que es un dios para mí. Con siete títulos de campeón bajo el brazo y casi infinitos récords, es el más grande de todos los tiempos, fácil. Y como compañero de piel marrón (el marrón del Medio Oriente, a diferencia de mi marrón del sur de Asia), me demostró que era posible que gente como nosotros llegara al escalafón más alto de los deportes de motor.

—¿Todo bien? —me pregunta después de chocar las manos. Su acento inglés es un poco más de clase trabajadora que el de Thomas.

—No me puedo quejar —respondo, tratando de sonar tranquilo. Está claro que no me sale.

—¿Cómo está tu madre?

Ese es otro punto bueno de Zaid: se acuerda de cada mínimo detalle. Habló con mi madre *una vez* y todavía pregunta por ella.

—Bien. Todavía no consigo que deje de trabajar, aunque ya no lo necesita.

Zaid me dedica una sonrisa cálida y cómplice.

—La mía es igual. Prefiere morir antes que dejar que otra persona lleve el negocio familiar.

Conversamos mientras el camión empieza a avanzar por el circuito para que los fans nos vean, pero un camarógrafo me saca de donde estoy de un empujón cuando se acercan unos periodistas a

entrevistar a Zaid sobre sus oportunidades de ganar su octavo título de campeón.

Hay un espacio al lado de Reid, así que allá voy.

—De nuevo, gracias por el viaje a Dallas —lo saludo—. ¿Cómo lo has pasado en tu ciudad?

—Fue un bonito descanso. —Apoya el codo en mi hombro mientras saluda a la multitud—. Incluso aunque mi abuela se haya pasado la semana echándome en cara que no voy a casa lo suficiente.

Suelto una carcajada y saludo yo también mientras observo el entusiasmo de la gente.

—Dile a Dottie que echo de menos su tarta de manzana.

—Se lo diré —se ríe—. Hablando de Texas y tartas de manzana, ¿tienes planes para el Día de la Independencia?

—Nada, fuera de lo que haga Argonaut. —No voy a volver a casa para el cuatro de julio, teniendo en cuenta que es dentro de dos días y el próximo Gran Premio de Silverstone es apenas unos días después—. Me voy directo a Londres por la mañana para prepararme para el gran desastre. ¿Y tú?

—¿O sea que vas a estar para la cena? —pregunta—. Todavía estoy decidiendo si tengo suficiente coraje para enseñar la cara por allí, pero lo que sé es que no quiero ir solo.

—Ah, ¿hablas de la fiesta asquerosa de Argonaut? —Me dan ganas de poner los ojos en blanco de solo pensarlo. Va a ser una cena fiesta anti-Inglaterra… en pleno Londres—. Sí, me van a colgar de las pestañas si no voy. Por favor, ven a sufrir conmigo.

Reid niega con la cabeza, todavía con los ojos clavados en la multitud.

—No, hablo de la cena con Buck de antes. Es una cena íntima, ¿no? Dijo que solo iba a invitar a los principales, pero no sé si quiero estar con ese tipo más tiempo de lo estrictamente necesario.

Se me cierra el estómago y frunzo el ceño mientras examino su perfil.

—¿De qué hablas?

Reid deja de saludar y me mira, arrugando las cejas. Las cámaras están filmando todo esto, pero al menos no oyen lo que decimos.

—¿No te han dicho nada?

—No. No me han dicho nada.

No me sorprende que Buck esté organizando algo más, pero sí me sorprende enterarme justo ahora… y que haya invitado a un piloto rival.

Tengo el estómago totalmente cerrado a estas alturas. Está claro que Buck me quiere sacar del equipo, pero dudo que Reid me vaya a reemplazar. No me imagino que vaya a dejar D'Ambrosi. Está feliz en la Scuderia, y estuvo peleando el tercer puesto del podio todo el año. No renunciaría a eso por un equipo de la zona media que no gana hace años.

Pero si Buck le ofrece suficiente dinero para hacer que el cambio valga la pena, estoy jodido. Porque Reid es el piloto cien por cien estadounidense que Argonaut, compañía cien por cien estadounidense, siempre quiso.

Tengo que esforzarme por seguir sonriendo, por evitar que las cámaras capten la confusión que corre por mis venas. No quiero que Reid se dé cuenta tampoco.

—Te ha llegado la invitación por el acuerdo técnico, ¿no? —sugiero en broma—. Seguro que D'Ambrosi piensa que, como hacen

nuestros motores, también tienen que estar en nuestras fiestas.

—Claro —dice Reid, pero eso no me consuela para nada—. Seguro que es por eso.



Tengo el estómago revuelto cuando me posiciono en mi lugar en la parrilla, pero las náuseas ahora se me mezclan con una ira ardiente.

El motor gruñe mientras aprieto el volante con los dedos. Mantuve la cabeza gacha y evité a todos salvo a mis ingenieros cuando me bajé del camión del desfile, para no dar rienda suelta al fervor que se estaba gestando en mi pecho. Ahora está ardiendo a más no poder.

El ritmo de mi corazón va bajando a medida que las luces rojas se encienden una a una, y da un salto cuando se apagan todas. Dejo la línea de inmediato y paso dos coches. Cuando llego a la primera curva, estoy noveno. Mantengo la ventaja por dentro, me posiciono detrás de un McMorris y me quedo pegado a su alerón trasero. El espacio se expande un poco a medida que pasan las vueltas, pero voy a poder pasarlo pronto si me exijo un poco más.

Branny es un mosquito que me zumba en el oído. Apago todo lo que dice salvo lo importante y le doy respuestas secas cuando es necesario. Por lo general estamos en sintonía, pero hoy no. Después de descubrir el complot que están montando delante de mis narices para echarme de una patada, no.

Para la vuelta veintitrés ya estoy por delante del McMorris y siento que mi coche se mueve de forma sólida. Los neumáticos están

aguantando bien, su balance está tan estable como puede estar y yo los estoy exprimiendo al máximo.

Estoy conduciendo para demostrar algo. Ya sea a Argonaut o a otro equipo, estoy decidido a enseñar de qué soy capaz, por qué este lugar es para mí. Cuando debuté fui novato del año, y por algo fue. Todos los patrocinadores se lanzaron a buscarme en cuanto abrí la puerta, y por algo fue. Dejé atrás a cientos de otros pilotos en mi camino hacia la F1, y por algo fue. Estoy aquí porque luché para conseguirlo. Y voy a seguir luchando.

Sigo exigiéndome, decidido a cerrar la distancia que me separa del coche de delante. Estoy a punto de preguntarle a Branny cuánta diferencia de tiempo tenemos cuando él se me aparece crepitando por la radio.

—Algo va mal con el coche —dice—. Tenemos que retirarlo. Baja la velocidad y ven al box. Repito, baja la velocidad y ven al box.

Me quedo pasmado. El coche se siente tan estable como se puede sentir un coche de Argonaut.

—¿Cuál es el problema? —le exijo—. No siento nada raro.

—Hay un inconveniente —repite Branny, aunque no me da ningún detalle. Tal vez no quiere que la competencia se entere, pero yo estoy conduciendo el puto coche. Al menos podría darme una pista para que yo pueda juzgar la situación.

—Dime —le bramo.

Pero, de nuevo, me deja fuera.

—No podemos arriesgarnos —dice—. Box, box.

No me importa que todo el mundo me oiga insultar por la radio. No me importa que casi me llevo por delante el indicador del límite de velocidad de la calle de boxes cuando entro. No me importa que

mi casco aterrice con un *crac* horrible dentro del garaje mientras los ingenieros y mecánicos hacen un revuelo a mi alrededor. Echando humo de pies a cabeza, aprieto los dientes para no decir algo de lo que me voy a arrepentir a alguien que no lo merezca. Con el mentón hundido contra el pecho, esquivo cuerpos que están decididos a frenarme para hablar. Pero no puedo ahora. No puedo. No puedo escuchar sus excusas.

Solo que Sturgill, el director del equipo, se interpone entre el pasillo que sale del garaje y yo, y no me da más opción que pasar por su lado. Me preparo para darle la espalda, para evitar su mirada y toda la mierda que me va a tirar, pero en cuanto le paso por al lado, su mano sale disparada y me sujeta del bíceps.

Estoy a punto de ladrarle que me suelte, pero me pongo rígido cuando veo su mirada esquiva. Su cautela. Su preocupación sombría. Así que dejo que me acerque a él. Una vez que estamos pegados, lleva su boca a mi oído, intentando que no lo oigan.

Su aliento está caliente cuando hace contacto con mi piel, pero la sangre se me hiela cuando me habla.

—El coche no tenía nada —murmura—. Buck dio la orden.



CAPÍTULO 17
Willow

Apenas entra Dev al garaje hecho una furia, yo ya me empiezo a acercar a él.

Me arranco los auriculares, los tiro en la superficie más cercana y me dirijo a él sin pensarlo ni un segundo. Tengo la cadera dura y dolorida de tanto estar sentada en sillas incómodas y pasar horas de pie, pero ni eso me va a frenar.

Mark lo intenta, aun así.

Me agarra de la parte de arriba del brazo y hace que me tambalee y me detenga. Echo los hombros para atrás, levanto la cabeza bruscamente y lo miro mal. Los dos tenemos suerte de que no haya tirado con tanta fuerza como para hacer algún daño.

Antes de que llegue a abrir la boca para regañarlo, él se pone a negar con la cabeza.

—Déjale en paz. —Las palabras son suaves pero firmes, y no me da mucho lugar para que le discuta.

Una pena por él, porque eso es justo lo que voy a hacer.

—Creo que voy a correr el riesgo.

Yo soy igual de firme y le sostengo la mirada hasta que me va soltando poco a poco. De mala gana, me examina el rostro y me roza la parte de atrás del brazo con la punta de los dedos cuando por fin caen.

No le presto atención cuando grita mi nombre a modo de advertencia mientras yo me voy dando zancadas hacia la salida trasera del garaje por donde desapareció Dev. Corro demasiado lento para alcanzarlo, pero me parece que sé hacia dónde va.

El *motorhome* de Dev está cerrado cuando llego. Llamo a la puerta, aunque no espero a que me responda para meterme y cerrarla detrás de mí.

Dev está al otro lado de la pequeña habitación, con la cabeza gacha, los dedos enterrados en el pelo, caminando de lado a lado. Tiene los hombros tensos debajo de la camiseta ignífuga, como si apenas pudiera contener el impulso de soltar las manos y golpear algo. El traje de carreras con la cremallera abierta ondea alrededor de su cadera cuando se da la vuelta al oír cerrarse la puerta, y me rompe el corazón el dolor que veo en su rostro.

Me quedo donde estoy. Si me pide que me vaya, lo voy a hacer, sin preguntar nada. Hasta que eso pase, me voy a quedar. Él no tendría que lidiar con esto solo.

A nadie le gusta abandonar una carrera antes de tiempo, pero, a juzgar por su reacción, esto no es un DNF y ya está. Hay otra cosa en juego.

—Tengo que irme de este equipo —anuncia, y se le corta la voz al decir la última palabra. Por fin suelta las manos y cierra los puños a los lados del cuerpo, con el pelo hecho un desastre. El calor de su enfado se ha enfriado—. No puedo quedarme aquí y dejar que me sigan saboteando una y otra vez. Estoy desperdiciando toda mi carrera, joder.

Me quedo callada. Tiene que soltar todo esto para que no lo carcoma por dentro. Dev siempre es una fuerza positiva. Siempre

dice que sí a todo. Pero una vez en la vida, está dejando salir la frustración que realmente siente.

—El coche no tenía nada —continúa, hablando apresurado—. Sturgill dijo que la orden de que me retirara vino directamente de Buck. Me engañó. El hijo de puta me boicoteó para que no le haga pasar más vergüenza a su hijo… y para hacerme quedar menos atractivo para cualquier equipo que llegue a tener interés en mí. —Resopla de indignación y niega con la cabeza, con el pelo húmedo cayéndole por la frente—. Tengo que irme. Antes de que me descarten ellos.

¿Por qué le harían esto? No tiene sentido. Dev es un piloto increíble. Suma puntos de forma consistente, lo cual evita que el equipo sea un fracaso rotundo en el Campeonato de Constructores. Entonces, ¿por qué querrían arruinarle la posibilidad de tener éxito? Se están cortando sus propias alas.

—¿No te queda un año de contrato todavía? —pregunto—. ¿No tienen que cumplir con eso?

Dev resopla por la nariz y niega con la cabeza para luego volver a ponerse a caminar de lado a lado.

—Ese contrato no quiere decir una mierda. Yo vi que hubo tipos a los que les dieron el dinero y no volvieron a conducir nunca más. No quiero ser uno de esos. De ninguna manera. No lo voy a permitir.

Se está alterando de nuevo, como un tigre que va de aquí para allá en una jaula que le queda pequeña. Argonaut lo está reteniendo, y esta es la primera vez que lo veo salirse de quicio por eso. Pero dudo que sea la primera vez que pasa.

Nunca llegué a sacarle el tema de cambiar el rumbo de su renovación de imagen; pero si se va a ir de Argonaut, va a necesitar

toda la ayuda que pueda para encontrar otro equipo y seguir corriendo en F1.

—Si me van a joder, yo tendría que hacerles lo mismo a ellos —sigue Dev, volviendo a frenar en medio del *motorhome*. Me está mirando, pero es como si yo fuera invisible—. Chocar en todas las prácticas y las clasificaciones y las carreras para que tengan que gastar muchísimo dinero en arreglar el coche. Nos penalizarían constantemente por todas las modificaciones. Sería un desastre para todos, no solo para mí.

Estallar así, pensar en sabotear todo aquello por lo que ha estado trabajando, es bastante extremo. Pero está enfadado y está reaccionando, y no lo culpo.

Quisiera poder hacer algo más para tranquilizarlo, pero digo por lo bajo:

—No vas a hacer eso, Dev.

Se queda parpadeando rápido, como si justo se estuviera dando cuenta de que estoy aquí. Y después se le caen los hombros y se le cierran despacio los ojos mientras recobra la compostura. Cuando se vuelven a abrir, ya no estoy hablando con el depredador enjaulado. Volvió mi Dev, por más que le falte esa ligereza radiante de siempre.

—Willow —exhala, desdoblando los dedos que tenía hechos puños —. Perdón. No tendría que haber dicho nada de eso. No lo dije en serio. Es que estoy… —Se va apagando, se vuelve a pasar una mano por el pelo y niega con la cabeza con una risa triste y breve—. Mierda, ya no sé qué hacer.

Hinco los dientes en mi labio inferior y pienso que ojalá tuviera una solución para ofrecer más allá de lo que ya pusimos en marcha.

—Hasta que los equipos dejen de verme como un riesgo —continúa Dev, y se le llena la voz de desánimo—, ninguno me va a querer.

Se me enciende un dolor en el pecho ante esta confesión. Me resulta literalmente imposible creer que ningún equipo vaya a querer a Dev. Puede que su reputación no esté en un momento espectacular (aunque va mejorando día a día), pero su desempeño en las carreras habla por sí solo. Peleó con uñas y dientes por cada punto que ganó con Argonaut. No hace falta ser ingeniero o físico para darte cuenta de que las tecnologías con las que está trabajando no están ni cerca de ir a la par de las de Mascort o Specter Energy, pero su tiempo de clasificación casi nunca supera por más de un segundo la velocidad del P1. Y nueve de cada diez veces, clasifica mejor que el acomodado de su compañero.

La dedicación de Dev es evidente, y habría que ser muy ignorante para no darse cuenta de que tiene sed de más. Tiene todo lo que hace falta para convertirse en campeón, excepto un equipo que pueda (o al menos quiera) hacerlo llegar.

Y ahora está hablando de su carrera como piloto, pero ojalá pudiera expresarle cuánto lo quieren sus amigos, su familia y sus seguidores, cuánto desean tenerlo cerca. Cuánto lo deseo *yo*.

—Lo vamos a arreglar —declaro. Tengo ganas de acercarme y cogerlo por los hombros para que le llegue lo que le digo. Pero no lo hago. Lo mejor es mantener la distancia cuando las emociones están tan a flor de piel—. Las cosas ya están empezando a repuntar. ¿Howard sabe que te quieres ir?

Dev asiente con la cabeza e inspira hondo y lento, como si estuviera aplastando sus sentimientos para concentrarse en la

lógica.

—Le dije que empezara a tantear el terreno, pero todavía no me ha traído ninguna opción concreta. Siempre me dice que aguante aquí, que lo dé todo, así tengo más posibilidades cuando esté a punto de terminarse mi contrato. Pero ¿cómo van a aumentar mis posibilidades si Argonaut no me deja ni correr?

Se vuelve a romper y se le retuercen las facciones en una mueca de enfado y dolor. Su sueño está en manos de Argonaut, y, si quieren, lo pueden aplastar. Y vaya si ya lo están apretando… y fuerte.

No puedo resistirme más. Doy unos pasos rápidos hacia él y justo freno cuando nuestros pies se tocan y tengo las palmas abiertas contra su pecho. El corazón le late como loco y le golpea las costillas. Estoy jugando con fuego en este momento, pero tiene que saber que va a superar esta situación. Y que estoy de su lado.

—Ey —insisto y, cuando le examino el rostro, noto que la expresión de resentimiento se atenúa un poco—. Todo irá bien. Te vamos a ayudar a superar esto, y vas a firmar un contrato con un equipo que te valore de verdad. Tal vez no sea mañana, ni el mes que viene, ni al final de esta temporada, pero vas a conseguir lo que quieres. —Trago para pasar la emoción que empieza a brotarme—. ¿De acuerdo? Yo sé que va a ser así. Y voy a hacer todo lo que pueda para asegurarme de eso.

Deslizo las manos hacia su espalda y las subo hasta los omóplatos, después arrastro los pies y me acerco para abrazarlo fuerte, con la mejilla apretada contra su pecho. Él está tieso entre mis brazos, con los suyos todavía colgados al lado del cuerpo, y por un momento entro en pánico, preocupada de haber hecho algo que

no debía. Estoy poniendo a prueba los límites de nuestra amistad, de nuestra relación profesional, pero ¿cómo lo voy a dejar sin consuelo cuando está claro que lo necesita?

Estoy empezando a despegar las manos, lista para rendirme y alejarme, cuando él me envuelve los hombros suavemente con los brazos. Deja caer la frente sobre mi cabeza y de pronto me estrecha. Ya abracé a Dev de mil maneras diferentes, desde apretones rápidos con un brazo hasta lanzarnos uno encima del otro, pero hay algo tan distinto en cómo se aferra a mí ahora: parece que, si me suelta, se va a romper.

Lo sostengo con la misma intensidad, cierro fuerte los ojos e inspiro su aroma. No me importa que esté sudado ni que huela un poco a gasolina. Lo único que quiero es estar más cerca y quedarme ahí apretujada para siempre. Encajamos a la perfección, como si estuviera hecha para ser abrazada por él.

Exhala fuerte contra mi pelo y murmura:

—Perdón. —Pero no levanta la cabeza—. Yo sé que tú no has venido para esto. Tendrías que estar publicando fotos mías, no calmándome para que no me arruine la vida.

—No me importa —respondo, con la voz amortiguada por su camiseta—. Tienes derecho a estar mal. Porque esto es una gran mierda.

Le vibra el pecho bajo mi mejilla cuando se ríe por lo bajo.

—Escucharte decir malas palabras no deja de apasionarme.

—Cállate. —Lo aprieto más fuerte un segundo antes de convencerme de por fin soltarlo. Tengo miedo de no conseguirlo más si no lo hago ahora.

Tiene una pequeña sonrisa cansada cuando me alejo lo suficiente para verle la cara, y dejo que mis manos se apoyen en sus pectorales y absorban su calor. Después, con una respiración lenta, me obligo a bajarlas.

—Gracias por airearme —dice—. Y por convencerme de que no destruya un coche de muchos millones de dólares.

Suelto una risa y niego con la cabeza, pero estoy conteniendo una sonrisa y luchando contra el caleidoscopio de mariposas más enorme con el que se ha enfrentado mi estómago hasta ahora.

—No puedo creer que me hayas dejado verte sin que estuvieras en perfectas condiciones.

—A veces pasa.

Tiene la voz cálida, pero la intensidad que tiene en los ojos me llena de calor. Tengo que desviar la mirada. Si no, voy a estar tentada de cometer otro error.

—¿Quieres que acabemos de ver *Om Shanti Om* hoy por la noche? —pregunta, y por suerte se da la vuelta para buscar una toalla del estante. Se la pasa por la cara y se limpia esa expresión de los ojos —. Me vendría bien reírme un poco. Y no me vendría mal perderme en el drama de otra persona durante un rato.

Por supuesto que quiero pasar tiempo con él, pero enseguida me acuerdo de cómo acabó la última noche de películas que hicimos.

—¿Va a venir Mark a echarte de nuevo? —pregunto secamente.

Suelta una risa y lanza la toalla a un lado, lo cual me confirma la sospecha que tenía. Fue por Mark que Dev se fue de mi habitación tan de repente la semana pasada.

—Habrá que ver —dice mientras coge una botella de agua de la mesa y la destapa—. Puede que ni me deje salir después del toque

de queda.

Me muerdo el interior de la mejilla para distraerme de la leve punzada de dolor. Voy al pequeño sofá, me siento y me llevo las rodillas al pecho.

—Ya sé que no le caigo muy bien a Mark —digo. Siempre me guardé ese pensamiento. Pero si algo aprendí hoy de Dev es que es mejor sacar fuera los dolores que guardárselos—. Entiendo por qué, aun así.

—¿Qué? —dice, observándome incrédulo—. Eso no es verdad.

Niego con la cabeza y desvío la mirada.

—No hace falta que hagas ver que no es así. Está claro que no le gusta que yo esté. Seguro que le traigo el recuerdo de todo lo que pasó con Jeremy: de cómo os arruiné la amistad con él y con los demás.

—Tú no has arruinado nada. —Tiene una voz resuelta y segura—. Lo sabes, ¿no?

—Sí, claro que lo sé. —Sacudo una mano para espantar su pregunta y mi mentira descarada—. Es que…

—No, en serio. —Deja la botella de agua en la mesa y se acerca sigiloso hasta quedar delante de mí—. Nada de eso fue culpa tuya. Jeremy era una persona de mierda. Por eso cortamos el vínculo con él. Y los que se pusieron de su lado… también eran personas de mierda. Es verdad que crecimos todos juntos, pero eso no quiere decir que tuviéramos que ser amigos para siempre. No tengo interés en perder el tiempo con gente que piensa que está bien tratar a alguien como Jeremy te trató a ti.

Sus palabras son como una ola de alivio. Una que no sabía que necesitaba. Pero nada de eso explica por qué Mark no soporta estar

cerca de mí.

—¿Entonces por qué me odia Mark? —vomito.

Apenas salen esas palabras de mi boca, ya quiero volverlas a meter dentro. Yo siempre quiero quedar bien con todo el mundo. Siempre me importó más de lo necesario si les caigo bien a los demás o no. Ese hábito fue decayendo un poco en los últimos años, cosa que sin duda se puede atribuir a la influencia de Chantal y Grace. Esa actitud de que nada les importe una mierda se me fue pegando, pero la necesidad de complacer a todos los que me rodean y de caerles bien a mis compis está tan arraigada que no sé si se disipará algún día. Y es por eso que me duele tanto no tener éxito con mi búsqueda laboral: a nadie le caí tan bien como para que me contrataran.

Y también es por eso que me pegó tan fuerte el comentario de Dev de que nadie lo iba a querer. Porque yo sé cómo es que no te quieran. Por los trabajos, por lo de Jeremy y por ser la hermanita menor con articulaciones frágiles que no podía hacer nada sin hacerse daño. Yo sé cómo es que te dejen de lado y cómo es sentirse excluido.

Dev suaviza la expresión, se agacha delante de mí y apoya suavemente las manos en la parte externa de mis tobillos.

—Mark no te odia —murmura—. Te lo juro.

Trago saliva con dificultad, deseando que no me importara tanto.

—Pero no me quiere cerca. Y no me quiere cerca *de ti*.

La manera en que se le levantan las comisuras de los labios para formar una sonrisa cómplice hace que me lata más fuerte el corazón y se me empiece a formar una mueca de descontento en la boca.

—Me parece que ya sabes bien por qué es eso.

Dejo de respirar y me quedo mirándolo. Con ternura, me acaricia la piel de los tobillos con los pulgares justo por encima de los calcetines, y cuando veo cómo se le ablandan los ojos castaños, yo también me ablando por dentro.

—No sé de qué hablas —miento, aunque mi voz quebrada traiciona mis palabras.

Dev me sigue la corriente, por supuesto.

—Tiene miedo de que tire por la borda el acuerdo que tenemos tú y yo. Piensa que voy a tratar de tener algo contigo.

—Eso no va a pasar —intento decir con decisión, pero me sale más bien como un susurro—. No tiene por qué preocuparse.

—Él piensa que sí. Y no estoy tan seguro de que se equivoque.

Mi corazón encuentra la forma de subir hasta mi garganta.

—Dev…

No estoy segura de si el universo quiere ayudarme o conspirar en mi contra, pero cuando llaman a la puerta me sobresalto y mis tobillos salen disparados de entre sus manos.

—Los ingenieros ya están listos para charlar —dice una voz grave al otro lado—. ¿Bajas en cinco?

Dev pone mala cara y su garganta se tensa mientras traga saliva.

—Sí —grita como respuesta, un poco molesto—. Ya voy. —Pasa un momento antes de que sus ojos oscuros vuelvan a dirigirse a mí, con un poco menos de apertura que antes—. Parece que tengo que ir a enfrentarme a los Judas.

No sé bien cómo responder. Podría retomar el tema anterior, aclararlo todo ahora. Pero me da miedo lo que se me pueda escapar si volvemos a esa conversación. Me da miedo que se me escape

decirle que están justificados los temores de Mark. Así que bromeo sin mucha convicción:

—Recuerda: nada de destruir la propiedad ajena.

Y ahí está: esa sonrisa devoradora que lo caracteriza. Todos los dientes blancos relucientes y un rastro de su picardía característica en los ojos.

—No prometo nada.

Se balancea sobre los talones y se planta las manos en las rodillas para levantarse y volver a alzarse por encima de mí. Miro para otro lado, consciente de que tengo que volver al garaje a buscar todas las cosas que dejé. Pero antes de que pueda moverme, Dev me toca el mentón con la punta de los dedos y me levanta la cabeza.

—Gracias —dice, con los ojos sosteniéndome la mirada—. En serio. Necesitaba esto. Te necesitaba a ti.

Tengo la garganta tan cerrada que me quedo muda. Hace esos comentarios muy a la ligera y los lanza así como si los dijera todo el tiempo, pero siempre me pegan con el impacto de un golpe sorpresa. ¿No entiende que no puede hablarme así? No puede hacerme sentir que estoy instalada en el centro de su mundo cuando se supone que tengo que quedarme en los márgenes.

—Voy a estar siempre que me necesites —digo por fin. Porque hago las cosas tan mal como él. Puede que se me haya ido la mano, pero no le voy a mentir. Y parece que él ha tomado la misma decisión.

Me sostiene la mejilla una fracción de segundo antes de alejar la mano, con una sonrisa tan dulce y personal que lo único que hace es reforzar su afirmación.

Los dos sabemos lo que queremos. Lo que necesitamos. La única pregunta es si vamos a dejar que nos gane la imprudencia.



CAPÍTULO 18
Dev

Nada dice «Amo a los Estados Unidos» de forma tan clara como una fiesta en Londres.

Fuera de la ubicación, cada detalle de la discoteca explota de lo yanqui. Hace un momento, casi me golpea en la cara una piñata con forma de águila, y estoy bastante seguro de que está George Washington tomando chupitos de gelatina en la barra. En cualquier momento tienen que empezar a sonar los gritos de «¡Viva Estados Unidos!».

A mi lado, Chava está babeando por la modelo/camarera que pasa caminando solo con la parte de abajo de un traje de baño a rayas rojas y blancas y unas pezoneras en forma de estrella con brillos. No voy a negar que les eché un vistazo, pero solo fue para confirmar que no fueran una alucinación. Las fiestas del Día de la Independencia de Buck siempre fueron salvajes y de mal gusto, pero diablos, esto ya es otro nivel.

—Creo que se me fue la mano con la ropa —dice Willow a mi otro lado, tocándose el dobladillo del vestido corto. Es rojo y sedoso, con unos tirantes finos que se cruzan en la espalda. En cuanto la vi salir del hotel con eso puesto, tuve el impulso de tirar de uno de esos tirantes y llevármela a mi habitación.

Ya han pasado dos días desde que Buck cortó antes de tiempo mi carrera para satisfacer su ego exacerbado, dos días desde que le dije

a Willow que en pocas palabras ya estaba listo para tirar a la basura nuestro acuerdo de mantener la relación en términos profesionales. Ella entendió lo que dije, pero no volvió a hablar del tema, y yo no insistí.

Aunque no sé cuánto tiempo más puedo seguir fingiendo que no estoy totalmente obsesionado con esta chica.

—Estás perfecta —le digo, mandando a la mierda toda esperanza de mantener oculta mi fijación. Y por qué no decir lo que pienso, ya que estamos. Bajo la voz y añado—: Aunque, si te quieres probar esas pezoneras, no me quejo.

—*Dev* —me advierte con un grito ahogado de horror y sus ojos se vuelven de un salto a los míos. Aunque su expresión es de sorpresa, las chispas que se esconden bajo su mirada me hacen burbujear la sangre.

—No me voy a disculpar. —Estoy siendo poco serio y sincero: ya me cansé de ser sutil. Sostengo con una mano el codo de ella y pongo la otra en el hombro de Chava para llevármelos a los dos—. Vamos, hay una barra de tacos.

Chava hace un sonido de ensoñación y por fin le arranca la mirada a la camarera.

—Nada más estadounidense que la comida mexicana.

—Y seguro que es lo mejor que consigamos en este país. Vamos.

Chava se aleja mientras vamos a la cola de la comida, coge un plato y espera impaciente su turno. Yo me muevo un poco más lento, con la mano aún sosteniendo el codo de Willow. Si cuestiona mi necesidad de tocarla, voy a decir que es porque no quiero que se tropiece con esas plataformas gigantes que tiene puestas, aunque hasta ahora se las ha arreglado bastante bien. Si tuvo algún

problema con las articulaciones o le dio algo de dolor desde que empezamos a viajar, no me lo ha dicho. O va mejor o me lo está ocultando.

—¿Te sientes bien? —le pregunto por encima del barullo de conversaciones y la canción de AC/DC que explota de fondo.

Ella asiente y se inclina un poco hacia mí, lo que hace que mi corazón trastabille. No estoy seguro de que se dé cuenta de lo que está haciendo: es como si su cuerpo buscara inconscientemente el mío. Me da una esperanza que de ninguna manera debería estar sintiendo.

—Solo estoy un poco cansada —admite, con una sonrisa suave, al parecer ya recuperada de mi comentario de las pezoneras—. No entiendo cómo lo haces para viajar tanto y aun así conseguir correr carreras. Me está dando vueltas la cabeza.

Mientras pienso qué responder, me giro un poco para enfrentarme a ella, pero su cuerpo se mueve con el mío. Y es que no se está apoyando un poco en mí como yo pensaba. No, reacomodó casi todo su peso en su lado derecho, lo cual quiere decir que la estoy sosteniendo mucho más de lo que me había parecido. Tiene la cadera izquierda un poco salida a un lado, como si estuviera tratando de quitarle algo de presión. Está claro que algo le duele… y mucho, seguro.

—Te llevo de vuelta al hotel, ¿vale? —le digo, buscando con una mirada rápida cualquier otra pista que delate sus molestias—. No hace falta que estés aquí si te duele algo.

Ella levanta la mirada y frunce el ceño, irguiéndose un poco.

—He dicho que estaba cansada, no que me dolía algo.

—Wills —me inclino para ponerme a la altura de sus ojos—. Se nota que estás incómoda. Nos podemos ir ya mismo. Llamo a Mark de camino para que se prepare para masajearte…

—Estoy bien —me interrumpe y me saca el codo de la mano para plantarse sola sobre esos zapatos ridículos—. Me tomé un antiinflamatorio antes de salir, así que me va a hacer efecto dentro de poco. Pero si me tengo que ir, me puedo ir sola.

Sí, claro. No voy a dejarla subir unas escaleras empinadas para salir sola a las calles de Londres. Va a quedarse en mi campo visual en todo momento y me voy a asegurar de que esté bien.

Estoy a punto de decírselo, pero ella no me da lugar a discutir.

—Tú tienes que enseñar la cara todo lo que puedas esta noche. —Mira al gentío y sus ojos se quedan parados en algo que hay detrás de mí. Seguro que es Buck con su pandilla de tejanos—. Todavía no me puedo creer que no te haya invitado a esa cena.

Mi instinto de sobreprotección se apaga un poco cuando me recuerda eso. Ayer, en el avión, le conté lo del comentario de Reid. Ella y yo nos sentamos uno al lado del otro y nos pusimos al día, porque la noche anterior caí desmayado apenas llegué a mi habitación después de la reunión con los ingenieros. Fue una bendición, la verdad, dejarla plantada sin querer. Si le hubiera compartido la información en ese momento, habría sido imposible que ella durmiera bien esa noche. Decir que estaba fuera de quicio no llega ni por asomo para describir lo mucho que se enfadó cuando por fin le revelé los detalles.

Si antes ella no entendía por qué tengo que irme de Argonaut, ahora sí. Y está totalmente de acuerdo. Tengo que encontrar un

equipo que me contrate, porque mi tiempo aquí se está acabando. Si no tengo cuidado, me van a dejar sin correr la temporada que viene.

No es necesariamente una sentencia de muerte. Muchos pilotos desaparecen durante un año o dos, hasta tres, y reaparecen con éxito. Pero no quiero correr ese riesgo. No quiero dar un paso atrás y darme cuenta de que se olvidaron de mí. No he generado un impacto tan grande en este deporte para seguir presente en la consciencia colectiva por mucho tiempo. Tengo que causar sensación.

Tengo que ganar.

—Así es la vida. —Cojo un plato y se lo doy a ella—. En un rato busco a Reid y me fijo en qué información le puedo sacar.

—¿Crees que él fue a la cena?

Me encojo de hombros y cojo las pinzas de la primera bandeja de tacos.

—Ni idea. Pero es difícil decirle que no a Buck, aunque no te interese lo que te está ofreciendo.

Willow baja la voz mientras le sirvo comida en el plato, con toda su atención puesta en mis facciones.

—¿Y tú crees que quiere que Reid ocupe tu lugar?

—No le va a dar el lugar de Nathaniel.

Cuando digo eso, se queda callada y sus labios rojos se curvan hacia abajo. Ni siquiera protesta cuando le apilo cinco tacos en el plato. No espero que se los coma todos, y no lo hace, pero me sorprende y se come tres y medio en cuanto nos sentamos en una mesa, aunque se pasa todo el tiempo ensimismada.

No la interrumpo, y Chava se alejó para comer con un grupo de mecánicos, así que yo me dejo absorber por el silencio hasta que

ella por fin deja el plato y se da la vuelta.

—Es hora de subir un par de cambios —declara, y se le iluminan los ojos con una intensidad decisiva.

Yo esbozo una sonrisa tímida, pero mi ritmo cardíaco se acelera un poco. Es sexy cuando conspira.

—Creo que sé algo del tema.

Ella ladea el cuerpo hacia mí, con la postura recta como si ya no sintiera dolor. Es probable que los medicamentos hayan hecho efecto, y dejar de estar de pie seguro que no le viene nada mal. Ni hablar de que tiene un problema para resolver que la está distrayendo.

—Es hora de salir a socializar —me indica—. Habla con Buck y con todos los que tenga al lado. Habla con cualquiera que parezca al menos un poco importante, aunque no los conozcas. *Sobre todo* si no los reconoces. Ya no es momento de esconderte en las sombras y mantener la cabeza gacha. El escándalo ya pasó; hicimos mucho progreso con tu reputación. Es hora de salir a la ofensiva, cautivarlos a todos y ponerlos de tu lado.

Mi sonrisita se transforma en una sonrisa hecha y derecha. Me encanta ver cómo funciona su mente. Es fenomenal, es una genia en lo que hace. Y Dios sabrá que se me está empezando a asomar una erección ahora mismo por la forma apasionada en que habla de su plan. De mí.

—Este solo es el primer paso —me advierte—. Prepárate para volver a salir al público *en serio*, incluso para volver a las conferencias de prensa.

Argonaut no me manda a ninguna desde que la publicación de Jani se hizo viral, aunque se supone que los compañeros de equipo

se tienen que ir turnando. Han inventado diferentes excusas de por qué no puedo ir, como que me estoy recuperando de una otitis o que una reunión de bienvenida me dejó afónico. No me sorprendería que le dijeran a la prensa que una ballena gigante salió del océano y me deglutió; pero que no se preocupen, que voy a estar listo para competir el fin de semana.

No me he quejado hasta ahora. ¿Me iba a exponer a que me hicieran preguntas invasivas después de la tremenda patada en el culo de Jani? No, gracias. Ya le contesto bastantes de esas preguntas a la prensa en las entrevistas después de las carreras, aunque en general cuento con que Patsy me saque rápido, antes de que las cosas se pudran demasiado.

Pero si Willow logra lo que quiere, voy a tener que volver a zambullirme en todo eso.

—Es hora de decirle al mundo que Dev Anderson ha vuelto —termina, asintiendo lentamente, decidida.

—No, que he vuelto no —la corrijo, acariciándole la sien con los dedos mientras le echo el pelo detrás de la oreja, sin poder resistirme a tocarle la fuente de su lucidez. Tal vez se me contagie algo de todo eso—. Que se enteren de que nunca me fui.

Sus ojos están encendidos y su sonrisa, radiante. Creo que nunca quise besarla tanto como ahora.

—Exacto —dice—. Nunca te fuiste.



Willow hablaba en serio cuando dijo que era hora de subir un par de cambios.

Las interacciones en mis redes sociales aumentaron una locura. Estoy negociando para firmar otro contrato más con una empresa enorme de tecnología deportiva. Y hasta un par de medios de comunicación masivos contactaron a Howard para hacerme una entrevista. No entiendo qué tipo de magia negra estuvo haciendo Willow tras bambalinas estos últimos días, pero está funcionando. Mi nombre está resonando mucho más en la boca de la gente… y lo que dicen nunca es negativo.

Pero hoy me toca hacer mi parte. Estoy entre bastidores en Silverstone esperando que empiece la conferencia de prensa. En un par de minutos, voy a estar compartiendo un sofá con Zaid Yousef, Thomas Maxwell-Brown, Axel Bergmüller y Reid Coleman. Zaid y Axel están en medio de una batalla acalorada por tomar el primer lugar del campeonato, así que las preguntas que nos lancen hoy seguro que van a estar dirigidas a ellos dos. Pero que me parta un rayo si no me interesa tanto como al resto del mundo ver a esos rivales acérrimos sentados uno al lado del otro.

Cuando aparece Reid, hacemos eso de chocar los cinco y golpearnos la espalda, y él saluda con la cabeza a la mujer que está sentada a mi lado, como corresponde. Juro que la directora de comunicaciones de Argonaut solo sonríe cuando ve a su chico tejano favorito.

—Hola, señorita Patsy. —El acento de Reid siempre es un poco más pronunciado cuando está hablando con otra persona del sur de los Estados Unidos—. ¿Todo en orden?

—Todo en orden, querido —le sonríe Patsy y le da unas palmaditas en el brazo—. ¿Se está cuidando?

—Sí, señora —responde—. Todo lo que puedo.

Tras uno o dos minutos de cháchara entre ellos, nos dan la señal de entrar a la sala de conferencias. Para entonces, ya tengo un nudo en el estómago. Con esa interacción, ya me queda claro que Patsy preferiría ocuparse de Reid, el niño dorado, antes que de mí. Tengo que quedarme solo con él después de esto para ver si fue a esa cena con Buck: en la fiesta no le llegué a ver. Si mi tiempo con Argonaut ya se está acabando, necesito saberlo.

Reid y yo somos los primeros en sentarnos en el sofá, y esperamos a los pilotos que pueden darse el lujo de llegar tarde. Thomas es el siguiente en entrar con aire de tranquilidad. Saluda cálidamente a los corresponsales antes de unírsenos en el escenario y decir «hola» de la forma más graciosa y estereotípicamente inglesa. Una vez que se sienta al otro lado de Reid y se ponen a conversar por lo bajo, yo recorro la pequeña audiencia con la mirada.

Patsy está haciendo guardia atrás, con el teléfono en la mano para grabar la sesión y después repasarla y encontrar hasta los más mínimos errores de cada palabra que diga. Pero la persona a la que estoy buscando está al lado de Patsy, con su cuadernito rosa contra el pecho y los ojos color avellana bien abiertos, examinando la habitación.

Willow no tiene los rizos atados en un moño como cuando tiene puesta toda la parafernalia de Argonaut. No, hoy deja que le reboten sobre los hombros. Lo único que quiero es enroscarme uno en el

dedo, y si la tengo sentada encima, mejor. Ni siquiera me molestaría que pasara aquí mismo, en este sofá incómodo.

Cada día me queda más claro, caigo más en la cuenta: haría cualquier cosa en cualquier lugar en cualquier momento con ella, solo para tenerla cerca.

Me distrae de mis fantasías otra silueta que entra a la sala. Zaid. Saluda y pide disculpas por lo bajo por llegar tarde antes de subirse al escenario. Nos saluda con la cabeza a todo el resto y se sienta al lado de Thomas. Es el único del sofá que no tiene puesto algún color o estampado llamativo. Su camiseta de Mascort es negra y plateada; la paleta discreta le queda bien.

Por un segundo, me permito imaginar cómo se sentiría usarla, correr para un equipo de primera, llegar a aspirar en serio a ganar un campeonato. Diablos, hasta toleraría vestirme de *British racing green* como Thomas y el equipo de McMorris, que ahora están en cuarto puesto del Campeonato de Constructores. O, si me aceptara la Scuderia D'Ambrosi, con gusto cambiaría mi traje rojo, blanco y azul por uno todo rojo. Si la oferta de Buck logra convencer a Reid de pasarse, tal vez podamos hacer un intercambio. Es una idea violentamente optimista.

Cuando entra Axel, veo los colores del último de los equipos más importantes: el azul marino y amarillo fluorescente de Specter Energy.

El tipo apenas nos echa una ojeada mientras se desplaza hasta mi lado del sofá y me indica que le haga lugar con un gesto de la cabeza. Hay espacio de sobra en el otro lado, pero no se va a sentar al lado de Zaid. Con el historial que tienen, la mayor cantidad de

tiempo que están dispuestos a pasar juntos es en el podio, turnándose para ocupar el primer y el segundo puesto.

También se estuvieron pasando el uno al otro el trofeo del Campeonato de Pilotos por los últimos cuatro años. Axel ganó el año pasado tras una temporada muy reñida. Esta temporada, Zaid lleva la delantera, pero no por mucho. Sus totales de puntos están tan reñidos que nadie sabe quién se va a llevar la victoria este año. Pero, como siempre, yo voto por Zaid.

De mala gana, me pongo un poco más cerca de Reid, que hace lo mismo y se mueve hacia Thomas. Crédito parcial: Axel me lo agradece mientras se sienta, algo que no se hubiera molestado en hacer cuando era más joven y, por difícil que parezca, todavía más imbécil y egoísta. Como fuimos ascendiendo juntos por las Fórmulas y tenemos más o menos la misma edad, lo conozco más de lo que quisiera admitir. Reid y Thomas también corrieron junto a nosotros. Los cuatro llegamos a la F1 en la misma temporada como novatos, pero mientras que el resto de nosotros nos tratábamos bien, Axel siempre se mantuvo alejado.

No se le puede reclamar nada al respecto. No hay ninguna regla que diga que tenemos que ser más que colegas. Él y yo no somos amigos. Nunca lo fuimos. Y dudo que alguna vez lo seamos, porque fuera de la pista no se porta de una manera que me invite a acercarme. Puede cantar a gritos insultos racistas bien lejos de mí.

Steven Watters, el que nos entrevista, ha estado sentado frente a nuestro sofá todo el tiempo, esperando pacientemente a que nos termináramos de acomodar. Ahora que ya estamos todos, se da la vuelta, mira a las cámaras y al público, y nos presenta para arrancar el programa.

Como era de esperar, la mayoría de las preguntas son para Zaid y Axel, que están sentados en puntas opuestas, y los ojos ávidos de todas las personas en la sala van saltando de uno al otro. Se siente la tensión: los dos recibieron un DNF en la última carrera, gracias a una maniobra osada de Axel que salió mal. Tienen suerte de haber salido ilesos, pero si la temperatura de su batalla sube un poco más, puede que no vuelva a ocurrir lo mismo la próxima vez.

—Dev, pasemos a ti —dice Steven, ya pasados varios minutos.

Con mi corazón acelerándose un poco, agarro el micrófono que hasta ahora no he tocado.

—Todos sabemos de tu… *escándalo* tras el Gran Premio de Australia. Desactivaste tus redes sociales después de desmentir los rumores que corrían y te quedaste callado un tiempo, pero parece que volviste al ruedo.

Hizo muy bien en no ir con rodeos, aunque la forma forzada en que mencionó mi *escándalo* es casi graciosa. Si el tipo no fuera tan conservador, me estaría enfrentando a una pregunta un poco más mordaz.

—Así es, sí. —Me recuesto contra el sillón y apoyo un brazo sobre el respaldo—. La vida es aburrida si no tienes dónde navegar cuando estás sentado en el retrete.

El auditorio lleno de periodistas y representantes de equipos se ríe por lo bajo mientras Steven carraspea, algo perturbado por mi respuesta.

—Sí. Bueno. ¿Qué te impulsó a volver? —me pregunta, volviendo al tema.

Lanzo una mirada a Willow y Patsy y decido volver al guion. Puede que en general Patsy me dé un miedo de la hostia, pero esta vez me

preocupa más decepcionar a Willow.

Cuando el público se calma y los pilotos que tengo al lado dejan de reírse, me aclaro la garganta.

—Era hora —digo relajado, aunque me cuido de no sonar poco serio—. Me gusta compartir partes de mi vida con mis fans y la gente que me apoya. Las redes sociales me facilitan eso, y me sentí alienado sin usarlas. Como si me estuviera perdiendo un punto de contacto importante. —Tomo aire y recorro el público con la mirada —. A ver, sé que internet puede ser hostil. La gente está esperando en cada esquina, lista para atosigarte y derribarte. Pero también hay gente increíblemente alentadora. Son los que me impulsan a seguir intentándolo, a seguir haciendo todo lo que pueda para mejorar. No quiero decepcionarles, porque no estaría aquí, tratando de cumplir mis sueños, si ellos no estuvieran de mi lado. Quiero luchar por ellos. Quiero darles todo lo que tengo.

Ese grupo también incluye a la chica que está al otro lado de la sala, con la sonrisa iluminándole toda la cara y los pulgares arriba. Me parece increíble que alguien pueda ver eso (verla a *ella*) sin derretirse. Con solo verla, ya quiero gritarle a todo el mundo que es por ella que puedo sentarme en este sofá sin querer vomitar de los nervios. Este tema de conversación no es el más cómodo, pero estoy haciendo esto porque ella me dijo que era lo mejor. Y tiene razón. Sin su aliento, todavía estaría escondiéndome del mundo.

—Así que sí, eso —me obligo a terminar antes de confesar sin querer algo de lo que después no me pueda retractar—. Preparaos para hartaros de verme.

Otra ronda de risitas ahogadas recorre la sala, pero mi atención está clavada en Willow y la forma en que se lleva una mano a los

labios para ocultar su risa.

No le quito la mirada de encima cuando Steven pasa a Reid, y apenas registro la pregunta que le hace sobre cómo piensa que le va a ir a D'Ambrosi este fin de semana. Willow me está devolviendo la mirada, con una pregunta dibujada en los ojos, lo que hace que me sea imposible prestarle atención a nada más. Le respondo guiñándole el ojo. Apenas siento el *flash* de las fotos que toma la audiencia, y estoy seguro de que va a haber un vídeo mío en internet en un abrir y cerrar de ojos.

Pero está bien. Que se pregunten a quién estoy intentando cautivar. Lo único que importa es que ella lo sepa.

Y que entienda que ya no me voy a contener más.



—Reid. Espera.

Se da la vuelta y se mueve a un lado del pasillo para esperarme. Tenemos que ir a firmar autógrafos, pero él se deshace con un gesto de la mano de su directora de comunicaciones para que tengamos algo de privacidad.

—Me sorprende que Steven nos hiciera una pregunta a cada uno —dice cuando ya estoy apoyado contra la pared junto a él—. Deberían haber llamado a Zaid y a Axel solos hoy, en vez de hacer que todo el resto nos sentáramos a mirar esa pelea estúpida.

—Totalmente —le digo, aunque al instante me acerco y bajo la voz. No vengo a hablarle de eso—. Ey, te quería preguntar… ¿Fuiste a la cena de Buck la otra noche?

Reid niega con la cabeza, cosa que me deja tan aliviado como decepcionado.

—Nah, me surgió otra cosa. Tampoco fui a la fiesta.

Suelto un suspiro.

—Está bien. Entiendo.

—Dev. —Me pone una mano en el hombro y me da un apretón—. No tengo ningún interés en pasarme a Argonaut; no me importa qué me ofrezca Buck. Estoy bien donde estoy, y —su mirada se dirige al pasillo que hay detrás de mí y después mira por encima del hombro — entre nosotros, estoy a punto de renovar el contrato con D'Ambrosi. Voy a quedarme tres años más.

—¡No me digas! —Suelto el aire, sorprendido—. Increíble, amigo. Enhorabuena.

Me vuelve a apretar el hombro y me clava la mirada.

—Si se lo dices a alguien, te va a parecer que lo que hizo Jani fue cosa de niños.

—Confía en mí.

Cuando nos separamos un minuto después, la cabeza me está dando vueltas. Al menos no tengo que preocuparme por que Reid tome mi butaca. Buck va a tener que volver a empezar de cero si quiere encontrar otro piloto estadounidense para que sea compañero de Nathaniel, lo cual me va a dar un poco de tiempo. No me alivia todos los miedos, pero por el momento sirve.

Puedo respirar, aunque sea superficialmente.

Y respiro aún más hondo cuando una mano suave se me apoya en el brazo.

—¿Estás listo para salir? —pregunta Willow, mirándome con una sonrisa—. Has estado excelente.

Su tacto me relaja. Ese mínimo contacto llega a calmar mis cavilaciones frenéticas por el momento.

—¿Mis respuestas estuvieron a la altura de lo que esperabas?

—No estuvieron mal —bromea, pero rápidamente se pone seria y se le relaja la expresión—. Estoy muy orgullosa de ti. La situación fue una mierda, pero ya estás haciéndote cargo y vas a salir más fortalecido.

—Y *además* voy a ser menos tonto con la gente que trabaja para mí —me río—. Créeme. No quiero que esto vuelva a pasar jamás.

—No eres tonto —dice, muy seria, y hace que algo se retuerza en mi pecho—. Eres humano. Tenemos días buenos y malos. Toleramos todo lo que podemos hasta que ya no damos más, y a veces reaccionamos de formas no tan perfectas. —Desliza la mano hasta llegar a la mía y me coge los dedos—. Pero estás aprendiendo a mejorar y estás avanzando. Por eso estoy orgullosa de ti.

¿Seguiría estando orgullosa de mí si inclinara la cabeza y la besara aquí mismo, ahora mismo?

Porque eso es lo único que quiero hacer.

Quiero saborear las palabras directo de sus labios. Sé que serían más dulces que la miel, porque toda ella lo es. Esa dulzura me está inundando, se me está metiendo en las venas, reforzando la verdad de lo que dijo. Está haciendo que quiera llegar a ser lo que ella cree que soy.

—Gracias —me obligo a responder. Hay mucho más que quisiera decirle. Pero no es el momento ni el lugar para hacer confesiones, aunque los lugares de mierda (como los pasillos traseros de discotecas de mala muerte y las escaleras de los hoteles) hayan sido

donde ocurrieron todos nuestros grandes momentos hasta ahora—. ¿Vienes a los autógrafos?

Cambio de tema porque, si me dice una sola palabra cariñosa más, puede que yo termine de perder el poco control que me queda.

—Voy a estar entre la gente filmando unos vídeos —dice tras asentir con la cabeza—. En cuanto terminemos con la gira de agradecimientos con el equipo, quiero enfocarme en los fans. Tal vez hoy haga algunas entrevistas cortas con un par. —Se encoge de hombros, pero claramente está en su salsa—. Quién sabe. Tal vez terminemos consiguiendo algo increíble.

Solo saber que está conmigo, mirándome y ayudándome, es suficiente para que el resto de la tensión se me vaya de los hombros. Con la fe que me tiene, puedo enfrentarme a cualquier cosa.

—Lo que tú quieras —digo—. Yo te apoyo.

De pronto me está sonriendo de oreja a oreja, y juro que mi corazón no sabe qué hacer ante eso. Estoy muy pillado, cojones.



CAPÍTULO 19
Willow

Con una semana libre entre las carreras y sin ningún deseo de tomar un vuelo a América del Norte para tener que dar media vuelta y tomarme otro vuelo a Hungría unos días después, estoy de vuelta en Mónaco… con Dev.

Si vamos a seguir adelante con nuestro plan de demostrarles a otros equipos por qué tendrían suerte de pescar a Dev, la verdad es que tendríamos que estar juntos. *Juntos* en el sentido físico de la palabra. Bueno, no físico en *ese* sentido: físico como cuando estamos en el mismo lugar. Sí. Eso.

Me salvó que me reservara una habitación en un hotel en vez de insistir en que me quedara en su apartamento. No dudo de que estaba tentado de ofrecérmelo, pero fue inteligente y no lo intentó.

En los últimos días, fue creciendo cada vez más la tensión entre nosotros, y ya amenaza con explotar. Estoy manteniendo toda la distancia que puedo sin dejar de hacer mi trabajo, cosa que cada vez está más difícil. Y, a estas alturas, decir que está difícil se queda corto.

El fin de semana pasado, en Silverstone, Dev empezó y terminó en el octavo puesto. Nathaniel, por otro lado, tuvo que empezar desde la calle de boxes por un reemplazo de la caja de cambios, o sea que el equipo no pudo hacerle ninguna jugarreta a Dev para hacer quedar mejor a Nathaniel. Igualmente, Dev tomó el agravio de

la semana anterior y lo usó como motor interno para impulsarse a darlo todo, y verlo hacer eso me inspiró a mí a trabajar con más dedicación todavía. Estoy decidida a sacarlo de Argonaut y llevarlo a un equipo que sí se merezca su talento.

Pero eso implica pasar más tiempo con él, y *eso* implica avivar todavía más la llama de mis sentimientos. Pensé que no podían volverse más intensos, sobre todo después de la fiesta del Día de la Independencia y cómo me guiñó el ojo Dev en la conferencia de prensa. Pero lo cierto es que me llenó el corazón que les dijera a sus admiradores que yo había hecho algunos de los vídeos suyos que más les gustaban, o que me trajera un *latte* de vainilla de contrabando el sábado antes de la reunión con todo el equipo porque yo había llegado tarde y no había podido tomarme uno.

Cuando hablo de lo que siento por él, siempre me aseguro de decir que él me gusta y evitar firmemente cualquier otra palabra. Nada de decir que estoy enamorada, por más que ese sea un término más adecuado para definir lo que me pasa. No puedo permitir que se ponga tan seria la cosa.

Por suerte, me dio un tiempo para respirar y controlar mis emociones, porque insistió en que me tomara unos días de descanso entre las carreras. Y lo mejor es que justo coincidieron con el viaje que Grace organizó de improviso después de llamarme el viernes por la noche para preguntar dónde iba a estar la semana que viene: pequeñas ventajas de tener el verano libre y mucho dinero a disposición.

Así que ahora me está exprimiendo el aire de los pulmones el abrazo de una de mis mejores amigas. O quizá me esté intentando matar. No estoy del todo segura.

—¡Cómo te he echado de menos! —me arrulla Grace, y no sé cómo, pero me estruja todavía más fuerte—. Me estaba aburriendo *tanto*. Necesitaba irme a algún lugar divertido.

—Estabas en Hong Kong —señalo cuando consigo tomar un poco de aire—. Es objetivamente uno de los lugares más geniales del planeta.

Sacude una mano para desestimar mi comentario y les da una tregua muy necesaria a mis pulmones.

—Sí, sí. Está genial mi ciudad natal, pero no deja de ser mi ciudad natal. Pero este lugar… —Usa el mismo brazo para señalar el hotel que tenemos enfrente—. *Esto* es un lugar en serio. Estas son las vacaciones que necesitaba.

—No te emociones demasiado —le advierto mientras nos dirigimos hacia el vestíbulo. Detrás de nosotras, un empleado del hotel está cargando su equipaje en un carrito. Grace se va a quedar una semana, pero no por eso iba a dejar de traer seis maletas—. Yo no soy muy derrochadora que digamos, y claramente no me llega el presupuesto para pasar más de cinco segundos en un yate.

Dicho eso, el sueldo que me están dando Dev y Argonaut viene siendo una suma exorbitante. Me va a llegar para vivir cómoda en Nueva York todo el año que viene, por más que no consiga otro trabajo.

El recordatorio de que Dev y yo tenemos que separarnos cuando termine agosto, es decir, dentro de apenas un mes, hace que me dé un vuelco el corazón. Las últimas semanas fueron de las mejores y más emocionantes de mi vida. Voy a echar de menos la acción y el ritmo electrizante del deporte… y voy a echar de menos a Dev.

El solo hecho de saber que no lo voy a ver hasta que termine esta semana hace que me suba una ola de desilusión. La presencia de Grace me atenúa un poco el dolor, pero aun así me pasa que… le echo de menos.

—¿Y? ¿Ya le has puesto los cuernos?

Pestañeo un poco para difuminar la sorpresa y fulmino a Grace con la mirada. Una de sus cejas negras está levantada y, por la sonrisa que tiene en los labios, se nota que ya sabe todo lo que me pasa.

—¿*Perdón*? —farfullo mientras doy un paso inestable hacia atrás.

Con una uña perfectamente esculpida hace un círculo alrededor de mi rostro.

—Esa cara. Estabas pensando en Dev.

—Que no —digo tan rápido que pierdo credibilidad.

—Que síííííí. —Me clava el dedo en la frente y sonríe cuando le quito la mano de un golpe—. Yo conozco esa cara. Estabas pensando en un chico, y el único chico que te interesa es Dev. Por ende, volvemos a mi pregunta: ¿ya le has puesto los cuernos?

Le chisto y giro bruscamente la cabeza para cerciorarme de que nadie la haya escuchado.

—Baja la voz —gruño mientras la agarro del brazo y la arrastro al vestíbulo.

—¿Qué pasa? —protesta y va dando un paso cada dos míos—. Es una pregunta válida. Tengo que saber si le gané la apuesta a Chantal.

Apenas consigo contener las ganas de soltar un quejido.

—Sois terribles. Y ninguna de las dos vais ganando.

—¿Estás diciendo que *no quieres* ponerle los cuernos?

Esta vez unos cuantos ojos nos lanzan miradas, y la arrastro rápido hasta un rincón junto a los ascensores para tener una pizca de privacidad.

—No importa lo que yo quiera o no quiera —digo. Mi tono es firme, pero mi corazón me está azotando y amenaza con hacerme temblar la voz—. Estamos trabajando juntos y no necesitamos ese tipo de complicaciones, ni todo el revuelo que pueda causar, nos sintamos como nos sintamos.

Inclina la cabeza a un lado y me examina.

—¿Así que la atracción es mutua?

Me viene un eco de la voz de Dev diciendo que le encantaría verme con unas pezoneras como las que tenía puestas la camarera. En ese momento casi me atraganto, pero también me subió un calor por todo el cuerpo que me hizo considerar seriamente si alguien se daría cuenta de que no estábamos si me lo llevaba al primer rincón oscuro que encontrara.

Como no contesto al instante, Grace sigue hablando mientras se enrosca entre los dedos un mechón de ese cabello negro como la tinta.

—Solo te lo preguntaba porque está circulando un vídeo de él. Le guiña el ojo a alguien del público, y todas las chicas están como locas con esa imagen. No sabrás nada de eso, ¿no?

La pregunta es de una inocencia engañosa, pero yo ya sé dónde quiere ir con esto, y no voy a declarar que ese guiño iba dirigido a mí.

—Nada de nada.

—Ah. Qué sorpresa.

Pongo los ojos en blanco, sin ganas de jugar a este juego ahora… ni nunca.

—Vamos —gruño y vuelvo a llevarla del brazo hasta el ascensor—. No se te puede sacar a la calle.

Suelta una risita, pero me sigue por voluntad propia, dando pequeños saltos mientras camina.

—¡Más te vale elegirme a mí como dama de honor cuando te cases con Dev!



Unos días después, creo que ya no existe ni una calle de Mónaco que no haya visto.

Puede que Grace no sea de aquí, pero es la guía turística por excelencia: dibujó un plano para asegurarse de que no nos perdiéramos nada y yo tengo que respetarla. Hemos tachado casi todo de la lista, pero todavía nos quedan un par de lugares por visitar.

Me está explicando el itinerario del día mientras yo me pongo rímel arrodillada en el lavabo del baño para llegar a verme en el espejo. Esta suite de hotel no está pensada para las personas que dejamos de crecer en el quinto año de primaria.

—Después de eso, podríamos ir a… —Grace se calla de pronto y frunce el ceño mirando a la habitación—. Creo que está sonando tu teléfono.

Miro la encimera y busco mi móvil entre todo el maquillaje que está desperdigado por la superficie. Hubiera jurado que lo había

traído, pero no lo veo por ningún lado. Me bajo como puedo, me recompongo rápido y me escurro al lado de Grace, que está en la entrada del baño. Me apresuro a ir hacia la cama y descubro que mi teléfono efectivamente tiene la luz encendida y está vibrando.

—Seguro que es Oakley —le digo mientras cojo el teléfono. Nos pasamos casi todo el día de ayer mandándonos memes ridículos de F1, que últimamente se han convertido en nuestra principal forma de comunicación. Es sorprendente lo mucho que puede decir de cómo te sientes una foto de Thomas Maxwell-Brown, con ese rostro tan gracioso y expresivo.

Pero, para mi sorpresa, no es Oakley el que llama.

Se me sube el corazón a la garganta cuando el nombre de Dev se ilumina ante mis ojos. Vacilo una fracción de segundo antes de deslizar el dedo por la pantalla y contestar con una voz tan débil que me da vergüenza:

—Hola.

—Hola —responde Dev—. Perdón que te interrumpa la mañana, pero te necesito.

Una vez más, me descoloca la forma en que lo dice, y me quedo muda un instante. Por suerte, él continúa, con lo que me salva de tener que batallar por encontrar las palabras.

—Ya sé que dije que podía solo, pero creo que necesito ayuda con este pódcast —explica, y suelto un suspiro silencioso—. Siempre que hago entrevistas, tengo a Patsy dando vueltas cerca para asegurarse de que yo no diga nada que no tengo que decir. Y los dos sabemos que soy un idiota sin filtro, así que no sería mala idea tener a alguien que me diga cuándo callarme. A lo que voy es… ¿te importaría hacerme de Patsy por hoy? —Hace una pausa de un segundo, y las

palabras se le atropellan cuando vuelve a hablar—: Digo, si ya tienes planes, no. Ya sé que tienes el día libre, así que…

—Te haré de Patsy con mucho gusto —interrumpo con una risa—. Pero por las dudas te aviso que ha venido a visitarme una amiga y…

—Ay, mierda, perdón. Finge que no te he pedido nada, Wills. Divertíos.

—No, no, está bien —le aseguro mientras miro a Grace, que me está observando con una ceja curiosa levantada—. Solo te quería preguntar si puede venir ella también.

—Claro. Cuanta más gente haya para evitar que meta la pata, mejor.

Me río por lo bajo y trato de contener una sonrisa para que Grace no se ponga de nuevo a acosarme con todo el tema de Dev. Pero obviamente no lo logro. No puedo evitar sonreír. Apenas cuelgue el teléfono, sé que me caerá encima una letanía de comentarios lascivos.

—Genial, nos vemos en un rato —digo.

Apenas toco el botón para finalizar la llamada, Grace se tira en la cama a mi lado.

—¿Voy a conocer a Dev? —exige, con una chispa en los ojos oscuros que no me gusta nada.

Me levanto del colchón de un salto y me pongo a preparar el bolso del día.

—Si me haces pasar vergüenza delante de él, no te lo voy a perdonar nunca —amenazo—. ¿Me prometes que te vas a portar bien?

Sonríe de oreja a oreja como el gato de Alicia.

—Sin duda.



Treinta minutos después, estoy frente a la puerta del apartamento de Dev, con una mano sudorosa lista para llamar a la puerta y Grace a mi lado. Antes de que llegue a golpear la superficie de madera sólida con el puño (y antes de que Grace vuelva a insistir en que me apresure), la puerta se abre de pronto y suelta una ráfaga de aire. Y de repente, él está ahí, y toda la fuerza de su sonrisa me sacude de lleno.

—Mierda, cómo me alegra que hayas venido —dice Dev, con los ojos color avellana agradecidos y clavados en mí.

Creo que doy una respuesta inteligible, pero tengo el cerebro en cortocircuito solo con verlo.

Grace me empuja a un lado y le tiende la mano.

—Grace —se presenta. Está prácticamente zumbando de la emoción—. Un placer conocerte, por fin.

Juro que la sonrisa de Dev cambia un poco cuando se dirige a Grace. No se apaga ni se afloja, y no desaparece en lo más mínimo, pero es… diferente. Es la que usa con los amigos y los compañeros de trabajo y la familia. Es distinta de la que usa cuando se dirige a mí.

Estoy tan ocupada pensando en lo que significa eso que no presto atención a lo que dicen hasta que ya estamos dentro del apartamento y Grace declara:

—Willow ha estado perdida sin ti estos días. —Giro la cabeza de golpe para mirarla, horrorizada. Estoy empezando a balbucear para tratar de negar lo que ha dicho cuando ella termina la frase—: En serio, esta chica es adicta al trabajo. No sabe relajarse.

La aclaración me tranquiliza un poco, pero no evita que se me enciendan las mejillas.

—Sí —me río con un sonido ahogado—. He estado trabajando en un par de cosas. No lo he podido evitar.

—¿Ves? No se tomaría un descanso ni aunque fuera una cuestión de vida o muerte —sigue Grace. Rápidamente se distrae con el simulador de carreras que está en un rincón de la sala de estar—. Uy, tengo que probar eso sí o sí.

Mientras ella va correteando y se sienta en la butaca, yo miro a Dev y le ofrezco una mueca de disculpa.

—Te pido perdón por ella. No tiene filtro.

Dev se ríe por lo bajo y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No me pidas perdón. —Está mirando hacia mi lado, pero tiene el foco puesto en algo que está por encima de mi hombro—. Me gusta su sinceridad.

Sé que aquí hay algo entre líneas. Ni él ni yo estamos siendo sinceros con el otro estos días. Seguimos dando rodeos para evitar el problema que tenemos delante de las narices y lo vemos crecer minuto a minuto. Dentro de poco, vamos a tener que reconocer lo que sentimos o nos va a terminar aplastando.

—Además, no quiero que termines con la cabeza como un bombo. —Por fin me mira, con un deje de preocupación en los ojos—. Me siento mal por llamarte en tu día libre.

Niego con la cabeza, pero agradezco que se preocupe.

—No pasa nada. Me gusta estar aquí.

Es la verdad. Pasar unos días separados hizo que le echara de menos más de lo que creía posible. Traté de echar a un lado los

pensamientos sobre él y disfrutar los días con Grace, pero fue difícil. Hay muchas partes de mi vida que giran en torno a él en este momento. Es medio difícil *no* pensar en él: tengo la cámara llena de fotos suyas, esta ciudad está llena de productos y de contenido mediático de Fórmula 1, y lo único que quiero es volver a acurrucarme en la cama a su lado y reírme como una niña mientras vemos una película empalagosa de Bollywood. Me hace sentir que vuelvo a ser una adolescente tonta.

Tomo aire rápido para volver a centrarme y señalo con la cabeza su ordenador, que está en la mesa de café delante del sofá.

—¿Estás listo para hacerlo?

Regresa su sonrisa atrevida, la que es solo para mí.

—¿Estás lista para controlar que no diga nada que vaya a empeorar mi reputación?

—Vamos a ver qué podemos hacer —digo después de soltar un resoplido.



Cuando termina la entrevista dos horas más tarde, Grace ya choca en el simulador de carreras como sesenta veces y a mí ya se me corre casi todo el maquillaje por reírme de las respuestas que Dev se saca del bolsillo (sin llegar nunca a ser ofensivas, crueles ni incriminatorias). Como de costumbre, Dev se las arregla para cautivar por completo a otro grupo de gente.

Sus ocurrencias ingeniosas y el ir y venir que tuvo con las anfitrionas australianas hicieron que las horas parecieran minutos, y

consiguieron entretenerme tanto que casi me olvido de que había venido a evitar que él dijera algo indebido. Al final, no me necesitaba para nada. Este hombre ha tenido tanto entrenamiento mediático y tantas entrevistas que ya sabe lo que debe hacer y lo que no. Yo fui básicamente parte del público. No es que me moleste; esto no hizo más que confirmar que no es una locura que él me guste. Dev es más que digno de cualquier tipo de adoración.

—Bueno, al final no fue un desastre total, como esperaba —anuncia después de cerrar el ordenador. Con los brazos levantados para estirarse, se echa hacia atrás y se apoya contra los cojines del sofá.

Es un desafío contenerme de inspeccionar la extensión de piel que le asoma entre el borde de los vaqueros y la parte de abajo de la camiseta negra, o la marca que se le forma en los bíceps apretados contra las mangas. Dios, qué guapo que es. Y, por suerte, parece que no se da cuenta de dónde tengo puesta la mirada.

Por desgracia, Grace me ve mirando a Dev y, a juzgar por su expresión maliciosa, sé que no hay forma de que no vayamos a tener una charla sobre esto cuando salgamos.

—Has estado genial —le digo sin prestarle atención a Grace mientras guardo mi cuaderno y mi teléfono en el bolso. Le hice algunas fotos que ya publiqué, y anoté algunas de sus respuestas para hacer algunos recortes del pódcast cuando salga—. Seguro que van a tener que editarlo para borrar mis carcajadas de fondo. Pero eso solo demuestra que a la gente le va a encantar.

Dev contesta con una sonrisa y sus ojos me siguen cada movimiento mientras me levanto y me ajusto el vestido alrededor de la cadera.

—Mientras te haya hecho reír… —dice, volviendo a bajar lentamente los brazos—. Eso es lo único que importa.

Grace carraspea desde el otro lado de la habitación, pero me niego a mirarla.

O Dev no se da cuenta o elige no hacerle caso. Aunque, por la forma en que me está mirando como si estuviéramos en la habitación él y yo solos, apostaría todo mi dinero a que es la primera opción.

Es emocionante e inquietante y hace que recoja mis cosas rápido y me invente que tenemos una reserva para almorzar con Grace y que corremos el riesgo de llegar tarde. Si no me escapo ahora, soy capaz de hacer algo estúpido como sentarme sobre sus piernas, rodearle el cuello con los brazos y llenarlo de halagos sobre lo genial que es. Su ego no necesita eso, y las mariposas que están revoloteando por mi estómago definitivamente no necesitan ningún incentivo, así que agarro del codo a Grace y lo saludo con la mano antes de sacarla del brazo del apartamento de Dev.

Llegamos al tan temido ascensor antes de que ella se me ponga delante con las manos en las caderas.

—Amiga —dice. Y otra vez, con más énfasis—: *Amiga*.

Suelto un suspiro y me desplomo contra la pared de acero que tengo detrás. Voy a necesitar ese apoyo para tener esta charla.

—¿Sí?

—Sabes que él no necesitaba ayuda, ¿no? —Me observa con una mirada firme—. Solo quería verte. Y hacerte reír.

Tiene razón, pero no me lo va a dejar pasar nunca si lo admito.

—No creo que sea tan así.

—Willow. —Le desaparece todo rastro de humor de la voz—. ¿Has visto cómo te ha mirado cuando abrió la puerta? Nunca vi que a nadie se le iluminara tanto la cara como a ese tipo.

De nuevo, tiene razón. No tiene sentido tratar de negarlo. Pero decirlo en voz alta significa que ya no es solo una fantasía o un delirio. Grace se dio cuenta; eso quiere decir que no me lo estoy inventando… y *eso* quiere decir que ya perdí casi toda capacidad de evitar hacer algo con lo que siento por Dev.

Mierda, estoy en un lío tremendo.

—No, él es así —discuto sin demasiada convicción—. Literalmente, todos lo conocen por tener la mejor sonrisa del mundo.

—No hablo de su sonrisa. Hablo de toda la reacción que tuvo cuando te vio. De cómo se… —Niega con la cabeza y me clava una mirada seria—. Yo entiendo que quieras mantener el profesionalismo. Y entiendo que, como mujeres, tenemos que evitar que nos pongan etiquetas horribles y nos digan cosas feas cuando nos enganchamos con tipos que están en una posición de poder. Y hasta entiendo que no quieras poner en riesgo las amistades de tu hermano. Pero, Willow, si dejas que se te escape este tipo… eres una cobarde.

Como para recalcar sus palabras, el ascensor frena con una sacudida en la planta baja. Es como si un terremoto sacudiera mi mundo.

—Ve a buscar lo que deseas —termina Grace—. Y no permitas que sea algo de lo que te arrepientas.



CAPÍTULO 20
Dev

Llueve.

No, no llueve: caen chuzos de punta y, en este momento, el circuito de Hungría parece un charco gigante. Si se despeja, puede ser que corramos, pero por ahora, lo único que podemos hacer es sentarnos a esperar a que pare la lluvia.

—Pesca.

—¡Mierda!

Desde mi esquina silenciosa, me río por lo bajo con el mentón contra el pecho, intentando no llamar la atención mientras el equipo del box juega juegos de cartas infantiles en medio del garaje. Decido no sumarme a esta ronda, lo que no quiere decir que no haya sido el rey del Uno que jugamos antes.

Nathaniel se fue a quién sabe dónde para evitarlos a todos, como siempre, y no hacerse ningún amigo. Qué bien que no los necesita: mientras su papá esté al mando, su puesto está a salvo.

No como en mi caso.

Ya no me interesa luchar por mi lugar en Argonaut, pero voy a hacer todo lo posible por quedar en buenos términos con la vasta mayoría de su gente. Muchos de ellos me han ayudado: mis mecánicos e ingenieros; todo el personal de apoyo; incluso Konrad, que en este momento me está tirando la cámara encima: todos merecen lo mejor de mí. Y no pienso decepcionarlos.

Hablando de gente a la que no quiero decepcionar, Willow se acerca desde el fondo del garaje con Patsy a su lado. Para variar, esta vez Patsy está sonriendo y tiene una mano apoyada en el hombro de Willow, como si la estuviera elogiando. Sea lo que sea que le esté diciendo, lo merece muchísimo.

El episodio del pódcast que me organizó Willow salió hace tres días, y por los fragmentos que escuché y los comentarios que vi por internet, la respuesta que tuvo fue alucinante. Es como si le cayera *bien* a la gente otra vez. No es que haya estado bien que de pronto decidieran que yo ya no les gustaba, pero ella me salvó del abismo, y ahora vuelvo a estar cómodo ante el tribunal de la opinión pública. Es un milagro.

No, mentira. No es un milagro. Es un fenómeno sobrenatural. Es Willow y su mente brillante.

Los halagos que recibe ahora son apenas una gota en el balde de veneración que le corresponde. Pero quiero ser yo el que se lo llene. Si me deja.

Y ahí está el problema. No sé si me va a dejar.

—¿Qué cara es esa? —me pregunta Konrad, sonando algo fastidiado mientras se asoma por detrás de la cámara—. ¿Por qué parece que estás a punto de vomitar?

Ah, genial, mi cara de enfermo *de amor* parece la de un enfermo *a secas* ante la idea de que lo que siento por Willow no sea mutuo. Está bien saberlo.

Konrad se aleja cuando no le doy respuesta, con suerte pensando que me veo así porque me da ansiedad la carrera. Sinceramente, no me molesta la lluvia, y de cualquier manera ya corro un riesgo enorme cada vez que me subo al coche. Así que correr en una pista

mojada, aunque es objetivamente más peligroso que correr en seco, no me pone ni por asomo tan nervioso como ver a Willow acercarse así.

El aroma dulce a vainilla me invade cuando ella se desliza a mi lado y se coloca cerca de mí, examinando el resto del garaje y la calle de boxes de afuera. Tiene un pliegue suave entre las cejas, y sus ojos oscuros están un poco más abiertos de lo normal cuando se vuelven hacia mí.

—¿Crees que van a cancelar la carrera? —pregunta.

Tardo un segundo en registrar sus palabras. Estoy demasiado distraído mirándola y por la forma en que mi corazón me golpea erráticamente el pecho.

Ni siquiera el uniforme horrible de Argonaut puede aplacar lo deslumbrante que es, pero mi rayo de sol nunca nota las miradas que la siguen… y son bastantes. He visto a varios de los mecánicos observarla cuando pasa andando tranquila, aunque una mirada mordaz de mi parte en general es suficiente para que vuelvan a concentrarse en su trabajo.

Todos saben que ella está prohibida, así que seguro que también hay rumores sobre el porqué. Mientras que no sean de los que me pueden destruir la reputación, los voy a aguantar. Solo espero que ella también.

Cuando me hace la pregunta, echo un vistazo a los ingenieros, que están monitoreando el radar del clima en la pantalla. No soy meteorólogo, pero parece que el circuito se está despejando.

—Parece que no.

Justo en ese momento, Sturgill cruza a zancadas el garaje y empieza a ladrar órdenes mientras vuelve a su puesto. Un segundo

después, se enciende en las pantallas un mensaje del centro de control. Lo lee en voz alta, proclamando que el retraso terminará en quince minutos.

Es hora de que me ponga en marcha.

Antes de llegar a decírselo a Willow, tengo su mano en el hombro, apretándome suave.

—Ten cuidado allá fuera, ¿vale?

Se le ve la inquietud en los ojos, pero casi está eclipsada por un haz de esperanza, de veneración. Entiende y respeta el riesgo que elijo correr, y está preocupada por mi seguridad, pero su expresión está llena de pura fe en mis capacidades. Cree que voy a salir para volver entero, porque soy excelente en lo que hago.

—Siempre tengo cuidado —bromeo, pero me pongo serio al instante y apoyo una mano encima de la suya para darle fuerza a mis palabras—. Te prometo que me voy a cuidar. Además, eres mi amuleto de la buena suerte.

Ella niega con la cabeza y se muerde los labios mientras retira la mano, aunque no sin antes pellizcar un lado de la mía como venganza por mi comentario.

—No te he dado demasiada suerte hasta ahora, pero está bien —dice, suspirando resignada—. A por ellos.



Esto va a ser un caos.

Tras una vuelta de formación y cinco segundos de estar sentado en mi lugar en la parrilla, ya quedó claro. No hay forma de que no

sea una masacre. Dos coches salieron de la pista dando vueltas sobre su propio eje de camino a la parrilla. Uno chocó, de modo que la carrera del piloto terminó sin siquiera haber empezado. El otro se recuperó, aunque una cosa así desestabilizaría hasta al más confiado de los pilotos. No va a estar dispuesto a correr riesgos y seguro que va a terminar al final de todo cuando acabe la primera vuelta.

¿Y yo? Tengo siete coches por vencer para llegar delante y ningún plan de moderarme. Si estar con un equipo que apenas mejora sus coches de un año al otro tiene alguna ventaja, es que conozco sus límites. Sé con qué me la puedo jugar y con qué no en una pista así de resbaladiza. Y si hay algo que este cacho de fibra de carbono hace bien es correr bajo la lluvia.

Me aferro más fuerte al volante mientras veo las luces rojas encenderse una a una antes de oscurecerse todas juntas.

Aprieto el acelerador, emerjo de mi cajón de salida y me mantengo a la derecha por la recta mientras los coches de delante van haciendo zigzag. Un Omega Siluro desacelera un poco más adelante, lo cual me obliga a echarme a la izquierda, a un espacio que aparece milagrosamente cuando lo necesito.

Y ahí es cuando empieza el desastre.

Aunque para mí no, porque claramente hoy es mi día.

La masacre que predije está ocurriendo, pero es peor de lo que esperaba. En una milésima de segundo, un Mascort empuja a un McMorris; después, un coche de Specter Energy se lleva por delante un D'Ambrosi al salirse de la pista. Consigo maniobrar para esquivarlos y seguir, dando volantazos y frenadas, y de repente…

No. ¿Qué? ¿Qué *diablos* está pasando?

Estoy segundo.

Solo queda Zaid delante de mí, y el rocío que echa su coche está lo suficientemente lejos para no afectar mi visibilidad. De los seis primeros, parece que es el único piloto que ha conseguido salir ileso de la vorágine. No consigo ver mucho por los espejos retrovisores cuando cojo la siguiente curva, pero lo que sí llego a ver es la pelea por posicionarse y los escombros que siguen volando para todos lados. Mierda, cuando haya dado la vuelta al circuito, voy a tener que esquivar todo eso para no destrozar los neumáticos.

—Tal vez salga un coche de seguridad dentro de poco —me advierte Branny por la radio. Menos de cinco segundos después, anuncia—: Coche de seguridad en la pista. Controla la velocidad. Y estás en P2. Manejaste todo eso muy bien.

Este tipo nunca ha sido de dar cumplidos demasiado entusiastas, pero lo que me dé, lo acepto.

—¿Me das una actualización de los coches que tengo detrás? —Necesito saber contra quién voy a tener que luchar para mantener mi posición. Porque ahora que estoy aquí delante, no voy a ponerlo fácil.

Me lee los cinco coches que me siguen, pero Reid, Otto, Thomas, Lorenzo y Axel no están en la lista. Joder. *Todos* los corredores más importantes salvo Zaid quedaron fuera. Existe la posibilidad de que algunos de ellos se recuperen y vuelvan a salir, pero esta es mi oportunidad. Solo con conseguir retener mi puesto, tengo la oportunidad de llegar al podio. El coche de seguridad va a dificultar las cosas, aun así. La velocidad reducida va a apelotonarnos a todos y les va a dar la ocasión para reagruparse y alcanzarme a los corredores que tengo detrás. Y si sale una bandera roja…

—Y eso es una bandera roja —dice Branny—. Box, ya. Fórmate en la calle de boxes.

Se me retuerce un poco el estómago. Si nos hacen reiniciar desde la parrilla, podría volver a caer en la zona media y perder la oportunidad de llegar al podio.

—Entendido.

Hago lo que me indican y sigo a Zaid a la calle de boxes para formarme detrás de él mientras veo a los mecánicos de los diferentes equipos salir corriendo con fundas térmicas para los neumáticos.

—Voy a bajarme del coche, si no os molesta.

Branny aprueba mi petición y me dice que me quede cerca. Van a darnos una advertencia antes de retomar la carrera, pero necesito descargar algo de la adrenalina que me ha dejado la salida de la carrera y por estar en P2.

Uno de los mecánicos me ayuda a salir, y otro me trae un paraguas mientras me saco el casco y la capucha antiincendios, aunque estoy empapado. Hasta donde llego a ver, la lluvia casi ha parado y, con el calor que hace hoy, a pesar del diluvio torrencial que hubo, la pista se va a secar rápido.

Y eso quiere decir que tenemos que sacarnos de encima esos neumáticos de lluvia lentísimos y cambiar a los neumáticos lisos cuanto antes.

Paso por el muro de boxes para ver las pantallas del clima y les digo a Branny y a los ingenieros de carreras lo que pienso; después me dirijo al garaje, buscando a una persona en particular. Mark trata de interceptarme cuando entro, pero me lo saco de encima con un gesto de la mano y avanzo en línea recta hacia la esquina trasera.

Algo de la tensión se me filtra de los hombros cuando la diviso, y juraría que ella parece tan aliviada de verme como yo.

Tengo que poner todo mi esfuerzo para no agarrarla entre mis brazos, aunque no puedo resistir el impulso de acariciarle el brazo con una mano y acercármela un poco más. Bajo la cabeza hasta la altura de su oído como si estuviera tratando de hablarle en privado. Hay cámaras cerca, así que si nos filman todo esto va a parecer inocente. Y es cierto… aunque no haya nada particularmente inocente en cómo me siento estando tan cerca de ella.

En realidad, no necesito hablarle de nada. Lo único que quiero es tenerla cerca, disfrutar de su presencia y permitir que me aleje de la percepción nítida y realista de que probablemente no pueda mantenerme en P2 por mucho tiempo. Necesito que me recuerden que puedo conseguirlo, contra todo pronóstico. Lo único que tiene que hacer ella es mirarme y sonreír, y una oleada de confianza vuelve a surgir en mí.

La mirada que me dedica es algo que he llegado a anhelar. Algo que, cuando se nos termine el tiempo juntos, voy a echar de menos mucho más de lo que me podría haber imaginado.

Unos enormes ojos castaños se encuentran con los míos y no contienen ni un asomo de duda. Ella cree en mí. Cree que puedo conseguir cualquier cosa. Eso me llena. Me convence de que tiene razón, de que *sí* puedo conseguir cualquier cosa, incluso ganar esta carrera, aunque la persona que tengo por delante haya ganado siete campeonatos.

—¿Me podrías decir algunas palabras de aliento? —le pido, aunque la verdad es que ya no las necesito.

Su risa me acelera el corazón y me despliega una sonrisa por el rostro. Haría cualquier cosa por seguir oyendo ese sonido.

—Bueno, veamos qué puedo hacer. —Respira hondo y se lanza a por ello—: Una vez te vi a ti y a Oakley competir en una carrera de karting cuando teníais catorce años. Llovía, y yo estaba muy enfadada porque mi padre me había obligado a ir ese fin de semana, porque tenía que llevar puesto un chubasquero de plástico horrible todo el tiempo. Esa cosa me tapaba toda la ropa… que había elegido por si en una de esas te fijabas en mí. —Me quedo mirándola tras su confesión e intento alejarme un poco para mirarla a los ojos, pero ella me coge del brazo y me obliga a quedarme donde estoy—. Claro que eso no pasó —sigue, con un tono totalmente humorístico. Me muero de ganas de verlo reflejado en su rostro, pero sigue sin soltarme—. Pero eso no importa. Lo que importa es que me olvidé totalmente de la ropa echada a perder y de mi pelo todo bufado en cuanto saliste disparado de la línea, como si no hubiera ni una gota de agua en la pista. Sin nada de miedo. Oakley, en cambio, fue a lo seguro. Y acabó cuarto. Pero tú ganaste.

A diferencia de lo que cree Willow, estuve cagado de miedo todo el tiempo, pero no dejé que eso me detuviera. Aprendí de pequeño que podía sentir temor y al mismo tiempo ser implacable al volante.

—Sé que sigues siendo ese chico temerario de catorce años —continúa Willow, fuerte y segura—. Así que vuelve a salir y demuéstralo. Ve a ganar.

Finalmente, deja caer la mano que me retenía el brazo y me permite alejarme un poco. Analizo su expresión abierta, los hoyuelos que se le asoman en ambas mejillas, aunque su sonrisa sea apocada y algo tímida.

Hay una estela rojiza en la parte superior de su rostro apenas bronceado, pero tiene los ojos iluminados. No tienen ni rastro de pudor ni vergüenza. Es consciente de las implicaciones de su anécdota, de que está reconociendo los sentimientos que nunca superó, y tengo que juntar todas mis fuerzas para no besarla con fuerza y demostrarle que lo que siente es totalmente mutuo.

—Joder, puede que sean las mejores palabras de aliento que me han dicho en la vida —admito, y mi voz está un poco rasposa por el esfuerzo que estoy haciendo para contenerme.

Me hace una reverencia en broma mientras una sonrisita le marca aún más los hoyuelos.

—Un placer ayudarte siempre.

Espero que lo diga en serio, porque ya no creo que pueda vivir sin esto. No creo que pueda vivir sin ella.

—¡Retomamos en quince! —resuena una voz detrás de mí, y me arrastra de vuelta a la realidad, me fuerza a alejarme de esta burbuja de felicidad—. ¡Reiniciamos desde la parrilla!

Exhalo, consciente de que tengo que volver a poner la cabeza en la competición. Pero hace años que no estoy tan confiado como ahora.

—Mejor que vuelva a salir —digo, aunque no la suelto.

Willow asiente, pero no me suelta el brazo.

—Mejor que sí.

—¿No me vas a decir que tenga cuidado esta vez?

Ella arruga la nariz, y que me parta un rayo si eso no me da aún más ganas de sentir mis labios contra los suyos.

—Nah. Sabes lo que haces.

—Sí. Diría que algo sé.

Hay un instante de silencio entre nosotros mientras me intento convencer de alejarme, aunque no es ni incómodo ni raro. Por fin, le guiño el ojo y doy un paso hacia atrás.

No hace falta más que eso para volver a dejarme llevar por la locura. Pero estoy decidido nuevamente, y toda mi atención está puesta en llegar al podio.

Me abro paso hasta salir a la calle de boxes, pero frunzo el ceño ante los neumáticos intermedios que tiene el coche. Están mucho mejor que los de lluvia, pero no son lo que pedí.

—He dicho que quería los lisos —grito cuando llego al muro de boxes.

Uno de los ingenieros de estrategia niega con la cabeza mientras gira su asiento para mirarme.

—Dev, eso no es…

—Ponme los neumáticos lisos. —Ya no estoy haciendo una petición. No voy a dejar que esta gente se cargue mis posibilidades. Esta vez no—. Conozco esta pista, y ya ha salido el sol. Si vamos a mantener nuestra estrategia de paradas y queremos seguir en P2, tenéis que ponerme los lisos *ya mismo* en vez de esperar.

—Mascort está mandando a Zaid con intermedios —me discute—. Los únicos que se animan a salir con lisos en este momento son los que no tienen nada que perder y están dispuestos a correr ese riesgo.

—Bueno, sí, yo también estoy dispuesto.

Se detiene y se queda observándome atentamente. Tengo la mandíbula rígida y las manos clavadas contra las caderas. No voy a dar el brazo a torcer. Me puede discutir todo lo que quiera, pero en

el fondo sabe que tengo razón. Todos lo saben. Solo hay que ver si están dispuestos a correr ese riesgo conmigo.

—Bueno, está bien —suspira el ingeniero, y me devuelve una mirada severa—. Pero si chocas, la culpa es toda tuya. Ten cuidado con lo que pides.



Estar sentado en el P2 de la parrilla es una experiencia totalmente irreal. Casi me cuesta recordar la última vez que estuve tan adelante, cómo se sentía tener solo un hermoso espacio abierto enfrente.

Pero hay una cosa de la que sí me acuerdo. Puede que todavía no haya ganado ningún campeonato de F1, ni siquiera una carrera, pero soy campeón hecho y derecho de F3 y F2. Y los campeones nunca olvidamos cómo se siente ganar.

Tenía razón con lo de la superficie de la pista. Los pequeños charcos oscuros de asfalto mojado se van empequeñeciendo ante mis ojos mientras espero a que el resto de los coches terminen de dar la vuelta de formación. Es muy probable que pase sin querer por alguno de esos charcos y salga dando vueltas, sobre todo con estos neumáticos.

Pasar a Zaid va a ser el desafío más grande de mi vida, pero él está arrancando con neumáticos intermedios. No le van a durar mucho, y sin duda va a tener que hacer una parada técnica bastante rápido. La única pregunta es: ¿voy a llegar a adelantarme tanto para sostener la P1 cuando él retome la carrera?

Las luces se apagan una vez más, y yo cruzo la línea casi más rápido que Zaid, pero él tiene una mejor salida y yo no tengo más opción que cederle la primera curva. Volvemos a estar en igualdad de condiciones cuando la pasamos, luchando por tomar posición mientras yo defiendo mi puesto de los coches que vienen detrás. Pero durante la siguiente recta, lo paso sin necesidad de activar el DRS gracias a mis neumáticos y nada más.

Joder, acabo de pasar al mismísimo Zaid Yousef, a mi ídolo y el hombre en el que apenas me animaba a soñar en convertirme. Aunque por algo ganó siete campeonatos. Incluso con esos neumáticos malísimos, tiene más talento, más experiencia y un mejor coche que yo, y al instante lo vuelvo a tener encima.

Pero la pista está demasiado seca para los intermedios, y frena ligeramente para buscar algo de aire cuando llegamos a la siguiente curva. Va a tener que hacer una parada técnica dentro de poco, y va a perder tiempo para cambiar los neumáticos. Seguramente cuando vuelva a salir esté detrás de varios coches más, si no último. Va a tener que esforzarse muchísimo por recuperar su puesto, y si yo puedo exigirme más y ampliar la distancia entre nosotros, quizá gane esta carrera.

Tal como esperaba, Zaid se mete en la calle de boxes en cuanto terminamos de dar la vuelta, y mi siguiente competidor está varios segundos más atrás, seguramente porque él también eligió mal los neumáticos.

—Bueno, Dev, estás liderando —dice Branny a mi oído. Su voz es un poco más aguda de lo normal, como si no pudiera creerlo.

Y no puedo culparlo. La última vez que no tuve a nadie delante fue cuando gané mi último campeonato de F2. Pero ¿liderar mi

primer Gran Premio de F1? Por Dios. Espero que no me oigan reírme por la radio.

Aun así, mantengo la cabeza fría y sigo. A medida que las vueltas pasan volando, Zaid vuelve a subir poco a poco por los puestos. Paro para cambiar los neumáticos en la vuelta treinta y siete, una después que Reid, que antes era el que más cerca tenía. La parada es impecablemente rápida, y salgo otra vez delante de Reid, aunque me quedo atascado detrás de un McMorris que todavía no hizo su parada. Como era de esperar, dos vueltas más tarde se dirige a la calle de boxes, y yo quedo de nuevo liderando la carrera.

Por suerte, es difícil pasar a otros en este circuito. Y es por eso que realmente tengo la oportunidad de ganar. Solo necesito ampliar la distancia entre Reid y yo y defenderla como nunca en la vida una vez que Zaid vuelva a subir, cosa que sin duda va a conseguir.

Puedo con esto. Puedo ganar.

Branny sigue dándome actualizaciones sobre las posiciones de los pilotos y los tiempos de mis vueltas, guiándome constantemente. Todo está yendo perfecto; incluso aunque nada de esto fuera lo que Argonaut planeaba. Que ganemos una carrera no les va a cambiar mucho a ellos, pero a mí sí, definitivamente.

El futuro es más prometedor que nunca.



Los instantes posteriores a cruzar la línea de llegada en primer puesto son borrosos.

Llega la vorágine de felicitaciones por la radio mientras voy vadeando hasta el parque cerrado y freno detrás del cartel del primer lugar que pensé que nunca volvería a ver. Llega el momento en que mi equipo me apretuja cuando me uno a ellos junto a la barrera que está puesta para mantenerlos alejados. Estoy respondiendo a gritos y palmadas en la espalda y abrazos tan violentos que seguramente me queden una o dos costillas rotas después de esto. Vislumbro los rizos de Willow entre la multitud, pero no consigo alcanzarla, por mucho que lo intente. Y vaya si no estoy haciendo todo lo que puedo para llegar a ella.

Después llegan los comisarios que me llevan a pesarme y me guían a la entrevista posterior a la carrera. Doy las gracias al equipo y a mi familia, y estoy bastante seguro de no haber dicho ninguna mala palabra, pero voy a tener que ver la repetición más tarde para saber qué pasó de verdad. Después viene la sala anterior al podio con Zaid y Reid. Me estrechan la mano y yo acepto sus elogios, pero me sería bastante difícil repetir sus palabras exactas.

Pero en el podio, todo se enfoca y se agudiza.

Lo conseguí. Cinco años en Fórmula 1, más de cien carreras empezadas, y por fin he llegado aquí. Suena el himno nacional de los Estados Unidos, representándome a mí y a Argonaut. Nunca amé tanto como ahora esta canción.

Me llueve champán cuando Reid y Zaid me apuntan con sus botellas, y yo los rocío a ellos, riéndome tanto que no estoy seguro de si la humedad que me cae por la cara es champán o lágrimas. He llegado. Esto es por lo que estoy trabajando, y ahora que sé cómo se siente, quiero más. Pero por ahora, con esto es suficiente.

Posamos para las fotos cuando las botellas se vacían, y después me acompañan del podio a asearme antes de que me llamen a las entrevistas. No me puedo borrar la sonrisa de la cara (y tampoco es que quiera) mientras avanzo por los pasillos y me dirijo al *motorhome*, celebrándolo con cada persona que me cruzo en el camino. Quiero que Willow sea una de ellas, pero todavía no la he visto. Es la primera persona que voy a ir a buscar en cuanto las cosas se calmen. Esta victoria es de ella también.

La adrenalina va menguando a medida que subo por los escalones que llevan a mi *motorhome*. Mark me sigue el rastro, pero después de darle un abrazo fuerte, le prometo que podrá masajearme los músculos más tarde. Por ahora, necesito un momento para sentarme y saborear esto yo solo.

Lo conseguí. Lo conseguí en serio, diablos.

Cuando se aleja, abro la puerta de mi *motorhome*… y me quedo congelado al instante.

Las imágenes son lo primero en llamarme la atención. En la pared que tengo enfrente hay un *collage* de fotos. Algunas son de mí, algunas de fans con la camiseta de mi número, algunas de mi familia en las carreras de karting cuando era niño. Y después están las cartas y los carteles, todos escritos a mano, todos alentándome, todos mostrando la fuerza bruta de la fe que me tiene toda esa gente. Hasta hay un retrato de mí, pintado con un estilo moderno y colores estridentes. Mi sonrisa, por supuesto, es lo que más resalta.

Pero es Willow, arrodillada debajo de todo eso, todavía colocando cosas, la que hace que mi corazón se ponga a latir más fuerte de lo que creía posible.

Se da la vuelta con los ojos bien grandes y un grito ahogado. La foto que tiene en la mano se le resbala y cae al suelo mientras ella se pone de pie, usando la mesa de masajes que tiene al lado como soporte, pero entonces se pone a retorcerse los dedos de nervios.

—Pensé que ibas a tardar más en volver —dice, con un ligero temblor en la voz y una sonrisa vacilante—. Todavía no lo he acabado, pero… te quería sorprender.

Mi garganta está cerrada y bloquea las palabras que quiero decir. Estoy deshidratado por el calor de la carrera, sí, pero eso no es lo que me dejó mudo. Todo esto me pasa por Willow.

—¿Has hecho todo esto para mí? —suelto por fin, atragantado, recorriendo todo el espacio con la mirada y después volviendo mi atención a ella—. ¿Y si no ganaba?

—Lo tenía planeado desde hace rato —admite, todavía retorciéndose los dedos, pero ya se le va agrandando la sonrisa—. No es un altar de tu victoria ni nada por el estilo. Solo quería que vieras lo mucho que te quieren tantas personas. Quería recordarte por qué tienes que seguir luchando por conseguir lo que deseas.

Aprecio el gesto, sin duda. Pero mi razón para seguir luchando está delante de mí.

Tal vez sean restos de la adrenalina. Tal vez sea la insensatez que me corre por las venas. O tal vez sea el solo hecho de verla. Pero sea lo que sea, me lanza a cruzar la habitación de dos zancadas y plantarme frente a ella antes de que pueda pensarlo dos veces.

Freno cuando estamos pie contra pie. Estoy tan cerca que ella tiene que estirar el cuello para mirarme. Su mirada es insegura pero esperanzada, como si estuviera preparada para que la rechace de

forma delicada, pero a la vez deseando otra cosa. Yo le voy a dar lo que ella quiera.

—Me encanta —le digo, aunque casi me sale *encantas* en vez de *encanta*—. Es perfecto.

Ella suelta aire, suave y un poco inestable. Abre la boca como si quisiera decir algo, pero las palabras se le mueren en la lengua cuando yo le abrazo la nuca con la mano.

—Tú eres perfecta —susurro.

Bajo la mirada a su boca y después vuelvo a subirla rápido. Cuando sus ojos pasan de inseguros a expectantes, no espero ni un segundo más. Ya he dejado pasar demasiado tiempo.

La beso.



CAPÍTULO 21
Willow

Tener los labios de Dev contra los míos es como una victoria propia.

Él hizo el trabajo pesado, y sin embargo yo me estoy quedando con la recompensa, por más que este no sea el premio que anticipaba. Pero no hay duda de que esto es lo que quiero. Lo que vengo queriendo hace mucho, mucho tiempo.

Así que le devuelvo el beso.

Su lengua acaricia la mía, y mi cuerpo responde con un gemido. Tiene un sabor dulce, como a la bebida isotónica que bebe después de cada carrera, con un rastro de cereza y algo más que no acabo de situar. Es un recordatorio del hito que acaba de alcanzar, y me inunda una ola fresca de alegría.

Lo ha conseguido. Ganó. Y con un coche poco confiable y un equipo que no lo apoya como debería. Es un triunfo que se merece celebrar de la forma que él quiera. Y si soy yo lo que quiere…

Su barba me roza la piel y yo hundo los dedos en ese pelo húmedo de sudor para traerlo más cerca. Suelta un gruñido grave desde la garganta mientras me arrastra contra él, aferrándose a mi cintura con vigor, posesivo, y con las manos que casi queman. Le sujeto más fuerte para apretarlo contra mí, igual de posesiva, sin querer renunciar a esto.

Solo que esto no va a durar. Nunca iba a durar: así lo dicta la fecha de terminación de nuestro contrato. Y tal vez esto sea parte

de eso: un beneficio del trabajo. Esto también va a terminar cuando nos vayamos cada uno por su lado. Y en realidad lo que es más probable es que se termine cuando uno de los dos salga por la puerta de esta habitación.

Dejo esos pensamientos a un lado y me concentro en el aquí y ahora, como en la avidez con que su boca se inclina sobre la mía. Ladeo la cabeza para invitarlo y me derrito contra él; tiemblo cuando sus manos me suben por la cintura y rozan la parte de abajo de mis pechos para llegar a la leve curva que se forma a los lados. Va erizándome la piel a medida que sube hasta mis clavículas y mi cuello. Termina el viaje sosteniéndome la cara con tanta ternura que no puedo evitar soltar un ligero suspiro. Es una súplica para que siga y a la vez un agradecimiento por ser tan suave. Sabe cómo tratarme, sabe lo que me gusta. También, por cómo empieza a moverse más lentamente y a bajar la intensidad, parece que sabe que, si seguimos así, no voy a poder resistirme a llevar más lejos las cosas.

Su último beso perdura, todavía más dulce que el resto, y me acaricia justo encima de las mejillas con los pulgares mientras yo me voy despertando despacio de esta ensoñación.

—Tenía ganas de volver a hacer eso desde el año pasado —murmura, con los labios a un suspiro de los míos.

Le suelto el pelo y deslizo las manos hasta su pecho para enroscarme el traje de carreras entre los dedos. Sigo atontada y embriagada por el beso, así que hago la pregunta sin pensarlo dos veces:

—¿Y por qué no lo hiciste?

Se le suben las comisuras de la boca.

—Estoy bastante seguro de que los dos decidimos que era una mala idea.

Trago fuerte, pero no lo suelto, por más que la realidad se nos esté viniendo encima de vuelta.

—Tienes razón. Eso dijimos.

El estómago se me va anudando poco a poco. Ya llegó el final. Estamos a punto de dar un paso atrás y volver a ponernos de acuerdo en que esto fue una cosa del momento. En que no significó nada, por más que los dos sepamos que eso es mentira.

Pero las manos de Dev no me sueltan la cara, y el brillo que tiene en los ojos me dice que no va a mentir sobre lo que está pasando.

—Si esto es tan mala idea —dice, con la voz tensa—, entonces dime por qué quiero darte otro beso. Por qué no puedo quitarte de mi cabeza. Por qué, cada vez que te veo cerca de otro tipo, quiero arrastrarlo bien lejos de ti y ocuparme de que nunca se te vuelva a acercar. Dime, Willow. Dime por qué me siento así.

Se me estrecha la garganta mientras él me mira fijamente. La pasión que le arde en la mirada hace que quiera ponerme de puntillas y darle otro beso, solo para que cierre los ojos. No puede mirarme así, porque vamos a terminar tomando decisiones de las que no nos vamos a poder retractar. En vez de eso, lo único que soy capaz de hacer es susurrar:

—No sé.

Me suelta la cara y suspira fuerte, baja la cabeza y luego la vuelve a enderezar. Pero no se aleja. Me apoya las manos en la cintura y me mantiene cerca. Su mensaje está claro. No va a dejar que me vaya.

Y yo no tengo intenciones de irme a ningún lado. No estoy lista para llegar al final de esto.

—Entonces dime qué sientes *tú* —insiste, con un deje de desesperación en la voz—. Dime que no soy el único que se está volviendo loco.

Ya debe saber cómo me siento. Pero tal vez tengamos que escucharlo de nuevo los dos para creerlo.

—No eres solo tú.

Aprieta la frente contra la mía y niega muy levemente con la cabeza, como si no pudiera creer que nos encontremos en esta situación, por más que él haya sido el que dio el primer paso, el que volvió a cambiar todo entre nosotros.

—*Mierda*, Willow.

—Ya sé —susurro, sosteniéndolo más fuerte.

Mueve la mandíbula mientras toma varias bocanadas firmes de aire, con los dedos apretados contra mi espalda. La presión me mantiene los pies en la tierra cuando bien podría irme flotando.

—Yo sé que esto… esto es demasiado —dice por fin—. Pero no quiero que mañana pienses que fue un error. Para mí, no lo es. Y la última vez tampoco.

No me arrepiento de haber dicho que había sido un error. Era lo que había que hacer, la forma en que había que actuar en ese momento, pero ahora no puedo decir lo mismo.

—Esto no es un error. —Es la verdad, pero tampoco es así de fácil —. Pero no sé qué significa eso.

Podemos ponernos a soltar todos los secretos que tenemos guardados hace tanto tiempo, a hacer todas estas confesiones, pero

nada de eso importa si no somos capaces de resolver cómo y adónde van a avanzar las cosas de ahora en adelante.

Dev se aleja a una distancia que le permite mirarme a los ojos.

—Significa que no quiero fingir que me es fácil estar alejado de ti. Me cansé de fingir que no quiero estar cerca de ti cada segundo que pueda. —Me desliza el pelo por encima del hombro; sus dedos se apoyan en mi nuca—. Me gustas, Willow. Tanto que a veces me olvido de por qué se supone que deberíamos estar separados.

Puede que él se olvide, pero yo no puedo. Mi hermano, este trabajo, las relaciones que corren riesgo y las reputaciones que se pueden arruinar… Hay muchas cosas en juego. Y, sin embargo, nada de eso evita que le diga:

—Tú también me gustas. Mucho.

La sonrisa se le vuelve presumida y burlona, pero casi llego a sentir la emoción que le repiquetea bajo la piel ante mi confesión.

—Sí, medio lo sabía. O sea, la verdad es que ya me *habías* confesado lo que sentías por mí cuando estabas borracha.

—Cállate —digo después de soltar un resoplido burlón para esconder una risa.

El tono cómico que le sumó al momento hace que se disipen algunas de mis preocupaciones. Es como si volviéramos a ser nosotros. Dev y Willow, el payaso de la clase y la chica que trata de no reírse de todos sus chistes.

Se enrosca uno de mis rizos en el dedo; le volvió la sonrisa, pero su mirada sigue siendo suave.

—No, si no, no puedo decirte cuánto me arrepiento de haberte dejado ir la otra vez. Tendría que haberte ido a buscar.

—No te habría hecho caso. Me daba demasiada vergüenza —digo después de negar con la cabeza.

—¿Y ahora? —Indaga cada centímetro de mi rostro—. ¿Todavía te da tanta vergüenza?

—No. Para nada.

Se está acercando de vuelta, y esta vez estoy lista para el beso. Así que cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, esperando a que me roce los labios con los suyos.

Pero alguien llama fuerte a la puerta y doy un salto atrás. Dev no me deja alejarme mucho, igualmente. Reacciona más rápido de lo que yo soy capaz y me encierra rodeándome la cintura con un brazo para mantenerme pegada a él. Como si no le preocupara que la persona que está al otro lado de la puerta pudiera entrar de pronto y atraparnos así.

Por suerte, tiene razón. Lo único que entra es una voz flotando que le dice a Dev que lo necesitan para unas entrevistas.

Por encima de mi cabeza, le responde, y después vuelve a bajar el mentón para mirarme.

—Cómo les gusta interrumpirnos, ¿no?

Desvío la mirada y me obligo a reírme entre dientes por esa acotación cómica. La idea de que nos descubran no me parece muy graciosa.

Dev me sostiene la mandíbula y hace que lo mire de nuevo.

—Eh —dice suavemente, ya sin nada de cómico—. Vamos a seguir hablando de esto más tarde, ¿de acuerdo? —Espera hasta que asienta un poco con la cabeza antes de seguir—: Tengo que volver con el equipo, pero no es que me esté alejando de ti. Claramente,

hay algo entre nosotros. Y tenemos que definir adónde vamos a partir de ahora.

—Sí, hay que decidirlo —digo después de asentir con la cabeza y tragar fuerte.

—Y lo vamos a decidir. —Sus labios encuentran los míos para darme un beso de despedida que me deja sin aliento—. Vuelve al hotel —murmura, alejándose lo justo y necesario para decir las palabras—. Cámbiate. Hoy por la noche salimos.



—¡Vi la carrera! —grita Chantal cuando atiende mi llamada—. ¡No puedo creer que haya ganado tu chico!

Exhalo una risa y la imagino saltando de un lado a otro en nuestro apartamento mientras me preparo para salir, sola en una habitación de hotel desabrida por vigésima vez. La echo de menos más todavía ahora que tengo algo importante para contarle.

—Sí, fue toda una sorpresa —digo con el teléfono apretado entre la oreja y el hombro mientras voy hurgando en la maleta en busca de algo para ponerme hoy por la noche—. Ey, ¿estás…? ¿Estás ocupada ahora? Te puedo llamar más tarde.

—Pff, como si tuviera algo mejor que hacer. —Se oye un crujido de fondo de algo que parece un paquete de patatas fritas. Debe estar acomodándose para ver *Love Island*. Normalmente, yo estaría sentada a su lado—. Cuéntame. ¿Qué pasa?

Me muero por hablar con ella de lo que pasó con Dev desde el segundo en que él cruzó la puerta de su *motorhome*, pero tuve que

conformarme con llevarme los dedos a los labios hinchados y revivir el recuerdo. Fue… increíble. Fantástico. Me sentí totalmente embobada, como una colegiala, pero lo que viene ahora me pone nerviosa. No hay duda de que necesito una segunda opinión. Seguramente también vaya a obligar a Grace a repasar conmigo toda la historia más tarde, en cuanto me conteste los mensajes.

—Me… —¿Cómo diablos me lo monto para empezar esta conversación?—. Dev me… —Tomo una bocanada de aire temblorosa. A la mierda todo, necesito soltarlo de una vez—. Dev y yo nos hemos besado hoy —confieso.

Al grito ahogado de Chantal le sigue un silencio estupefacto tan largo que temo que se haya desconectado la llamada. Pero no, sigue en línea cuando alejo el teléfono para revisarlo. Y menos mal que lo alejé, porque si no el grito que soltó un segundo después me podría haber destruido el tímpano.

—¡Yo *sabía* que iba a pasar!

Espero un instante más antes de ponerla en altavoz, apoyar el móvil al lado de mi maleta y sentarme con las piernas cruzadas enfrente.

—Sí, tú y Grace lo visteis venir —mascullo, aún sin poder creer que haya pasado—. Tal vez os tendría que haber hecho caso desde el principio.

Quizá me habría ahorrado varias noches sin dormir y varios días de anhelar si no hubiera insistido en que Dev y yo teníamos que mantener el vínculo en términos estrictamente amistosos. Pero, la verdad, no me arrepiento del camino que tomamos, porque quiere decir que los dos tuvimos tiempo para pensarlo bien. Para dejar que creciera lo que sentíamos sin la presión de saber que esto estaba en

el horizonte. Me gusta cómo llegamos aquí. Me gusta cómo encontramos el camino que nos llevó hacia el otro. Siento que es lo correcto, por más que todavía haya que ajustar un montón de detalles.

—Te perdono el tropezón —bromea Chantal—. ¿Y? ¿Ya se acabó eso de fingir que no estáis enamorados?

Me ruborizo y me quedo congelada con la mano sobre un montón de vestidos.

—No… no iría *tan* lejos —tartamudeo—. Pero… creo que ya no somos amigos.

Usa una voz más suave cuando vuelve a hablar.

—Hace rato que no sois amigos, mi vida.

Y tiene razón. Venimos evadiendo lo que sentimos hace siglos. Pero ¿estoy lista para dejarme llevar por la atracción, por el magnetismo que existe entre los dos?

—No sé ni qué *quiero* de él —le confieso—. ¿Acostarnos una vez para sacarnos las ganas? ¿Ser amigos con derechos? ¿Tener una relación de verdad? —Decir las opciones en voz alta hace que todo se sienta un poco demasiado real. Mientras me sube la ansiedad al pecho, yo sigo adelante—: Quizás esto no pueda ser más que algo de una sola vez. Cuando termine mi contrato, él va a seguir viajando por el mundo y yo voy a volver a Nueva York, y puede ser que pasen meses hasta que lo vuelva a ver. ¿Cómo se supone que funcione una relación así?

—Hay muchos pilotos que tienen pareja y familia —señala Chantal —. Y parece que a ellos les va bastante bien. ¿Por qué sería distinto contigo y Dev?

De pronto no se me ocurre ninguna razón, pero estoy segura de que hay miles esperando para irrumpir en cualquier momento y separarnos. ¿Quiero correr ese riesgo? ¿Soy capaz de dar el salto al vacío que implica hacer el más mínimo intento de empezar algo con él?

—Hagamos lo que hagamos, no va a ser fácil —digo por fin. Esa es la única conclusión a la que puedo llegar en este momento. Porque la idea de estar sin él me resulta igual de difícil.

—Lo fácil está sobrevalorado —replica—. Lo que importa es que seáis felices.

Y he ahí el problema: yo no sé hacer eso.

Pero hay algo que sí sé.

—Tengo miedo, Chantal —susurro.

Estar con Dev de cualquier manera implica abrirme de nuevo a la posibilidad de que me rompan el corazón. No lo imagino engañándome como Jeremy, pero tampoco lo imagino eligiéndome a mí como su primera opción para siempre. Ahora que limpió su reputación, puede conseguir a cualquier mujer que quiera, así que ¿por qué se conformaría conmigo?

Yo soy frágil y débil, y prácticamente me sostengo a base de pegamento y gomas elásticas estiradas. Hay días en que apenas aguanto el ritmo vertiginoso de seguir al equipo por todo el mundo, y diría que es un milagro que no me haya quedado atrás ni me haya hecho alguna lesión grave. Me tendrían que poner una pegatina en la frente que diga «manipular con cuidado».

¿En serio él estaría dispuesto a tolerar todo eso? ¿Y durante cuánto tiempo?

Y después está mi hermano. Ya le destruí el grupo de amigos a Oakley una vez. No quiero ser la razón por la que eso vuelva a pasar. Si Dev y yo nos llegáramos a separar, por más que fuera en buenos términos, siempre quedaría una incomodidad entre los dos, y no me cabe duda de que eso se extendería a su relación con Oakley.

Y aunque *no* nos separáramos, si termináramos casados y con hijos y felices para siempre, su amistad quizá cambiaría. ¿Yo podría soportar eso? ¿Podría estar conforme con mi decisión, sabiendo que Oakley saldría afectado igual?

—Es que no creo que sea una buena idea estar juntos —le digo a Chantal, pero las palabras tienen un gusto amargo.

Hay un instante de silencio decepcionado y después me dice:

—No puede ser que creas eso de verdad.

No lo creo; está hablando el miedo. En este momento, no siento más que un pánico que me calcina las venas. Me está activando la reacción de lucha o huida, y me está diciendo que corra.

Pero *no quiero* hacerle caso al miedo. *No quiero* dejar que me prive de la felicidad que sin duda sentiría estando con Dev, a pesar de las consecuencias que pueda tener, a pesar de que solo sea por un tiempo.

Puede seguir entonando su canto de sirena desde lo más profundo de mi mente, pero yo me niego a dejar que me atraiga hacia el fondo. No me voy a ahogar en el torrente de emociones ni voy a dejar que me arrastren, rota y ensangrentada, hasta la orilla. No voy a dejar que me vacíe como a un cascarón y me transforme en una sombra de lo que era, como ya me pasó antes. Ni que me robe el fuego que tanto me costó atizar, avivar y reavivar hasta que volvieron a arder las llamas.

Así que me quedan dos opciones. Puedo ser egoísta. Puedo ponerme a mí primero y zambullirme en lo desconocido. O puedo remitirme al bien común y dejar que todo esto se termine para mantener el orden de las cosas como está, intacto.

Y eso quiere decir que tengo que tomar una decisión.

—Me da miedo tener que renunciar a algo para estar con él —digo débilmente.

Se queda callada unos segundos, sopesando mis palabras. Entiende mi razonamiento, por más que no le haya explicado mi proceso mental. Conoce todos mis complejos e inseguridades y ya me vio en todas mis versiones: desde la chica inocente de ojos bien abiertos que llegó a la universidad hasta la del corazón roto que apareció después de lo de Jeremy; y luego todo el camino que me llevó a ser la mujer que soy ahora, en parte gracias a lo mucho que me ayudaron ella y Grace a reconstruirme.

—Lo entiendo —dice por fin—. Y la verdad es que *da* miedo. Pero, Willow… —Toma aire; las palabras que siguen son suaves pero resueltas—: Podrías tener *todo* con él. Por favor, no dejes que te gane el miedo.



CAPÍTULO 22
Dev

No me para de sonar el teléfono desde que terminó la carrera. A Chava y a Mark tampoco. Creo que nunca me habló tanta gente en toda la vida. Mierda, ni sabía que *conocía* a tanta gente.

Estoy acurrucado en una esquina de mi habitación, hablando por videollamada con mi madre, mi padre, mi hermana y unos cuantos amigos que vieron la carrera con ellos. Todo es un derroche de gritos y brindis en una combinación de inglés y guyaratí, y no consigo distinguir ni la mitad de lo que están diciendo.

—Has estado muy bien, beta —dice mi madre por milésima vez, pero yo nunca me voy a cansar de escucharlo. Los elogios de ella son como oro—. Trae ese trofeo a casa para que lo vea yo misma.

—¡De haber sabido que planeabas ganar, habría ido para allá! —grita papá, envolviendo los hombros de mi madre con los brazos—. Estoy muy orgulloso de ti, cielo.

—*Podría decirse* que no estuviste tan mal —bromea Alisha desde el borde de la pantalla—. Y más vale que disfrutes de la atención ahora, porque el mes que viene me toca a mí.

Su prometido ríe por lo bajo y le acaricia el mentón.

—Claro, sí, solo a ti. Ni que fuera la boda *de los dos*.

Es evidente por cómo mira a Alisha que está profundamente enamorado. ¿Así miro yo a Willow? Si es así, es un puto milagro que todavía nadie me haya dicho nada al respecto.

Y es un milagro que haya aguantado hasta hoy para volver a besarla de una vez. Pero cuando la vi en mi *motorhome*, montando todo eso para recordarme lo mucho que me quieren… no me pude contener. Tenía que confesar mi obsesión.

Pero ahora ella y yo tenemos mucho que hablar. Hace rato que esa conversación tenía que pasar, y sin duda yo la aceleré con mi comportamiento de hoy. Y para mí, ya no hay vuelta atrás.

Quiero más. Pero queda en manos de ella decidir qué quiere decir *más*. Los riesgos son mucho mayores para ella que para mí.

Tras prometer volver a llamarlos al día siguiente, corto la videollamada y vuelvo mi atención a Chava, que también está dejando el teléfono.

—He hablado con Oakley. —La noticia me sorprende—. Dice que no hace falta que le devuelvas la llamada. Solo quería felicitarte.

Joder. Eché a Oakley a un rincón de mi mente, y realmente *no* necesitaba este recordatorio después de pasarle las manos por todo el cuerpo a su hermanita hace unas horas. Por razonable que sea, no creo que le haga ninguna gracia enterarse de eso. Sobre todo si se llega a enterar de que no fue la primera vez que pasó.

Pero Willow es una mujer con voluntad propia. Puede tomar sus propias decisiones. Simplemente no estoy seguro de si no van a acabar destruyendo más amistades. Supongo que lo único que puedo hacer es esperar hasta averiguarlo.

—Salgamos de este hotel —dice Mark desde la otra punta de la habitación, y se mete el teléfono en el bolsillo de su pantalón de vestir—. Te voy a soltar la correa esta noche, Dev. Más vale que lo aproveches al máximo.

—Eso pienso hacer —respondo, atragantándome con la culpa que amenaza con salir burbujeando de mi garganta. Me desabrocho el primer botón de la camisa como si eso fuera a ayudar en algo, pero solo consigo que Chava se cachondee de mí: lo tomó como una señal de que estoy listo para descontrolarme y no como un tic nervioso.

Me engancha un brazo al cuello y me hace una llave de cabeza.

—Esta noche por fin vas a echarle pasión, mano. Todos quieren pulirle el riel a un ganador.

El comentario me arranca una risa de sorpresa antes de que logre evitarlo, pero también me alivia la culpa mientras Chava me arrastra a la puerta. Si supiera que tengo cero planes de intentar ninguna de las dos cosas, me tomaría el pelo el resto de la vida.

—Tenemos que buscar a Willow —les recuerdo a él y a Mark cuando salimos al pasillo, saludando al pasar a un par de tipos de Argonaut que también están saliendo.

Esta noche va a ser un caos (del bueno, esta vez) para el equipo. Qué sensación más bonita saber que soy la razón de la felicidad de todos, joder; estoy desesperado por que siga siendo así. Pero eso solo va a pasar si Buck me lo vuelve a permitir.

Chava encabeza la marcha rumbo a la habitación de Willow, que está al final del pasillo, y golpea la puerta, canturreando su nombre mientras Mark y yo lo alcanzamos. Tomo aire, listo para decirle que pare, pero me quedo mudo cuando se abre la puerta.

Si me quedaba alguna duda de empezar una relación con Willow, ya ha desaparecido. Porque lo único que necesito está enfrente de mí.

—¿Estás lista para salir de fiesta? —le pregunta Chava mientras ella sale de su habitación.

De alguna manera, a diferencia de mí, él se resiste a quedarse saboreando cada centímetro de ella con los ojos.

Todo le queda bien, hasta el uniforme de Argonaut. Pero con el vestido negro que tiene puesto, que se zambulle en las profundidades de su pecho, y esos zapatos que piden sexo a gritos… no ponerle las manos encima va a ser una tarea imposible; aunque tal vez esa fuera su idea. A estas alturas, ella sabe exactamente lo que genera en mí.

Sus labios pintados de rojo se curvan y forman una sonrisa enorme mientras mira a Chava. Me da un poquito de celos que la chispa de sus ojos sea para otro.

Bueno, a la mierda. Me da muchos celos. Me debería estar mirando así *a mí.*

—¿A dónde vamos? —pregunta mientras cierra la puerta—. Me sumo a lo que sea, pero no estaría mal que me expliquéis el plan de juego.

Apenas registro la respuesta de Chava mientras la veo avanzar por el pasillo, sin conseguir quitarle la mirada de encima. Siempre le presté atención a Willow (a cómo se mueve por el espacio, cómo habla, cómo reacciona), pero ahora es diferente. Esa atención es mucho más fuerte, como si un hilo tenso nos uniera. Como si estuviera tirando de mí hacia ella.

Justo cuando sus ojos por fin se vuelven hacia mí me doy cuenta de que estuve conteniendo la respiración, y una oleada de vainilla cálida me inunda los sentidos cuando tomo aire. Mientras Chava y Mark se nos adelantan para ir al ascensor, el primero todavía

parloteando sin parar, ella se queda atrás y se pone a mi lado. Y, *por fin*, me llega: esa sonrisa que he estado esperando, esa mirada de adoración pura y abierta, la que me dio antes de que saliera a ganar la carrera. Me quema cada célula del cuerpo.

—Eh, campeón —bromea por lo bajo, haciéndome ojitos—. ¿Estás emocionado por salir hoy?

Asiento, pero no me interesa hablar de mí.

—Estás preciosa —le digo, agradeciendo estar fuera del campo auditivo de los otros.

Es un elogio insuficiente, pero va a tener que bastar por ahora. Voy a guardarme la poesía y las frases de películas en hindi para cuando tenga más tiempo y privacidad para venerarla como se merece.

Su sonrisa se vuelve pícara y sus ojos me recorren rápido. Les aparece un nuevo calor en sus profundidades oscuras cuando vuelven a encontrarse con los míos.

—Tú tampoco te ves tan mal.

Joder, esta chica me tiene loco.

—¿Estamos bien? —le pregunto. Necesito una distracción para evitar hacer algo poco prudente… como arrastrarla a mi habitación enfrente de toda esta gente.

—Sí —dice. El dorso de su mano roza la mía mientras caminamos lento hacia el ascensor que nos espera—. Todo bien.

Le analizo la cara de perfil. Tuvimos algo de tiempo para pensar en lo que pasó hace un rato y necesito estar seguro de que seguimos en el mismo lugar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Esa conversación a la que estamos dándole vueltas va a tener que esperar a que nos podamos escapar. Si vamos a poder tenerla esta noche está por ver, pero estoy desesperado por que llegue. No quiero prolongar más esta tensión. Quiero actuar. Tomar decisiones.

Tomar decisiones que podrían cambiar todo entre nosotros para siempre.



La discoteca es ruidosa y calurosa y está decorada con más banderas de los Estados Unidos de lo que jamás hubiera esperado encontrarme en Hungría, pero puedo decir con total seguridad que he tenido peores salidas nocturnas. El champán corre a cántaros, la música es decente y la gente que se juntó a la celebración lo está pasando bien. Ni siquiera me puedo quejar de lo lleno que está el lugar, teniendo en cuenta que por eso Willow está prácticamente pegada a mí desde hace una hora.

Como Chava insistió, todos estamos en la pista de baile y no en la sección VIP, como sé que Mark hubiera preferido. Willow está en el medio de nuestro grupo, yendo y viniendo entre Chava y yo. Nosotros dos estamos compitiendo para ver quién consigue hacer los peores pasos de baile para hacerla reír más fuerte.

La verdad es que no bailo mal (mi madre me desheredaría si así fuera), pero no tengo problema en hacer el tonto para sacarle una sonrisa a Willow. Ya lo he hecho antes y lo volvería a hacer. Desde que tengo memoria, hago el payaso solo para ver cómo se le ilumina

la cara. Para ver aparecer esos hoyuelos hondos como pequeños cráteres sobre la luna. Y ¿qué es más hermoso que la luna?

Por ahora, me toca a mí bailar con ella. Con el brazo envolviéndole la cintura, la lanzo hacia atrás dramáticamente y le arranco la risa más dulce de los labios. Cuando la bajo un poco más, me extiende el brazo y sus dedos se sujetan de mi camisa. No voy a dejarla caer, pero aun así no la levanto tan rápido. Con el corazón vibrándome, saboreo la forma en que se aferra a mí y la adrenalina que le recorre la cara. Todavía tiene esa faceta temeraria, la que yo vi irse apagando a medida que crecía. Pero ahora esas brasas se están atizando, ese deseo de traspasar los límites y explorar las cosas que pensaba que estaban fuera de su alcance, y yo estoy más que dispuesto a guiarla en ese camino.

Chilla de emoción cuando la vuelvo a enderezar, con las manos todavía apretadas contra mi pecho. Son lo único que separa su cuerpo del mío. No sería muy difícil acercarla de un tirón, agachar la cabeza y buscar sus labios, robarle un beso en esta pista de baile repleta. Y si me guío por las chispas que veo en sus ojos, parece que ella me dejaría.

Pero antes de que llegue a hacer nada, me vibra el móvil en el bolsillo. Todavía con un brazo alrededor de Willow, lo saco, listo para dejar que otra llamada de felicitación vaya al buzón de voz.

Solo que esta vez es el nombre de Howard el que se enciende frente a mí.

Vacilo, sin decidirme entre el deseo de seguir bailando con Willow y la necesidad de saber qué quiere mi agente. Nunca fue de gastar tiempo en elogios, así que seguro que hay otro motivo detrás de esta llamada.

Me inclino para gritar «¡Perdón, tengo que contestar!» en el oído de Willow antes de indicarle a Chava que se acerque. Cuando lo tengo al lado, le doy mis instrucciones rápido:

—Cuídala, ¿vale? Ahora vuelvo.

—Hecho —me dice tras asentir una vez.

No quiero soltar a Willow, y ella me observa decepcionada, como si estuviera tan en contra como yo de dejarme ir. Pero Chava no tarda en arrastrarla a sus brazos, y no me nacen los celos como esperaba. Yo soy el que ella quiere. Y Chava no se atrevería a tratar de cambiar lo que ella siente, a diferencia de Mark, que se pasó toda la noche echándome vistazos inentendibles. Mientras me escurro del grupo, me lanza otra de esas miradas.

Me abro paso a través de la multitud de miembros del equipo de Argonaut, recibiendo brindis y más palmadas en la espalda mientras me dirijo a un pasillo más silencioso. Los golpes secos de los bajos reverberan por las paredes, pero el volumen está lo suficientemente amortiguado para que mi agente me llegue a oír.

—¿Me llamas para felicitarme, Howard? —lo saludo, con el teléfono apretado contra una oreja y la mano libre ahuecada contra la otra, de repente acalorado por tanto champán—. Me comentan por aquí que hoy he ganado una carrera.

Fiel a sus formas, Howard no reacciona.

—Te llamo porque hay rumores de que Otto Kivinen va a irse de Mascort al final de la temporada.

Las palabras de mi agente me devuelven a la sobriedad de golpe. ¿Lo he oído bien? Porque no hay forma de que haya dicho lo que creo que ha dicho.

—No me jodas.

Otto está en Mascort desde que llegué a la Fórmula 1. Él es la uña y Zaid es la carne: es el piloto número dos perfecto. Exactamente el tipo de persona que todo equipo quiere para apoyar a su campeón mientras lucha por ganar su octavo título. Anota puntos de manera consistente y es uno de los mejores defensores de la parrilla. Es exactamente quien yo querría como compañero de equipo si estuviera aspirando a ganar un campeonato.

Hasta donde sé, Otto estuvo negociando su contrato con Mascort, pero si esos rumores son ciertos, no les debe estar yendo muy bien. Zaid ha hablado más de una vez de lo mucho que respeta a Otto y lo mucho que lo quiere en su equipo. Y Mascort no hace más que apoyarlo, así que esto debe correr por cuenta de Otto.

No todos quieren ser segundos pilotos para siempre. Sé cómo se siente.

—Como te digo: son rumores —sigue Howard—. Rumores fuertes. Y rumores de que Mascort está buscando un sustituto. Están barajando opciones.

Me late el corazón en los oídos; tengo la sangre caliente y corriendo a toda marcha por mis venas. Howard no me compartiría esta información a menos que tuviera algo que ver conmigo.

—¿Yo soy una de esas opciones?

—Más que una opción después de lo que ha pasado hoy —me revela—. Y sé de buena fuente que Argonaut está dispuesto a soltarte por un buen precio.

Claro que sí. Puede que Buck tenga unos cuantos millones, pero va a preferir hacer dinero y sacarme del camino en vez de quedarse conmigo y que lleve a su equipo a la victoria. Está claro que ya

estaba buscando a alguien para sustituirme el año que viene. Esto solo quiere decir que no va a tener que pagar para que eso suceda.

—Tienes suerte de haber girado las cosas —continúa Howard—. La gente se está empezando a dar cuenta del potencial que tienes.

—No fue suerte —respondo automáticamente—. Fue Willow.

Y ella es la primera persona a la que quiero contarle esta noticia. Quiero correr hacia ella ahora, tomarla en mis brazos y susurrarle contra los labios que todo lo que nos estuvimos esforzando por conseguir ya está a nuestro alcance.

—Sea lo que sea, sigue haciéndolo —refunfuña Howard. Hace una pausa para dejar que yo asimile las noticias, que me imagine lo que podría llegar a tener—. Enhorabuena por la victoria de hoy, Anderson. Estaré en contacto en cuanto sepa algo más.

Ya me estoy moviendo antes de que él corte el teléfono, huyendo del pasillo y maniobrando para moverme entre el gentío, decidido a volver a Willow. En un abrir y cerrar de ojos, la tengo enfrente. Creo que saco a Chava del medio de un codazo, lo cual me merece una seguidilla de improperios mexicanos de su parte, pero no me importa.

Mis manos encuentran la cintura de Willow y yo agacho la cabeza tanto que ella me llega a oír cuando digo:

—Tengo que contarte algo.

Se aleja un poco para mirarme y la preocupación le inunda la mirada.

—¿Está todo bien?

—Son buenas noticias, te lo prometo. —Le aprieto la cintura y después cojo una de sus manos—. Ven conmigo.

La guío por la discoteca hasta el pasillo trasero del que acabo de salir. Hay un par de personas dando vueltas a unos pasos de nosotros, esperando en fila para ir al baño, pero no nos prestan atención cuando llevo a Willow contra la pared.

Ella se apoya con toda intención, como si agradeciera un descanso de bailar y del calor de los cuerpos. Puede que su postura esté relajada, pero su mirada está expectante y esperanzada.

—¿Y? —me urge, apretándome la mano—. ¿Qué pasa?

Tomo aire para centrarme. ¿En serio voy a decir esto?

—Me acaba de llamar Howard. Creo que tengo una oportunidad de ir a Mascort el año que viene.

Pasa un segundo de silencio mientras Willow procesa la información. Sus ojos se agrandan cuando la registra, y se lleva una mano a la boca para cubrir un grito ahogado antes de dejarla caer sobre mi pecho.

—¡Dev, por Dios! ¡Es increíble!

Cubro la mano de ella con la mía y la sostengo apretada contra mi corazón, que late desbocado.

—No hay nada seguro —intento atemperar su reacción tanto como la mía, pero no puedo evitar que una sonrisa se me despliegue por la cara—. Pero creo que tengo oportunidades.

—Qué alegría. —Quita los dedos de abajo de los míos y me rodea el cuello con los brazos—. Vas a conseguir lo que quieres. Lo sé.

Sus brazos me fuerzan a inclinarme a su altura, así que yo le envuelvo la cintura con mis brazos y doy un tirón para acercarla. El abrazo de Willow es feroz, como si estuviera volcando en mí cada mililitro de amor y fuerza y fe que me tiene, como si supiera que lo voy a necesitar para el viaje que estoy a punto de emprender. Y es

cierto. Necesito eso más que nada. Porque por más entusiasmado que esté por tener tan cerca la butaca que siempre quise, el desafío de llegar ahí todavía es abrumador.

Y Willow lo sabe y aun así piensa que soy más que capaz de encararlo.

Me suelta ligeramente y nos giramos, de modo que estamos frente a frente. Como siempre, hay una corriente de energía que subyace entre nosotros, pero ahora está crepitando, amenazando con convertirse en algo más fuerte. Más vívido. Una hoguera que ya no se puede ignorar.

—Esta situación me suena —susurra.

A mí también. Nos encontramos en el pasillo de otra discoteca, otro lugar que puedo añadir a nuestra lista de lugares desafortunados para hacer confesiones espontáneas, pero no lo cambiaría por nada en el mundo.

—No me digas que va a salir tu hermano del baño con un portazo —bromeo.

Su mirada baja a mi boca y ella me entrelaza los dedos alrededor de la nuca, lo cual deja totalmente claras sus intenciones.

—No quiero pensar en él ahora.

—Yo tampoco.

Esta vez, cuando nos inclinamos el uno hacia el otro, nadie nos interrumpe.

Su boca cálida y suave se encuentra con la mía, y todo el resto del mundo desaparece. Toda la mierda. Todo el drama. Todas las preocupaciones. Desaparecieron, y lo único que veo es a ella. Mi sol. Mi luna que me guía en la oscuridad. Mi Willow.

La abrazo fuerte mientras ahondo el beso, y convenzo a sus labios de dejarme entrar hasta que nuestras lenguas se están acariciando. No hay nada tentativo ahí, no hay dudas de parte de ella como las hubo antes. La milésima de segundo que tardó en responder a mi beso me sacó años de vida, pero esto me los devolvió. Me dio toda una nueva existencia.

Un gemido grave se escapa del fondo de mi garganta cuando ella me arrastra las uñas por el cuero cabelludo. Mis manos a su vez encuentran la curva generosa de su culo y la empujan hacia mí, mientras mi rodilla se desliza entre los muslos de ella y levanta aún más su vestido ya bastante corto. El jadeo que suelta me dice que siente cada centímetro de mí luchando contra mi cremallera, pero ella se queda donde está.

—Dev —resuella entre beso y beso, con los dedos todavía enterrados en mi pelo—. ¿Qué estamos haciendo?

—Celebrándolo —murmuro contra su boca—. ¿No está claro?

Su risa es suave y dulce. La inhalo como oxígeno puro antes de volver a sumergirme a saborearla.

Ella me lo permite, con el cuerpo moldeado al mío, las caderas frotándose contra mí, pero al instante se aleja un poco. Y menos mal, porque tras meses sin tener sexo, hay bastantes probabilidades de que hubiera acabado en este momento y en este lugar, por cómo se estaba moviendo contra mí. Lo loco es que seguro que se lo habría agradecido igualmente.

—Tenemos que hablar de esto —jadea.

Le recorro el labio inferior con la lengua: necesito más.

—Ya sé.

—Deberíamos hacer eso ahora.

—Deberíamos. —La vuelvo a besar.

—Tienes que parar de besarme.

—No quiero.

Exhala de alivio y se hunde más en mí.

—Menos mal. Yo tampoco.

La forma en que se encuentran nuestros labios es lisa y llanamente desquiciada esta vez. Es como un rayo durante una tormenta de verano: caliente y brillante, y amenaza con quemarnos. Este no es el mejor lugar para que esto siga, pero no quiero parar.

—Eres deliciosa —suspiro. Por fin encontré la fuerza para separarme de ella, pero mi boca todavía orbita la de ella—. Estar tan cerca de ti todas estas semanas sin poder tocarte como quería… me ha estado volviendo loco. No puedo volver a como estábamos antes.

Tiene los labios hinchados, los rizos echados sobre un hombro, los ojos algo aturdidos pero clavados en los míos.

—Creo que yo tampoco. —Su confesión es suave y entrecortada, pero las palabras son claras. Lo dice en serio.

—Pero no quiero poner en peligro tu carrera ni tu reputación —me fuerzo a seguir mientras me alejo un poco más. Miro a ambos lados del pasillo, pero las personas que estaban dando vueltas cerca del baño ya no están—. No quiero hacer nada con lo que no te sientas cómoda.

Ella asiente mientras sus ojos se despejan, y un destello de miedo aparece en ellos junto con la claridad.

—No deberíamos tomar decisiones apresuradas —acepta, recorriéndome el cuello con los dedos hasta llegar a mis hombros—. Aunque decidamos que lo nuestro sea solo físico.

No podemos apresurarnos. Ya estoy forcejeando con lo que siento por ella desde hace casi un año y, en el tiempo que pasamos juntos, ella se volvió mi pilar. Pero Willow siempre estuvo a mi lado. Esto no es nuevo. Solo que ahora es constante, y tengo miedo de perderla.

Eso mismo me dice que es más que algo físico. Que me atrae tanto más de ella que esos ojos grandes y esa sonrisa reluciente y las curvas que quiero recorrer centímetro a centímetro.

Ya me he cansado de luchar contra lo que siento. ¿Va a haber consecuencias? Más vale.

Pero estoy dispuesto a enfrentarlas, diablos.

—No quiero que sea solo físico —le digo. No tiene sentido mentir ni ocultarle la verdad—. Te quiero toda, Willow. Desde hace tiempo. Y no creo que pueda contentarme con nada menos que eso.

El punto que late en su garganta zumba desbocado mientras ella me estudia la cara, seguramente en busca de algún rastro de engaño. Cuando no lo encuentra, vuelve a clavarme la mirada, llena de aceptación vacilante. Si no logra comprender que la quiero en cuerpo, mente y alma, entonces voy a tener que tratar de demostrárselo mejor.

Pero queda en ella decirme qué quiere. Ya sabe qué me pasa a mí.

—Piensa qué quieres tú —insisto. Le sostengo la cara con las dos manos, asegurándome de que ella no pueda mirar a otro lado. Asegurándome de que no se pierda el peso de mis palabras—. Tómate todo el tiempo que necesites. No tengas prisa. No te fuerces. —Dejo que mis pulgares le tracen los pómulos, rezando por que esta no sea la última vez que la toco así—. Pero quiero que

sepas que voy a estar aquí esperándote, porque sé exactamente lo que quiero… y eres tú.



CAPÍTULO 23
Willow

Me duele el cuerpo como si me hubiera atropellado un camión cuando salgo de la cama la mañana siguiente.

No bebí casi nada anoche, así que no puedo decir que tenga resaca, pero me excedí de otras maneras. Estuve de pie demasiado tiempo, bailé demasiado desenfrenada y me puse unos zapatos poco prácticos sin pensar en las consecuencias. Ahora estoy pagando el precio de todo eso.

El labrum desgarrado que tengo en la cadera izquierda (el que los médicos ya repararon tres veces y se niegan a volver a arreglar) se traba dentro de la articulación cuando doy un paso tentativo para ir al baño y amenaza con fallarme. El dolor es agudo e intenso, pero por suerte pasajero, aunque cuando lo intente de nuevo, sé que va a volver a pasar lo mismo.

Necesito hidratarme, tomarme un antiinflamatorio y estirar un poco lo antes posible. He sido vaga para cuidarme el cuerpo últimamente, y ahora me sale el tiro por la culata y tengo que joderme.

Pero si esta es la consecuencia de lo de anoche, me la voy a aguantar sin quejarme.

Contengo una sonrisa cuando me vuelve el recuerdo del beso con Dev en ese pasillo de luz tenue. Está bien, no fue el escenario más romántico del mundo, y sí, la verdad es que esta vez también fue un

impulso del momento. Pero *por Dios*. Si no me doliera tanto la cadera, estaría pataleando como una boba.

Le prometí a Dev que no me iba a apresurar a tomar una decisión sobre cómo seguir a partir de ahora, pero si él me llamara a la puerta en este momento, seguramente me le tiraría encima. Y *eso* quiere decir que tengo que evitarlo hasta que haya podido sopesar los pros y contras para llegar a una conclusión sobre lo que quiero. Le que quiero *de verdad*… y qué hacer con las consecuencias que podría traer mi decisión.

Les mando mensajes a Grace y Chantal acostada en la esterilla de yoga, haciendo muecas de dolor para soportar la molestia que me generan los estiramientos y agradecida por la distracción de los mensajes casi incoherentes de mis amigas mientras las actualizo acerca de la situación con Dev. Veinte minutos después, mi cuerpo no se siente mucho mejor, pero tengo la mente un poco más clara. Mis dos mejores amigas me motivaron incondicionalmente para que siguiera mi corazón. Saber que tengo el apoyo de ellas hace que esto sea más fácil, aunque nunca me hayan preocupado mucho ellas ni sus opiniones.

Pero cuando estoy bajando a desayunar, me choco de lleno con uno de mis problemas. Literalmente.

Mark me endereza, con las manos fuertes sosteniéndome los hombros. El choque es culpa mía (estaba tan distraída haciendo una lista mental de pros y contras que no lo vi salir de su habitación hasta que ya era tarde), pero tal vez esto sea obra del destino, que está interviniendo para ponerme cara a cara con mis ansiedades.

—¿Estás bien? —pregunta frunciendo el ceño, genuinamente preocupado. Dado que mide treinta centímetros más que yo, su

reacción está justificada. Tranquilamente me podría haber eliminado de la faz de la tierra.

—Estoy bien —digo, aunque haber frenado tan de pronto ha hecho que vuelva a estallar el dolor.

—No se te ve bien.

Siempre tan directo Mark. Mientras me alejo con cautela, barajo la opción de volver a acostarme, pero el dolor de hoy es tan agudo que no hay forma de que no se me note en la cara.

—Me está molestando un poco la cadera —explico—. No es nada, aun así. Te lo juro.

Frunce el ceño y da unos pasos hacia atrás para dejar una distancia de al menos tres metros entre los dos. Después levanta la mano y me hace un gesto para que avance.

—Camina hacia mí. Quiero ver cómo te está afectando el paso.

Lo miro sorprendida. Se ha puesto en modo fisioterapeuta en un segundo y me está observando expectante, esperando a que yo haga caso a sus órdenes. Es un profesional, y seguro que me va a delatar con Dev si vuelvo a tratar de minimizar el dolor, así que hago lo que me pide y camino hacia él. No consigo disimular una leve cojera.

Frunce más el ceño a medida que me acerco, y me toma por el codo para darme apoyo cuando llego hasta él.

—Tienes que dejar de caminar durante un tiempo —indica—. Te puedo tratar. A ver si conseguimos colocar un poco mejor la cadera en la articulación.

Se me cae la mandíbula y me quedo observándolo.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, está claro —dice con una risa burlona—. ¿Crees que soy tan hijo de puta?

—No —escupo. Se me enciende el rostro de la vergüenza, pero él ya se ha dado cuenta. Yo pensé que no le caía tan bien como para molestarse en ayudarme—. Es que… no pensé… Estás aquí para ayudar a Dev, no a cualquiera.

Pone los ojos en blanco mientras me aprieta más fuerte el codo para que me apoye más en él y me dirige hacia los ascensores.

—Estoy aquí para ayudar a las personas que me importan, y tú eres una de ellas. —Me da un empujoncito para que camine, atento a cada uno de mis pasos—. Vamos. Desayunemos algo y después vemos si podemos aliviarte un poco el dolor.

Dejo que me guíe, agradecida tanto por el apoyo literal como por mostrarse tan abierto a ayudarme.

—Gracias —le digo en voz baja mientras toca el botón del ascensor.

No me mira cuando dice:

—Te puedes apoyar en mí, Wills. Tendrías que saberlo.

Ahora lo sé, de eso no hay duda.

Mark no me suelta ni siquiera cuando empieza a bajar el ascensor. Para mi sorpresa, el silencio no es incómodo, pero igualmente tengo que romperlo.

—No quiero que Dev se entere de esto.

Siento los ojos de Mark clavados en mí, aunque yo sigo enfocada en las puertas de acero que tengo delante. No es que quiera ocultarle a Dev con quién paso el tiempo ni mucho menos, sino que no quiero que sepa que tengo dolor. No quiero que cargue con esa preocupación.

Por suerte, no hace falta que explique nada. Mark lo entiende.

—Lo voy a mandar al gimnasio después del desayuno —responde —. Igualmente tiene que sudar un poco para soltar todo el alcohol que tomó anoche.

Suelto una risita y por fin lo miro fijamente.

—Eres cruel. Me gusta.

Se le asoma una sonrisa en el rostro.

—Me da la sensación de que ya te va a dejar de gustar.



Una hora después, estoy acostada en la camilla de masajes que siempre está en la habitación de Mark para tratar a Dev cuando sea necesario. Tiene un nivel de preparación más que respetable, pero en este momento lo estoy odiando un poco.

—Joder —digo con los dientes apretados.

Esta vez, la sonrisa de Mark me hace preguntarme si no será un sádico.

Está posado a mi lado al borde de la camilla con mi rodilla enganchada por encima de uno de los hombros y las manos envolviéndome el muslo por encima de los pantalones de compresión. Estamos enredados, pero la situación no está *ni cerca* de ser sexual. La verdad, tiene suerte de que todavía no le haya dado una patada en la cara.

—Exhala —dice con calma.

Obedezco y lanzo un resoplido por la boca mientras que él le da un tirón controlado a mi pierna.

El alivio es inmediato, como si la base del hueso de la cadera ya no estuviera atascada en la cavidad. El «masaje» doloroso que me dio antes ha conseguido que hasta los músculos que rodean la articulación, que suelen estar tensos, se relajen. Toco el cielo con las manos.

La cabeza me está dando vueltas entre las nubes cuando Mark pregunta:

—¿Y? ¿Qué pasa con Dev?

Entro en pánico, lo cual me baja de vuelta a tierra, antes de tartamudear:

—Yo… yo no…

—Para. —Baja un poco más las manos por el muslo para poder darle un tirón desde otro ángulo—. Lo sé todo.

Suelto una exhalación más fuerte cuando vuelve a tirar de mi pierna. Este movimiento es casi mejor que el primero.

—¿Te lo ha contado?

No hay forma de evitar las preguntas de Mark; estoy totalmente a su merced en este momento, así que lo mejor es que sea sincera.

Niega con la cabeza.

—No ha hecho falta. Os vi besándoos anoche.

El estómago me da un vuelco. Ay, no. Si nos vio él, quiere decir que nos pudo haber visto *cualquiera*. Quiere decir que fuimos descuidados e imprudentes. Nos dejamos llevar por nuestras emociones sin pensar en las consecuencias. Aunque Dev me haya pedido que piense bien las cosas, es como si hubiéramos abandonado la prudencia, y ahora puede que tenga que enfrentarme a una pesadilla.

—¿Crees que nos vio alguien más? —pregunto mientras el terror me empieza a subir por el estómago.

—No. —Su respuesta es firme—. Pero aunque os hayan visto, todos los que estaban anoche eran de Argonaut, y todos firmamos acuerdos de confidencialidad. No va a salir nada de ahí.

El miedo se apaga un poco, aunque no del todo. Si Dev y yo nos seguimos portando como unos adolescentes cachondos, no hay forma de que esto se mantenga en secreto, sin importar en qué se termine convirtiendo «esto».

—Está bien —respondo con un hilo de voz. ¿Qué más le voy a decir? Ya sabe mi secreto.

Mark sigue tratándome la cadera en silencio y me da el alivio más grande que he sentido en varios meses. Hasta que me pide que me ponga bocabajo para trabajar en el isquiotibial, no retomamos la conversación.

—Tienes que contárselo a tu hermano antes de que le llegue por otro lado.

Tengo la mejilla apoyada sobre los brazos doblados, así que las palabras me salen algo balbuceadas cuando digo:

—Todavía no hay nada que contar.

Lo único que hicimos Dev y yo fue darnos unos besos a escondidas cada tanto. Mi hermano, si es tan mujeriego como dice, no va a tener cómo sostener el argumento de que darse unos besitos es lo mismo que tener algo serio. Todavía no he accedido a salir con Dev. No tenemos una relación. Y solo nos contamos lo que sentimos por el otro. Sería tan fácil fingir que nunca ha pasado nada.

Y aún hay una pequeña posibilidad de que eso sea justamente lo que haga.

—Lo que está pasando entre Dev y yo… —se me va apagando la voz, y el corazón se me agrieta un poquito por las palabras que tengo en la punta de la lengua— ni siquiera sé si va a llegar a ser algo. No sé si es posible.

Más allá de la cuestión de Oakley, tengo que pensar en mi reputación profesional. No quiero que me estigmaticen con etiquetas misóginas ni tener que lidiar con rumores de que me acosté con alguien para conseguir un trabajo.

Más allá de la verdad, las historias jugosas venden bien, y una como esa me podría arruinar la carrera antes de que haya ni empezado. Por más que quiera, yo sola no puedo cambiar cómo ven y tratan a las mujeres, y no puedo seguir a mi corazón hasta un lugar que me llevaría a la destrucción de todo aquello por lo que tanto vengo trabajando.

Sin embargo, hay una parte de mí que cree que vale la pena correr el riesgo por Dev.

—Puede llegar a ser algo. —Otra vez, Mark habla en términos categóricos—. Y si tú quieres, va a pasar. Ese chico está colado por ti, Willow.

—Ya lo sé —susurro, y pienso que ojalá estuviera así de segura de mi posible futuro con Dev—. Yo siento lo mismo por él.

Es extraño hacerle esta confesión a uno de los mejores amigos de mi hermano; es más: a uno de los mejores amigos de Dev. Mark y yo nunca fuimos muy íntimos. Siempre nos evitamos, y esta es de lejos la conversación más directa que tuvimos en la vida. No hay

ninguna regla que diga que tenga que compartir nada de esto, pero siento que confiar en él es la decisión correcta.

—Voy a ser totalmente sincero —sigue Mark, enterrándome los pulgares en el músculo que está detrás de mi rodilla—. No me gustaba la idea de que Dev te contratara… para nada. Lo distraías. Hiciste que perdiera de vista la meta. —Los pulgares se deslizan más arriba, aunque claramente me está tocando suavemente. Las palabras de por sí ya son bastante duras—. ¿Sabías que el año pasado chocó en Austin porque estaba pensando en ti?

Inspiro de golpe y levanto la cabeza bruscamente para evaluar la expresión de Mark.

—*No*. No puede ser. Dijo que había chocado porque bloqueó las…

—Fue por ti. —Mark baja el mentón y se concentra en el trabajo que está haciéndole a mi pierna—. Me lo dijo él.

Me quedo mirándolo incrédula unos segundos más, y después dejo caer la frente contra mis brazos, llena de vergüenza.

—Ay, por Dios —murmuro—. Tenías razón en no quererme cerca. —Tal vez siga estando el riesgo de que yo sea una distracción. De que arruine todo para él—. Tal vez tendría que cortarle. Estaba tan preocupada por mi propia carrera que ni pensé en la de él. No… No quiero ser la razón por la que él se desconcentre, no puedo…

—No lo eres. Ya no. —Mark deja de masajear mi muslo, y me empuja el hombro para indicarme que me ponga bocarriba—. Si te vas ahora, me temo que se va a caer a pedazos.

Me quedo mirando a Mark, sin saber si creer la primera impresión que tuvo o la que tiene ahora.

—¿En serio crees eso?

—Dev viene tratando de esconder lo que siente por ti porque sabe que yo no estoy de acuerdo. O, en realidad, que no estaba de acuerdo. Lo de ayer me demostró… —Respira hondo y me apoya la mano en la rodilla doblada—. Willow, por ti él quiere ser mejor. Quiere hacer mejor las cosas. Antes de que volvieras a aparecer, él estaba a punto de rendirse. Jamás lo iba a admitir, pero había perdido esa chispa. Podía llenarse la boca diciendo que iba a irse de Argonaut y trabajar para convertirse en campeón, pero no estaba haciendo nada con eso. Tú lo has cambiado todo.

Me quedo muda. Si esas palabras hubieran salido de la boca de cualquier otra persona, no me las habría creído. Pensaría que lo dice para hacerme sentir bien. Pero Mark no es de los que mienten ni te doran la píldora. Si lo dice, es porque lo piensa en serio. Y de verdad cree que Dev está mejor teniéndome cerca.

Así que no hay razón para que no le haga la pregunta que está detrás de todo esto.

—¿Crees que tendría que darle una oportunidad? ¿A lo de Dev y yo?

—Sí. —Me da un apretón ínfimo en la rodilla. Es casi imperceptible, pero me quita de encima un poco del peso aplastante de esta decisión.

—Está bien —exhalo—. Mientras que tú estés de acuerdo. Lo que más miedo me daba era hacerte enfadar a ti.

Mark se ríe mientras vuelve a estirarme la pierna y empieza a trabajar en el lado externo de mi muslo.

—¿Más que a Oakley? Mierda, ¿tanto miedo doy?

Le lanzo una mirada dura y voy contando mis motivos con los dedos.

—Eres un gigante. Siempre pareces enfadado. Hace años que estoy convencida de que me odias. *Y además* me estás clavando los dedos en la banda iliotibial, o sea que tengo un dolor *inimaginable*. Así que, eh… sí. Tanto miedo das.

—Mala mía. —Con una mirada furtiva, aprieta más fuerte.

Suelto un pequeño chillido, pero la presión me da un alivio instantáneo. Es increíble y horrible.

—Dios, eres una *mierda*.

Niega con la cabeza e intenta contener una sonrisa, pero no le sale.

—Has vuelto. Esa es la pequeña amenaza que conozco.

—Seguro que te vas a arrepentir de haberme dicho que intente empezar algo con Dev. Porque quiere decir que tú también vas a tener que soportarme —digo con una risa.

—Qué terrible —dice, inexpresivo.

Antes de tener esta conversación, hubiera creído que lo decía en serio. Pero, al final, Mark no es mi enemigo. En todo caso, es el mejor Cupido del mundo.

Dejo que me torture diez minutos más hasta que ya no aguanto y lo dejo ayudarme a sentarme despacio. Pero antes de que pueda dar un saltito para bajar de la camilla, me clava una mano en el hombro y me mira fijamente a los ojos.

—Habla con tu hermano —insiste—. Después de la catástrofe de lo de Jeremy, no sé si va a estar muy abierto. Él sabe que Dev nunca te haría daño a propósito, pero puede que necesite algo de tiempo para digerir cómo se siente con todo esto.

Respiro hondo y suelto todo el aire con un resoplido.

—Voy a hablar con él —prometo—. Pero tiene que ser cara a cara.

Mark asiente con la cabeza y me quita la mano del hombro para ayudarme a bajar de la camilla. Una vez que estoy de pie, les doy un apretón suave a sus dedos.

—Gracias, Mark —digo, contenta de haber descubierto un nuevo compañero—. Por las dos sesiones de terapia. Tendrías que cobrarme el doble.

Eso le saca la risa más fuerte que le escuché en la vida. Sigue siendo relativamente floja si la comparo con otras, pero con eso me conformo.

—Esta vez es cortesía de la casa —bromea—. Pero la próxima, me pagas el precio completo.



Paso el lunes por la tarde sentada con Chava en el avión a Bélgica, yendo a la última carrera antes de las vacaciones de verano de la F1, que además es la última carrera en la que voy a acompañar al equipo. El vuelo dura menos de dos horas, pero igualmente es demasiado tiempo para tener que estar sentada al lado de Dev.

El martes y el miércoles, me paseo por Spa y Francorchamps, haciendo fotos para publicar tanto en mis redes sociales como en las de Dev.

El jueves, miro desde el fondo de la multitud mientras Dev despliega todos sus encantos en varias entrevistas y encuentros con fanáticos y con la prensa, y después me escabullo sin darle tiempo de venir a buscarme.

El viernes y el sábado, me escondo detrás de Mark y Chava en el garaje y me esfuerzo por mantener al mínimo las interacciones con Dev. Él está buscándome con la mirada todo el tiempo, pero sabe que no tiene que entablar una conversación conmigo.

Mantenerme alejada de él viene siendo una tortura, pero necesito este espacio para definir cómo quiero que sigamos a partir de ahora. Se me nubla la mente cuando se acerca demasiado, y desaparece todo pensamiento lógico cuando me llega la calidez tan conocida de su colonia. Dios no quiera que me roce la mano ni me coloque los rizos por encima del hombro; ahí estoy perdida. Quedo hecha un charco de baba en el suelo.

Me daría asco a mí misma si no supiera que los sentimientos son mutuos. La verdad, puede que yo esté un poco menos obsesionada que él (aunque no mucho).

Quiero estar con él. Eso ya lo definí. Pero todavía estoy viendo *cómo* y *cuándo*. Seguramente lo mejor sería aguantarnos hasta que termine mi contrato con él y con Argonaut a finales de agosto. No creo que podamos mostrarnos en público durante unos meses más después de eso, o por lo menos hasta que yo me haya conseguido un trabajo por mérito propio.

Pero esos plazos me resultan insoportablemente largos. Aunque, si es la forma más prudente de que estemos juntos, tal vez haya que hacerlo así. Aun así, va a ser una tortura aguantarse.

Tengo la esperanza de que se sostenga mi determinación mientras subo las escaleras del *motorhome* de Dev. Nos quedan un par de horas antes de la carrera, y tengo que hacerle unas fotos preparándose porque a esas siempre les va bien. Por algún motivo, a la gente le encanta verlo con esa ropa ignífuga ajustada…

Chava y Mark desaparecieron mientras yo todavía estaba dándole sorbos a mi *latte*, así que ya deberían estar ahí. Por lo menos pueden hacer de intermediarios. Viene funcionando bien hasta ahora, sobre todo después de mi charla con Mark. Él quiere que yo esté segura de mi decisión, así que, si puede, me va a ayudar. Por más que eso implique mantenernos separados a Dev y a mí por ahora.

Pero los chicos no están en ningún lado cuando entro al *motorhome* de Dev y cierro la puerta detrás de mí. Él y yo estamos completamente solos… y él está medio desnudo.

—Ay —susurro, y me estremezco de la vergüenza. Pero no por eso dejo de quedarme mirándolo, con esos pantalones increíblemente ajustados que no dejan lugar a la imaginación—. Perdón, puedo…

—Qué bien, ahí estás. —Toma la camiseta ignífuga que cuelga del perchero que tiene al lado—. ¿Quieres hacer unas fotos? Parece que a la gente le gusta el casco que me he puesto este fin de semana.

No me podría importar menos el nuevo diseño del casco ni cuánto le guste a la gente ahora que estoy mirando cómo se le mueven los músculos de la espalda.

—Ajá. —Dios, tengo que volver a la realidad. Me aclaro la garganta cuando por fin se vuelve a poner la camiseta de un tirón—. ¿Dónde están Chava y Mark?

Cuando la cabeza de Dev asoma por la camiseta, tiene el pelo revuelto.

—Mark tenía que ir a buscar algo y Chava tenía que hacer una llamada. —Se peina el pelo hacia atrás—. Deberían volver en un rato. —Se vuelve para inspeccionarme y levanta una ceja desafiante —. ¿Vas a seguir evitándome o ya está?

No es que estuviera haciendo ningún esfuerzo por ocultarlo, pero que se haya dado cuenta me pone de buen humor.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —respondo tranquila, asegurándome de que se me vea la sonrisa.

Se ríe por lo bajo y se estira para coger el traje de carreras.

—Me ofendería si no te hubiera dicho que te tomaras un tiempo para pensar las cosas.

—Sí, medio te lo buscaste.

—Puedo fingir que no estás aquí, si te hace sentir mejor.

No puedo evitar reírme.

—No, está bien. Creo que podemos coexistir en el mismo espacio.

La mirada que me lanza indica que lo duda mucho, pero señala con la cabeza la estantería que está al otro lado de la habitación.

—Vamos, haz unas fotos más de mi casco.

Agradezco que no intente convencerme de decirle qué decisión tomé. No es que él vaya a buscar una conversación tan profunda justo antes de la carrera, pero igualmente es un alivio.

Voy hasta donde están su casco y otro de repuesto, aunque una caja de color naranja pastel que hay en el estante de al lado me llama la atención. Levanto la caja de Stella Margaux y me giro para mirarlo con una sonrisa burlona.

—¿Ahora comes macarrones para darte un capricho antes de las carreras?

Sigue dándome la espalda mientras mete las piernas en el traje de competición y se lo sube.

—No, esos son para ti —dice.

Me quedo mirándole confundida.

—¿Para… mí?

—Sí, sé cuánto te gustan.

Me da vueltas la cabeza mientras trato de recordar dónde queda el Stella Margaux más cercano… y no es para nada cerca de aquí.

—Estoy bastante segura de que la sucursal más cercana es la de París.

—Sí —me sigue dando la espalda mientras mete los brazos en las mangas del traje—. Los mandé a traer hoy por la mañana.

Lo dice a la ligera. Como si no le hubiera costado nada conseguir eso, aunque yo sé que fue mucho más difícil de lo que parece.

—¿Y si no me veías hoy? —pregunto y se me empieza a cerrar la garganta—. ¿Y si yo te seguía evitando?

Se encoge de hombros, y oigo cómo se sube la cremallera del traje.

—Le habría pedido a Chava que te los llevara. Me pareció que te vendría bien un capricho.

Tengo una presión que me pellizca el pecho, que aparece solo cuando él está cerca; el corazón se me apretuja por todos los sentimientos que tengo por él. Estuvo bien mantener la distancia los últimos días, porque este hombre… este hombre me vuelve imprudente. Me hace olvidarme de todas mis preocupaciones.

Me hace olvidarme de que hay un mundo más allá de nosotros dos.

—Dev.

Por fin se da la vuelta para mirarme.

La respiración se me acelera. Dejo la caja de macarrones sobre el estante. Y entonces me muevo.

Estoy enfrente de él antes de que mi mente se entere de lo que hizo mi cuerpo. Mis manos encuentran su mentón y lo sostienen,

con los pulgares trazando los huecos de sus mejillas. Acerco su rostro al mío, sin hacer caso de la sorpresa que veo en sus ojos.

Y entonces lo beso como nunca.

A pesar del asombro, responde casi al instante, rodeándome la cintura con los brazos para alzarme. Le enrosco las piernas alrededor y la falda se me sube hasta la cadera; después, me aferro a él con fuerza. Se me clava un estante en la espalda cuando él me empuja, pero casi ni registro ninguna sensación fuera de la presión de sus labios contra los míos.

Inclino la cabeza a un lado para besarlo con más intensidad, porque quiero más de él. Lo quiero todo. Ya lo he decidido.

Que se vaya a la mierda la logística. Ya lo vamos viendo cuando llegue el momento.

Este beso no tiene nada de controlado ni de suave. Nada de tomarse las cosas con calma. Es urgente y ansioso y ávido, una explosión de emociones reprimidas desde hace días y semanas y meses. Tal vez hasta años. Es desesperado. Es una súplica por mucho más.

Es exactamente lo que quiero.

—¿Ya has acabado de pensar las cosas? —jadea cuando nos separamos para tomar aire—. ¿Te has decidido?

Asiento con la cabeza y casi me noquea el estante que tengo detrás, pero no me importa. Dev está listo para entregarme el corazón, y yo estoy lista para recibirlo.

—Si quieres esto… Si quieres estar conmigo —dice—, yo voy a luchar por eso. Voy a luchar por nosotros.

—Sí —susurro y le entierro los dedos en el pelo—. Quiero que esto funcione.

La felicidad que le inunda el rostro me hace latir con fuerza el corazón contra las costillas. Ladeo la cabeza para darle otro beso, para sellar esta promesa que hemos hecho. Pero antes de que llegue a hacerlo, se abre la puerta de golpe.

Al retroceder, esta vez sí que me golpeo la cabeza, y hago una mueca de dolor mientras aparecen Mark y Chava. Los dos nos miran por un instante antes de que Chava suelte un insulto bien mexicano para luego meter la mano en el bolsillo de los *shorts* del uniforme y extraer la cartera.

—¿En serio? —refunfuña mientras pone un billete de cien euros en la palma abierta de Mark de un manotazo—. Yo pensé que por lo menos ibais a esperar hasta *después* de la carrera.

Me quedo mirándolos boquiabierta. ¿Hicieron una *apuesta* sobre Dev y yo?

—¿Me estáis tomando el pelo?

Dev los mira, y está claro que está conteniendo una sonrisa.

—Muy mal —dice, aunque claramente no piensa eso y está haciendo lo que puede para apoyarme a mí.

Le empujo el pecho hasta que me apoya en el suelo. Mientras me bajo rápido la falda tubo, fulmino con la mirada a los chicos que están junto a la puerta.

—No me lo puedo creer.

Mark hace un gesto de derrota levantando las manos, pero el dinero que está sosteniendo le quita credibilidad.

—Bueno, por lo menos has conseguido lo que querías, Wills. No te puedes enfadar demasiado.

Inflo el pecho, lista para replicar, pero no se me ocurre nada que decir. Porque tiene razón. La verdad es que *sí* conseguí lo que

quería.

Como si me lo quisiera recordar, Dev me roza el mentón con los nudillos, suave como una pluma. Se expande un calor por mi cuello y me vuelvo a ablandar cuando lo miro.

—Déjame ir a ganar otra carrera —dice en voz baja, y sus palabras son solo para mí—. Después hablamos. ¿Sí?

Trago con fuerza, sin hacer caso a los ruidos de besitos que está haciendo Chava de fondo.

—Bueno —murmuro—. Te espero.



CAPÍTULO 24
Willow

Dev no vuelve a ganar.

Pero haber terminado en noveno puesto con el tractor que es ese coche es admirable, y de todos modos siento un orgullo inmenso por él. Ojalá sea más que suficiente para que Dev siga en el radar de Mascort.

Me encuentra en el garaje después de la carrera, y su pelo húmedo me roza la sien cuando se acerca a mí.

—Sturgill no para de joderme con el análisis. Vamos a tener que hablar en el hotel. Espérame despierta, cariño.

La orden y el término cariñoso encendieron una llamarada dentro de mí. Estoy inquieta hace horas y vengo alternando entre caminar de un lado a otro por mi habitación en pijama, preparar frenéticamente las maletas para volver a casa mañana y hacer ejercicios de fisioterapia en un intento de agotar algo de esta energía nerviosa. Pero ya casi son las doce de la noche y, obviando el hecho de que mi cuerpo nunca sería capaz de aguantarlo, estoy tan cargada de energía que podría correr una maratón.

Cuando por fin llaman a la puerta, la abro de un tirón y me encuentro a Dev con la mano aferrada al marco. La sonrisa torcida que le levanta un lado de la boca es tan dolorosamente familiar que me encoge el pecho.

—Hola —dice—. ¿Puedo pasar?

Apenas le salen las palabras de la boca, yo ya estoy dando un paso atrás y haciéndole un gesto para que entre, y el corazón se me acelera cuando la traba de la puerta hace clic al cerrarse detrás de él. Ninguno habla por un instante, y el leve zumbido del aire acondicionado es el único sonido que se oye mientras nos miramos. El día entero fue la preparación para este momento, pero ahora que ha llegado, no sé cómo proceder.

Por suerte, Dev sí. Acorta la distancia entre los dos, después me coloca un rizo suelto detrás de la oreja y apoya la mano sobre mi cuello cuando termina.

—Perdón por tardar tanto en venir —dice, con la mirada fija en mí —. ¿Sigues con ganas de hablar?

Hay otras cosas que me interesan muchísimo más en este momento. Igualmente, asiento con la cabeza y le agarro de la mano para llevarlo a la cama. Nos sentamos un poco de lado para mirarnos y nuestras rodillas se tocan. Es un contacto ínfimo, pero por el momento es suficiente.

—Fue en serio cuando dije que quería hacer que esto funcionara —empiezo, y me late el pulso en los oídos—. No sé cómo va a ser eso para nosotros. Pero quiero que haya un *nosotros*.

—Yo quiero lo mismo. —Sus dedos se acercan sobre el edredón hasta que el meñique de él encuentra el mío y lo rodea—. No hace falta que resolvamos todo ahora mismo. Ni todo, ni nada. Solo hay que ser sinceros sobre lo que sentimos. Si no, esto no va a funcionar.

—Yo estoy siendo *muy* sincera contigo en este momento —señalo. Sin duda, tengo un hueco enorme de vulnerabilidad en el pecho.

Se ríe bajito.

—Ya lo sé. Pero esto no va a ser fácil, y necesito que me digas si empiezas a sentir que es demasiado.

Tiene razón. La única manera de conseguir que esto funcione es ser muy abiertos entre nosotros, porque en este momento tenemos más que un par de barreras en el camino si queremos tener una relación pública en algún momento.

—Te lo prometo.

—Nos lo vamos a tomar un día a la vez, ¿vale?

—Sí —suspiro. Mierda, qué bien se siente seguir a mi corazón, a pesar del riesgo que eso implica.

—Pero ¿esto de «un día a la vez» puede incluir que te invite a salir? —pregunta. Tiene una voz tentativa, como si estuviera preocupado de que yo fuera a decirle que no—. No quiero hacer esto así simplemente, Willow. Quiero salir contigo… estar contigo. Estoy dispuesto a todo, en serio.

Asiento con la cabeza y le acerco más los dedos hasta apretar los suyos.

—Claro que puedes invitarme a salir. De hecho, te insisto en que lo hagas.

Al oír eso, lanza un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios, diablos. No sé qué habría hecho si me decías que no. —Me coge de la mano, se la acerca a los labios y me da unos besos veloces en los nudillos—. Empecemos por ahí. Te lo prometo: esta va a ser la mejor cita de tu vida.

—Más te vale —digo, riéndome con una ligereza que solo él me produce—. Suerte con tratar de impresionarme.

—No te preocupes, ya he buscado en internet «las mejores ideas de citas para hacer en San Diego», a ver si algo me inspiraba. —Me

levanta de un tirón y empieza a retroceder hacia la puerta—. La próxima vez que nos veamos, voy a tener planeada la obra maestra de las citas.

Se me cae el alma a los pies cuando dice «la próxima vez».

—¿Ya te vas?

Se detiene en la entrada de la habitación y se le suaviza la expresión cuando me aprieta la mano.

—Ha sido un día largo —dice dulcemente—. Seguro que estás agotada.

—No estoy tan cansada —respondo rápido, sin vacilar. Entrelazo los dedos con los suyos y lo miro mientras me armo de valor para pedir lo que quiero. No tiene sentido echarme atrás ahora—. No te vayas, Dev.

Su respiración es lenta y medida mientras me observa.

—¿Estás segura? —pregunta por fin con la voz un poco áspera.

—Totalmente.

—Para ser claros: ¿me estás invitando a quedarme a dormir?

Le aprieto un poco más fuerte la mano.

—Sí.

—Está bien —accede, desviando la mirada por un segundo, y después vuelve a mirarme para analizarme la cara—. Sí. Podemos ver otra película. ¿Qué te parece *Dilwale Dulhania Le Jayenge*? Es un clásico.

—Ay, esa obsesión tuya con Shah Rukh Khan. —Pongo los ojos en blanco a modo de chiste, pero enseguida me vuelvo a poner seria—. Pero no. No quiero ver una película.

Por cómo la expresión de sus ojos oscuros pasa de la comicidad a la calentura, está empezando a entender lo que digo.

—¿Prefieres comer patatas fritas y contarnos chismes sobre quién nos gusta? —propone, acercándose un paso más.

—Estaba pensando en algo un poco más impúdico.

Lanza un grito ahogado suave pero dramático.

—No me digas que quieres jugar al botellón.

—Más bien algo como verdad o consecuencia —propongo—. Mejor consecuencia que verdad, aun así.

Se queda quieto, muy serio.

—Cuidado, Willow —me advierte.

Que me advierta todo lo que quiera. Yo sé qué quiero que pase esta noche.

—Me cansé de tener cuidado. —Ya es hora de quitarme la etiqueta de niña inocente que me estamparon. Ser la hermana pequeña, la frágil, la que dejaron con el corazón roto, no es lo mismo que ser ingenua. No quiero que nadie, y menos él, piense que eso es así—. ¿Entiendes por dónde voy?

Le sube y baja la nuez cuando traga con fuerza.

—Creo que estoy empezando a entenderlo.

Para demostrarlo, subo las manos por su pecho firme, por encima de los pectorales. Después voy bajando por los abdominales y voy un poco más lento cuando llego al elástico de los vaqueros. No soy virgen. Si hay que darle crédito por algo a mi ex, es por enseñarme hasta dónde puede llegar mi cuerpo. Pero tengo la sospecha de que Dev me puede hacer llegar más lejos que nadie.

Cuando mis dedos rozan el botón de sus vaqueros, me sujeta las muñecas con firmeza. Tiene una expresión tensa, y por un momento me aterra haber hecho algo mal.

La preocupación desaparece cuando me aprieta fuerte contra él. Entonces baja las manos hasta mis muslos y los rodea desde atrás para levantarme con un movimiento suave. Por instinto, enrosco las piernas alrededor de su cintura y él carga mi peso. Me recuerda al encuentro que tuvimos en su *motorhome*, pero esta noche no nos va a interrumpir nadie. No lo voy a permitir.

Ya estamos de nuevo al otro lado de la habitación en cuestión de segundos. Se sienta en el sillón de la esquina y me baja para que me monte en sus piernas. Los *shorts* de mi pijama son tan finos que casi ni existen, y él se está poniendo duro debajo de mí. No hay duda de que los dos queremos lo mismo.

Me mira con las manos apoyadas donde se unen mis muslos con mi cadera y el pecho jadeando con cada respiración. Tiene una voz reverencial cuando dice:

—Eres lo único que quiero en la vida. ¿En serio me vas a dejar hacerte mía?

Mis labios rozan los suyos y respondo:

—Ya soy tuya.

Esa confesión aviva aún más el fuego de nuestro beso. Me desliza las dos manos hasta el culo y aprieta para acercarme más. Meneo la cadera contra la suya como respuesta, y él tira la cabeza hacia atrás, con lo que rompe la conexión el tiempo suficiente para gemir:

—*Mierda*, Willow.

Su boca vuelve a encontrar la mía un momento después y me consume. Aprieto la tela de algodón suave de su camiseta de Argonaut cuando me frota el labio inferior con los dientes. No tiene nada de delicado, y la ferocidad hace que me arquee contra él todavía más.

Mis manos caen hasta la parte de abajo de su camiseta y la empujan hacia arriba, por encima de las curvas que trazan sus abdominales. Entiende la indirecta enseguida, se la quita por encima de la cabeza y la tira al suelo antes de volver a sujetarme. Pero yo apoyo las manos con firmeza contra su pecho para que no me pueda acercar más. Necesito un segundo para regodearme con la obra de arte que tengo debajo de mí.

Ya vi a Dev sin camiseta miles de veces, pero esto es distinto. Esta vez, puedo admirar y tocar y cumplir con todas las fantasías que vengo teniendo por la noche entre las sábanas hace literalmente años.

—No puedes ser real —exhalo mientras paso los dedos por los surcos y me deleito al ver cómo se le tensan los músculos bajo mis dedos—. ¿Cómo es? ¿Te hicieron en un laboratorio?

El sonido que suelta es una mezcla entre risa y gemido.

—Si fuera así, les habría pedido que me hicieran algo más alto.

Suelto una risita y hundo la cabeza para encontrar su barba con los labios mientras mis manos siguen explorando.

—Me gustas así como eres. —De todas formas, él mide casi treinta centímetros más que yo; ninguno de los dos tiene que forzar el cuello más que lo necesario—. No cambiaría nada.

—Es mutuo. —Enrosca los dedos en la parte de abajo de mi camiseta, y le aparece una pregunta en los ojos cuando vuelvo a moverme para atrás—. ¿Puedo? Te quiero ver.

Me baja un escalofrío veloz por la columna.

—Sí. Por favor.

Me la levanta, me la quita por encima de la cabeza y la arroja volando al suelo para que se encuentre con la suya; así, me deja

solo en sujetador. Y, como hice yo, Dev se toma su tiempo para disfrutar de la vista.

Se le corta la respiración, y juro que se pone todavía más duro dentro de los vaqueros mientras me saborea con los ojos.

En general, yo estaría pendiente de todos mis defectos (como las leves estrías que tengo dibujadas en la parte de arriba de los pechos y las que se extienden de la cintura para abajo y se entierran en mis *shorts*), pero así como yo ya lo vi a él a medio desvestir, él también me vio así antes.

Tiene algo de liberador haberlo conocido toda la vida. Él me vio en todas las etapas de la vida (con las rodillas raspadas a los cinco años, con la cara llena de granos a los catorce, con las piernas tropezando por la borrachera a los veintiún años). Me vio en la playa cuando me derribaban las olas y sacándome la arena del pelo. Me vio a los diez segundos de haberme levantado por la mañana, con los ojos adormilados y unos pantalones deportivos de segunda mano.

No hace falta que le oculte ni un solo aspecto de mí. Ya lo vio todo. Y sin embargo sigue aquí, mirándome como si yo fuera el centro de su universo.

—Eres perfecta —jadea, negando un poco con la cabeza, como si no lo pudiera creer. Levanta el mentón para volver a buscar mis labios y darme el beso más suave del mundo para subrayar el cumplido.

—¿Yo? —murmuro, con los ojos apenas abiertos, demasiado embriagada con él—. Tú eres el que es perfecto.

No reacciona a las palabras, como si ni me escuchara. Se queda recorriéndome la espalda, y el calor de su contacto se va filtrando

dentro de mí.

—Mierda, ni un defecto —continúa—. Por Dios, mírate. ¿Cómo puedo tener tanta suerte?

Baja los labios por mi cuello y por encima de mi clavícula, y después va dejando besos suaves entre mis pechos y me toca como si fuera todo un honor. Mientras tanto, yo voy bajando hasta el elástico de sus vaqueros para buscar el botón. Quiero más de él.

—Todavía no —dice—. Quiero tocarte primero.

Me quita los dedos de su cremallera, desliza una mano entre medio de los dos y con la parte de abajo de la palma me roza la tela delgada de los *shorts* del pijama. Suelto un jadeo por la electricidad que se me dispara desde abajo hasta el estómago. Pero me quedo totalmente sin aliento cuando me quita los *shorts* y la ropa interior y me pasa la punta de los dedos por la piel sensible.

—Estás toda mojada —murmura mientras me mete un dedo despacito.

El movimiento me saca un gemido de la garganta. Cuando suma otro dedo y los dobla para acariciar una zona sensible, tiro la cabeza para atrás y me aferro a sus hombros, tratando de no menear demasiado la cadera.

—No te contengas —insiste contra mi cuello, y deja que sus dientes me rocen la piel—. Cabálgame los dedos.

Se me van cerrando los ojos mientras hago lo que me dice y me balanceo de atrás para adelante encima de sus piernas. Sus dedos siguen el ritmo de mis movimientos y me van ayudando, y cuando suma el pulgar para hacer círculos contra mi clítoris, juro que veo las estrellas. Si pudiera formular palabras, le diría lo bien que se siente.

—Así, guapa. Así me gusta.

Aunque esté aturdida por el placer, escucho la crudeza de su voz. Cuando consigo abrir un poco los ojos, me está observando, con la mirada oscura e intensa. Con eso llega para que me frote toda contra él y, cuando lo hago, se encienden llamas por todo mi cuerpo.

Se me agita la respiración, como si no llegara el oxígeno del cuarto. Lo robaron todo para alimentar el fuego que arde en el centro de mi cuerpo. Dev me acerca todavía más al borde cuando se apodera de mi boca con la suya y me roba ese último resto de aire. Y cuando mueve el pulgar un poquito más rápido, yo llego, caigo de cabeza por el abismo, sin ningún deseo de parar jamás.

Me alejo un poco para tomar aire con fuerza, bajo la frente hasta su hombro y le apoyo las manos flojas en el pecho. Me quita poco a poco los dedos de dentro, que me van dejando una línea húmeda a lo largo de los muslos. Si antes no estaba empapada, ahora claramente sí, y aunque hace poco que acabé, sigo desesperada por un poco más de él.

Por el rabillo del ojo, veo cómo se lleva los dedos a la boca. Suelta un gruñido de placer desde la garganta.

—Tienes un gusto tan dulce como me imaginaba. —Ya está. No hace falta nada más.

Levanto la cabeza, con el pecho todavía agitado mientras tomo aire.

—Necesito que me la des. Ya mismo.

—*Willow* —me regaña, pero su sonrisa es pícara—. Qué chica tan golosa.

—Cállate —gimo mientras aprieto los labios contra los suyos, y siento mi sabor en su lengua—. Quiero tenerte dentro.

Toma aire bruscamente y gira la cabeza para cortar el beso.

—¿En serio quieres eso?

—Sí. —Le sostengo el rostro entre las palmas para obligarlo a mirarme. Para que vea lo segura que estoy—. No sabes cuánto.

Me observa desde abajo con una adoración que quiero saborear, pero entonces aparece una decepción que la opaca.

—No tengo condón —explica—. No pensé que iba a pasar esto.

Lo beso de nuevo sin dejar de sostenerle el mentón con las manos.

—Está bien —digo cuando me obligo a volver a separarme—. Tomo pastillas anticonceptivas, y no estoy con nadie desde hace… mucho tiempo.

De repente nos estamos moviendo; él pone las manos en la parte de abajo de mi culo cuando se levanta para alzarme con él.

—Creo que ya sabes que no tengo ninguna ETS.

Ahogo una risa y le rodeo el cuello con los brazos para sostenerme mientras cruza la habitación de dos zancadas.

—No sé. Tal vez habría que buscar uno de esos test rápidos «El que sabe», para estar seguros. Me dijeron que son muy buenos.

—Eres terrible —dice mientras me apoya en la cama y se arrodilla sobre el borde.

Le lanzo una sonrisa engreída.

—Aun así, me amas.

—Sí. Es verdad.

Se me acelera el corazón cuando sus palabras me inundan. El comentario fue una frase dicha a la ligera que se me escapó de los labios sin pensarlo. Y definitivamente no me imaginaba una respuesta así.

—Dev… —susurro para darle la oportunidad de retractarse, por si lo dijo sin querer.

No me doy cuenta de que me estoy alejando un poco hasta que me agarra de las pantorrillas para que no me pueda escapar. Me sostiene ahí y se pone encima de mí: sabe que no tiene que acercarme a él tirándome de las piernas.

—No esperaba que se me escapara así —admite burlándose de sí mismo con una risita suave—. Pero es lo que siento, Willow.

Me encierra entre los brazos, pero no estoy atrapada ni por él ni por sus palabras. Me siento… a salvo. Con él, siempre me sentí así, hasta cuando éramos pequeños y él me incitaba a ser un poco imprudente. Él siempre cuidaba que yo no me hiciera daño, y aquí está ahora, haciendo lo mismo que antes. ¿Cómo no lo voy a amar por eso?

—No hace falta que me lo digas —continúa, rozándome la nariz con la suya—. No espero eso. Sé que es mucho. Pero necesito que lo sepas.

Me trago el nudo que se me está formando en la garganta y pestañeo para sacarme el ardor de los ojos.

—Bueno —digo atragantada, pero enseguida sale borboteando lo que realmente quiero decirle—: Pero aun así te quiero.

Ahora le toca a él quedarse quieto, y lo único que se mueve son sus ojos, que me recorren el rostro.

—Mierda —exhala después de un instante—. Ha sido todavía mejor de lo que esperaba.

Se me escapa una risita, y una ola de vértigo me inunda las venas. Dev me ama. Y yo lo amo a él. Si pudiera volver y decirle a

mi yo de trece años que terminaríamos aquí, esa chica no me habría creído. Y, sin embargo, aquí estamos.

—¿Eso quiere decir que ahora me la vas a dar? —pregunto, un poco en broma y un poco esperanzada, y la risa que le saco hace que me dé un vuelco el corazón.

—Lo que tú quieras, *jaanu* —dice antes de sacarme a besos el último resto de compostura que me queda—. A ti te lo doy todo.

Estoy respirando fuerte cuando su mano me sube por la espalda para desabrocharme el sujetador. Cuando me baja suavemente los tirantes por los brazos y deja que mi sujetador caiga flotando al suelo, ya tengo los pezones duros, ansiosos por que los toquen.

Se toma un momento más para admirarme.

—Preciosa. Eres tan preciosa —repite. No creo que nunca me vaya a cansar de escucharlo.

Baja la cabeza y se mete un pezón en la boca, le hace círculos con la lengua y me saca una exhalación temblorosa. Cuando se echa atrás para pasar a mi otro pecho, me cubre el primero con la mano para protegerme del pinchazo del aire acondicionado. Es tan atento que me pondría a llorar.

Dev sigue explorando mi cuerpo, bajando a besos por todo mi esternón hasta la blandura de mi vientre. Me da un vuelco el estómago cuando enrosca los dedos en el elástico de mis *shorts* y mi ropa interior a la vez y les da un tirón, en una petición silenciosa de que levante la cadera para poder quitármelos.

Llegó la hora. Sé que puedo arrepentirme en cualquier momento y él va a respetar mi decisión. No es que *quiera* frenar esto, pero… mierda, está pasando de verdad. Todavía está por ver si la realidad

estará a la altura de mis fantasías. Aunque, por ahora, estoy más que satisfecha por cómo se están dando las cosas.

Así que la levanto para él. Y después, por fin, cada centímetro de mí queda al descubierto.

De nuevo, se toma su tiempo para admirarme, me recorre el cuerpo con los ojos, con la mandíbula dura como si se estuviera conteniendo para no devorarme. Por cómo baja la cabeza para seguir besándome de una cadera a la otra, eso es justamente lo que está a punto de hacer.

Lo freno con una mano temblorosa cuando tiene los labios justo por encima de mi punto más sensible, y me mira desde abajo, dudoso.

—Otro día —insisto, aunque la calentura que tiene en los ojos casi logra que me arrepienta de mi decisión—. Te quiero dentro.

—Golosa *y además* impaciente —se burla, volviendo a trepar por mi cuerpo a besos—. Pero está bien. Me voy a tomar mi tiempo contigo la próxima vez.

La próxima vez. Todavía no terminamos esta y él ya me está haciendo pensar en lo increíble que va a ser la próxima. Después de lo rápido que me hizo acabar solo con los dedos, no me imagino el desastre delicioso que es capaz de hacer con la lengua.

—Sácate eso. —Le señalo el pantalón. Yo también quiero verlo todo. Si piensa que estoy impaciente ahora, se va a llevar una sorpresa—. Rápido.

—Bueno, bueno —accede, y se ríe mientras se levanta de la cama y por fin se desabrocha el botón de los vaqueros.

Lo observo cautivada mientras se baja la cremallera, y me deleito mirándole la ropa interior negra ajustada y el bulto que se esconde

detrás cuando sale a la vista. Pero cuando se baja los pantalones por los muslos, suelto un grito ahogado.

—Tienes un *tatuaje*. —Me incorporo sobre los codos para mirarle mejor el muslo izquierdo, donde hay un mosaico de flores que se abren, un tigre que ruge y unas frases escritas en varios idiomas que no llego a leer bien—. Yo lo *sabía*.

Dev se ríe por lo bajo mientras se quita los vaqueros y vuelve a arrodillarse delante de mí en el colchón.

—No se lo cuentes a mi madre.

Su posición me permite ver mejor lo que tiene tatuado… y algo más.

—Te guardo el secreto —prometo, pero de pronto tengo la boca seca.

Quiero acostarme y mirarlo, pero no más de lo que quiero tocarlo. Me incorporo un poco mejor y engancho los dedos en el elástico de su ropa interior. Él deja caer los brazos a los lados del cuerpo para que yo haga lo que quiera. Tomo aire con fuerza cuando bajo la tela y sale su miembro al aire.

—Ay, por Dios. —Ni me doy cuenta de que murmuré las palabras hasta que él habla.

—No te preocupes, nena —dice con la voz áspera—. Tú puedes con esto.

No estoy tan segura, pero no me doy por vencida tan fácilmente. Sobre todo con cosas que vengo esperando hace tanto tiempo. Se la envuelvo con la mano. Las puntas de mis dedos no están ni cerca de tocarse.

La inhalación brusca que hace pasa casi desapercibida. Estoy demasiado enfocada en la imagen que tengo delante.

—¿Vas a hacer algo con eso? —pregunta, y por fin consigue mi atención—. ¿O te muestro lo que te quiero hacer yo?

Trago, buscando mi voz.

—La segunda.

—A ver qué podemos hacer.

Me tiene acostada bocarriba en un instante, con la cadera metida entre mis muslos; de la ropa interior, ni rastro. Ahora no hay nada entre los dos. Mis piernas se abren solas para él. Se me podrían abrir mucho más, pero no deberían, a menos que quiera terminar en una sala de emergencias de Bélgica para que me vuelvan a recolocar la cadera.

Ya no me importan las estrías y las cicatrices de las cirugías, pero todavía me da un poco de vergüenza tener que expresarme en defensa de mi comodidad. No tendría que darme pudor, lo sé. Es una condición que no controlo, y es parte de mi vida. Siempre va a ser así. Y, sin embargo, me estoy poniendo roja de pies a cabeza, tratando de no empequeñecerme cuando miro a Dev a los ojos.

—No seas bruto conmigo, ¿vale? —susurro, con las manos ahuecadas en su cuello mientras él se apoya en los antebrazos.

No hace falta que se lo pida. Él sabe cómo tratarme. Lo sabe de toda la vida. Igualmente, digo las palabras por mi propia paz mental.

—Yo sé que puedes ponerte la pierna detrás de la cabeza. —Interrumpe la broma con un beso suave. Después se aleja lo suficiente para murmurar—: Te prometo que nunca te voy a hacer daño.

Este hombre podría partirme por la mitad y yo le daría las gracias. Pero si quiero que esto vuelva a pasar, hay que tener cuidado.

Nuestros labios se atrapan y se sueltan, vagos y dulces, pero nuestra respiración se va poniendo más intensa, y la impaciencia me vuelve a poseer.

Como si lo percibiera, Dev me baja una mano por el cuerpo y me mete dos dedos, y se me escapa un gemido de los labios.

—¿Lista?

—Por favor —digo con un gemido.

Ese es todo el incentivo que necesita. Me da un toquecito con el pulgar en el clítoris mientras vuelve a quitar despacio los dedos. Se los dejo mojados, y le brillan cuando se sostiene para acomodarse contra mi abertura.

Ay, Dios, llegó el momento.

Su glande da un empujoncito contra mí, y se encuentra con una ligera resistencia cuando se abre paso hacia dentro. Yo voy respirando como él me insiste murmurándome al oído, y al cabo de poco ya estoy levantando las caderas para pedir más. Se va hundiendo en mí lentamente, dándome tiempo para adaptarme a la sensación, a la forma en que va estirándome, llenándome. Esperaba dolor o una molestia más grande. Hace mucho tiempo que no tenía sexo, y hay algo que no se puede negar: la tiene enorme. Pero lo hace con tanta calma y cuidado que estoy convencida de que estamos hechos el uno para el otro.

—Mierda, qué apretada que estás —gime contra mi cuello. Levanta la cabeza y me observa—. ¿Está bien así?

Asiento con la cabeza. El «sí» que acompañaba el gesto se me queda atragantado y lo único que sale cuando separo los labios es el susurro de un gemido.

Se mueve de atrás para delante para estirarme un poco más, con movimientos delicados pero seguros, y después ya se acomoda por completo dentro de mí, con la cadera apretada contra la mía.

—¿Estás bien todavía? —pregunta, con apenas más que un murmullo.

—Sí, por Dios. —Esta vez las palabras salen libremente, como si él ya hubiera derribado todos los muros que tenía dentro—. No pares.

Lo único que puede saciar el latido implorante que hay entre mis piernas son sus movimientos. Estoy lista para dejarme llevar por él.

Me aferro a sus hombros mientras él me la clava, al principio despacio, todavía en la superficie. Pero después me va dando más, poco a poco. Mueve la cadera hacia mí, metiéndola más profundo, y cada vez me la clava un poco más fuerte que antes. Arqueo la espalda y lo traigo más adentro; mi cuerpo ruega que me dé más porque la fricción es tan espectacular que parece imposible.

—Más rápido —suplico, dominada por el instinto.

Está más que dispuesto a hacer lo que le digo, y el control cuidadoso que tiene flaquea.

No pasa mucho y yo ya estoy empatándole el ritmo. Mis pezones le rozan el pecho, y la combinación de sensaciones hace que me apriete contra él, desesperada por sentir cada centímetro de su piel contra la mía mientras la presión va subiendo más y más y más. Estoy al borde del abismo, lista para caer. Solo necesito un empujoncito más para caer dando vueltas.

Y me lo da cuando mete una mano entre los dos, me aprieta la parte de abajo del vientre y encuentra mi clítoris con el pulgar. De pronto siento electricidad, se me enciende hasta el último centímetro

del cuerpo, caigo del borde con tanta fuerza que le saca un gemido a él también.

—Así, nena —jadea, sin dejar de moverse mientras me tenso alrededor de él—. Cabálgala. Yo me ocupo.

Y eso hace. Así que me permito fusionarme con él, dejar que me saque el aliento con otro beso que hace temblar la tierra. Quiero irme flotando y cerrar los ojos, perderme en todas las sensaciones… pero él todavía no ha terminado.

Se mueve despacio para darme una oportunidad de recuperarme antes de acelerar el ritmo. Entonces se me escapa un grito suave de los labios, todavía más sensible. Levanto las piernas y engancho los tobillos detrás de su espalda para sentirlo desde otro ángulo. La sensación no es tan fuerte así. Es más bien un anhelo que va creciendo más y más, y de pronto estoy rogando. Por qué, no estoy segura, pero le estoy susurrando «por favor, por favor, por favor» una y otra vez.

—Dame otro —me exige al oído, y me raspa la piel con la barba cuando me roza la mejilla con la suya.

Niego con la cabeza, temblorosa.

—No puedo —digo sin aliento, cerrando fuerte los ojos.

Me coge del mentón.

—Mírame.

Me obligo a abrir los ojos y absorbo la intensidad de los suyos. Me sostiene la mirada mientras se sumerge en mí, sin vacilar con cada empujón, determinado a conseguir lo que quiere, determinado a dármelo todo para conseguirlo.

Todo eso llega a sacarme otro orgasmo. Se pierden mis gritos cuando hunde la cabeza para besarme. Un torbellino de euforia me

recorre el cuerpo y la cabeza me da vueltas. Me tiene tan borracha de amor que apenas me doy cuenta cuando le trastabilla la cadera. Pero los halagos y la adoración que me llegan al oído en susurros y murmullos me empapan hasta lo más profundo de la conciencia. No lo dice todo en mi idioma, pero entiendo perfectamente por dónde va la cosa.

Lo tengo dentro, bien dentro de mí. Soy una mujer poseída; cada centímetro de mi cuerpo arde. No tengo pensamientos coherentes en la cabeza. Solo él. Solo nosotros.

Quiero esto para siempre.

Me entierra el rostro en el cuello cuando explota dentro de mí, con la boca contra mi pulso precipitado, los dientes rozándome la piel. Le acaricio los hombros, saboreando la forma en que se desploma encima de mí (aunque tiene cuidado de no aplastarme ni hacerme daño). Me da lo justo y necesario de su peso para que yo sepa que no quiere soltarme.

Y no es solo él. Yo también me voy a aferrar a él como si mi vida dependiera de eso si hace falta. Porque ahora ya no hay vuelta atrás.



CAPÍTULO 25
Dev

Puede que no haya ganado la carrera de hoy, pero sentir a Willow entre mis brazos es mejor que cualquier victoria.

Ya estamos los dos limpios, pero verle los muslos tersos mientras se levantaba de la cama me trastocó el cerebro. Casi me vuelvo cavernícola y la tiro de nuevo al colchón para follármela otra vez.

He conseguido resistirme. A duras penas.

Verle la cara mientras ella se corría… *Joder*, nunca vi nada más increíble. El sonido de sus gemidos y jadeos suaves me va a quedar grabado en la memoria para toda la vida. El día que los olvide va a ser el día que me muera. Han pasado apenas cinco minutos y lo único que quiero es oírlos otra vez.

Y otra, y otra, y otra.

Puede que me haya saltado de la lengua la confesión de amor como una respuesta rápida a su burla, pero es verdad. Con esta chica *me quedo*. Solo me da pena no haberme dado cuenta antes, porque no importa cuánto tiempo nos quede juntos: nunca va a ser suficiente.

Extiendo un brazo para invitarla a apoyar la cabeza contra mi pecho y ella acepta agradecida, apretándose contra un lado de mi cuerpo y enroscando su muslo sobre el mío. Muchas noches he soñado con esto, pero ahora está pasando en serio. Mierda, tal vez *siga* soñando.

—¿Tienes que volver rápido a tu habitación? —murmura contra mi pectoral, y sus enormes ojos marrones suben hasta mí diciéndome exactamente lo que debería responder—. Seguro que no quieres que te vean saliendo de mi habitación por la mañana.

—No me importa. —Cualquier persona de este piso que me vea va a saber que tiene que cerrar la boca—. Puedo quedarme todo lo que quieras.

Se acerca un poco más y se acurruca mientras un sonido de satisfacción se le escapa de los labios.

—Qué bien. No quiero que termine esta noche.

Yo tampoco. Y lo único que espero es que todo el resto de nuestras noches de ahora en adelante sean exactamente iguales.

Presiono los labios contra su frente y después voy dejando unos besos más por sus rizos hasta que ella suelta una risita y me aleja la cara. Con una sonrisa, la acerco de un tirón y la retengo contra mí para poder robarle todos los besos que quiera, pero la vibración amortiguada de mi teléfono desde el bolsillo de mis vaqueros tirados en el suelo me distrae. Barajo la opción de ignorarlo, pero podría ser Howard, y no me pienso perder la llamada que podría definir el resto de mi vida.

—Todavía no he acabado contigo —anuncio, plantándole otro beso fuerte en los labios antes de asomarme desde el borde de la cama.

Solo que cuando consigo liberar mi teléfono del bolsillo, no es el nombre de Howard el que está brillando en la pantalla. Es el de Oakley.

Willow me lleva una mano al pecho mientras un pliegue de preocupación le aparece entre las cejas.

—¿Quién es? —pregunta.

No quiero interrumpir la paz, pero no voy a mentir.

—Oakley.

Como anticipé, se pone rígida , aunque no se aleja de mí.

—Contesta —me indica.

Sin pararme a pensar, deslizo el dedo por la pantalla.

—Eh, ¿cómo va? —digo.

Lo único que oigo al principio es una ráfaga de aire, como si estuviera conduciendo rápido con las ventanillas bajadas y tuviera la llamada en altavoz.

—¿A qué hora llegas mañana? —grita Oakley por encima del ruido.

Frunzo el ceño, observando a Willow. Seguro que escucha parte de la conversación de Oakley en el silencio de la habitación.

—¿Ya estás en San Diego? —le pregunto.

—He llegado antes —responde—. Nuestras madres me obligaron a comer al menos seis platos. Tuve que salir a conducir un rato antes de que me obligaran a comer otra vez más. —Suelta un bufido—. Menos mal que no soy el que está corriendo carreras estos días. No entraría en el coche.

Suelto una risa forzada.

—Tal vez posponga unos días más la vuelta, entonces. No puedo correr ese riesgo.

—Nah, mandémoslo todo a tomar por culo. Quiero que estés aquí conmigo lo antes posible. Me estoy aburriendo sin ti, y la tía Neha está empezando a volverse un poco loca con todo lo de la boda. Necesito refuerzos. Así que vuelvo a mi pregunta original: ¿cuándo llegas?

Echo un vistazo al reloj de la mesita de noche. Son las dos de la madrugada, lo que quiere decir que son las cinco de la tarde *de ayer* en California. Llevo casi toda la vida viajando por el mundo, y los husos horarios todavía me confunden muchísimo.

Técnicamente, hoy es el primer día de las vacaciones de verano. Les prometí a Oakley y a mi familia que volvería a casa apenas pudiera para tener tiempo de sobra para estar con ellos, y algo de más para relajarme antes de que empiece la vorágine de la boda de muchos días de Alicia. Se supone que tengo que subirme a un avión rumbo a California en algún momento del día de hoy (junto con Willow y Mark y Chava), pero me costaría bastante acordarme a qué hora. Anoche estaba algo ocupado teniendo sexo con la hermana de este tipo para tomarme la molestia de mirar el itinerario.

Cierro fuerte los ojos y después los abro y los enfoco en la cara perfecta de Willow.

—No sé —musito—. Pregúntale a Chava. Él es el que me maneja la vida.

—Ya lo llamé como tres veces. No me respondió —dice—. Tal vez Willow lo sepa. Por lo general, es muy obsesiva con estas cosas. La llamo ahora. Hablamos más ta…

—¡No! —escupo, mientras los ojos de Willow se agrandan. Mierda, ahora tengo que cubrirme—. Son como las dos de la mañana aquí, amigo. Deja de llamar a la gente y despertarla. Cuando lo sepa, te mando un mensaje.

Oakley suelta un suspiro que casi se pierde entre el viento.

—Está bien. Pero no me dejes aquí solo mucho tiempo. Te echo de menos, capullo.

Aunque mi estómago está revuelto de culpa, sus palabras me hacen sonreír un poco.

—Yo también. Nos vemos pronto.

Cuelgo el teléfono, lo vuelvo a tirar al suelo y grito mientras me froto la cara con las manos.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Willow tiene el mentón contra el pecho y el labio inferior entre los dientes.

Esta llamada oficialmente ha pinchado la burbuja que nos habíamos creado.

—¿Cómo va a funcionar esto, Dev? —me pregunta. Su voz está encogida. Asustada—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Le paso una mano por el pelo, queriendo calmarla, pero yo estoy igual de aterrorizado.

—¿Cómo quieres llevarlo?

—No lo sé —murmura—. Quiero estar contigo. *Estoy* contigo. Pero me da miedo contárselo a Oakley. —Toma aire y levanta el mentón, aunque todavía le tiembla un poco. Se muestra tan fuerte como puede en este momento—. ¿Podemos no contárselo a nadie por un tiempo? Quiero que pensemos bien qué es esto nosotros dos solos antes de contarle nada a la gente. Sin distracciones. Sin dudas. Sin que nadie nos trate de convencer de parar nada.

Yo lo tengo claro, lo tengo claro desde hace realmente demasiado tiempo, pero tiene razón. No puede quedar ni la más mínima duda por ambas partes antes de que nos tiremos a la piscina. Las olas que vamos a generar van a ser grandes, y puede que no alcance con querernos para evitar que nos ahoguemos.

—Creo que tal vez Chava y Mark ya lo sepan —digo en broma, intentando aligerar la tensión que tan rápido se ha generado.

—Puede que tengas razón —me sigue el juego, pero al instante se pone seria de nuevo—. No creo que pueda ocultarles esto a Grace y Chantal tampoco. Me van a leer la cara en dos segundos.

—Entonces, parece que Oakley va a ser el único que se quede fuera —suspiro. No me gusta, pero lo entiendo. Si alguien va a tratar de convencernos de no seguir juntos, va a ser él, y no nos viene bien ese tipo de influencia tan temprano en la relación.

—Sí. —Willow se moja los labios mientras los engranajes se le encienden en la cabeza—. ¿Y si…? ¿Y si lo decimos justo después de la boda de Alisha? Es en dos semanas. —Espera a que yo asienta para seguir—: Podemos tomarnos este tiempo para decidir cómo queremos manejar nuestra salida al público. Además, ahí termina mi contrato contigo y con Argonaut.

Tiene razón. Pero no quiero ni pensar en cómo van a ser las cosas cuando se termine su contrato y no esté a mi lado constantemente. Al mismo tiempo, cuando no trabaje para mí, ya no nos van a mirar tan mal por lo que estamos haciendo.

—Bueno —acepto, acercándome a ella de nuevo—. Parece que vamos a tener que ir escondiéndonos un tiempo. ¿Estás dispuesta?

Clava una palma en mi pecho mientras se levanta sobre mí. Incluso con el brillo tenue de la luz de noche, llego a verle la rayita de caramelo del ojo. Su imperfección perfecta.

—Si es para estar contigo —dice—, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa.

Le deslizo los dedos por el cuello y los entierro entre los rizos que tiene en la nuca.

—Eh. Te amo.

Una oleada de alivio le recorre el rostro.

—¿Así que no lo dijiste en caliente y sin querer?

—Para nada. ¿Y tú?

—No. Lo dije en serio. —Frunce los labios, como si estuviera debatiéndose si contarme un secreto—. Creo que he estado enamorada de ti casi toda mi vida. —Es una confesión que la deja vulnerable, pero baja la seriedad y me dice en broma—: Ya era hora de que te pusieras al día.

Puede bromear todo lo que quiera, pero tiene razón. Me llevó demasiado tiempo ver lo que tenía enfrente y salir a buscarlo.

Pero al menos llegamos hasta aquí. Solo espero que nos permitan quedarnos.



Lo primero que noto cuando me despierto, antes de llegar a abrir los ojos, es el aroma dulce a vainilla y el calor del cuerpo de Willow mezclándose con el mío.

Me doy cuenta de que está despierta, aunque está dándome la espalda e intentando limitar y controlar sus movimientos. Siempre fue de moverse dormida. Me acuerdo de que cuando íbamos a acampar juntos con nuestras familias, ella terminaba siempre fuera de su saco de dormir o al otro lado de la tienda. Claramente, no cambió nada en estos años, aunque ahora me preocupa que lo haga porque está incómoda. Me imagino que quedarse quieta en un mismo lugar durante mucho tiempo no le sienta nada bien, sobre todo después de todos los *rounds* que la hice soportar anoche.

—Sé que estás despierta —le murmuro contra un hombro desnudo.

Al oír mis palabras, se queda quieta y gira ligeramente la cabeza, aunque no se da la vuelta para mirarme.

—No quería despertarte —susurra—. Perdón.

—Mmm, no te disculpes. —Le aparto el pelo y le beso la nuca, regodeándome en el escalofrío que la recorre—. No quiero perderme ni un momento contigo.

Se mueve un poco más cerca de mí y, esta vez, le veo la sonrisa.

—¿Todas las noches te vas a dormir con estas frases hechas?

Le respondo sonriendo contra su piel.

—¿Quieres que te diga otra? —Cuando asiente, susurro—: Estoy convencido de que los dioses te pusieron en mitad de mi camino.

—Ah, muy buena —dice, mostrándome esos hoyuelos—. ¿De qué película de Bollywood es esa?

Me río y la cara ya me duele de lo ancha que tengo la sonrisa y la felicidad pura que me inspira ella.

—Si lo adivinas, dímelo. —Le vuelvo a besar el cuello y esta vez recibo un suspiro de satisfacción como recompensa—. Pero hablo en serio. Creo que esto nos tenía que pasar.

—¿Qué, acabar juntos en la cama? —bromea mientras se pone bocarriba y me mira con los ojos entrecerrados.

—Y todo lo que nos trajo hasta aquí. —Interrumpo la teoría con un beso en la punta de su mandíbula—. Que necesitáramos ayuda el uno del otro. El tiempo que pasamos juntos gracias a eso. —Mis labios bajan a su clavícula—. Lo mucho que nos pudimos acercar sin que nos cuestionaran nada. —Le doy un lengüetazo bajo la base de

su garganta—. Todo fue perfecto. Como si estuviera escrito en las estrellas.

—¿Ah, sí? ¿Estaba escrito en las estrellas?

—Fue el destino. Kismet. El hilo rojo y todo eso.

—¿Y tú crees en eso?

—Dado que te tengo entre mis brazos, no me queda otra.

—Qué empalagoso —murmura, hundiendo los dedos en mi pelo—. ¿Y qué más?

Podría hablar de ella toda la mañana, pero el teléfono de Willow pía desde la mesita de noche e interrumpe mi intento de contarle que ni los astrólogos indios en los que mi madre dice no creer pero aun así usa podrían negar lo compatibles que somos.

Willow resopla mientras se aleja de mí para coger el teléfono.

—Es Chava —dice, y su cara se apaga un poco cuando lee el mensaje—. Quiere que vayamos al aeropuerto dentro de una hora.

La realidad nos llama y es hora de enfrentarla. Tenemos mucho que encarar.

—Bueno. —Le beso la comisura de los labios, con la certeza de que esta va a ser la última vez que lo pueda hacer hasta que volvamos a quedarnos solos. Y no tengo ni idea de cuánto falta para eso—. Vamos a casa, *jaanu.*



CAPÍTULO 26
Willow

—Me duele todo —me quejo en voz baja a Dev mientras salimos a la luz del sol—. ¿Cómo se supone que me siente en un avión durante…? —Se me sacude el estómago al pensar que hoy tengo que viajar de Bruselas a San Diego—. Ay, no. ¿Cuánto dura este vuelo?

—Mucho —responde mientras coge mi maleta para llevársela, y nuestros dedos se rozan.

Cualquier contacto me es más que suficiente. Ahora que abandonamos la privacidad de mi habitación, tenemos que fingir que no pasa nada (ni un hilo rojo del destino) entre nosotros. Somos entidades separadas en vez de una pareja unida.

El pecho me duele cuando pienso en eso. No importa lo nueva que sea esta conexión; no quiero ni imaginar la idea de no estar juntos, sin importar lo falso que sea el distanciamiento.

Nos pusimos de acuerdo en mantener lo nuestro en secreto, pero a la luz del día, ir por todos lados a escondidas es mucho más difícil de lo que parecía cuando se nos ocurrió el plan. Lo único que quiero hacer es entrelazar los dedos con los suyos y declararle al mundo que tenemos una relación.

Por lo menos… eso creo. La verdad, no le pusimos etiqueta a nada.

Pero parece que no voy a llegar a preguntarle a Dev qué considera que somos, porque se nos suman Mark y Chava cuando nos acercamos a la furgoneta que nos está esperando. Puede que nos hayan sorprendido besándonos e incluso que hayan hecho una apuesta sobre nosotros, pero no deberíamos involucrarlos más de lo que ya están. Son amigos de Oakley, a fin de cuentas, y quién sabe lo que alguno de los dos (está bien, claramente sería Chava) puede llegar a revelar sin querer.

Ellos no son los únicos con los que tengo que cuidarme. No me puedo olvidar de que Dev es famoso, por más que sea algo que no me entre en la cabeza. Eso hace que él esté bajo un escrutinio constante y, por asociación, últimamente yo también. Ya apareció mi foto en varias publicaciones. Son inofensivas, en general poco más que unas imágenes de Dev y yo caminando uno al lado del otro por el *paddock*, pero ahora mi nombre aparece en lugares. Ya me identificaron como la encargada de sus redes sociales y, por el momento, ese debería ser mi único título.

Cuando llegamos a la furgoneta, sin querer hago contacto visual con Mark mientras carga el equipaje en el maletero… y sí, no hay *ninguna* duda de que sabe lo que estuvimos haciendo Dev y yo anoche. Se me ruboriza la cara cuando me guiña el ojo, pero por lo menos lo aprueba.

Chava, por suerte, no parece ni enterado cuando le paso por al lado y me apresuro a meterme en la tercera fila de la furgoneta. Dev se me suma enseguida, y me toca el muslo con la mano mientras los otros se quedan en la acera. Es un momento bastante privado, así que dejo que dure, e incluso me muevo un poco para que los dedos se le deslicen por debajo del borde de mis *shorts*.

—Antes de que tengamos que estar con nuestras familias —murmura cerca de mi oído—, déjame invitarte a salir.

Lo miro de reojo y resisto el impulso de girar y apretar mis labios contra los suyos.

—¿Va a ser la supuesta mejor cita de mi vida que me habías prometido?

—Mierda, el listón está muy alto, ¿no?

—Eso es culpa tuya, amigo.

—Se ve que sí. —Suelta un resoplido, pero es con humor, y por cómo desliza la mano un poco más arriba, sé que no está preocupado—. Apenas aterricemos, te voy a secuestrar. Les decimos a todos que se retrasó el vuelo.

Frunzo el ceño.

—Chava y Mark están literalmente en el mismo vuelo. Nadie va a creérselo si ellos aparecen y nosotros no.

—Nos van a hacer la segunda. Te lo prometo.

Y ahí es cuando veo a Chava. Tiene el rostro sonriente apretado contra la ventanilla, las manos ahuecadas encima de los ojos para poder ver a través del cristal polarizado, y nos está mirando como si fuéramos una exhibición del zoológico.

Claramente, aquí no hay ningún secreto.

Suspiro.

—Está bien. Creo que es lo mínimo que pueden hacer.



Dieciséis horas después, estoy dura, adolorida y lista para ir a dormir, por más que sean las tres de la tarde aquí en California. No estoy apta para ir a ningún tipo de cita en este momento. Ni siquiera estoy decente para que me vean otros seres humanos.

Pero Dev igualmente me empuja hasta otra furgoneta y saluda con la cabeza a Mark y Chava antes de subirse a mi lado. Trato de darles las gracias con un gesto, pero estoy tan agotada que la mano se me cae como un pescado muerto.

—Creo que no tengo ganas de hacer nada —digo, cansada.

—De esto sí, te lo prometo.

No estoy tan segura. Pero hasta ahora no me decepcionó nunca, y se supone que esta va a ser la mejor cita de mi vida, así que… creo que voy a seguirle el juego.

Pero cuanto más lejos conducimos, más confundida estoy. Estamos bordeando la costa en dirección a uno de los vecindarios más lujosos de San Diego. Tal vez estamos yendo a una zona de la playa con acceso privado. No estaría mal dormir una siesta al sol, pero eso lo podríamos hacer cualquier día. No es exactamente algo digno de «la mejor cita de mi vida».

Así que cuando doblamos para meternos en la entrada de una casa que tranquilamente podría valer diez millones de dólares, frunzo el ceño y le lanzo una mirada curiosa a Dev.

—No me digas que compraste una casa entera para esta cita.

Se ríe por la nariz y desabrocha primero su cinturón de seguridad y después el mío.

—Solo es alquilada. No te preocupes. Pero no pienses que no compraría una casa solo para impresionarte. Elegiría una ciudad más emocionante, eso sí.

Eso me saca una risa.

—Lo voy a tener en cuenta.

Él sale de la furgoneta primero, y después me ayuda a bajar envolviéndome las manos con las suyas por un instante antes de que su brazo se encuentre con mi cintura. Subimos por el camino de piedras hasta el amplio porche de entrada. Está decorado con sillas de mimbre y una hamaca, pero son las bolsas de la compra de papel las que me llaman la atención.

—¿Has pedido algo?

Dev tiene la sonrisa torcida y los ojos brillantes.

—Estás empecinada en joder mi sorpresa, ¿no? —Deja de rodearme con el brazo para recoger las bolsas; después pone un código en la puerta para abrirla—. Primero las damas —dice, y se aparta.

Giro el pomo y le hago caso, pero solo porque él me da la suficiente confianza para saber que no me va a estar esperando una trampa ni el machete de un asesino. Eso es lo bueno de conocerlo de toda la vida, creo.

Por suerte, no hay ni una sorpresa horripilante ni un asesino en serie al otro lado de la puerta. Lo único que hay es una planta de concepto abierto con suelos de parqué de roble con corteza de cerezo, muebles hogareños de colores neutros y una cocina que sería el sueño de un chef. Pero, en realidad, es la vista la que vende este lugar.

Hay una pared cubierta de ventanales con vistas al mar y a la estrecha escalera en zigzag que baja hasta la pendiente rocosa que da a la playa. Un patio se resguarda al lado del acantilado que, por si fuera poco, tiene más muebles de mimbre y un lugar para hacer

barbacoas. Lo mejor de todo es que está escondido de cualquiera que pase por el tramo angosto de playa que está justo debajo.

Me quito el calzado de dos patadas y voy despacio hasta los ventanales para admirar la vista mientras Dev deja las maletas en la isla de la cocina.

—Esto es precioso —exhalo, mirando por la ventana hacia las olas azul oscuro que lamen la orilla—. Y pacífico.

Su risa se esparce por todo el espacio.

—Exacto. No vamos a tener mucha paz cuando volvamos a casa. Quería una última escapada antes de que empiece el caos de la boda.

Ni me imagino la locura que va a ser la boda de Alisha. Vi algunos de sus tableros de ideas la última vez que estuve en casa, y todos los aspectos parecían emocionantes, lujosos y más caros que la hostia. Pero, por más increíble que vaya a ser este evento de tres días (y eso está casi garantizado), va a ser agotador para todos los que participemos de alguna forma.

—Vamos. Veamos el piso de arriba —dice Dev, pasando por mi lado para adelantarse y ofrecerme una mano. En el otro brazo tiene una bolsita blanca apretada contra el pecho, pero no llego a ver qué hay dentro.

Me lleva arriba por la escalera ancha, dejando atrás todas las fotografías de la naturaleza en blanco y negro que bordean las paredes, y llegamos a la planta alta. La habitación principal está prácticamente colgando encima del mar y ostenta unas vistas todavía más impresionantes. Inmediatamente me veo tentada de tirarme en la cama y dejar que el leve rugido de las olas me arrulle hasta quedarme dormida.

—Ya casi estamos.

Pasa por un lado del colchón *king size* y me lleva de la mano hasta otra puerta, que esta vez lleva a un baño en suite decorado con un mármol lustroso. El foco de atención está puesto en la bañera descomunal con patas de garra que está al lado de otro ventanal.

—¡Tachán! —anuncia Dev. Me suelta la mano y se da la vuelta hacia el grifo cromado de la bañera—. Me pareció que no te vendría mal un baño antes de empezar en serio con la cita. Quítate la ropa.

—Eh, primero invítame a cenar.

Se ríe.

—Eso viene después. Pero primero, necesitas un baño. —Deja la bolsa en la encimera. Son sales de Epsom con aroma a lavanda—. Espero que esto te relaje los músculos. Después de anoche y de ese vuelo, sé que estás con dolor.

Se me hace un nudo en la garganta, y juro que me da un vuelco el corazón. Nunca nadie se esforzó tanto por cuidarme. Nunca nadie entendió cómo me siento con tanta naturalidad como él.

—Gracias.

Me guiña un ojo mientras echa una cantidad generosa de sales de Epsom en el agua humeante. De inmediato, el aroma relajante a lavanda llena la habitación.

—Ven abajo cuando termines —indica, y me besa la frente antes de dirigirse hacia la puerta—. Tengo más sorpresas.

Sale, y entonces me quedo sola, sonriéndome como una tonta mientras pestañeo para contener las lágrimas que amenazan con derramarse. Si me explota el corazón por una superabundancia de amor, sé exactamente a quién echarle la culpa.

Me apresuro a quitarme la ropa y recogerme los rizos encima de la cabeza para meterme en el agua, y suelto un gemido cuando el calor me va aflojando despacio todos los nudos de los músculos. Me quedo sumergida hasta que se me arrugan las puntas de los dedos, y cuando por fin me convenzo de salir, me encuentro con que me espera la toalla más esponjosa del mundo.

Cuando ya estoy seca, paso a la habitación. Mi maleta está al lado de la cama, pero en el colchón hay un envase de mi crema corporal favorita con aroma a vainilla y un vestido nuevo. Es blanco estampado con unas violetas delicadísimas, y es de una marca con precios bastante altos. Por más que no termine siendo la mejor de mi vida, no hay duda de que nunca tuve una cita tan espectacular.

Cuando ya estoy hidratada y vestida, vuelvo a bajar y me encuentro con Dev, que sale de la cocina con una bandeja con sándwiches, limonada, y algo que seguramente sean macarrones de Stella Margaux. Señala con la cabeza la puerta corrediza abierta que da al patio.

—Vamos, hagamos un pícnic.

Salgo detrás de él y me acomodo en el sofá de dos plazas con cojines. Levanto la cabeza hacia el sol y dejo que la brisa del mar me despeine los bucles encrespados que se me escaparon del moño. No hay nada en este momento que no sea perfecto.

En silencio, apoya la bandeja y me pasa un vaso de limonada antes de sentarse a mi lado.

—¿Cómo has planeado todo esto tan rápido? —pregunto mientras la bebida me refresca la palma.

Me rodea con un brazo y me aprieta un dedo contra el hombro.

—Uno, soy *muy* rico. Puedo pagar para conseguir casi cualquier cosa. Y dos —dice, y me aprieta otro dedo contra la piel—, sé comprar cosas por internet.

Me llevo el vaso a los labios para esconder mi sonrisa.

—Loco —murmuro dentro del vaso.

—Ah, sí, más vale. Pero ¿te gusta?

Mientras recorro con la vista el lugar tan impresionante que me rodea, bebo un traguito de limonada y finjo que estoy pensando la respuesta.

—Mmm… Me *parece* que no está mal.

Me roza la mandíbula con los labios y me mordisquea el borde a modo de venganza. Cuando giro la mejilla para apretarme contra la suya, siento su sonrisa.

—No te hagas la listilla —murmura—. Me gusta cómo te queda ese vestido, ya que estamos. Creo que elegí bien.

—No voy a preguntar cómo sabías mi talla exacta.

—Entonces no voy a confesar que me puse a hurgar entre tu ropa mientras te duchabas hoy por la mañana.

Me río y me alejo un poco para sostenerle la mejilla con la mano y perderme en lo profundo de sus ojos oscuros.

—Yo sé que ya lo he dicho, pero gracias. Esto es… Esto es increíble. Es todo lo que podría haber querido de una cita. —Porque en realidad lo único que necesito es a él.

Pasa la vista rápido por mi rostro, y las cejas se le juntan un milímetro.

—No hace falta que me agradezcas nunca este tipo de cosas, Willow. Así es como mereces que te traten.

Me vuelven a arder las lágrimas desde el fondo de los ojos. Para mantenerlas a raya, aprieto los labios contra los de él. El beso es casto y cerrado, pero terriblemente dulce.

Dev se aleja primero y me examina un segundo. Con una risita suave, baja la cabeza y se despeina el pelo como un adolescente tímido que acaba de dar su primer beso. Para ser un hombre que yo describiría sin tapujos como increíblemente sensual, ese movimiento es adorable.

—Bueno, basta —dice, y levanta un plato de minisándwiches de la bandeja—. Come.

Cojo uno agradecida y me apoyo en el sofá para morder el pan blando con queso.

—¿Estás contento de tener un descanso de las carreras? —pregunto cuando termino de masticar.

Asiente con la cabeza mientras coge un sándwich.

—Aunque me guste correr, también me gustan los momentos tranquilos. Está bien no tener que estar yendo de un lugar a otro durante unas semanas.

Entiendo lo que dice ahora que lo seguí por toda Europa. Pero de pronto caigo en la cuenta de que ya no lo voy a hacer más. Ya… he acabado. No voy a tener que tomar vuelos nocturnos que me dejen sin dormir ni viajar apretujada en las camionetas que nos llevan a los circuitos. Malibú es nuestra última parada en este torbellino de aventuras, y cuando termine el fin de semana de la boda de Alisha, se acaba mi contrato con Dev.

Una tristeza me golpea el pecho y casi me saca el aire de los pulmones. No quiero que se termine esta parte, aunque eso nos vaya a permitir sacar a la luz nuestra relación. Haber ayudado a

salvar su reputación del borde del abismo fue todo un honor. Me encantó conocer a la gente de Argonaut (sin contar a Buck y a Nathaniel, que nunca me dirigieron ni una sola palabra) y me encantó agradecerles a través de las redes de Dev por todo el trabajo que hacen. Me ha encantado… todo.

Nunca pensé que iba a disfrutar un trabajo así, lleno de viajes y eventos con un ritmo tan acelerado. Durante mucho tiempo, yo me imaginé trabajando en un departamento de marketing enorme para un equipo deportivo, sentada en un escritorio, haciendo clic todo el día. Algo tranquilo y seguro. Trabajar de cerca con una sola persona al principio me parecía dar un paso atrás. Pero ahora… no me puedo imaginar pasar los días en un cubículo, seguramente sin conocer a los atletas que esté promocionando. Siento que los tiempos en los que aspiraba a conseguir eso mismo son parte de una vida pasada. Como si fuera la vida de otra persona.

—¿Qué vas a hacer cuando ya no esté trabajando para ti? —le pregunto a Dev, esforzándome por mantener la voz tranquila aunque el corazón me esté latiendo con fuerza en la garganta.

—Voy a contratar a una empresa de relaciones públicas, como me había pedido Howard en un principio. —Su respuesta sale con tanta naturalidad que está claro que no es la primera vez que piensa cuáles son sus opciones—. Lo has dejado todo tan encarrilado que lo único que tienen que hacer es mantenerlo. Y cuando esté en Mascort…

—¡No te adelantes! Es de mala suerte.

—Y *si llego* a irme a Mascort —se corrige—, seguramente me darían a elegir entre una lista de personas que ya estén evaluadas y aprobadas por ellos. Ellos son una empresa seria. No como

Argonaut, donde básicamente me dijeron que me las arreglara yo solito. —Pone los ojos en blanco.

Tengo que frenar mi deseo de escupir que me quiero quedar con él. Que quiero seguir haciendo lo que estoy haciendo, aunque la verdad es que ya no me necesita.

Pero me trago las palabras. No es una opción viable si queremos tener una relación pública, y sobre todo si quiero tener cualquier tipo de carrera que no esté plagada de rumores de que me acosté con alguien para conseguir un trabajo.

—Voy a cruzar los dedos para que te den el contrato de Mascort —digo en cambio.

Dev suelta un resoplido, y por suerte no está al tanto de la vorágine que se desató en mi interior.

—Yo también. Ya sé que no va a pasar de un día para el otro, pero no voy a aguantar otra temporada en Argonaut.

Y seguramente Argonaut tampoco aguantaría otra temporada con él.

—¿Te puedo preguntar algo? —digo como un prólogo innecesario. Él me va a contestar cualquier pregunta que se me ocurra, pero tengo curiosidad de saber esto hace siglos—. ¿Hay alguna razón por la que odies tanto a Nathaniel? Más allá de que el equipo siempre lo pone primero. Y de que sea un imbécil.

Dev se ríe por lo bajo y se termina el sándwich. Se limpia las manos con una servilleta, después abre la boca como si estuviera a punto de responder, pero después la vuelve a cerrar y observa el patio durante unos cuantos segundos.

—Cuando Buck compró el equipo —empieza por fin—, hizo una fiesta para presentarse. En Argonaut, todos estaban emocionados

por recibirlos a él y a Nathaniel. Seguramente porque estábamos desesperados por que entrara dinero. Pero igualmente el equipo necesitaba sangre nueva.

—No voy a mentirte: yo estaba entusiasmado con todo el asunto. Tener más dinero quería decir que por fin íbamos a poder ser un equipo competitivo. Además, Nathaniel se había hecho conocido en F2 el año anterior, y como a mí no me iban a expulsar para traerlo, yo estaba contento de que viniera. —Dev suelta una risa breve y lacónica—. Tendría que haberme dado cuenta.

Le aguanto la mano con la mía, una demostración de apoyo silenciosa. La rodea con los dedos, pero tiene la vista en las olas cuando vuelve a hablar:

—Me presenté con él y con Buck, y él directamente… me ignoró —dice Dev, negando un poco con la cabeza como si todavía no lo pudiera creer—. Simplemente hizo como si yo ni estuviera. Buck fue el único que me habló, pero hasta eso fue bastante breve. Después, esa noche me encontré a Nathaniel solo y le pregunté si había algún problema. No me acuerdo bien qué dijo, pero me dejó muy claro que no tenía ningún interés en conocerme como amigo, ni conocido, ni siquiera como compañero de equipo. Me habló como si yo no fuera digno de su atención. —Dev suelta un resoplido y por fin me vuelve a mirar—. Por eso casi nunca hacemos vídeos ni eventos juntos. Y cuando los hacemos, siempre hay alguien en medio. Te juro que no estuvimos solos en un mismo lugar desde esa noche. Y está bien. No tengo interés en pasar tiempo con gente que me trate así.

Le aprieto la mano, con un nudo enorme en el estómago. Nadie se merece que lo traten así, y menos que menos Dev. Podría ser la

personificación de un rayo de sol.

—Siento mucho que haya pasado eso —digo despacio, decidida a aligerar el ambiente—. Bueno, entonces él es claramente el piloto que menos respetas de todos los que hay. ¿Quién es el que más respetas?

Se endereza un poco y se le ilumina el rostro.

—Zaid. De lejos. Él abrió el camino para los tipos como yo. Me demostró que había lugar en los deportes de motor para pequeños marrones como yo. Sin él, no sé si yo hubiera aguantado los momentos difíciles.

—Y ahora vas a ser su compañero de equipo. Increíble.

Me mira de reojo.

—¿No me dijiste *hace poco* que decir eso era de mala suerte?

—Vas a estar bien. —Sacudo la mano para desechar el comentario, sonriendo—. Estoy tan orgullosa de ti. Vas a tener que conseguirme pases para el *paddock. Tengo* que verte en ese coche. Ojalá encuentre un trabajo que me dé vacaciones desde el principio.

Le tiembla un poco la sonrisa durante una fracción de segundo antes de volverle al rostro con todas las fuerzas, pero los ojos se le apagaron ligeramente. A mí tampoco me encanta el recordatorio de que ya no voy a estar siguiéndolo por el mundo, pero él es el que ya tiene un plan preparado para cuando eso suceda. Aun así, tal vez todavía no se acostumbró a la idea de que yo vaya a volver a mi vida en Nueva York solo en un par de semanas.

Tal vez sea el momento de sacar el tema, por mucho que quiera evitar la tristeza que vaya a traer.

—Creo que tendríamos que hablar de cómo vamos a hacer para que funcione la relación a larga distancia —digo, y enseguida lo sigo

con la frase—: si es que decidimos hacer eso.

—No es lo que *querría* —responde Dev con palabras bien medidas —. Pero si es la única forma que tenemos de estar juntos, entonces va a tener que ser así. —Suelta una risa sardónica con un resoplido y me mira de perfil—. ¿Te puedo confesar algo? Hace mucho tiempo que no tengo novia.

El corazón me da un vuelco en el pecho. ¿Está…? ¿Acaba de ponerle una etiqueta a esto? O sea, me gusta, pero es… grande. Más grande que declarar que nos queremos, por algún motivo.

Elijo ignorarlo. No estoy lista para hablar de lo que somos en este momento.

—Ah, ¿sí? —pregunto con una ligereza artificial en la voz—. ¿Cuándo fue la última vez?

—Fue… —Se interrumpe y arruga el ceño, concentrándose—. Mierda, ¿fue en secundaria? Priya. La madre *me odiaba*.

Lo miro boquiabierta.

—¿En serio?

—Ay, sí, esa mujer pensaba que yo era el…

—No, quiero decir, ¿en serio no tienes novia desde *secundaria*?

Hace unos cuantos años que me esfuerzo por no estar al tanto de lo que pasa con él ni de leer las porquerías amarillistas que hablan de su vida amorosa. No quería enterarme de algo para después arrepentirme de haberlo visto. ¿Pero no tiene novia desde qué edad? ¿Los quince? Siempre dio la imagen de ser un romántico (un buen ejemplo es esta cita), así que di por sentado que había estado en una serie de relaciones monogámicas a lo largo de los años. Parece que me equivocaba.

Dev se encoge de hombros.

—Este estilo de vida hace que sea difícil tener pareja. Tengo que estar en serio muy metido en una relación para querer esforzarme por que funcione. No es que no haya habido mujeres. Te voy a decir la verdad, Willow. Hubo… muchas. —Parece que le da solo un poco de vergüenza admitir eso.

—Ah —cavilo. Esa confesión no me molesta particularmente. Es un hombre sensual, rico y exitoso capaz de cautivar casi a cualquiera para que se baje los pantalones. Y parece que eso hizo. Pero no tengo derecho a juzgarlo por eso. Además, es por mí que alquiló una casa entera, *solo* para que pudiéramos tener una cita. Las mujeres de su pasado no tienen nada que ver conmigo—. Por eso te afectó tanto lo de las ETS. Podría haber sido verdad.

Suelta una carcajada sorprendida.

—*Uy*, eso me dolió. Siempre me cuidé mucho, por si te interesaba saberlo. —Me da un codazo suave en las costillas y sonríe—. Pero sí, me tocó una fibra sensible. El *paddock* tranquilamente podría ser una placa de Petri, así que es importante cuidarse.

Me viene de golpe un recuerdo (de nosotros dos apretados piel contra piel anoche) y de repente me pongo roja de pies a cabeza. Claro que una conversación sobre ETS no es algo que me produzca la gran cosa, pero el escándalo de Dev implicó que él no haya estado con nadie más durante esos meses. Teniendo en cuenta que parece que ya hace siglos que acallamos esos rumores, tranquilamente podría haberse camelado a alguien para llevársela a la cama mientras tanto… y sin embargo se aguantó. Por mí.

Me eligió *a mí*.

—¿Todo bien? —oigo que pregunta. El tono de preocupación me saca de inmediato de mi ensoñación—. ¿Hace mucho calor aquí?

Podemos volver dentro si quieres.

Sacudo la cabeza, tanto para rechazar la sugerencia como para ahuyentar los pensamientos que hacen que quiera dejar que seamos precavidos y anunciar nuestra relación a los cuatro vientos ahora mismo.

—Estoy bien aquí donde estamos. —Me acerco a él todo lo que puedo—. Estaba pensando que no me quiero ir nunca, en realidad. ¿*Seguro* que tenemos que volver a casa?

Se ríe por lo bajo, me acurruca bajo el brazo y me apoya el mentón encima de la cabeza.

—A menos que quieras que salga mi madre a cazarnos, tendríamos que obligarnos a ir para allá en unas horas. Pero hasta ese momento… —me encuentra la rodilla con la otra mano y sube despacio por debajo de mi vestido— se me ocurren un par de ideas para pasar el rato aquí.



CAPÍTULO 27
Dev

Me da más miedo enfrentarme a una casa llena de tías que subirme al coche antes de una carrera.

La boda de Alisha va a ser en Malibú (a tres horas en coche de San Diego), así que tuve el optimismo de pensar que eso evitaría que nuestra familia se instalara en nuestra casa en las semanas previas al gran día. Lamentablemente, parece que todos decidieron venir para aquí, y yo no me puedo escapar.

Cada vez que lo intento, me arrinconan y me interrogan para saber adónde voy y qué estoy haciendo con mi vida y cuándo pienso sentar cabeza. Si no ganara tanto dinero, también se estarían quejando de que haya elegido un trabajo poco tradicional (es decir, cualquier cosa que no sea medicina o abogacía o ingeniería). Y aun así, siempre sueltan críticas sobre que mi padre me alentó a seguir mis sueños de correr carreras.

Por suerte, mi madre salta a defenderme siempre que oye esos comentarios. Le sale bastante bien lo de recordarles que soy más exitoso que la mayoría de los miembros de nuestra familia. Tampoco puede evitar presumir un poco sobre que al menos uno de sus hijos le está siguiendo los pasos para convertirse en médica.

Ya va una semana de esto. Una semana de que me persigan primitos y me acosen tíos que quieren entradas para el Gran Premio. Una semana de hacer *souvenirs* para la boda y desenfundar la

tarjeta de crédito para pagar algunos añadidos de último momento. Una semana de tener que estar lejos de Willow.

Sabía que la transición de pasar todo el tiempo juntos a tener que mantener la distancia sería difícil, pero esto viene siendo una puta tortura, sobre todo porque está en la casa de al lado.

A Oakley, sin embargo, sí que lo estuve viendo muchísimo. A él también lo obligaron a ayudar con cosas de la boda, mientras que Willow tuvo suerte y la invitaron a sumarse a las salidas de compras con mi madre y a pasar el rato con Alisha para hacer lo que sea que hagan las novias antes de casarse.

Por muy agradecido que esté de pasar tiempo con Oakley, me está matando no poder desembuchar: «Eh, amigo, estoy enamorado de tu hermana y por alguna extraña razón ella me quiere a mí también. Por favor, no me rompas las costillas».

Sí. Estoy sufriendo.

—No puedo creer que nos ensartaste a Chava y a mí en eso de la noche de *garba* —refunfuña Oakley por enésima vez mientras metemos chucherías en bolsitas de tela con las iniciales de Alisha y su novio. Estamos sentados en la sala de estar de mis padres, tratando de hacernos oír entre el barullo de las tías parloteando y los críos chillando—. ¿Por qué no le obligas a Mark también?

—Porque es un poco demasiado —me señalo la palma— para eso.

—Tú y yo somos mitad blancos, literalmente —dice Oakley con una risotada—. ¿Cómo sabes que no heredé la falta de ritmo de mi padre y su amor por Steely Dan?

—Te vuelves loco cada vez que suena una canción de Panjabi MC. No finjas que no te divierte esto. —Tiro una caja de trufas de

chocolate asquerosamente caras en una bolsa—. Además, ¿de verdad quieres ver a Mark tratando de sacudir los hombros?

Oakley frunce la nariz, imaginando como yo los intentos fallidos de nuestro amigo con esos brazos excesivamente largos.

—Bueno, tienes razón. Nadie merece ver eso.

No, nadie. La verdad, tampoco quiero que me vean bailar a mí. La lista de invitados es larguísima, y no hay forma de que no aparezcan en internet vídeos de mí apenas acabemos el baile.

Mierda, con la suerte que tengo, seguramente lo pasen en *streaming*. Igual puedo adelantarme y pedirle a Willow que lo haga. Si no puedes vencerlos, mejor unirse a ellos, ¿no?

De nuevo, por la que debe ser la enésima vez en el día de hoy, mis pensamientos se van a Willow. Nuestra cita de la semana pasada parece haber sido hace toda una vida y, si no consigo quedarme solo con ella en las próximas veinticuatro horas, tal vez me prenda fuego. Pero la única forma de conseguir verla es escabulléndome de mi casa esta noche. Y escabullirme de una casa llena de tías gritonas… Olvídalo.

Mientras Oakley sigue metiendo *souvenirs* en bolsas y quejándose, saco el teléfono y le mando un mensaje a Willow.

Dev: Voy para allá más tarde.
Deja la ventana del pasillo abierta

Su respuesta llega en cuestión de segundos.

Willow: Cuándo sería «más tarde»?

Dev: Solo que no te vayas a dormir temprano

Lo único que me contesta es una seguidilla de interrogantes, pero no me molesto en responder. Ya lo entenderá esta noche.

—¿Quién te tiene sonriéndole así a tu teléfono?

Levanto la cabeza de golpe. Oakley me examina con los ojos entrecerrados, con el labio superior levantado como empezando a formar un gesto burlón, pero veo curiosidad detrás de todo eso. Joder.

Carraspeo, bloqueo el teléfono y me lo vuelvo a meter en el bolsillo.

—El chat grupal de pilotos. Thomas estaba diciendo estupideces.

Oakley me responde con un gruñido, aunque no logro darme cuenta de si me cree la mentira o no. Por suerte, nos corta la conversación Alisha, irrumpiendo por la puerta de calle, arrastrándose bajo el peso de lo que parecen cincuenta portatrajes.

—¿Alguno de vosotros me quiere ayudar, joder? —resopla, fulminándonos con la mirada a nosotros y después al resto de los tipos que están sentados a nuestro alrededor.

—Ojito con los insultos —le ladra mamá cuando entra detrás de Alisha, pero sus ojos expectantes caen sobre mí—. ¿Y? ¿Vais a ayudar u os vais a quedar ahí como unos vagos?

Oakley es el primero en levantarse de un salto. Murmura una disculpa a mi madre y se abalanza a ayudar a Alisha. No se me pasa la mirada que le lanza de soslayo, que se sostiene unos segundos de más. Antes lo hacía más evidente, cuando pensaba que yo no prestaba atención. Pero yo sí lo veía.

Siente algo por mi hermana desde siempre, aunque nunca lo va a admitir y yo nunca lo presioné con el tema. Ni que Alisha fuera a

prestarle atención alguna vez. Con cinco años más que nosotros y (lamentablemente) mucho más estilo del que nosotros jamás podríamos tener, ella está tan fuera de su alcance que es como si estuvieran jugando en equipos diferentes. Supongo que por eso lo ignoré y ya.

Pero me da con qué negociar cuando le hable de la situación con Willow. No se puede ofender por que me haya enamorado de su hermana cuando él claramente se enamoró de la mía. Y ahí está, todavía mirándola así en la semana antes de su boda… Sí, lo voy a usar como arma si es necesario.

Solo espero no tener que llegar a eso.



A medianoche, la casa está en silencio. Las tías se pasaron de locas las últimas noches y se quedaron despiertas hasta las dos o tres de la madrugada, pero tal vez por fin se les hayan quitado las ganas. Mejor para mí. Al menos Willow no va a tener que quedarse casi toda la noche esperando.

Tras bajar las escaleras de puntillas y atravesar la cocina oscura, espío por la puerta trasera al otro lado del jardín. Y, oh sorpresa, la luz del dormitorio de Willow sigue encendida. El resto de la casa de los Williams está a oscuras. Espero que eso quiera decir que no me voy a cruzar con nadie esta noche.

Lanzando una última mirada por encima de mi hombro, me dirijo al jardín trasero. Me deslizo por un costado y avanzo pegado a nuestra medianera; después, corro disparado hacia su propiedad. Ya

he hecho esto tantas veces que me sale casi automáticamente. Solo que siempre fue para meterme a escondidas a jugar videojuegos con Oakley más tarde de lo permitido. Nunca fue para meterme a hacer algo (cruzo los dedos) impúdico con su hermana.

Cuando consigo entrar en casa de los Williams sin activar el sensor de movimiento de la luz, me aferro al enrejado cubierto de glicinas que llega hasta justo debajo de la ventana del pasillo de arriba, la ventana que le pedí a Willow que dejara abierta. Ahora solo tengo que rezar por que me haya hecho caso.

Empiezo a trepar, poniendo una mano por encima de la otra y enganchando las puntas de los zapatos en los agujeros de la reja, que juraría que se han vuelto más pequeños desde la última vez que hice esto. Aunque ahora que lo pienso, la última vez que lo hice seguramente tenía quince años. Mierda, estoy demasiado viejo para estas cosas.

Aun así, consigo llegar a la ventana sin sudar demasiado y contengo la respiración mientras levanto el panel de vidrio. Se mueve sin hacer ruido.

Puede que no me mueva con demasiada gracia al deslizarme por la apertura y prácticamente dar una voltereta para caer en la alfombra mullida que, gracias a Dios, amortigua el volumen de mi impacto. Estoy dentro. Y parece que ya pasé la parte peligrosa, porque las luces siguen apagadas y nadie…

Ay, *mierda.* No he pasado la parte peligrosa. Me olvidé totalmente de un miembro de la familia. El peor de todos.

Me olvidé de Herman.

El San Bernardo está quieto a dos metros, con la cabeza gacha, los ojos clavados en mí y la cola moviéndose lentamente. Me levanto

de un salto y preparo las manos para mantener a raya el ataque inminente de baba y besos. Este mastodonte de perro jamás me mordería, pero cuando se entusiasma hace *mucho ruido.*

—Herman —susurro, acercándome lentamente a la pared mientras su cola va ganando velocidad—. Yo sé que eres un colega. —Doy pasitos por el alfombrado, sosteniendo la mirada en la puerta cerrada de Willow—. Hazme un favor y no me jodas, ¿vale?

El perro se acerca un poco y el movimiento de su cola se va transformando en un culebreo de todo el cuerpo.

—Herman —le advierto, todavía caminando lento de costado—. *Herman*.

Los dioses deben estar cuidándome esta noche, porque consigo cubrir la reacción de Willow con la mano, justo cuando Herman se lanza hacia mí, y me deslizo al dormitorio un segundo antes de que su lengua húmeda encuentre mi pierna. Pero listo: ya entré y él quedó afuera, y todo está bien en el mundo.

—¿Dev? ¿Qué haces?

Al oír la pregunta sorprendida de Willow, me doy la vuelta y aprieto la espalda contra la puerta. Vaya si está guapa con ese moño desordenado y ese pijama de lino de tela azul estampada con limones. El tipo de fruta y la paleta de colores me recuerdan a la costa amalfitana, así que me dejo una nota mental de llevarla allí la próxima vez que tenga vacaciones.

Como le dije antes: soy rico. El mundo es nuestro. Y me la voy a llevar a todas partes en cuanto pueda.

—¿Que qué *hago*? —repito, con la voz aún baja y esperando que Herman no me oiga. Si se emociona más, puede que empiece a ladrar—. Estoy haciendo un gesto romántico magnífico: me he

metido a tu casa a medianoche y he intentado evitar una sesión de besos con tu perro, que insiste *muchísimo* en meterse en la cama conmigo. Siento que eso merece un saludo más entusiasta que «¿Qué haces?».

Willow pone los ojos en blanco, pero intenta tapar una sonrisa.

—Si vienes a tener sexo, mejor que des media vuelta y te vayas. Eso no va a pasar *de ninguna manera* con mi hermano y mis padres al otro lado del pasillo.

—No he venido a eso. —Aunque un poquito sí—. He venido porque tenía muchas ganas de verte. Y a Eli también. —Señalo con la cabeza a la elefanta de peluche, que sigue sentada en su mesita de noche—. He venido a arroparos a las dos.

Las comisuras de sus labios se curvan un poco más.

—Qué considerado.

—No treparía por un alambrado con la amenaza de un ataque de baba de perro por cualquier persona. Es demasiado peligroso.

—Lo dice el piloto de carreras.

Por fin me vence y se me despliega una sonrisa tan grande que casi duele. Estoy muy contento de volver a verla, de cerca y en persona.

—Ven aquí, Wills.

A pesar de sus comentarios sarcásticos, no pierde ni un segundo y se lanza a mis brazos. Acerco su cuerpo al mío y la estrecho mientras respiro su dulzura. Con cada bocanada de aire, se me desarma un poco más el estrés de los últimos siete días.

—Te he echado de menos —murmura, con la cara enterrada en mi pecho—. Estuviste aquí al lado todo el tiempo, pero me pareció que había kilómetros entre nosotros.

—Sabes que podías venir, ¿no? —bromeo mientras le acaricio la espalda, agradecido de sentir cada hueco y ranura de su columna. Quiero memorizar cada centímetro de ella—. Podrías haber pensado alguna excusa para raptarme. Estoy seguro de que había cosas para hacer con las redes sociales. Me decepciona tu falta de creatividad y esfuerzo.

Se ríe contra mi camiseta.

—Sí, claro, ¿y que todas tus tías se me vengan encima? Mejor no. Además… —baja las manos hasta mi cintura y se aleja tanto como se lo permito—, no quería robarte tiempo con Oakley.

Es muy amable de su parte darme ese espacio, pero se está olvidando de que más temprano que tarde voy a tener que conseguir un equilibrio entre el tiempo que paso con ella y con su hermano si queremos que funcione nuestra relación. Espero que esto no quiera decir que se está arrepintiendo.

—¿Sigues queriendo estar conmigo? —pregunto, bajando la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿No tienes dudas?

Ella me mira de frente, con los ojos casi negros bajo la luz tenue.

—No tengo dudas —dice con firmeza—. Quiero contárselo a Oakley después de la boda. No quiero arriesgarme a arruinarle el día a Alisha (bueno, *los días*) si él no reacciona bien.

—Sí, si me saca a patadas no voy a poder bailar —me río.

Parece que Willow no le encuentra la gracia al chiste.

—La verdad, espero que no llegue a eso. —Se muerde preocupada el labio inferior y desvía la mirada—. Y no creo que pase. Solo le hizo eso a Jeremy por lo mal que me trató.

—Así que no tengo que ser un tonto y voy a ir bien. Entendido.

Suelta un suspiro y se le caen los hombros.

—Dev…

—Perdón —digo rápido, tomándole la cara con ambas manos para que me vuelva a mirar—. Sabes que hago chistes malísimos cuando me pongo nervioso. —Estoy desesperado por cambiar de tema, por alejarme de cualquier cosa que pueda apagar el brillo de Willow. Recorro la habitación con la mirada y encuentro un blanco: la ropa *desi* que está colgada del borde de la puerta de su armario—. ¿Esa es tu ropa para la boda?

Se vuelve a iluminar y yo respiro de alivio.

—Sí, todavía tengo que guardarla —dice—. ¿Te gustan los colores? La tía Neha me ha ayudado a elegirlos.

Analizo los *cholis,* los *lehengas* y los saris, observándolos más detenidamente, y algo me molesta, pero no termino de entender qué.

—¿Los tienes ordenados? ¿Para cada evento?

—Sí. —Va señalando uno a uno a medida que avanza por la fila—: *Pithi, mehndi, garba*, la ceremonia y la recepción.

Amarillo, rosa, verde, naranja y violeta. Entonces caigo.

—No puedo creer lo que hizo esa mujer.

—¿Qué?

Suelto a Willow y me paso una mano por el pelo mientras trato de frenar el calor que me sube por el cuello.

—Espero que no te moleste estar combinada conmigo, porque esos son exactamente los mismos colores de todos mis atuendos… que también eligió mi madre.

—Dios *mío* —susurra enfadada Willow—. *No*. ¿Cómo va a hacer eso?

—Pues lo hizo.

—¡Pero si no sabe que estamos juntos! —casi grita. Se le abren mucho los ojos al instante y vuelve a bajar la voz—. Espera, espera, espera. Esa mañana, cuando desayunamos en tu casa, justo cuando empecé a trabajar contigo… tú le dijiste algo en guyaratí y ella casi se cae de la silla de lo mucho que se rio. ¿Por qué?

Debí haberme dado cuenta de que Willow no se iba a olvidar de eso, y ahora tengo que confesarle algo vergonzoso.

—Porque… le dije que nunca iba a pasar nada entre nosotros.

Willow se queda mirándome un instante y después se dobla de la risa, sin hacer ruido.

—No me lo puedo *creer* —jadea, con todo el cuerpo temblando—. ¡Literalmente un minuto después me estabas diciendo que estabas obsesionado conmigo!

Le acaricio el hombro a regañadientes, agradeciendo que la luz esté baja y ella no llegue a ver lo roja que seguramente tengo la cara.

—Sí, bueno. Puede ser. Pero…

—Ni trates de negarlo —me dice, con la sonrisa tan grande y los hoyuelos tan marcados que, cuando se levanta para mirarme, no puedo evitar devolverle la sonrisa como un estúpido, cegado por la alegría pura que emana—. Parece que tenía razón en reírse.

—Muchísima. —Niego con la cabeza. Las madres son las mejores videntes del mundo—. Vamos, Eli y tú os tenéis que ir a dormir.

Por fin se incorpora. Toma mi mano, me lleva a la cama y yo levanto las sábanas mientras ella se mete dentro. La arropo como le prometí y acomodo a Eli a su lado antes de sentarme en el borde.

—Que duermas bien, *jaanu* —murmuro, acariciándole la mejilla con un pulgar. Se ve tan tranquila que no me animo a arruinarle la

paz metiéndome a su lado, por mucho que lo quiera—. Te veo mañana.



CAPÍTULO 28
Dev

El tan esperado fin de semana por fin ha llegado, y juro que hace medio día que estoy limpiándome manchas de *haldi* de la cara.

—Esta mierda es una pesadilla —siseo, todavía enfadado por que yo, el hermano de la novia, tenga que terminar cubierto de esta pasta amarilla de cúrcuma como parte de la ceremonia *pithi*—. Alisha jamás aceptaría tener esto embadurnado por todo el cuerpo. De pequeña montaba un berrinche si yo la manchaba con el rotulador cuando estábamos dibujando.

Chava me echa un vistazo indiferente desde mi cama, donde está relajado navegando en el teléfono mientras Mark y Oakley hacen lo mismo al lado. Tienen sus propios dormitorios en esta casa de playa exorbitante que alquiló mi familia en Malibú, pero, obviamente, se han instalado aquí. No me gusta decir esto, pero creo que estamos tan pegados que ya parecemos cuatrillizos siameses.

Abajo, el retumbe de los bajos va aumentando, y gritos de emoción y risas acompañan la música. Es la primera noche de la boda y los hombres de ambas familias están festejando aquí mientras las mujeres se hacen *mehndi* en su propia fiesta en la casa de al lado. No sé cómo lo hizo Alisha para encontrar *tres* propiedades lujosas en alquiler en una misma calle, pero mi extracto bancario confirma que lo ha conseguido. Son tan bonitas que ni siquiera puedo enfadarme.

La casa de enfrente, de césped verde y frondoso, va a ser la sede de la garba mañana por la noche y de la ceremonia de bodas el domingo, pero esta casa y la de al lado se van a usar para el resto de los eventos y ceremonias. Además, alojamos a la familia cercana y amigos aquí mismo. Es la mejor forma de seguir festejando todos los días a toda hora.

—Yo la vi —dice Chava al pasar, con la atención todavía puesta en su móvil—. Está preciosa. Resplandeciente. Y tú pareces…

—Ictérico —termina Mark.

Tiro la toalla teñida de amarillo al lavabo.

—Vete a la mierda.

—Se te ve bien —decreta Oakley mientras salgo ofendido del baño en suite—. Ni que tuvieras que arreglarte para alguien. Vamos a estar solo los hombres hoy.

Intento no reaccionar, porque no tengo ninguna intención de quedarme pasando el rato aquí toda la noche. No, me voy a ir a la casa de al lado ni bien pueda escabullirme sin que nadie se dé cuenta.

Esto es una prueba de cómo va a ser la vida cuando Willow y yo nos veamos obligados a tener una relación a distancia. Mandarnos mensajes constantes, hacernos un lugar para una llamada en algún hueco que tengamos solos, compartirnos fotos estúpidas de cosas sin importancia. Esta mañana, me quedé mirando una foto de una pila de panqueques durante varios minutos mientras me imaginaba que estaba sentado a la mesa al lado de Willow. Fue patético al más alto nivel.

Estoy enamorado de ella. Eso lo sé desde hace un tiempo y ya se lo confesé, pero no esperaba que el amor doliera así. Que me hiciera

daño. Que calara en lo más profundo de mis huesos y me atrajera físicamente hacia ella. Ella es parte de mí, está entretejida en cada nervio y músculo y hueso que tengo, y estar separado de ella es como que me falte una parte.

Y está en la casa de al lado, solo. ¿Cómo me voy a sentir cuando esté a medio mundo?

Mierda. Ahora tengo que ser el hermano de la novia lleno de alegría, no el perrito mojado enamorado que acaba de recibir una patada de la realidad. Pero, joder, esto es horrible.

—¿En serio estás tan enfadado por un poco de cúrcuma? —me pregunta Oakley, analizándome más detenidamente—. Nunca te vi fruncir tanto el ceño. Ni sabía que podías.

Hago lo que puedo para domar mi expresión y me vuelvo al espejo para ajustarme el cuello de la camisa azul marino. Mañana voy a volver a ponerme ropa india, de nuevo combinada con Willow, aunque con suerte nadie más que mi madre confabuladora se dé cuenta.

—Solo estoy un poco de malhumor —admito cuando no consigo invocar una expresión relajada—. Todavía no me volvió a llamar Howard. Mi futuro está un poco en el aire, y estamos en plena temporada de culebrones, todo el mundo está negociando contratos, así que… —me encojo de hombros y no termino la idea.

Oakley suelta un suspiro y se levanta de la cama, viene a mi lado y me da una palmada en el hombro mientras me mira a los ojos por el espejo.

—Puedes retirarte y ya —me dice, con una sonrisa burlona—. La vida está bastante bien de este lado.

Eso me hace reír un poco. Niego con la cabeza.

—Paso, gracias. Me gusta mi trabajo.

—Una lástima. —Usa la mano que tenía apoyada sobre mi hombro para darme una palmada en la cabeza—. Deja de lloriquear. Vamos a pillar un buen pedo. No tienes que conducir este fin de semana.

En eso tiene razón, y pienso aprovecharlo… aunque no de la forma en que él me lo está proponiendo.

—Bueno, está bien —acepto, esta vez consiguiendo esbozar una sonrisa—. ¿Queréis apostar cuánto tiempo va a pasar hasta que uno de los tíos de allá abajo me pida un pase al *paddock*?

Oakley lanza una carcajada y me lleva hacia la puerta.

—Yo digo que no más de diez segundos.



Si no me va bien con eso de las carreras, puede que tenga futuro como espía.

Después de atiborrar de tragos a los chicos y dejarlos cantando un karaoke de canciones de Bollywood totalmente inentendible, conseguí escaparme. Son las diez de la noche pasadas (todavía demasiado temprano para un festejo de casamiento que está a tope), pero no puedo esperar ni un segundo más.

Hace veinte minutos le mandé un mensaje a Willow y le dije que se encontrara conmigo aquí, en el lavadero de la casa donde están festejando las chicas. Es el único lugar que se me ocurrió para que no nos interrumpieran, porque ¿quién va a *lavar ropa* en una fiesta? ¿Y con el *mehndi* de las manos todavía húmedo? No va a pasar.

Además, todos esos atuendos con lentejuelas solo se pueden lavar en una tintorería.

La fiesta es en el jardín trasero, por lo que pude escabullirme al interior de la casa sin que me vieran. Se me retuerce un poco el estómago cuando entro a la pequeña habitación desde la cocina y me doy cuenta de que Willow todavía no ha llegado. Respondió mi mensaje con un emoji de besito, pero ahora que lo pienso, no fue lo que se dice un «sí, nos vemos» rotundo.

Bueno, mierda. Tal vez la cagué. Debería haber pedido confirmación. Podría volver a mandarle un mensaje o llamarla o tal vez…

La puerta, que yo dejé entornada, se abre de par en par y casi me golpea la nariz.

—¡Ay, mierda! —exclama Willow en un susurro. Se apresura a entrar a la habitación arrastrando el peso de su *choli* bordado y cierra la puerta de un caderazo—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Estoy más sorprendido por el insulto que le salió de esa boquita preciosa que por que casi me haya noqueado la puerta.

—Estoy bien —le digo, todavía pasmado.

Y en cuanto me recupero… Joder, esta chica es una visión de rosa pálido y dorado. Willow vestida con ropa de mi cultura me vuelve totalmente loco. Es la segunda vez que casi me hace caer de culo hoy. La primera vez fue en la ceremonia *pithi*, cuando tenía puesto ese atuendo amarillo caléndula y era la mismísima personificación del rayo de luz más cálido. Eso comprueba lo bien que encaja en mi vida, lo fácil que se adapta y aprecia esta parte de mi mundo. Todo esto le queda hermoso, y no hablo solo de la ropa.

—Menos mal —suspira antes de soltar una risita—. Me encanta que hayas venido, pero no me puedo quedar mucho tiempo.

Sus mejillas están rojas y tiene las manos extendidas al frente de una forma algo incómoda. Su posición hace que mi atención vaya a los bucles elaborados de diseños *mehndi* que se arremolinan y le van subiendo hasta los codos. Al parecer, lo está pasando genial con mi familia.

—Te prometo que nadie se va a dar cuenta —le digo—. La cosa está a punto de desmadrarse ahí.

Se queda mirándome unos instantes, con los brillos de los párpados reluciendo mientras pestañea.

—¿En serio?

—En serio. —Me apoyo contra la lavadora y sonrío—. Dentro de poco le van a empezar a hablar a Alisha de sus deberes conyugales.

Willow deja de pestañear y me mira boquiabierta.

—No hablas de…

—Pero claro que hablo de eso. ¿Has visto a alguien caminando por ahí con una berenjena?

Me observa atónita.

—Voy a tomar eso como un sí.

—Pensé que estaban hablando de cocina —dice desconcertada—. Tengo que aprender guyaratí. Con razón estaban riendo a carcajadas. Si el curry no es tan gracioso.

Me muerdo un labio para contener la risa que me da su ingenuidad e inocencia mientras le envuelvo la cintura con las manos y me la acerco.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Algún día te voy a enseñar. Y te voy a ayudar a practicar para tus futuros deberes conyugales.

Viene a mí con ganas, aunque no se anima a tocarme ella también.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo podemos empezar con estas clases conyugales?

—¿Qué mejor que ahora mismo?

Willow chilla cuando la alzo y me doy la vuelta para apoyarla en la lavadora.

—Dev —me advierte, levantando las manos entre nosotros—. Todavía se me está secando el *mehndi*.

Me inclino y busco sus tobillos y el dobladillo de su falda larga.

—Parece que vas a tener que quedarte ahí sentada siendo guapa mientras te hago picadillo, entonces.

—¡Dev!

Le hago ojitos y le levanto la tela hasta las rodillas sin ningún pudor.

—¿Puedo?

—No deberíamos —susurra, pero se le abren las piernas.

—No deberíamos —admito mientras le subo lentamente la falda hasta los muslos—, pero quiero. ¿Tú no?

Un instante tenso pasa mientras ella observa cada movimiento que hago atentamente. Entonces asiente con la cabeza.

—Necesito que lo digas, Willow.

—Sí —suspira, arrastrándose hacia delante, hasta el borde de la lavadora, y el movimiento le levanta la falda—. Sí, quiero.

—Muy bien. Ahora ábreme las piernas, mi amor.

Hace lo que le pido y yo le deslizo las manos hasta las caderas y enrosco los dedos en el borde de su ropa interior de algodón. No

quiero hacer más que venerar su centro, saborearlo como lo vengo soñando.

Le bajo poco a poco la tela empapada por las piernas.

—Ya estás toda mojada —murmuro. Me duele el miembro, pero aquí ella es la que importa. Esto es lo único que quiero.

—Es lo que me generas —jadea, acercándose—. Tócame, por favor.

¿Cómo puedo resistirme a un ruego tan dulce?

Me arrodillo y le subo la falda satinada por encima de las caderas para revelármela. Le doy una palmada en el culo y me la acerco más mientras me inclino y le recorro la raja lentamente con la lengua. Tiene sabor a todo lo que hace que la vida valga la pena.

El gemido que se le escapa es la cosa más obscena que he escuchado en la vida, como si hubiera estado caliente cada instante que pasamos separados, esperando a que la toque. Y ahora, por cómo rotan hacia delante sus caderas, parece que ya se ha cansado de ser paciente.

Cierro los labios sobre su clítoris y succiono, lo cual me regala otro sonido tembloroso de placer. Se le arquea la espalda y sus manos se ciernen sobre mi cabeza. Quiere tocarme, agarrarme del pelo. Apenas logra resistir el impulso, no sea que se le emborrone la pasta que le marca el cuerpo. Yo no quiero que se le deshaga. Quiero que se oscurezca hasta llegar al color más profundo para poder recorrerle las líneas y curvas y florituras durante semanas y semanas. Su piel ya es de por sí el lienzo más hermoso; merece tener arte intacto.

Pero no me molesta para nada corromperle todo el resto.

Las puntas de mis dedos se escurren por sus pliegues mientras la devoro con avidez; tiene la piel húmeda y ardiente, y yo tomo lo que quiero. Primero le deslizo un dedo dentro, paladeando la forma en que sus labios aletean a mi alrededor. Después añado el segundo, que le arranca otro sonido celestial. Prácticamente canta mi nombre, rogándome que le dé más, frotándose contra mi cara como una mujer poseída.

—Dev, por favor —gime. Miro hacia arriba y digiero la imagen de ella con la cabeza echada hacia atrás y las manos alzadas como rezando. Elijo creer que me está rezando a mí—. Estoy… Estoy…

Me alejo apenas y murmuro:

—Suéltate, mi amor.

Y entonces mi lengua vuelve a su clítoris y mis dedos se curvan mientras trabajan dentro de ella para llevarla hasta la cumbre más alta.

La corona con un gemido fuerte. Mantengo la boca presionada contra ella mientras termina de cabalgar, todavía saboreándola, haciendo más lentos mis movimientos hasta que se afloja contra mí. Con besos suaves en el interior de los muslos, le saco los dedos de dentro, disfrutando de la forma en que brillan bajo las luces fluorescentes.

—Hace días que quiero hacer eso —digo, sentándome sobre los talones y pasándome el dorso de la mano por la boca. Le dedico una sonrisa pícara—. Qué mal que no me dejaste cuando me metí en tu casa.

Me observa con una mirada entre embelesada e irritada. Como si estuviera debatiéndose entre decirme que me ama y patearme la cara.

—Si hubieras hecho eso —dice, con el pecho subiendo y bajando por la respiración forzada—, no habría forma de que esto siguiera siendo un secreto.

Tiene razón. Mi chica hace ruido y es salvaje cuando por fin se suelta, y yo jamás querría que ella tuviera que contenerse.

Entonces se le agrandan los ojos.

—Ay, Dios, ¿no crees que alguien nos haya oído, no?

Niego con la cabeza.

—¿Con la música tan fuerte? Me sorprendería que alguien de allá llegara a oír sus propios pensamientos siquiera.

Relaja los hombros y exhala, y yo la calmo con un beso en la cara interna de la rodilla. Después le pongo bien la falda y dejo que le caiga hasta los tobillos otra vez para volver a convertirla en un retrato de la decencia… salvo por la falta de ropa interior y el rubor que tiene en las mejillas.

—Dentro de poco esto ya no va a tener que ser tan secreto —le prometo—. Dos días más.

—Dos días más —repite sin aliento.

Y van a ser los días más largos de mi vida.



CAPÍTULO 29
Willow

Dev me emborronó el *mehndi*.

No se nota demasiado, pero yo sé por qué las líneas de las puntas de los dedos no están tan nítidas como podrían estar, y por qué la flor que tengo en la muñeca parece más bien un yuyo. Es nuestro secretito: al igual que nuestra relación por un día más.

No lo veo desde anoche. Estuvo ocupado con ceremonias religiosas y almuerzos con los abuelos toda la mañana y la tarde, pero yo vengo contando las horas hasta que empiece la garba. Según el reloj que tengo en la mesita de noche, solo falta una hora. Estoy tan emocionada que podría ponerme a gritar.

Para distraerme, llamé a Grace y a Chantal para que me dieran charlas motivacionales y les conté todo lo que pasó en los últimos días. Ya limpié a vapor mi *lehenga* y el de mi madre para hoy por la noche. Me lavé, acondicioné, alisé y peiné el pelo. Me volví a pintar las uñas para que combinaran con el verde esmeralda de mi ropa. Hasta fui a dar una caminata larga por la playa para cumplir con el estereotipo. Estoy más que lista para ver a Dev.

Después de ayudar a mi madre a arreglarse en la habitación de mis padres, voy a la planta baja, donde está mi habitación. Los Anderson de verdad lo han dado todo por este casamiento. Esta casa (y las otras dos también) es testimonio de eso. Seguro que me

va a llevar un tiempo adaptarme cuando vuelva a Nueva York, porque mi apartamento entra entero en esta sala de estar.

Como no quiero pensar en volver a la ciudad, alejo ese pensamiento. Me encanta Nueva York y siempre me va a encantar, pero no estoy lista para volver a la vida que conlleva. Renunciar a este torbellino con el que tanto me encariñé en los últimos meses va a ser difícil, y quedarme en un solo lugar en vez de estar subiéndome a un avión para ir a una ciudad distinta casi cada semana parece algo tan… tedioso. Aburrido. Gris.

Seguir a Dev por el mundo le trajo color a mi vida. Un color que no sabía que le faltaba. Nunca pensé que iba a encontrar mi pasión en el mundo del automovilismo. Siempre fue parte de mi vida: fue el sueño de mi hermano hasta que decidió que ya no y algo que yo pensaba que no era para mí por una infinidad de razones. Pero *sí* es para mí, y no quiero dejarlo. Y definitivamente no quiero dejar a Dev.

El universo debe saber lo desesperada que estoy por quedarme con él, o por lo menos por tener una buena dosis de él antes de separarnos oficialmente, porque ahí está, afuera de la puerta de mi habitación. Está apoyado contra el marco, teléfono en mano, con una *kurta* verde que combina tan perfecto con el color de mi *lehenga* que parece que estuvieran hechos de la misma tela.

Se me mueven los pies antes de que yo me entere de lo que estoy haciendo. Como si sintiera mi presencia, levanta la vista del móvil. Y después sonríe.

Sí. No hay forma de que me separe de este hombre.

Estoy al lado de él en un segundo, saboreándolo de pies a cabeza.

—Guau, estás…

Se endereza. Juro que hasta saca un poco de pecho.

—¿Guapo? —me propone—. ¿Refinado? ¿Más sensual que la hostia?

—No, nada de eso —miento—. Iba a decir que pareces un duende.

—Eso es maleducado por tantos motivos que no tengo ni tiempo de explicártelos.

Por mucho que quiera admirarlo y hacer chistes con él, me pongo nerviosa. Está aquí esperándome a la vista de todos, donde nos podría ver cualquiera que tenga un dormitorio en este pasillo. Oakley, por suerte, se está quedando en la casa de al lado con el resto de los chicos, pero hay bastantes personas que nos podrían descubrir.

—¿Qué haces aquí? —pregunto bajando la voz, y miro por encima del hombro para comprobar que estemos solos.

Dev está despreocupado. Su sonrisa característica está donde tiene que estar, y su cuerpo está relajado.

—Me mandaron a escoltarte a ti y a tus padres para ir a la fiesta de enfrente.

—Estoy bastante segura de que nos las podíamos arreglar solos —señalo, pero me relajo un poco. Por lo menos tiene una razón válida para estar aquí.

—Mejor prevenir que lamentar. Me dijeron que hay unas personas marrones bastante locas en este vecindario.

Suelto una risa burlona por su chiste malo y niego con la cabeza. Después, envalentonada, abro la puerta y lo meto dentro conmigo.

—Vas a tener que esperar para escoltarnos —le digo cuando estamos dentro—. Como ves, no estoy vestida.

Me echa un vistazo minucioso, disfrutando de cada milímetro, aunque tengo puesto otro vestido rosa más que ya me ha visto miles de veces. Y sin embargo me recorre con la mirada como si fuera la primera vez, evaluando cada curva y cada centímetro de piel expuesto.

Me ruborizo por la atención y me doy la vuelta. Si me permito regodearme en ella, no vamos a llegar puntuales a ningún lado.

Busco el *lehenga choli* que está colgado en el armario y me dirijo al baño.

—Ya vengo.

Pero Dev me atrapa la muñeca.

—No tiene sentido hacerse la modesta, bombón. Estoy bastante seguro de que ya te he visto desnuda… un par de veces. Y te puedo ayudar a atarte el *lehenga.*

No se equivoca con ninguna de las dos cosas, así que… a la mierda.

Le encajo la ropa a él y me quito el vestido por encima de la cabeza.

Aunque fue él el que propuso que no me fuera al baño a cambiarme, se le cae la mandíbula, y vuelve a recorrerme con los ojos mientras yo me quedo delante de él solo con mi ropa interior mínima de encaje. Anoche, cuando no pensaba que nadie iba a ver lo que tenía puesto abajo, había elegido algo básico de algodón. Hoy definitivamente no iba a volver a cometer el mismo error.

—Veo que no te gustan mucho los sujetadores —murmura Dev mientras se obliga a levantar la vista para concentrarse en mi cara.

Me encojo de hombros, gozando de ver cómo trata de resistirse de mirarme los pezones puntiagudos.

—No tiene sentido, la verdad. Tampoco tengo gran cosa.

Tiene la voz ronca cuando dice:

—Ay, tienes lo suficiente.

Sonrío mientras señalo el *choli* con la cabeza.

—Ayúdame, ¿vale?

Tarda un segundo o dos en recuperar la compostura para sacar la blusa de la percha e indicarme con un gesto que levante los brazos. Hago lo que me dice, y entonces da un paso adelante. Cuando pasa el top con cuidado por encima de mi cabeza, cierro los ojos y absorbo su calor.

—Está increíble tu *mehndi* —murmura. No se aleja cuando ya está listo mi *choli*—. Muy oscuro. Significa que alguien te ama mucho.

Se me abren de nuevo los ojos.

—Lo has emborronado, ¿sabes?

Levanta una ceja desafiante.

—Tengo el recuerdo de decirte que te quedaras ahí sentadita siendo buena. Has sido tú la que se ha descontrolado.

—Porque tú me has obligado —le respondo con un susurro.

—Cuidado, Willow. —Me acaricia la nariz con la suya, con los labios a unos centímetros de los míos—. Sigue así y no vamos a ir a ningún lado hoy por la noche.

Me tienta aceptar esa propuesta. Me podría quitar esta blusa en un instante, tirar las bragas al suelo y acostarme bocarriba en el colchón en unos segundos. Podríamos hacerlo rápido. Podríamos…

Me aclaro la garganta y doy un paso atrás, pero el corazón me late fuerte por el esfuerzo de resistirme.

—Tienes que ir a bailar —le recuerdo, con una voz demasiado jadeante—. Y yo tengo que grabarte para que te vea todo el mundo.

Dev vacila y se entierra los dientes en el labio de abajo, pero, por fin, da un paso atrás.

—Me muero de ganas de volver a quedar como un idiota en internet —dice. Después se inclina y sostiene la falda abierta para que yo meta los pies—. ¿Me vas a animar, *jaanu*?

—Tengo que estar callada para el vídeo. —Sonrío, aliviada por lo fácil que es dejar de lado la tensión y volver a nuestra conversación tranquila—. Pero te voy a animar con la mente. Vas a estar genial.

Se ríe por la nariz mientras levanta la falda. Me la coloca alrededor de la cintura y le hace el nudo al lado como un profesional: ni muy ajustado, ni muy suelto.

—Sí, voy a canalizar al Shah Rukh Khan que llevo dentro y listo. —Me lanza una mirada rápida, levantando la comisura de la boca para darme una de esas sonrisas preciosas y personales—. Yo bailaría encima de un tren por ti.

Esa confesión es casi mejor que una declaración de amor. Ya está sonando «Chaiyya Chaiyya» en mi cabeza.

—Me encantaría verlo.

Con las dos manos en mi cintura, me sostiene en el lugar y se inclina para darme un beso tierno en la mejilla.

—Más te vale que no cambies de opinión cuando me veas bailar hoy por la noche.

Nada me podría hacer cambiar de opinión sobre él.

—Ni soñando.



Esto es de lejos lo más divertido que hice en muchos años. Sí, admito que viajar por el mundo y ver correr coches rápidos está muy bien, pero bailar y animar y comer lo que calculo que fueron diez mil *jalebi…* es insuperable.

Dev, Oakley, Chava y unos primos por parte de la novia van a hacer una presentación dentro de poco. Lo cual es perfecto, porque ya me duelen los pies con estos tacones y, si no quiero vomitar todos los dulces que he comido hasta ahora, tengo que sentarme y descansar. Mato dos pájaros de un tiro: voy a juntar fuerzas para la próxima tanda de baile y filmar a Dev mientras queda como un idiota. Así ganamos todos.

Apenas me acomodo en mi asiento cerca del borde del escenario bajo que hay en el jardín trasero, aparece Dev. Tendría que estar preparándose para su entrada triunfal, pero en vez de eso está inclinado delante de mí, dándome su teléfono.

—Cuídame esto, por favor, ¿vale? —me pide, con esos ojos color avellana de pestañas gruesas que tanto envidio fijos en mí—. No quiero que esté rebotando en mi bolsillo mientras estoy allá arriba.

Asiento y, cuando lo agarro, se rozan nuestros dedos. El contacto me da una descarga de electricidad que me sube por el brazo, y ya estoy desesperada de nuevo por robar un poco de tiempo a solas con él. Desesperada por sacar a la luz nuestro secreto.

—Te lo cuido. —Lo apoyo en mis piernas y la pantalla refleja las luces rojas y doradas que están colgadas alrededor nuestro—. Suerte en el escenario. No te vayas a caer de morros al suelo.

Pone los ojos en blanco mientras se endereza, con las manos en las caderas como un héroe de Bollywood.

—Jamás. Soy un profesional.

—Ajá. Sí, seguro.

Con un guiño, se va caminando tranquilo para buscar al resto de los chicos. Hago unas fotos de la gente y de la decoración, ya que tanto Dev como Alisha me dieron permiso para publicar cosas de la boda. Por cuestiones de seguridad, no voy a publicar nada hasta que nos hayamos ido todos el lunes, aunque técnicamente mi contrato con Dev ya habrá terminado para ese momento. No importa, igualmente. Mientras que no me eche de sus cuentas de las redes sociales, yo quiero seguir ayudando.

De pronto vuelve a llamarme la atención el escenario cuando suben el volumen de la música que brota de los altavoces. Las luces se atenúan hasta dejar el escenario a oscuras, y después se enciende el foco y empieza el ritmo de la canción. No es una canción que yo reconozca, pero la gente *desi* que hay en el público claramente sí, y me apresuro a cambiar del modo fotos al modo vídeo.

Aparece primero mi hermano, que para mi sorpresa está muy sofisticado con su *kurta* color fucsia. Chava es quien entra después y se pavonea hasta su lugar, y van apareciendo uno a uno cuatro primos de Dev. Después llega él: Dev en toda su gloria, con los brazos bien abiertos mientras se pasea hasta el centro del escenario. En cualquier otro contexto, toda esta rutina me causaría rechazo, pero estamos en un gran casamiento indio. Así es justamente como tiene que ser.

Voy alternando entre mirarlo a Dev bailar y hacer *playback* en la vida real y en la pantalla de mi teléfono, y ya me voy imaginando cómo lo voy a editar. Juro que me está cantando directamente a mí y, por más que no tengo idea de lo que dice la letra, no deja de ser

una canción típica de Bollywood: no hay forma de que no sea algo locamente romántico.

Por poco me río cuando Oakley y Chava casi se chocan durante una transición, pero me distraigo cuando vibra el teléfono de Dev sobre mis piernas. Con cuidado de sostener el mío derecho, le doy un vistazo.

El nombre de Howard se enciende en la pantalla.

Se me sube el corazón a la garganta. Lanzo una mirada a mi teléfono, que sigue grabando, y después vuelvo a mirar el de Dev. *Mierda*. Howard no llamaría a menos que tuviera noticias, pero Dev justo va por la mitad de la coreografía. Es tarde, y es fin de semana, así que si dejo que se vaya al buzón de voz, puede que Howard no atienda cuando Dev le devuelva la llamada. Eso dejaría a Dev esperando en agonía durante quién sabe cuánto tiempo, sobre todo porque mañana tenemos los festejos de la boda. No va a tener muchos momentos en los que pueda atender llamadas. Así que tengo que tomar una decisión. Ya mismo.

Me muerdo el labio y toco la pantalla de mi teléfono para dejar de grabar. Lo tiro sobre mis piernas y levanto el de Dev. Entonces, después de respirar hondo, atiendo.

—Hola, Howard, soy Willow —saludo, esperando que me oiga por encima del bullicio de la música.

La pausa que sigue dura tanto tiempo que alejo el teléfono para comprobar que la llamada siga conectada.

—¿Willow? —cuestiona después de otro segundo, con un tono de puro desdén.

Suelto un suspiro de alivio de que siga ahí, tenga la actitud que tenga.

—Sí, yo gestiono las redes sociales de…

—Ya sé quién eres —me interrumpe—. ¿Hay alguna razón por la que el señor Anderson no esté atendiendo su propio teléfono en este momento?

—Está… —se me va apagando la voz mientras miro a Dev arriba del escenario y observo su sonrisa y sus movimientos, que la verdad están bastante bien—. Está un poco ocupado ahora. ¿Quiere dejarme un mensaje?

—No. —El tono de Howard no da lugar a respuestas—. Vuelvo a llamar por la mañana.

—¡Espere! —grito tan fuerte que las personas sentadas cerca de mí se dan la vuelta y me miran—. ¿Por lo menos puedo saber si son buenas noticias?

Vuelve a hacer una pausa tan larga que me pregunto si ha colgado, pero de pronto dice:

—Sí.

Ay, por *Dios*. Esta en serio es *la* llamada que Dev no se querría perder.

—Está bien —suspiro—. Por favor… Espere solo un segundo, ¿de acuerdo? —Me levanto de un salto y les hago unos gestos a los chicos que están en el escenario con la mano que tengo libre, con la esperanza de llamarle la atención por lo menos a uno—. Va a querer enterarse de esto cuanto antes.

—No tengo toda la noche —refunfuña Howard, pero casi ni lo escucho.

De alguna manera, Dev es el que me ve, y apenas me mira, le señalo el teléfono y grito:

—¡Es Howard!

Con eso basta.

Un segundo después se baja del escenario de un salto, aterriza como todo un héroe de acción y echa a correr a toda velocidad hacia mí. Dev me saca el teléfono de la mano antes de que yo pueda ni pestañear, derrapa para frenar y se lleva el aparato a la oreja.

—¿Howard? ¿Qué pasa?

Sigue el estruendo de la música, y los demás chicos están terminando el baile, un poco a medio pelo, pero aunque sea lo siguieron. Yo mantengo la atención fija en Dev, observando cada cambio en su expresión.

—¿Es oficial? —pregunta. Aprieta los labios mientras escucha, con el rostro indescifrable—. Está bien. Sí. Gracias, Howard. Te agradezco que me hayas llamado.

El corazón me late tan fuerte que amenaza con salirse de mis costillas. La expectativa hace que me cueste respirar.

—¿Y? —lo animo a hablar—. ¿Qué pasa? ¿Cuál es la noticia?

Pasa un instante más. La música alcanza un *crescendo* ensordecedor. Y entonces Dev suelta una sonrisa amplia y brillante y preciosa.

—Me voy a Mascort.



CAPÍTULO 30
Dev

Después de pasar cinco horas interminables en videollamada anoche, Howard me envía el contrato de Mascort por la mañana.

Lo firmo con mis dos padres de pie detrás. Mi madre me baña en besos y bendiciones mientras mi padre me aprieta el hombro, con las lágrimas centelleándole en los ojos. Alisha estaría aquí también si no estuviera ocupada maquillándose. No sé cómo, pero no está enfadada conmigo por robarle un mínimo de su atención. De todos modos, estoy decidido a asegurarme de que hoy todo el foco esté puesto en ella.

El resto de la mañana pasa como una ráfaga borrosa. Alisha se esconde mientras empieza el *baraat.* La música de la procesión es tan fuerte que se oye desde la otra punta de la calle. Y por fin llega el momento de que empiece el día de la boda.

Salgo de la casa para unirme a los invitados que ya se acomodaron en sus asientos y saludo a los de la parte del novio, que están empezando a llegar. Cuando por fin llega el novio, mi madre lo saluda primero y, tras aplicar algunas tradiciones que yo nunca voy a entender (como apretarle la nariz), lo acompaña hasta el *mandapa* elevado.

La tarima con cuatro columnas está envuelta en rosas rojas, blancas y rosadas, y otras cuantas caen en cascada por la seda color crema que la cubre. Ante ella hay seis sillas ornadas: dos de frente

al público y dos a cada lado. Están situadas de forma ideal alrededor de un despilfarro de objetos que hay sobre la alfombra roja y dorada. Es hermoso, como cada aspecto de este fin de semana.

Recorro con la mirada a la multitud creciente, que va a llegar a las doscientas personas cuando empiece la ceremonia, y busco una cara en particular.

Siento que me tocan el hombro y me doy la vuelta.

Willow tiene puesto el sari naranja oscuro que vi colgado en su habitación la noche que me metí a hurtadillas, y el color le resalta el marrón cálido de la piel. Está junto a sus padres y Oakley, así que no puedo decir todas las cosas que tanto quisiera decir, y por supuesto que tampoco puedo permitir que se me noten en la cara. Por muy difícil que resulte, no puedo delatarnos. Todavía no.

Se me ha acusado de romántico. De empalagoso. Pero ¿cómo evitarlo? Crecí mirando películas de Bollywood donde los hombres daban vueltas por campos de flores, cantando sobre que la chica que aman es más bonita que todas las margaritas, rosas y tulipanes del mundo. ¿Cómo mierda no le voy a declarar a Willow que es más radiante que todas las estrellas que hay en el cielo? ¿Cómo puedo mirarla y decirle «se te ve bien», cuando quiero gritar desde la cima de una montaña cubierta de nieve que solo el sonido de su voz llega a levantarme de la tumba?

Y sin embargo, me obligo a carraspear y decir:

—Se te ve bien.

Su felicidad es cegadora, como mirar directamente al sol. No quiero sacarle los ojos de encima. La dejaría robarme el sentido visual, el aliento de los pulmones. La dejaría hacer las cosas más terribles y aun así estaría eternamente agradecido.

—Tú no te ves mal —bromea antes de echarle un vistazo a su familia y recordar el público que nos rodea—. No puedo esperar a ver a Alisha.

Me río por lo bajo.

—Creo que te va a encantar su entrada triunfal. Los chicos y yo tenemos el honor de cargarla hacia dentro como a una princesa. —Entonces me obligo a saludar a la doctora y el señor Williams—. Gracias por venir este fin de semana. Sé que fue bastante abrumador.

La doctora Williams me sonríe de oreja a oreja. Aparecen en sus mejillas los mismos hoyuelos que salpican los de su hija.

—Neha me dijo que me preparara, pero jamás me habría imaginado todo esto. He disfrutado cada instante, de todas formas. No puedo esperar a que llegue tu boda.

Dice ese último comentario en broma, pero ya me estoy imaginando a mí con Willow bajo ese *mandapa.*

Hermano, baja las revoluciones, joder.

Por el rabillo del ojo, veo a una de las damas de honor de Alisha asomarse por la puerta trasera de la casa y agitar el brazo para llamarme la atención.

—Esa es mi señal —les digo a los Williams, y le hago una seña con la cabeza a Oakley. Va a ayudar con esta parte; prácticamente es parte de la familia—. Ya casi es la hora de escoltar a la novia. Os vemos más tarde.

La doctora Williams me da un abrazo rápido antes de echarnos. Pero antes de darme la vuelta para irme, cruzo una mirada con Willow.

Esta noche. Por fin se lo vamos a contar a Oakley.



Es oficial: mi hermana es una mujer casada. Lo cual quiere decir que me convertí en el blanco de todas las tías casamenteras.

—Beta, mi amiga Sonali tiene una nieta que es cirujana de trauma —me arrulla una de las más viejas—. Sería una excelente esposa para ti. ¡Te podría arreglar después de los choques!

Las mujeres que me rodean se desternillan, y sus pulseras y joyas tintinean mientras aplauden como si fuera la cosa más graciosa que han oído en la vida.

Hace media hora que la recepción está en pleno auge y ya se me presentaron tantas ofertas de ese estilo que perdí la cuenta. Va a ser una noche muy larga si esto sigue así.

Me retiro del grupo de tías con tanta sutileza como puedo y voy serpenteando entre la multitud de personas que charlan y comen y bailan mientras rezo por que no me atrape otra mujer que quiera engancharme con alguien. Un par de personas me saludan al pasar, pero gracias al cielo me dejan salir de la carpa gigante.

Afuera, tomo una bocanada profunda de aire nocturno, aliviado de haberme escapado del ataque directo del ruido tras un día tan intenso. Por suerte, cada mínimo detalle salió bien, desde los votos hasta el cóctel y, al final, la gran entrada de los recién casados a la recepción. Pero necesito un respiro.

Vi pasar a Willow un par de veces, aunque cada vez que intenté acercarme a ella me interceptó alguien que me quería hablar de mi futuro amoroso. Más tarde la voy a encontrar. Cuánto más tarde, todavía no lo sé.

—Qué día tan largo, ¿no? —me llega desde atrás.

Miro por encima de mi hombro y me encuentro con Reid, paseándose en dirección a mí.

Intento reírme, pero el sonido que me sale es más bien un gruñido doloroso.

—Y no está ni cerca de terminar.

Reid consiguió una invitación al casamiento gracias a mi madre, que prácticamente lo adoptó cuando vivimos juntos en Mónaco. Cada vez que mis padres venían a visitarme, ella insistía en que era su responsabilidad asegurarse de que él estuviera bien cuidado, sobre todo después de enterarse de que su madre se había muerto hacía años y que su abuela ya avejentada era la única persona de su familia que seguía viva. Después de eso, lo invitó a todas las vacaciones y reuniones familiares, aunque él siempre rechazó amablemente las invitaciones. Pero esta vez no pudo decir que no.

—Debo admitirlo —dice Reid, y viene a plantarse a mi lado mientras levanta los ojos a las guirnaldas de luces parpadeantes que se extienden sobre nosotros como un dosel—, creo que esta es la mejor fiesta de mi vida. Vosotros sí que sabéis montar bodas divertidas.

—En eso tienes razón —concuerdo, chocando mi copa de champán contra la suya.

Se ríe y toma un sorbo mientras me observa pensativo.

—Vi a Willow dentro, haciendo fotos. ¿Sigue llevando tus redes sociales?

Asiento, pero paro rápido.

—De hecho, hoy es el último día de su contrato.

—¿En serio? —Se queda mirándome con una ceja levantada—. Me sorprende que la vayas a dejar ir. La verdad es que te salvó del

abismo.

Tiene toda la razón y, si pudiera, insistiría en que siguiera trabajando para mí. Trabajando *conmigo*. Pero su reputación es demasiado valiosa para destruirla, y quiero que tenga el mayor de los éxitos en la vida.

—La verdad, estaba listo para sobornarla para sacártela a ti —continúa Reid—. Necesito que alguien como ella me gestione las redes sociales.

—No te voy a mentir, tu imagen quedó bastante… anticuada —admito tan diplomáticamente como puedo.

—Ya lo sé —suspira, casi derrotado—. Hay días en que me sorprende que la gente se acuerde de mi nombre, siquiera. Estoy ganándole a Lorenzo en puntos, pero él me hace sombra en todo lo demás. —Me desliza una mirada de reojo—. ¿Por casualidad Willow está buscando un contrato nuevo?

La pregunta me deja perplejo. La verdad es que todavía no hablamos de qué va a hacer ahora, pero yo di por sentado que volvería a Nueva York. Pero si Reid está ofreciendo lo que yo creo…

Mierda, ¿será esta la solución al problema de la distancia?

—Puede ser —digo, evasivo, y mi cerebro ya está planeando cómo podríamos conseguir este contrato—. Deja que le pregunte y te digo.

A Reid se le ilumina la cara y activa su encanto de chico de oro.

—Dile que yo estoy totalmente dispuesto —insiste—. Si quiere el trabajo, es suyo. Puede empezar de inmediato. Puedo llamar a mi abogado y a D'Ambrosi esta noche. Para mañana por la mañana tendremos los contratos necesarios.

—Tú sí que no pierdes el tiempo, ¿no?

Se ríe por lo bajo y levanta la copa de champán simulando un brindis.

—Vi lo que hizo por ti y es lo que quiero. No toda la parte de transformarte en un perrito enamorado, pero lo otro sí.

Arrugo la nariz y suelto un suspiro.

—¿Te has dado cuenta de eso?

La sonrisa de Reid es leve pero amable.

—La miras como si fuera perfecta, Dev. Es un poco difícil no verlo.

Es *por eso* que Willow y yo tenemos que hablar con Oakley lo antes posible. Ya no podemos seguir ocultando esto.

—Le voy a hablar de la oferta —le digo antes de tragarme el resto de mi champán. Me da una palmada en el hombro.

—Sé persuasivo. La quiero en mi equipo. El equipo *ganador*.

—Sí, sí. Voy a hacer lo que pueda, imbécil.

La risa de Reid me sigue mientras me vuelvo a adentrar entre la multitud. Mi único objetivo es encontrar a Willow. Ahora que sé que existe la oportunidad de estar juntos en serio, de no terminar alejados como esperábamos, estoy desesperado por decírselo. Pero ¿ella querrá esto?

Es mucho pedir. Tiene una vida a la que volver, y se suponía que esto no iba a ser más que un trabajo temporal. Su objetivo cuando empezamos a trabajar juntos era conseguir un puesto en un equipo de marketing mucho más grande, así que ¿va a querer seguir un poco más con esto? ¿Sobre todo si es con alguien que ella no conoce bien?

Por fin la diviso cerca del borde de la carpa. Está sosteniendo otro *jalebi* entre las manos y, cuando la alcanzo, ya ha desaparecido y se

está apretando los dedos contra la boca en un intento de esconderse las mejillas repletas de comida.

—Ey. —Mierda, sueno atolondrado, como si lo que tuviera en mente fuera urgente. Pero de alguna forma es cierto—. ¿Puedo decirte algo? ¿En casa?

Ella traga saliva mientras las cejas se le fruncen de preocupación.

—¿Está todo bien?

—Está todo perfecto —asiento, girándola para llevármela—. No te preocupes. Vamos.

No me hace preguntas. Solo se deja guiar mientras yo vuelvo a ir serpenteando hacia fuera, lanzando miradas hacia atrás cada dos segundos para asegurarme de que ella me esté siguiendo. En cuanto nos alejamos de la carpa y estamos en el césped, bajo el ritmo y le ofrezco el brazo para que no se caiga si se le hunden los tacones en el suelo. Acepta sin vacilar y me deja llevarla a la casa.

Cuando estamos solos en el pasillo trasero oscuro, ella desliza la mano desde el recodo de mi brazo, las puntas de sus dedos me rozan la muñeca y aprieta su palma contra la mía. Yo estiro los dedos como reflejo, y cuando sus dedos se entrelazan con los míos, cierro la mano para sostener la de ella. Encajan perfectamente.

La detengo entre la puerta del baño y la biblioteca impresionante de la casa. No puedo dar un paso más sin sacarme esto de dentro.

—¿Qué pasa, Dev? —murmura, y sus ojos se clavan en los míos.

Su cara es tan pura y está tan llena de amor que se me cierra la garganta por un segundo.

—Tengo… —Trago saliva, intentando deshacer el nudo—. Tengo una pregunta un poco loca para hacerte.

Ella inclina la cabeza y se le curvan las comisuras de los labios pintados de rojo.

—A ver, veamos.

Tomo aire para tranquilizarme, esperando que las palabras no me salgan todas atolondradas y mezcladas.

—Si tuvieras la oportunidad de seguir trabajando en F1, ¿te gustaría?

Aparece un surco entre sus cejas y le sube la confusión a los ojos.

—¿Eso era tan importante? —Cuando asiento, ella se mordisquea el labio inferior y desvía un poco la mirada, como si estuviera debatiéndose qué decir—. ¿La verdad? Nunca pensé que fuera a decir esto, pero… *sí*. Me encanta. Siento que… es para mí.

Me inunda una ola de alivio, y juro que mi corazón trastabilla. Quiere quedarse. Pero yo quiero terminar de confirmarlo todo antes de decirle la oferta de Reid.

—Y no es solo porque me amas, ¿no?

—Tiene algo que ver —dice ella con una risa suave—. Pero es una industria fascinante y me encantaría ver un poco más. —Cuando no respondo inmediatamente, se le desvanece la expresión risueña y se queda analizándome la cara mientras reaparece el surco entre sus cejas—. ¿Qué estás queriendo decir, Dev?

Esta vez, le acaricio la ceja para borrarle la preocupación.

—Justo estaba hablando con Reid y… me dijo que necesita a alguien que lo ayude a destacar —explico, mientras mi mano le recorre la cara hasta sostenerle la mejilla—. Vio lo que hiciste por mí y quiere lo mismo. Yo estuve de acuerdo en que eras ideal para ese trabajo.

Baja los hombros.

—Estás de broma.

—En absoluto.

Todavía escrutándome como si no entendiera qué está pasando, exhala por lo bajo.

—¿En serio quiere que trabaje para él?

—En serio. Me dijo que llamaría a D'Ambrosi *esta noche* para tramitarlo.

El pulso de su cuello bombea contra mi muñeca, o tal vez sea el mío que está zumbando. Porque si decide que esto no va a funcionar, no sé qué voy a hacer. No la puedo dejar ir ahora que sé cómo se siente abrazarla y besarla y tocarla. Cómo se siente amarla. Que ella me ame.

La necesito conmigo. Siempre. Tan cerca como pueda.

—Piénsalo —le digo, y me muevo un poco más cerca. Necesito el contacto, sobre todo si decide que lo que quiere es volver a su vida en Nueva York—. No tienes que decidir aho…

—No tengo que pensar nada —escupe, y me cubre la mano con la suya para que me lleguen sus palabras—. Quiero hacerlo. Al menos durante el resto de la temporada. No estoy lista para que se termine. Y no… —Toma una bocanada temblorosa de aire—. No estoy lista para alejarme de ti.

Me estoy riendo antes de poder evitarlo. Nada de esto es gracioso, pero estoy superaliviado, y mi cuerpo no puede hacer otra cosa. Solo puede soltar todo de la forma más natural que conoce.

—Quizá tendríamos que ser cuidadosos —sigue. Está sonriendo contra mi palma, y eso aligera el peso de sus palabras, pero tiene razón—. Pero creo que podría funcionar. Y no tendríamos que estar separados.

Tiene razón. No tendría que renunciar a mi rayito de sol. A mi estrella guía. Mi cuerpo y alma.

—Tengo muchas ganas de besarte en este momento —suspiro. Quiero sellar este acuerdo juntando nuestros labios, con su cuerpo amoldándose al mío.

Su sonrisa se vuelve un poco pícara.

—Me vas a correr el pintalabios.

—Lo puedes retocar.

—Está bien —susurra mientras yo le apoyo la otra mano en el rostro—. Bésame, Dev.

—No me lo tienes que pedir dos veces.

Inclino la cabeza y cierro los ojos. No necesito mirarla para encontrar su beso. Somos dos imanes que se atraen. Todo es inevitable. Es como tiene que ser.

Es el destino.

Pero mis ojos se abren de golpe cuando la puerta del baño que tenemos al lado golpea la pared. Los dos nos volvemos de un tirón ante el sonido, aunque no la separo de mí y mis manos siguen acunándole las mejillas.

Y entonces Oakley sale al pasillo.



CAPÍTULO 31
Willow

Oakley lo sabe.

Me doy cuenta por su mirada. Puede que no se me haya corrido el pintalabios, pero igualmente no hay forma de negarlo como hace casi un año. Nos han descubierto.

—¿Qué diablos es esto?

Entonces Dev me suelta la cara y deja caer las manos. Pero, para mi sorpresa absoluta, siento que a mi lado me entrelaza los dedos con los suyos. Parece que llegó el momento. No imaginaba que fuéramos a dar la noticia así, pero no hay vuelta que darle. No tiene sentido mentir cuando Oakley ya sabe exactamente lo que ha visto, a pesar de habernos hecho la pregunta.

Dios, creo que voy a vomitar.

—Bueno, Oak —dice Dev después de inspirar hondo—, estaba a punto de darle un beso a tu hermana.

Hago una mueca de dolor. Mi hermano no se va a tomar nada bien esa respuesta. El viaje de emociones que le pasan por la cara, empezando por el disgusto y pasando a la sorpresa y después a un enfado amargo, me confirma la sospecha.

—*Hijo de puta* —gruñe y avanza acechante, aunque se ve obligado a frenar cuando yo me pongo entre los dos y estiro un brazo—. Me tendría que haber dado cuenta de que algo pasaba.

—Por favor, Oakley —escupo, pero ya sé que no me escucha por encima de los gritos de sus propios pensamientos—. ¿Y si mejor…?

—Y *esto*. —Agita una mano para señalarnos ferozmente a Dev y a mí—. Esto claramente no es nuevo.

Con una mirada ya se ha dado cuenta de todo. Nos conoce a los dos tan bien (*demasiado* bien) que nuestra conexión le resulta evidente. Es algo que yo hubiera valorado en otras circunstancias, pero, en este momento, sus palabras son como una daga que se me clava en el corazón.

Mientras busco palabras para darle explicaciones, Dev interrumpe.

—Tienes razón —dice simplemente—. No es nuevo. La verdad es que no.

Lo único que puedo hacer es lanzarle una mirada suplicante por encima del hombro mientras mi hermano se lo queda mirando boquiabierto. Seguro que Oakley esperaba recibir negaciones y miradas de culpa, pero Dev lo está afrontando sin vueltas, aunque yo querría echarme atrás.

—¿Hace cuánto? —refunfuña por fin mi hermano entre dientes—. ¿Hace cuánto está pasando esto?

Abro la boca, esta vez lista para contestar, pero Dev me aprieta la mano como diciendo que él se ocupa.

—A ver, a Willow le gusto desde siempre, más o menos —responde, manteniendo la voz baja y neutral—. Y yo estoy obsesionado con ella desde el fin de semana de tu cumpleaños del año pasado, cuando sin querer me confesó lo que sentía. Pero *sí* es nuevo en el sentido de que hace poco hicimos algo con lo que sentíamos en las últimas semanas.

—Semanas —repite Oakley, que por fin pone el foco en mí y endurece la mirada—. ¿Desde que empezaste a trabajar para él?

Se me hace un nudo en la garganta y me arden las lágrimas en los ojos.

—No —digo, y la palabra tiembla cuando niego con la cabeza—. No, hace tanto no. —Es la verdad, pero si Dev va a ser valiente y a contar la historia completa, entonces los dos merecen que yo haga lo mismo—. Todo fue estrictamente profesional… *amistoso*… durante un tiempo. Pero ya no quería seguir ignorando lo que nos pasaba.

—*Ninguno de los dos* quería ignorarlo —corrige Dev y me aprieta la mano un poco más fuerte para que fluya un poco de su fuerza dentro de mí—. Nos dimos cuenta de que queríamos estar juntos.

A Oakley se le mueve la nuez cuando traga, y los ojos, todavía entrecerrados, van y vienen entre Dev y yo. No lo culpo por estar pasmado y molesto, y se me parte el alma por que se hayan dado las cosas de esta manera.

—Entonces, si no te hubiera dejado trabajar para él —carraspea, enfocado de nuevo en mí, con esa mirada destruida por la traición—, esto no habría pasado.

Quiero negarlo, pero tiene razón. Si no hubiera sido por la idea de Dev y el visto bueno de Oakley, no nos habríamos acercado. Fue el acuerdo perfecto. Y mi hermano no tenía idea de qué era lo que estaba firmando.

—Por Dios —dice cuando no le contesto, con un tono maníaco en la voz mientras niega con la cabeza—. No me lo puedo creer. No puedo creer que me… que me mintierais *así*. —Mira bruscamente a Dev—. No lo esperaba de ninguno de los dos.

Me late fuerte el corazón, y después se para de golpe. Reinicia con un «bum» fuerte y dramático cuando asimilo la acusación de Oakley. ¿Está enfadado porque… mentimos?

—Todo este tiempo, me lo habéis ocultado —sigue—. Ha habido tantos momentos en los que me lo podríais haber contado, pero en vez de eso, habéis mentido. ¿Entendéis lo retorcida que es la mierda que habéis hecho?

Le lanzo una mirada a Dev, que tiene los ojos fijos en Oakley como si todavía estuviera tratando de meterse en la cabeza lo que está diciendo.

—¿Per…? ¿Perdón? —tartamudea Dev, y vacila por primera vez desde que mi hermano salió del baño.

Oakley pone los ojos en blanco y se frota el rostro con una mano.

—No me *importa* que estéis juntos —insiste—. Eres adulto, y ella también. Yo no os controlo la vida, cojones. Pero lo que importa es que me habéis mentido.

Ay, Dios. Lo hicimos todo mal. Nos preocupaba tanto si Oakley estaría de acuerdo con lo nuestro o no que nos olvidamos de pensar en cómo se iba a sentir cuando se enterara de que se lo habíamos ocultado en un principio.

—No estábamos seguros de cómo ibas a reaccionar —dice Dev, con la voz de nuevo baja y amable—. Literalmente me dijiste que nunca intentara nada con ella. Cuando pasó todo lo de Jeremy…

—Jeremy era una porquería de ser humano, y tendríamos que haberlo alejado de nuestra vida mucho antes —escupe Oakley—. No lo uses para justificar tus cagadas. Él se lo merecía por lo que le hizo a ella.

—De acuerdo —concede Dev, levantando la mano que tiene libre —. Pero sabes que no hubieras estado de acuerdo con que pasara nada entre Willow y yo. No finjas que no.

Oakley mueve la mandíbula de un lado a otro, apretando los dientes como si estuviera conteniendo el enfado hasta ser capaz de expresarlo con más claridad.

—Está bien —admite—. No me *gusta* la idea de que vosotros dos estéis juntos. Para nada. No me gusta la idea de que otro amigo mío salga con mi hermana. —Detrás de mí, siento cómo Dev se prepara para defender lo que hicimos, y se le infla el pecho mientras toma aire. Pero antes de que llegue a hablar, Oakley sigue adelante—: No importa cómo me sienta yo. Eso es problema *mío*. No vuestro. Así que dejad de dar vueltas como si yo fuera un idiota que no puede soportar la más mínima incomodidad y dejad de mentirme de una puta vez.

En serio que lo hicimos todo mal, y no sé cómo no nos dimos cuenta antes.

—Perdón —susurro, extendiendo la mano que tengo libre para tocarle el brazo. Por suerte, no me la quita de inmediato—. No quise…

—Si me lo hubierais dicho y listo —embiste en medio de mi disculpa—, seguro que me habría sorprendido, sí. Y no estaría para nada contento. Pero lo hubiera superado mucho más rápido de lo que me va a costar superar esto.

Oakley inspira hondo y nos examina a los dos. El enfado que lo tiene tan tenso cede un poco, pero lo reemplaza una expresión de dolor que me hace sentir todavía más náuseas.

—Mira —dice ya más calmado, dirigiéndose a Dev—, siempre voy a querer proteger a Willow. Pero además quiero que ella sea feliz. Y supuestamente tú eres mi mejor amigo. También quiero que tú seas feliz.

—¿Aunque seamos felices por estar juntos? —tantea Dev.

Solo espero que por fin estemos empezando a hacer un poco de progreso.

—¿Quieres algo serio con ella? —exige Oakley como respuesta.

No hay vacilación cuando Dev responde:

—Sí.

Los ojos de mi hermano se dirigen súbitamente hacia mí.

—¿Y tú *de verdad* quieres estar con él?

—Sí —digo, con la garganta todavía más cerrada, si es posible—, en serio.

Oakley inspira hondo y asiente con la cabeza bruscamente. Con un paso rápido atrás, levanta las dos palmas de las manos.

—Entonces está bien. *Está bien*. Tengo que aceptarlo y listo. Es algo que tengo que superar yo.

Casi me desplomo de alivio. Se me aflojan las rodillas y tengo que apoyarme contra Dev para mantenerme de pie. Dev se da cuenta y tensa la mandíbula.

—Pero si le haces daño —le advierte a Dev—, te rompo las dos manos y no vuelves a correr nunca más.

Dev asiente con la cabeza, serio, claramente sin poner en duda la amenaza.

—Entendido. No tengo planeado que pase eso, igualmente.

—Y tú —me ladra con los ojos entrecerrados—. Si lo estropeas…

—No va a pasar —interrumpo sin dejar que termine la amenaza—. Te prometo que no.

Oakley se nos queda mirando a los dos durante unos cuantos segundos, lo que hace que se me revuelva el estómago de la ansiedad. Pero entonces, de la nada, le da un manotazo en la cabeza a Dev y me da un golpe en el hombro a mí, aunque no con tanta fuerza para hacerme daño.

—Ay, iros los dos a cagar —gruñe.

Y entonces nos encierra a los dos en un abrazo.

—Qué gente de mierda que sois —masculla contra mi pelo, mientras me tiene a mí apretada contra el pecho y a Dev en una llave de cabeza—. Espero que seáis muy felices juntos, pedazo de inútiles.

Eso me saca una risa de sorpresa, y las lágrimas que vengo conteniendo al fin salen a mares.

—Lo somos.

—Bien. Más vale que alguien esté feliz, porque os juro por mis pelotas que yo no. —Con un último apretón, nos aleja de un empujón.

—Todavía no se me ha pasado el enfado —dice y señala primero a Dev y después a mí—. Pero ya que hoy vinimos aquí a celebrar el amor, me lo voy a tragar. ¿De acuerdo?

—Clarísimo —digo con un hilo de voz—. Gracias, Oak.

Dicho eso, pone los ojos en blanco y se va ofendido.

Pasan unos cuantos segundos hasta que me armo de valor para darme la vuelta y mirar a Dev mientras parpadeo varias veces para sacarme la sorpresa de encima.

—¿Eso…? —se me apaga la voz—. ¿Eso ha pasado de verdad?

Dev se humedece los labios, esforzándose por encontrar la voz.

—Creo que sí.

—Ya lo sabe. Ya lo sabe y no nos ha matado.

—Ajá.

—Ya no es un secreto lo nuestro.

—No —coincide con un rastro de incredulidad—. Se acabó lo de esconderse de él.

—Se acabó lo de esconderse —repito, dándome unos golpecitos bajo los ojos para secarme las lágrimas que ya se están calmando. Ya tengo el maquillaje totalmente echado a perder a estas alturas, pero no consigo que me importe—. No me lo puedo creer.

Dev se ríe con un resoplido.

—Sí. Yo tampoco. Pero hay que aceptarlo.

Me envuelve los hombros con el brazo y me acerca. Voy con ganas y le rodeo la cintura suavemente con los brazos mientras me apoyo contra su pecho firme. Se siente como si hubiéramos sobrevivido a una batalla.

—No quiero volver a salir allí —murmuro contra la seda púrpura de su *kurta*—. Después de eso, no. Necesito tomarme un rato para… respirar.

—No hace falta que volvamos a la fiesta —dice—. Pero hay otro lugar donde te quiero llevar.

Da un paso atrás y vuelve a entrelazarme los dedos mientras lo sigo por la sala. Doblamos en una esquina y después otra hasta llegar a una puerta de vidrio corrediza que lleva a un patio al costado de la casa. Dev me suelta la mano para destrabarla y abrirla, y después me hace pasar afuera.

Desde aquí, se oye la música que suena dentro de la carpa, pero no se nos ve desde el jardín trasero gracias a una pared de alambrado cubierta de rosas trepadoras. Las flores perfuman el aire, con los pétalos ondeando ante la brisa suave del atardecer. Juro que es el lugar más romántico que he visto en la vida. Hasta doy una vuelta para absorberlo todo, y el sari gira alrededor de mis piernas.

—Me encanta esto —exhalo mientras inclino la cabeza hacia atrás para mirar bien las estrellas que brillan y la delgada luna creciente.

Cuando vuelvo a bajar la vista, Dev me está ofreciendo una mano.

—Ven aquí —dice—. Baila conmigo.

La risa que me sale a borbotones es ligera. Me termina de sacar la tensión que todavía me quedaba del enfrentamiento con Oakley. Sigo sin sentirme del todo bien, pero el dolor se va aliviando.

—Sabes que no sé bailar —le recuerdo, aunque me quito los tacones y los dejo al lado con un empujoncito para prepararme—. ¿Te acuerdas de la fiesta del aniversario de mis padres?

—Nunca me voy a olvidar de cómo aulló Jeremy cuando le pisaste los dedos con tus tacones de aguja. —Suelta una risita y me hace un gesto con el brazo extendido para que me acerque a él—. Súbete en mis pies. Yo me muevo por los dos.

—Dev, no quiero dañar los… —Mi protesta se extingue cuando me pasa un brazo alrededor de la cintura y me levanta por un instante. Un momento después, me pone los pies encima de los suyos.

—Sujétate de mí.

Hago lo que me dice. Y se balancea conmigo entre los brazos, moviendo los pies con pasos pequeños.

—No hay forma de que esto sea cómodo para ti —digo con una risita mientras me miro los pies descalzos encima de sus zapatos

carísimos de diseñador.

—Yo siempre estoy cómodo cuando te tengo entre los brazos.

—Pero qué galán.

—Sabes que sí.

No tengo nada más que responderle, así que apoyo la cabeza en su pecho y le cedo el control. Casi de inmediato, la música cambia a algo lento y romántico. Como si el universo lo supiera.

El corazón le late lento y constante debajo de mi mejilla, un recordatorio del deportista entrenado que es.

Cuando se le acelera el ritmo, levanto la cabeza y lo miro.

—¿Qué pasa?

—Vas a pensar que estoy loco —dice—, pero me pones nervioso, Willow Williams.

—¿Yo? —No puedo contener una risa burlona—. ¿Por qué?

—Porque estoy tan enamorado de ti que me duele.

Me quedo sin aliento y me da un vuelco el corazón ante la sinceridad absoluta que le llena el rostro. Casi me vuelven a caer las lágrimas, porque entiendo totalmente lo que dice. Conozco ese dolor profundo en el alma. Y siento lo mismo por él.

—Yo también —respondo con un susurro.

Me sostiene la parte de atrás de la cabeza con una mano para llevarme la mejilla de vuelta contra el pecho, contra el latido constante de su corazón.

Nos quedamos así durante varias canciones más hasta que el ritmo vuelve a cambiar y el rugido de la multitud que está en la carpa interrumpe la magia.

—Estaba pensando… —digo mientras me bajo de sus pies y me planto en el suelo suave de piedra del patio, y ahora mi corazón es

el que se acelera—. ¿Habría…? ¿Habría que ponerle una etiqueta a esto? Digo, *técnicamente* ya has dicho que soy tu novia, pero aun así…

Y ahí está, esa sonrisa famosa, la que inspiró a tantos poetas de internet.

—Willow —dice, escandalizado en broma, con los ojos bien abiertos—. ¿Me estás pidiendo que sea *tu novio*?

Me niego a devolverle la sonrisa, así que aprieto fuerte los labios. Pero no hay forma de ocultarle lo que siento. A él, no.

—Puede ser.

—Entonces acepto de todo corazón.

Baja los labios hasta los míos. Y, por fin, Dev me corre el pintalabios.



CAPÍTULO 32
Dev

Se me retuerce el estómago cuando la cara de Willow no es lo primero que veo a la mañana siguiente.

Estoy solo en una cama en la casa que está al lado de donde ella se está quedando. Es como si estuviéramos en San Diego y no en casas gemelas alquiladas en Malibú. El dormitorio está tan silencioso que oigo el sonido suave de las olas rompiendo a lo lejos, pero en más o menos una hora, el resto de los invitados van a estar despiertos y dándole a la cháchara. Aunque, teniendo en cuenta lo tarde que siguió retumbando la música de la recepción, hay altas probabilidades de que la mayoría no se despierte hasta el mediodía.

Para nada contento de despertarme tan temprano, me quedo acostado bocarriba, mirando el techo mientras dejo que mis pensamientos me vuelvan a llevar a anoche. Willow y yo ya no tenemos que ocultarles la relación a nuestros amigos y familia, y solo pensar eso me llena de más alegría de la que sentí incluso cuando firmé el contrato de Mascort ayer. Pero no quiero que las cosas sean *tan* públicas todavía. Al menos hasta que ella haya trabajado con Reid durante un tiempo. Eso evitaría que se manche su reputación, porque no quiero que nada eclipse la carrera profesional que se está construyendo.

En algún momento se va a saber, claro. Y cuando eso pase, voy a gritar desde todas las terrazas lo mucho que adoro a esta chica.

De todas formas, tengo un nudo en el estómago por cómo se dio la conversación inesperada con Oakley. Estuvimos mal en ocultárselo, ahora me doy cuenta. Pero lo hecho, hecho está, y lo único que puedo hacer es esperar que encuentre la forma de perdonarnos.

Me encantaría que ese día llegue más temprano que tarde. Pero si quiero que eso pase, voy a tener que hacer un esfuerzo por arreglar las cosas. Dado que va a volver a Chicago cuando termine la semana, tengo tiempo limitado, pero no voy a dejar que se vaya sin al menos tratar de reencaminar nuestra amistad. Y como el tiempo es oro… me saco de encima las sábanas y me levanto de un salto de la cama, decidido a ponerme manos a la obra.

Me pongo unos *shorts* de baño y me coloco bajo el brazo el traje de neopreno; después, salgo al pasillo. Estoy listo para ir derechito a la habitación de Oakley y exigirle que baje conmigo a la playa, pero me detengo en seco cuando llego a su puerta abierta. El dormitorio está vacío. La cama está hecha. No hay ni rastro de él.

Me golpea una oleada de decepción seguida automáticamente de un brote de pánico. ¿Ya se ha ido? Sé que anoche volvió, porque lo vi escabullirse a su habitación justo cuando terminé de subir las escaleras. Tal vez se despertó aún más temprano que yo, guardó todas sus cosas y se fue al diablo. Y, la verdad, no podría reprochárselo.

Suspiro, le doy la espalda a la puerta y me dirijo a las escaleras. Ya que estoy, puedo dejar que las olas me saquen la ansiedad a sacudidas, aunque me hubiera gustado estar acompañado. Si Oakley se ha ido, si quiere espacio, lo respeto. Me voy a abstener de llenarle

el teléfono de llamadas o de acosarlo… por ahora. Le voy a dar un día, pero después no se va a poder escapar de mí.

El camino a la playa está desierto, y casi me arrepiento de no despertar a Chava o a Mark para obligarlos a venir a surfear conmigo cuando veo lo perfectas que están las olas. Pero cuando diviso la silueta que está sentada a la orilla del agua, me doy cuenta de que hice bien.

Dejo caer la tabla cuando alcanzo a Oakley y planto el culo en la arena a medio metro de él: lo suficientemente cerca para hablar, pero tan lejos como para esquivarlo si se abalanza contra mí. Que no lo haya hecho anoche no quiere decir que no lo vaya a hacer ahora que no está Willow para protegerme.

Ninguno de los dos habla. De todas formas no sé qué decir. Decir «Perdón» parece inútil y no va a arreglar nada. No borra el dolor. Y no me arrepiento de nada de lo que hice para llegar adonde estoy con Willow, así que ¿qué sentido tiene decir una palabra vacía?

Oakley no me mira y yo no lo miro. Contemplamos las olas, con nuestras respectivas tablas al lado, pero ninguno de los dos atina a acercarse al agua. Tal vez acabemos aquí sentados todo el día, pero aunque pasara eso, ya es una buena señal que no se haya levantado y alejado.

—Sigo enfadado —dice por fin.

No es más que una afirmación, pero hace que el cuchillo de la culpa se me retuerza en las tripas.

—Ya lo sé.

Hay un silencio largo antes de que vuelva a hablar.

—Cuanto más lo pienso —sigue—, más me saca de quicio. Tuviste muchas oportunidades de contarme lo que sentías por ella. Ella

también. Y así y todo… no lo hicisteis. Y después me entero de que tanto Mark como Chava lo supieron antes que yo. —Niega con la cabeza, como si todavía no pudiera creerlo—. *Odio* que las cosas me ataquen por la espalda. Si me hubieras dicho desde el principio que querías algo con ella…

—¿Qué hubieras hecho? —lo interrumpo, aunque me cuido de que no suene a acusación. Oakley tiene que saber que me habría advertido que me alejara de Willow, tal como hizo la noche de su cumpleaños—. ¿Qué hubieras hecho si me acercaba a ti y te decía: «Ey, amigo. Me gusta tu hermana. ¿Puedo salir con ella?»?

La mueca que hace Oakley me dice todo lo que tengo que saber. La forma en que baja la cabeza y se agarra la nuca como si estuviera tratando de sacarse un dolor de cabeza.

—¿Por qué te iba a contar que quería algo con ella después de que me dijeras directamente que nunca intentara nada? —insisto—. Me dejaste totalmente claro que no querías que me acercara para nada a ella.

—No tuve problema con que trabajara para ti, ¿no? —replica.

—Porque pensaste que era estrictamente profesional —contraataco—. Y así fue. Al principio.

Se le caen aún más los hombros. Sabe que tengo razón y seguramente se esté dando cuenta de que cualquier argumento que se le pueda ocurrir va a quedar corto frente a lo que le estoy diciendo.

—No sabía que nada de esto iba a pasar, Oak —le digo, con la voz tan suave que casi se pierde entre el bramido de las olas rompientes —. Willow tampoco. Tratamos de que siguiera siendo platónico, pero lo que sentimos… era imposible de ignorar.

Respira hondo por la nariz mientras le trabaja la mandíbula.

—¿La amas?

—Sí —respondo, y no hay ni un vestigio de duda en la palabra—. La amo.

Más silencio sigue a mi confesión. A mi lado, Oakley está luchando contra sí mismo, claramente debatiéndose entre el deseo de estar furioso y el deseo de aceptar algo que no puede cambiar.

Pero nada de lo que diga hará que corte con Willow. Si su última advertencia no alcanzó para alejarme de ella, tiene que saber que ninguna amenaza funcionará ahora.

—Joder —suspira por fin, soltándose el cuello y dejando caer las manos a la arena—. Esto es un desastre, Dev. Ya lo sabes.

Está más claro que la hostia. Pero he aprendido que la vida es mejor con un poco de caos. Sobre todo si ese caos me trajo el rayo de sol más cálido del mundo.

Dejo que el silencio se prolongue y le doy tiempo y espacio a Oakley para que saque todo de dentro.

—Supongo que no te puedo reprochar mucho —empieza, con una nota de vergüenza—. Antes estaba enamoradísimo de Alisha.

Antes. Sí, seguro. Está claro que ese amor sigue vivito y coleando, incluso después de verla casarse con otro hombre ayer, pero no voy a corregirlo. Una parte de mí siente dolor por él: sé lo horrible que es querer a alguien que no puedes conseguir… o que no te quiere a ti. Pero va a sobrevivir al desamor y un día encontrará a la persona para él.

—Sí, hermano —digo, con una risa seca—. Ya lo sabía.

—*Todos* lo sabíamos —dice una voz detrás de nosotros.

Me doy la vuelta para ver a Mark acercándose con su tabla de surf bajo el brazo.

Parece que todos tuvimos la misma idea esta mañana. Salvo Chava, que seguro que sigue recuperándose de la resaca.

—Estuvo bien que nunca le tiraras la caña a ella —sigue Mark mientras se sienta al otro lado de Oakley—. Alisha no te habría dado ni la hora.

Oakley frunce el ceño y le patea arena a Mark.

—Vete a la mierda —gruñe. Pero entonces tuerce a un lado los labios, como aceptándolo—. Pero… sí. Habría sido una pérdida de tiempo.

—Una pérdida de tiempo muy graciosa —añado, dándole un codazo en las costillas—. Te habría comido vivo.

Eso le arranca una risa rasposa. La corta al instante, como si no quisiera que le causara gracia algo que dije yo. Pero algo es algo.

—Me imagino que he interrumpido una conversación sobre que a cada uno le gusta la hermana del otro —dice Mark después de un instante de silencio tenso—. Solo quiero dejar asentado que yo nunca quise nada ni con Alisha ni con Willow. Ni con ninguna de las *cinco* hermanas de Chava. —Pongo los ojos en blanco, y aunque Oakley está mirando las olas romper contra la orilla, juraría que él también. Al menos todavía estamos de acuerdo en una cosa: lo molesta que es la moralina de Mark—. En fin, Oakley, ya sé que estás enfadado. Willow y Dev no manejaron esto de la mejor manera, pero ¿qué iban a hacer? Wills estaba preocupada por su reputación *y además* le aterrorizaba separarnos a nosotros. ¿Sabes que ella todavía cree que tiene la culpa de haber destruido el grupo por lo que pasó con Jeremy?

Ese recordatorio me saca de quicio y, por cómo se aprietan los puños de Oakley contra la arena, a él tampoco lo hace muy feliz.

—Ella y yo hablamos largo y tendido del tema. —Mark suelta un suspiro y le echa un vistazo al agua antes de volver a mirarnos—. Se notaba lo mal que lo estaba pasando por sentir lo que sentía.

¿Habló con Mark de cómo se sentía? ¿Y eso cuándo pasó? ¿Y qué le puede haber dicho él para que ella *se acercara* a mí en vez de alejarse? Fue crítico con la situación desde el principio, aunque su forma de hablar ahora demuestra que eso cambió.

—No tomó a la ligera la decisión de estar con Dev —dice Mark, con tono firme, sin dar lugar a que Oakley discuta—. Y yo los vi juntos. Los dos se vuelven la mejor versión de ellos mismos. Tendrías que ser un egoísta de mierda para no querer que estén juntos.

Bueno, esa sí que fue una indirecta bastante directa.

El ceño fruncido de Oakley dice que él también la ha escuchado.

—Bueno, está bien —refunfuña—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro, ¿como de lo mal que bailaste anoche? —le ofrece Mark.

—¿*Discúlpame*? Al menos puedo seguir el ritmo.

—*Tú* eres el que casi noquea a codazos a un grupo de tías.

—Ah, ¿sí? —resopla Oakley—. Te voy a enseñar lo que puedo hacerte con los codos. Ven aquí, hijo de…

—Bueno, sí, basta —interrumpo, tratando de sujetar a Oakley para distraerlos de una pelea, pero ya están forcejeando.

Niego con la cabeza, retiro la mano y espero a que terminen. Al menos Oakley no está peleando *conmigo*. No me sorprendería que Mark lo hubiera provocado a propósito. Más tarde voy a tener que agradecerle por jugársela por el equipo.

Cuando por fin se separan, Oakley tiene un caracol clavado en la frente y Mark tiene un rasguño furioso en el hombro, donde Oakley le pegó con un pedazo de madera del mar, pero fuera de eso, están sanos y salvos. Y la hostilidad general también bajó un par de niveles.

—Como en los viejos tiempos —dice Mark, recostándose sobre los codos y examinándonos a Oakley y a mí—. Nosotros peleándonos en la playa y Chava todavía desmayado, perdiéndoselo todo.

—Pero va a tener listo el desayuno cuando volvamos —nos recuerda Oakley, sacándose el caracol de la frente—. Que le fuera mal en la escuela de cocina nos vino bastante bien.

Mark se inclina por detrás de Oakley para lanzarme una sonrisita.

—Y como son las vacaciones de verano, te voy a dejar comer tostadas francesas.

—Ay, gracias a Dios —digo, después de soltar un grito de alivio.

La tensión que había entre nosotros se rompe y el compañerismo de siempre vuelve a aparecer. No quiere decir que Oakley me haya perdonado ni que haya dejado pasar mis errores, pero es muestra de que *sí* podemos trabajar para seguir adelante.

—Vamos, levantad el culo —dice Mark, poniéndose de pie—. Esas olas están demasiado buenas para quedarnos sentados mirándolas.

Sigo su propuesta, me levanto de un salto y pruebo suerte ofreciéndole la mano a Oakley. Contengo la respiración mientras él la examina, porque ambos sabemos que esto es más que ofrecerle ayuda para levantarse. Es una ofrenda de paz. Una rama de olivo. Una pregunta: «¿vamos a estar bien?».

Cuando pasa otro segundo y él no se mueve, casi empiezo a sudar. Pero entonces choca su palma contra la mía.

—Todavía te odio —dice cuando lo ayudo a ponerse de pie—. Pero te entiendo. Puede que no me guste, pero lo entiendo. Y no cambia nada entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Salvo porque ahora me odias —señalo, pero estoy sonriendo.

—Eso no es ninguna novedad, hermano. —Me da una palmada en el hombro y me zarandea—. Ya se me pasará. Como siempre.

Estoy seguro de que sí. Solo tenemos que ver cuánto tiempo tarda.



Cuando vuelvo donde están las casas, estoy todo magullado y maltrecho. Mientras subo por el caminito de entrada, veo a mi madre en el patio dando sorbitos a su taza matutina de café. Levanta una mano para llamarme y no me atrevo a ignorarla.

Como un niño agotado, me dejo caer frente a sus piernas y me apoyo contra sus espinillas. Mi pelo mojado y lleno de arena se derrama sobre su regazo, pero ella no se queja. En cambio, como la madre increíble que es, se pone a pasarme los dedos entre los mechones.

—Parece que hayas perdido una batalla —me dice con calidez—. ¿Ha ganado el océano?

Suelto una risotada, cierro los ojos y dejo que me masajee el cuero cabelludo. Es como volver a la infancia.

—Lo dejé ganar.

—Qué chico tan astuto. —Se pone a canturrear, y yo oigo el tintineo de su taza de café apoyándose en la mesa antes de que

vuelva a hablar—. ¿Ya está todo bien entre Oakley y tú?

Me quedo congelado bajo su mano. La pregunta es demasiado inocente, como si estuviera fingiendo que no sabe exactamente lo que pasó. Pero sí lo sabe. *Siempre* lo sabe.

Después de un instante, inclino la cabeza hacia atrás para mirarla, pero su expresión no delata nada.

—¿Esa es tu manera de preguntarme si aceptó que Willow y yo estemos juntos?

Las comisuras de los labios se le tuercen un poco hacia arriba, pero es la chispa que se le enciende en los ojos la que la delata.

—Puede ser.

Refunfuño mientras me incorporo y me alejo para darme la vuelta y fulminarla con la mirada. Solo un poco.

—¿Así que ya lo sabes?

—Ay, *beta.* —La sonrisa se le termina de dibujar en la cara—. Tenía mis sospechas, pero lo acabé de confirmar cuando te vi escabullirte a su casa la semana pasada. Tuviste suerte de no caerte de la alambrada, pequeñajo.

Se me cae la mandíbula.

—¿Me viste?

Ella suelta una carcajada y hace círculos con la muñeca.

—Yo lo veo todo. —Sí, no es broma—. Me alegra mucho —dice con dulzura, tocándome la mejilla—. Siempre me gustó ella. Y a ella siempre le gustaste. Qué bien que por fin te has dado cuenta.

Suelto una risita, todavía avergonzado por lo evidente que fui.

—¿Cómo vas a llevar esa relación? —sigue—. ¿Willow va a volver a Nueva York? Sé que se le acabó el contrato contigo.

Mi corazón se enciende un poco al oír su pregunta. Porque Willow no se va a ir. Voy a poder seguir teniéndola cerca y ella va a poder seguir sus sueños.

Respiro hondo y digo:

—Te cuento…



CAPÍTULO 33
Willow

Después de seis horas de desempleo, ya tengo trabajo otra vez.

Ya están oficialmente firmados todos los contratos con Reid y Scuderia D'Ambrosi, y estoy segura de que Chantal y Grace ya están cansadas de escucharme chillar de emoción por la nueva oportunidad y por mi relación con Dev. Pero están contentas por mí. Sobre todo Chantal, porque ganó la apuesta que habían hecho con Grace sobre cuánto íbamos a tardar Dev y yo en juntarnos. Estoy tan emocionada por cómo se están dando todas las cosas que ni siquiera me puedo enfadar con ellas por eso.

—¿Crees que vas a pasar aunque sea unos días por Nueva York? —pregunta el rostro de Grace desde la parte de arriba de la pantalla de mi teléfono—. ¿O guardamos todas tus cosas y las mandamos a Europa?

Me río.

—Voy a volver en diciembre para ver qué hago. Ya acepté terminar el resto de la temporada con Reid, pero quién sabe qué va a pasar después.

Qué ganas de enterarme, igualmente. La idea de seguir trabajando en F1, aunque sea solo durante unos meses más, me tiene embobada. Es exactamente donde quiero estar. Y no me viene nada mal que además sea el mundo de Dev.

—Entonces no vamos a subalquilar tu habitación —bromea Chantal desde la parte de abajo de mi pantalla—, ni a tirar todas tus cosas a la basura.

—Guau, gracias, pero qué bue…

Me interrumpe alguien llamando a mi puerta. Pero no es una llamada cualquiera. Es la llamada de Oakley. *Nuestra* llamada.

—Mierda, tengo que colgar —les susurro a las chicas mientras se me dispara un pánico por todo el cuerpo—. Es Oakley.

Grace y Chantal se apresuran a despedirse (y a desearme suerte) antes de que acabemos la llamada. Tiro el teléfono en la almohada y me levanto rápidamente de la cama, pero hago una pausa enfrente de la puerta para respirar hondo mientras me retuerzo las manos. No es que me dé *miedo* enfrentarme a mi hermano, pero no quiero que me vuelvan a inundar la culpa y el remordimiento, sobre todo en un día en que lo único que quiero es festejar.

Pero le debo una conversación. Ocultarle las cosas estuvo mal, y la forma en que se enteró solo ha conseguido que la situación fuera más dolorosa. Se merece una buena disculpa, pero la verdad que enfrentarme a las consecuencias de mis propios actos… no es mi definición de pasarlo bien.

Después de inspirar hondo de nuevo, abro la puerta de un tirón y le dedico a mi hermano lo que espero que sea una sonrisa radiante. Lamentablemente, la noto más bien como una mueca de dolor.

—Hola, perdón, estaba en el baño —le digo.

Oakley pone los ojos en blanco.

—Literalmente te acabo de escuchar hablando con tus amigas. No hace falta que me mientas. Otra vez.

Mierda, ¿así empezamos?

—Bueno, está bien —admito, con el rostro acalorado—. Me daba miedo abrir la puerta.

—Qué ridícula eres. —Me pasa por al lado y se desploma en la cama con los dedos entrelazados sobre el estómago y la vista fija en el techo.

Me quedo clavada en el lugar, esperando a que ataque de nuevo. Está fingiendo que está todo bien, aunque está un poco más apagado de lo que esperaba. Tiene un raspón en la frente que sé que anoche no tenía, así que tal vez eso sea parte del motivo por el que está tan tranquilo. Ay, Dios, ¿se ha peleado con Dev? ¿Vino aquí para decirme que mató a mi novio y tiró el cuerpo al mar?

—He hablado con Dev —dice.

No sé si esa afirmación tendría que animarme o preocuparme. Analizo su cuerpo y reviso disimuladamente si tiene manchas de sangre, pero parece que se bañó hace poco. Ya no hay ninguna posibilidad de encontrar evidencia.

Trago saliva con fuerza.

—¿Cómo ha ido?

Se pasa las manos por el pelo rapado y después se las coloca detrás de la nuca. Bueno, tal vez no hubo ningún asesinato; no lo creo capaz de estar así de tranquilo si acaba de matar a alguien.

—Sigo sin estar contento con que vosotros dos… estéis juntos. —Tiene que obligarse a decir las últimas dos palabras—. Pero no hay nada que pueda hacer. Ni que *vaya* a hacer.

Se alivia un poco la tensión que tengo en los hombros.

—¿No me vas a obligar a cortar con él? —Trato de que la voz me salga alegre, pero en realidad, mi tono es un poco demasiado serio para que se entienda así.

—Eres adulta, Wills. Puedes hacer lo que quieras. —Por fin gira la cabeza para mirarme y una solemnidad se trasluce en sus ojos marrón oscuro—. Pero estoy así porque no quiero que te hagan daño. No me importa cuánto crezcas: siempre voy a querer protegerte. Te fallé con todo lo de Jeremy y no quiero que vuelva a pasar eso nunca más. No es que piense que Dev sea como él, para nada, pero me pareció que lo más seguro era directamente manteneros separados a vosotros dos. —Suelta una risa breve y sin nada de humor—. Parece que en eso también fallé.

Se me parte el alma al oír esas palabras. Está tratando de cuidarme de una forma u otra desde el día uno. Pero no puede estar recogiéndome cada vez que me caigo, y claramente eso le molesta. Hizo lo que pudo, igualmente. Es más de lo que le podría haber pedido.

—No puedes protegerme de todo, Oak —le digo suavemente. Me acerco hasta el borde de la cama y me siento al lado de sus rodillas. No llegamos a tocarnos, pero casi—. A veces tengo que hacerme daño. Así es la vida. Sobre todo la mía. Pero no creo que Dev me vaya a hacer daño, y yo tampoco quiero hacerle daño.

Yo me venía echando la culpa por haber deshecho el grupo de amigos de Oakley, y todo este tiempo parece que él se estaba torturando por no haberme protegido de ellos. Pero ya he empezado a aceptar que lo que pasó no fue culpa mía, y necesito que él se dé cuenta de que tampoco es culpa suya.

—Ya lo sé —dice unos segundos después. De mala gana, pero es mejor que nada—. No por eso voy a dejar de protegerte.

Le doy un golpecito en la rodilla con el codo.

—Te invito a que frenes un poco con el tema.

Levanta la cabeza lo justo y necesario para lanzarme una mirada con los ojos entrecerrados, pero le tiembla el labio de arriba como si estuviera intentando no sonreír.

—Mientras no te hagas demasiado papilla.

Suelto una risa por la nariz.

—Voy a hacer lo que pueda. —Al otro lado de la habitación, suena la notificación de un correo electrónico en mi ordenador. Por la vista previa que aparece en la pantalla, parece que es de D'Ambrosi. Seguramente sea el paquete de bienvenida del que me había hablado Reid—. Ey, ¿te ha contado Dev lo de mi trabajo nuevo?

—¿Trabajo nuevo? —Esta vez se incorpora—. ¿No acaba de terminar tu contrato con él?

—Sí. Pero me ayudó a conseguir otro. Voy a empezar a trabajar con Reid Coleman y D'Ambrosi cuando terminen las vacaciones. Firmé los contratos esta mañana.

Pestañea un par de veces, casi mudo, me parece, pero después sonríe.

—Joder, Wills. Te felicito.

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa—. Esto no habría pasado si tú no me hubieras insistido para que trabajara con Dev.

—Tampoco estarías saliendo con él —murmura Oakley, pero no se le apaga la emoción del rostro—. Puede que en este momento te deteste, pero estoy orgulloso de ti. Lo que hiciste por Dev no fue poca cosa, y parece que te hiciste notar, y no solo por él. Hay que tener talento para conseguir eso.

Hago una reverencia en broma.

—Hice lo que pude.

Mi hermano pone los ojos en blanco por el teatro que hago, se levanta de la cama de un salto y se va dando zancadas hasta la puerta para así darle fin a nuestra charla seria.

—Vamos, mueve el culo —me dice por encima del hombro—. Chava ha preparado el desayuno. Y si quieres tostadas francesas, más te vale bajar antes de que Dev se las coma todas.



Chava se merece un premio por haberme rescatado una tostada francesa, porque Oakley tenía razón: Dev es una amenaza para los carbohidratos cuando le sueltan la correa.

—Vamos, sabes que no quieres comerte todo eso —mendiga desde el otro lado de la mesa, con el tenedor preparado encima de mi plato—. Si igualmente tienes que comer más proteína. Mejor termínate esa tostada.

Empujo su tenedor con el mío y el ruido metálico hace eco por todo el comedor.

—Ni se te ocurra —digo, y le lanzo una mirada fulminante a Mark —. Tú creaste este monstruo.

Mark levanta un poco las manos abiertas, pero no parece ni un poco arrepentido.

—Esta es la única semana que tiene para comer lo que quiera. No lo voy a frenar hasta el viernes, así que o te acostumbras o te vas.

Bueno, si es así…

Alejo la silla de la mesa y me llevo el plato, y cuando lo hago veo la desilusión que aparece en el rostro de Dev y la risita silenciosa de

mi hermano.

—Voy a hacerle compañía a Chava en la cocina. Cómete la comida de otro.

—Pero tú eres mi novia —grita Dev a mis espaldas mientras me alejo—. ¡Tienes que compartir!

Menos mal que no me ve la cara, así no se da cuenta de que estoy conteniendo una sonrisa. Me alegra y me alivia lo bien que se están llevando él y mi hermano a pesar de los cambios que trajo lo de anoche. Oakley va a necesitar tiempo para adaptarse, sí, pero está sentado al lado de Dev, riéndose. No sé si creer sus palabras o sus acciones, así que por ahora, voy a tomármelo como una victoria.

En la cocina, me coloco en la barra del desayuno, donde puedo mirar a Chava cocinando mientras me como mi comida en paz. Me lanza una mirada cómplice por encima del hombro, como si no le sorprendiera verme aquí con él, pero antes de que pueda decirme nada, un par de brazos me rodean suavemente los hombros.

—Te compro todos los macarrones que quieras si me dejas comer eso —murmura Dev pegado a mi oído.

Aunque me esté intentando distraer, no dejo de notar que su tenedor se está acercando a mi plato de nuevo. Mmm. Es una oferta tentadora. Y por más deliciosas que sean las tostadas francesas de Chava, la verdad es que preferiría estar comiendo lo otro en este momento.

Le acerco mi plato de un empujoncito.

—Está bien. Pero los vamos a comprar apenas termines de comer.

—Trato hecho —dice, ya pinchando un trozo—. Te voy a llevar a otra cita también.

—Ah, ¿sí? —pregunto, y el corazón me da un salto en el pecho—. ¿Qué pensabas hacer esta vez? ¿Has alquilado otra casa para mí?

—Y, da la casualidad de que… he alquilado tres.

Me río y lo empujo mientras se mete otro trozo de tostada francesa en la boca.

—Eso no cuenta porque no lo hiciste específicamente para mí.

—Mierda, qué exigente. —Se termina lo que queda en el plato antes de sentarse en el banco que está a mi lado—. Como todavía estamos tratando de mantener la discreción, la verdad es que no es una opción hacer demasiadas cosas en público. ¿Te parece bien?

Por ahora, sí. No me molesta que nuestra relación siga siendo secreta. Todas las personas importantes ya lo saben, y eso es lo que cuenta. Pero en algún momento voy a querer algo más. Voy a querer mostrárselo a todo el mundo y hablarle como loca de él a quien sea que me preste atención. Aunque, mientras siga siendo una novedad, está bien que todo quede dentro de nuestro mundo.

—Me parece bien —respondo y me inclino para quitarle con un beso un poco de jarabe del labio inferior. Es tan dulce como él—. No me molesta que seas mi secreto.

Tiene una sonrisa atrevida cuando deja caer el tenedor y me envuelve la cintura con un brazo para acercarme a él con banco y todo.

—¿Puedo ser tu secreto *sucio*?

—Puedes ser lo que…

—¡Ay, no jodáis! —se queja Chava desde el otro lado de la isla y tira la espátula—. Me encanta veros juntos, no creáis que no, pero tengo demasiada resaca para presenciar vuestras asquerosidades esta mañana. Iros a otro lado.

Dev tiene una chispa pícara en los ojos.

—¿Vamos arriba entonces? —murmura.

—Un rato —respondo y le agarro de la camiseta—. Pero me debes unos macarrones.

Me encuentra los labios con los suyos mientras Chava insulta de fondo, pero estoy demasiado perdida en el beso para que me importe. Este momento es demasiado perfecto para que algo lo arruine.

—Lo que tú quieras, *jaanu* —dice Dev cuando se aleja un poco, y solo hay amor en sus ojos—. Te lo voy a dar todo.



EPÍLOGO

Dev

Un mes después, septiembre - Singapur

Como ciudad, me encanta Singapur. Pero su clima puede irse a la mierda.

—Odio decir que me están hirviendo las bolas —dice Chava, mientras nos abrimos paso desde la suite de hospitalidad al garaje —, pero tengo las bolas *que pelan* y juro que el aire está a la misma temperatura. Creo que me estoy sudando los pantalones. Mierda, ¿me estoy sudando los pantalones? —Se contorsiona, intentando ver por encima del hombro para analizarse la parte trasera de los *shorts* azul marino de Argonaut.

—No te permito quejarte hasta que seas el que tiene que usar el traje ignífugo y pases horas sentado en un coche —gruño, echándole un vistazo de arriba abajo sin bajar la velocidad—. Y no tienes la raya del culo sudada.

Se da la vuelta otra vez, sonriendo de oreja a oreja.

—Gracias por mirarme el culo.

—Por favor, no vuelvas a decir eso nunca más.

En cuanto llegamos al garaje, me da una palmada en la espalda y me desea suerte en la carrera antes de irse caminando tranquilo a

su espacio designado en la parte trasera, con el resto de los miembros del equipo que no son ingenieros. Por costumbre, mis ojos se quedan recorriendo el espacio, aunque Willow no esté aquí. Para este momento, ya debe estar en un lugar parecido del garaje de la Scuderia D'Ambrosi.

Hace ya dos carreras que ella trabaja para ellos, pero todavía me resulta extraño verla vestida de pies a cabeza con el rojo de D'Ambrosi, aunque no puedo negar que el color le queda increíble. Pasó la última semana de las vacaciones de verano en Italia, en la oficina central del equipo, preparándolo todo para lanzarse a trabajar con Reid. Me llamó miles de veces al día mientras estuvimos separados para contarme cada mínima novedad que la entusiasmaba, y yo estuve más que feliz de atenderle todas las llamadas.

Este es el tipo de relación a larga distancia que puedo manejar. Movernos en los mismos círculos, estar lo suficientemente cerca para pasar las noches y los días libres juntos. Si no puedo tenerla justo al lado, estar en puntas opuestas del *paddock* es un punto medio que estoy dispuesto a aceptar. Saber que siempre va a estar a apenas unos metros de distancia me da paz en todo este caos.

Y el caos empieza en cuanto me subo al coche.

Gracias a unas penalizaciones totalmente ridículas que les pusieron en la clasificación a varios pilotos y a que un par de coches van a arrancar desde la calle de boxes porque necesitan modificaciones, salgo desde el sexto puesto de la parrilla. Sigue siendo una locura estar sentado en un cajón de la tercera fila, pero el año que viene no va a ser algo fuera de lo común. A menos que Mascort la cague por completo con el desarrollo del coche este

invierno, va a ser raro que me toque empezar más atrás que donde estoy ahora. Es un puto sueño, y se me va a cumplir muy pronto.

Flexiono los dedos para agarrar el volante mientras espero a que los pilotos que tengo detrás aparquen en sus lugares. Más adelante, Zaid está en primera posición con Axel al lado, la disposición de siempre. Otto está justo delante de mí, en cuarto puesto, con Lorenzo a su izquierda. A mi lado, Thomas está sentado en su McMorris, y atrás está Reid. Recibió una penalización por bloquear a otro piloto en una vuelta rápida, aunque la verdad es que no tenía ningún otro lugar de la pista adonde moverse para salirse del camino a tiempo.

Pero está detrás de mí, y lo único que importa es mantenerme delante de él.

Mientras las luces se van encendiendo una a una, inhalo lentamente. Espero. Estoy listo. Y entonces se apagan las luces.

Cruzo la línea rápido, cerca de Otto, pero Thomas me está apretando. Rechino los dientes y resisto durante la primera serie de curvas. Cuando la segunda recta se abre delante de nosotros, me asomo por delante de Thomas, todavía defendiéndome de Reid, que está atrás y atento a si se abre algún lugar.

Cuando aparece, no vacilo. Me apretujo a apenas unos centímetros de las ruedas delanteras de Thomas y lo fuerzo a frenar para evitar un choque en la próxima curva. Es una movida bastante de mierda la mía, sí, pero es legal.

Pero nuestra lucha no es nada. El verdadero drama se está dando delante, en lo que parece ser una batalla a tres cabezas entre Zaid, Axel y Lorenzo. Estoy lo suficientemente atrás para observarla, con la certeza de que tengo que reaccionar rápido si me quiero

mantener al margen. Y ese es mi plan, porque Lorenzo es un terrorista al volante, y parece que…

Mierda.

Pestañeo. No hace falta más que eso. Una milésima de segundo. Un toquecito a una rueda trasera. Una vuelta de 360 grados. Un volantazo. Una reacción apenas lenta.

Fuego.

Una llamarada.

Veo cómo sucede todo antes de chocar contra el muro.

Me zumban los oídos. Me duele el cuello casi como si me lo hubiera roto. Mis manos siguen sobre el volante, temblando, mientras me sube la adrenalina en un intento de ayudarme a bloquear el dolor.

Vuelvo a pestañear, esta vez más lentamente, y mi cerebro consciente intenta seguirle el ritmo a sus acciones inconscientes. Pero es el humo agrio lo que me hace girar la cabeza para mirar por mi único espejo que no está roto.

Ni siquiera necesito verlo. Siento el calor del fuego. Pero me obligo a mirar. A contar.

Uno. Dos. Tres.

Tres coches. Un revoltijo de destrozos. El riesgo que corremos en todo su esplendor.

—*Dev.*

Tengo una voz en el oído, diciendo mi nombre. Tardo un segundo en darme cuenta de que la persona no está a mi lado.

—Dev, ¿estás bien? —dice Branny, con el tono urgente, como si hubiera preguntado esto ya más de una vez. Pero esta es la primera vez que lo escucho de verdad.

Hay pánico en su voz. Nunca hay pánico en la voz de Branny. Él es firme y frío y estable. Es mi capitán en estos mares tempestuosos.

—Dev, háblame —me ruega—. Necesito saber si estás bien.

Trago y siento el sabor del humo en el aire mientras intento recordar cómo funciona formular palabras.

—Estoy bien —escupo—. No me ha pasado nada.

Y es cierto. Solo estoy aturdido y desorientado por la fuerza del impacto. Tengo los pensamientos revueltos mientras intento hacerlos salir por mi boca.

—Pero Zaid. Y… Y Axel. *Lorenzo*. ¿Estáis…? ¿Qué ha pasado?

El mundo me da vueltas. Un comisario de pista se está inclinando hacia mí, gritando, preguntándome si estoy herido. No puedo distinguir lo que dice mi ingeniero de carreras. Le digo al comisario que estoy bien, que vaya a ayudar a los otros.

En mi espejo, el fuego brilla aún más fuerte.

—Branny, dime qué está pasando —le vuelvo a exigir, con el ardor del ácido subiéndome por la boca mientras lucho por desabrocharme el cinturón con las manos temblorosas—. ¿Estáis todos…? ¿Estáis bien? —se me quiebra la voz—. Branny, tienes que decirme la verdad. Por favor.

Hay más silencio mientras el humo se va espesando. Un pánico gélido se instala en mí.

—No se ve bien la cosa, Dev —dice por fin—. No se ve bien.

Willow

Voy a vomitar.

Quiero vomitar. Quiero expulsar la bilis que me está burbujeando en las tripas mientras veo cómo se va todo al infierno. Solo hay llamas y barreras dobladas y pedazos de fibra de carbono. Quiero que desaparezca todo. Quiero que lo limpien de mi ser. No quiero recordar esto nunca en la vida.

El humo llegó hasta la calle de boxes apenas unos segundos después del choque. Las luces parpadeantes de los vehículos de emergencia están atenuadas por los nubarrones oscuros, pero las sirenas son ensordecedoras. Pasa corriendo una persona tras otra para meterse en el caos a ayudar a los pilotos que les tocó lo peor. Quisiera poder hacer algo, lo que sea, pero, como la mayoría de los que estamos en el garaje de D'Ambrosi, estoy congelada en el lugar, consciente de que ha pasado lo peor que podía pasar.

Y Dev está ahí metido en algún lado.

Siempre pensé que reaccionaría mejor ante una emergencia. No pensé que un estupor me iba a helar los huesos y casi me haría caer de rodillas. Pensé que iba a salir disparada y gritar y correr con uñas y dientes a cualquiera que tratara de frenarme.

Pero no. Estoy… paralizada.

No puedo quedarme así mirando cómo sucede todo, pero estoy atrapada, clavada en el suelo, y tengo la mente zumbando con el ruido blanco más fuerte y doloroso del mundo. Me niego a creer que ha pasado esto. El chico que amo no puede estar todo abollado

contra esas barreras. No lo puedo perder así. No lo puedo perder *de ninguna de las maneras*. No puedo, no puedo, no puedo…

Me vibra el teléfono por debajo de los nudillos blancos de la mano. Esa sensación lejana me corta la espiral de pánico y capta mi atención. Se encienden unas palabras en la pantalla. Parpadeo unos segundos para retirar las telarañas que me cubren la vista.

Chava. Un mensaje. Todo en mayúscula.

ESTÁ BIEN. DEV ESTÁ BIEN



Dev está bien. Pero Zaid, Axel y Lorenzo no.

Ya han pasado horas desde el choque, y lo único que sé es que los tres están en terapia intensiva. Que están vivos.

El garaje de D'Ambrosi estaba serio y callado cuando me escabullí. Salí no bien me enteré de que iban a darle el alta del hospital a Dev después de haberlo evaluado por pura precaución. Todo el equipo estaba mudo mientras esperábamos que llegara alguna novedad sobre Lorenzo. Pero lo único que oímos fueron unos rumores horribles. De todos los pilotos, él fue el que peor estaba cuando el helicóptero se lo llevó del circuito.

Y parece que sigue así.

—Tengo novedades —dice Dev desde donde está estirado en la cama del hotel. Se está sosteniendo una bolsa de hielo contra la nuca con una mano y tiene el teléfono en la otra. Salió del choque amoratado y con un latigazo cervical, pero eso fue lo más grave que le pasó—. Zaid tiene las muñecas fracturadas. Axel se quemó de una

forma bastante fea. Y Lorenzo está… Dicen que puede que haya quedado paralítico de la cintura para abajo.

No sé qué decir. Más allá de llorar contra su pecho cuando nos volvimos a ver y de decirle lo mucho que lo amaba y lo feliz que estaba de que él estuviera bien (lo feliz que estaba de que hubiera girado justo a tiempo), casi que no le dije ni una palabra a Dev. Porque podría haberle pasado a él. *Tranquilamente* podría haberle pasado a él.

Pero ahora, en la intimidad de su habitación, vuelvo a quedar paralizada y muda. Me siento en el sillón de la esquina, con las piernas apretadas contra el pecho, aferrándomelas con los brazos y tratando de mantener la compostura.

Ya he visto choques. Feos. Que generaron la misma cantidad de lesiones, algunas incluso peores. Estuve en la última carrera de F3 en la que participó Oakley antes de retirarse. Estuve ese día, cuando un chico casi se muere. Fue lo que hizo que Oakley decidiera dejar el deporte. En ese momento, yo pensaba que entendía su decisión, pero también tenía una pizca de resentimiento porque había elegido renunciar a un futuro tan prometedor. Al que yo no podía ni aspirar.

Ahora quisiera no haber sentido nunca ese resentimiento. No tiene nada de malo no querer arriesgar tu vida solo por entretener a los demás. Aunque nunca le había contado cómo me sentí, igualmente le pedí disculpas cuando me llamó hoy para ver cómo estábamos Dev y yo, por más que él no entendiera nada de lo que le estaba diciendo.

Pero, a diferencia de mi hermano, Dev se envalentona aún más cuando aumenta el miedo. No se echa atrás. No da marcha atrás. Él sigue adelante.

Lo que ha pasado hoy no lo va a frenar.

Es como si me leyera la mente cuando dice:

—Todos sabemos cuáles son los riesgos cuando nos metemos en el coche.

Me obligo a levantar la mirada del punto de la alfombra que vengo mirando abstraída hace quién sabe cuánto tiempo. Tiene una determinación seria en el rostro, como si estuviera preparado para convencerme de su decisión de correr (y de seguir corriendo) si hace falta. ¿Está pensando en Oakley y en cuando decidió abandonar? ¿Piensa que yo lo presionaría para que haga lo mismo?

¿Está mal que yo no quiera que él renuncie a sus sueños, por muy peligrosos que sean para él y para mi corazón?

Hay un silencio mientras nos observamos, con un aire desafiante entre los dos. Pero no existe tal desafío. No hay nada que cuestionar. Estamos los dos del mismo lado.

—No te voy a decir que dejes las carreras, si estabas esperando eso —digo, las palabras salen roncas por las lágrimas que todavía estoy conteniendo—. Y no es porque no me importes. Por Dios, Dev, tengo miedo por ti cada vez que te subes al coche. Pero esto es lo que tú elegiste hacer. Lo que amas. —Me trago el nudo que tengo en la garganta, pero igualmente me tiembla la voz cuando vuelvo a hablar—. Lo único que puedo hacer es pedirte que siempre vuelvas conmigo.

Se le ablandan las facciones de inmediato: se le relaja la mandíbula dura y se le suaviza la mirada.

—Siempre voy a hacer todo lo que pueda para conseguirlo. Te lo prometo. —Se incorpora lentamente y deja el paquete de hielo y el

teléfono en la mesita de noche. Después me extiende las manos—. Ven aquí, Willow.

Vacilo antes de desenterrarme del sillón, y mis rodillas, caderas y hombros protestan con cada movimiento que doy. El dolor me atraviesa mientras me subo a la cama para acurrucarme entre los brazos expectantes de Dev. Me obligo a enfocarme solo en su pecho firme y sus brazos fuertes y la frescura de sus manos. Me acaricia la nariz con la suya, me mueve los labios hacia arriba y la cabeza hacia atrás, y dejo que me bese mientras me caen las lágrimas por las mejillas.

Está lejos de ser el momento perfecto, pero dice todo lo que necesitamos que diga. Él entiende y respeta mis miedos. No hay garantía de que salga de todas las carreras con vida y sin lesiones. Y yo acepto que él vaya a seguir haciendo esto hasta el día en que ya no pueda o quiera hacerlo más.

Cuando me aprieta contra él, se me aflojan los hombros: mi cuerpo está bajando del subidón de adrenalina que lo tuvo en funcionamiento las últimas horas. Estoy a salvo aquí, en brazos de Dev, y él está a salvo en los míos.

Eso es todo lo que puedo pedir, por más que no pueda ser así siempre.

Dev

—¿Cómo que no van a cancelar la carrera?

Sigo cada movimiento de Willow, porque las palabras me fallan. Está furiosa porque la carrera de Suzuka del fin de semana que viene sigue en pie. La FIA lo anunció hace unos minutos, y yo pensé que contárselo en la cama mientras tomábamos café por la mañana sería solo una parte más de nuestra conversación. No esperaba empezar mi lunes viéndola caminar de aquí para allá en la habitación con su pijama estampado de fresas y los rizos volándole para todos lados mientras niega con la cabeza, totalmente incrédula, pero aquí estamos.

—¡Tres pilotos siguen en el hospital! —despotrica—. ¡Están vivos, sí, pero puede que no vuelvan a correr nunca más! ¿Cómo no van a cancelarla?

Lo único que se me ocurre decir es un débil «que siga el baile».

El comentario la hace darse la vuelta de golpe y contraer los dedos a los lados del cuerpo, como si fuera a gritar de nuevo.

Antes de que lo consiga, levanto las manos.

—Ya sé que es una mierda. Pero por eso los equipos tienen pilotos de reserva. Los otros deportes también tienen sustitutos. Los llaman si un jugador se lesiona. Es la norma.

—Es una *puta* ridiculez.

Está fuera de quicio; es muy brillante su fuego. Y esta pasión es por mí. Anoche, me dijo que nunca me iba a pedir que no siguiera mis sueños en la Fórmula 1, pero lo que le preocupa es que seamos intercambiables, y hoy eso se está manifestando en forma de ira.

Seguro que me daría una patada en el culo si lo dijera en voz alta, pero está muy sexy resoplando mientras corre hacia el balcón y abre las puertas de golpe. Para y respira hondo, aunque eso no ayuda demasiado a aplacar la llama que todavía arde dentro de ella.

—¿Y si todos vosotros os negáis a correr? —propone, dándose la vuelta otra vez para mirarme—. Si toda la asociación de pilotos se junta contra esto, tal vez la cancelen.

Intento no reírme.

—Eso no va a pasar nunca. Ni siquiera se habló del tema en nuestro grupo de WhatsApp cuando hicieron el anuncio. La verdad… creo que la mayoría de nosotros quiere hacerlo.

—*La mayoría de vosotros* sois una panda de adictos a la adrenalina que tenéis que dejar de miraros el… —Se interrumpe y toma aire temblando una vez más—. Perdón. Es que…

—¿Es que eres la cosa más sexy que he visto en la vida? —le completo la frase, lanzándole una sonrisa torcida que logra arrancarle una carcajada, incluso a pesar de todo el enfado que siente—. Sigue gritando, amor. Se me está poniendo dura.

—Eres ridículo. —Me está regañando, pero más que nada está molesta consigo misma por haberme regalado ese sonido hermoso.

Estoy a punto de salir de la cama para convencerla de volver y calmarse (y, bueno, está bien, tal vez hacer algo más) cuando me vibra el móvil desde la mesita de noche. Me congelo cuando veo el nombre que aparece en la pantalla.

—Es Howard.

Mis ojos saltan a Willow otra vez y veo cómo los de ella se agrandan, mientras sus manos me hacen señas salvajes para que coja el teléfono.

—Escucha —me sisea, como si le preocupara que Howard la oyera —. Puede ser importante.

Tiene razón. Pero ¿y si son malas noticias? Es lo último que necesito después del desastre de ayer. De todas formas, como ella me insiste, cazo el aparato y atiendo en altavoz.

—¿Hola?

—Me han contactado de Mascort —dice Howard, saltándose las formalidades.

Mi estómago se enrosca hasta formar un nudo. Mierda. Su tono es imposible de leer, y me hace temer lo peor.

—Zaid no va a volver durante el resto de la temporada —sigue.

Aunque me imaginaba que iba a pasar eso con mi futuro compañero de equipo, no me gusta nada escucharlo.

—Joder. —Trago aire, listo para preguntarle si sabe algo de Axel, o de Lorenzo, pero él sigue antes de que llegue hablar.

—Mascort quiere que tomes su butaca durante el resto de la temporada.

Mi corazón da un salto y yo le clavo la mirada a Willow. ¿Lo he oído bien?

Por cómo gesticula con la boca diciendo «Dios mío», me doy cuenta de que no estoy alucinando.

—Me estás tomando el pelo —le espeto.

Como siempre, hace caso omiso a mi sorpresa.

—Vas a terminar la temporada con Kivinen —explica— y vas a tomar la butaca de Kivinen cuando Zaid vuelva el año que viene.

Eso me da algo de tranquilidad. Están dando por sentado que Zaid va a recuperarse lo suficiente para seguir corriendo y, a juzgar por el

suspiro suave de Willow, ella piensa lo mismo. Pero no amaina mi sorpresa de ninguna otra forma.

—¿Y Argonaut *me va a dejar*?

—A Argonaut le van a pagar un buen dinero para que te dejen irte antes. De hecho, hubo una especie de guerra por ti. D'Ambrosi quería que reemplazaras a Lorenzo: decían que tenían derecho sobre ti por el arreglo que tienen con Argonaut por los motores. Pero el que paga gana, y Mascort está ofreciendo más dinero.

Me sentiría un poco más halagado si no me molestara que Howard haya hecho todo eso a mis espaldas.

—¿Y no se te ocurrió preguntarme si quería involucrarme en alguna de estas charlas hasta ahora?

—Estaban pasando mientras te escaneaban el cerebro para ver que siguiera intacto. —Bueno, mierda—. Ahora te estamos poniendo al día —sigue Howard—. Obviamente la decisión es tuya, pero ahora tienes la posibilidad de irte a Mascort antes de lo planteado.

Suelto un suspiro mientras asimilo la forma en que Willow ha fruncido los labios hasta formar una fina línea. Claramente, ella también está perpleja por las jugadas desquiciadas que estuvieron haciendo estos tipos.

—No habéis perdido el tiempo, ¿no?

—No existe empatía donde hay tantos millones de dólares en juego. Ya lo sabes.

No está equivocado, por desagradable que me resulte la idea.

—¿Eso quiere decir que la noticia de que me voy a Mascort la próxima temporada también se va a publicar dentro de poco? No lo pueden ocultar mucho más si me quieren tener en su coche el viernes.

—Diría que va a salir en la próxima hora, si no ha salido todavía. Y supongo que esto quiere decir que estás dispuesto a aceptar el acuerdo, ¿no?

Miro a Willow y analizo su expresión precavida. Claro que tengo que ver el contrato arreglado yo mismo y voy a necesitar que me lo expliquen Howard y mis abogados, pero… quiero esto. Lo quiero de verdad.

Y cuando empiezo a ver los hoyuelos de Willow asomarse, sé que ella también lo quiere para mí.

—Sí —le digo a Howard, asombrado de que mi voz suene tan fuerte, porque *joder*, casi estoy temblando—. Mándame los nuevos contratos.

—Ya están en tu bandeja de entrada para que los revises. —Se calla para dejarme procesarlo todo—. Prepárate, Dev. Te está a punto de cambiar la vida.

Willow

Como es de esperar, me siento bastante cómoda en los hospitales. También en los centros de urgencias y los consultorios médicos. Todo gracias a la cantidad de tiempo que pasé en esos lugares cuando era pequeña para que me hicieran estudios y me volvieran a colocar las articulaciones. Dev, por otro lado, no podría estar más incómodo. Y no lo culpo. Para él, ir a un hospital significa que pasó lo peor.

—Odio este lugar —refunfuña, pegado a mi lado mientras avanzamos por el pasillo de las habitaciones de los pacientes—. ¿Por qué tiene que tener ese olor el desinfectante? Es un *asco*.

—Irá todo bien —lo tranquilizo. Tengo que morderme los labios para no reírme de cómo lloriquea. Está nervioso en serio—. Zaid te quiere ver. Y no se le dice que no a Zaid Yousef.

No podemos quedarnos mucho tiempo, si tenemos en cuenta que nuestro vuelo a Japón sale dentro de dos horas, pero cuando el ganador de siete campeonatos (y su futuro compañero de equipo) le pidió que lo fuera a ver, Dev le hizo caso.

Se endereza un poco para recobrar la compostura.

—De eso no hay duda.

He venido para darle apoyo moral, pero saber que Zaid está lo suficientemente bien para recibir visitas me aflojó un poco la presión que tenía en el pecho. Todavía no sé bien en qué condición están Axel ni Lorenzo. Solo me queda esperar que también se estén recuperando.

Dev tiene razón, igualmente. Así es el mundo de la Fórmula 1. Y tengo que aceptarlo. Es un deporte con muchos riesgos y muchas recompensas, y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo. Solo puedo acompañar a los pilotos a los que vengo a apoyar y hacer lo que pueda para soportar la situación.

Y eso voy a hacer. Porque haría cualquier cosa por Dev. Cualquier cosa por quedarme en su mundo. Nuestro mundo.

Cuando llegamos a la habitación de Zaid, Dev frena delante de la puerta y me aprieta la mano, interrogándome con la mirada.

—¿Entras conmigo?

Estoy bastante segura de que esta conversación es para ellos dos solos, pero si él quiere que yo entre y a Zaid no le molesta, me voy a quedar a su lado.

—Claro que sí.

Tarda varios segundos en mentalizarse. Después de un par de respiraciones hondas y de unos movimientos circulares de hombros, me asiente con la cabeza. Luego llama a la puerta y le da un empujoncito cuando una voz nos invita a pasar desde dentro. Todavía me está apretando fuerte la mano cuando entra primero, y yo voy en fila detrás de él, asomada por encima de su hombro para ver la habitación.

Las máquinas, los cables y los tubos son lo primero que veo, y los sigo con la mirada hasta la cama donde descansa Zaid. Antes de hoy, nunca hubiera pensado que él tuviera casi cuarenta años (seguramente una buena genética y una gran rutina facial colaboren para que así sea), pero aquí, con la bata del hospital y unas ojeras oscuras bajo los ojos, se le notan todos los años. Pero cuando ve a Dev y empieza a sonreír, desaparece una década al instante. Sin

duda alguna, Dev es el tipo más atractivo de la parrilla, pero Zaid… Digamos que le está pisando los talones.

—Anderson —saluda, con la voz sorprendentemente fuerte—. Gracias por venir a verme.

Dev asiente con la cabeza y me trae a su lado suavemente.

—Más vale, amigo. ¿Te parece bien que haya venido mi novia?

—Por supuesto. —Zaid pasa la atención a mí, y de repente recibo la mirada más intensa (pero sorprendentemente amable) del mundo —. Me alegro de conocerte al fin, Willow.

¿Sabe mi nombre? Se me debe notar el asombro en el rostro, porque se ríe por lo bajo.

—Te vi por ahí en el *paddock* —explica—. Te daría la mano, pero… —Lanza una mirada irónica a los brazos que descansan enyesados en una almohada en su regazo—. Estoy un poquito lesionado en este momento.

—Lo dejamos para otro momento —contesto, y me relajo cuando suelta una risa—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera chocado un coche a doscientos kilómetros por hora y después hubiera explotado.

Se me escapa una risa por la nariz ante esa respuesta seca, e inmediatamente me tapo la boca con una mano, avergonzada, pero la sonrisa con la que me responde Zaid hace que me sienta un poco menos mal.

—Me voy a recuperar —asegura, y me evalúa con los ojos oscuros antes de pasarlos a Dev—. Y Axel también. Vamos a volver.

No hay mención de Lorenzo. Y no dejo de notar el rastro de fatiga que le aparece en los ojos ante la mención de su propia vuelta.

—Pero hasta la temporada que viene no —añade Dev para llegar a lo que suponemos que es el punto de esta reunión: que Dev reemplace a Zaid en Mascort, para lo que ya firmó los contratos justo antes venir para aquí.

Zaid asiente con la cabeza y el pelo negro le cae a la frente.

—Ante todo, quiero darte la bienvenida al equipo. Obviamente, no se suponía que entraras a Mascort como mi reemplazo, pero me alegro de que seas tú el que vaya a calentar mi butaca mientras yo no esté.

Dev baja la cabeza, y contengo una sonrisa cuando las mejillas se le ponen rosadas.

Qué tierno.

—Te mereces este puesto. —Zaid hace una pausa para esperar a que Dev vuelva a levantar la vista. Ahora tiene una expresión seria —. Te he visto conducir a lo largo de los años. Con un buen coche, creo que te puede ir bien. Muy bien.

Mantengo la vista fija en Dev mientras recibe los halagos de su ídolo. Estas palabras significan más que cualquier otra cosa que le haya dicho jamás nadie del ámbito, y parece que Zaid las dice en serio.

—Gracias —dice Dev después de un instante—. Voy a hacer todo lo que pueda para estar a la altura.

La sonrisa de Zaid pasa a un terreno más burlón cuando se relaja contra las almohadas en las que está apoyado.

—Más te vale. Si Mascort pierde el Campeonato de Constructores por tu culpa, voy a mandarles que rompan tu contrato. ¿Me has entendido?

Aunque estoy bastante segura de que Zaid está bromeando, seguro que tiene el poder y la influencia para tomar esa decisión. Y lo creo capaz. Claramente, es buena persona, pero no se ganan campeonatos con bondad.

Dev se aclara la garganta y asiente con la cabeza, y juro que se endereza un poco.

—Sí, te he entendido perfectamente.

—Bien. —Zaid lo evalúa de un vistazo—. Está bien, adelante. Conduce mi coche este fin de semana. Te doy mi bendición. Y no lo destroces, ¿vale? Ya se ha golpeado bastante.

—Voy a hacer todo lo que pueda.

Dicho eso, le deseamos a Zaid que se recupere pronto y volvemos a salir al pasillo. Estamos callados cuando avanzamos por el pasillo, mientras cada uno procesa esa interacción tan única. Yo estoy deslumbrada, sin duda. Y sí, admito que puede que esté empezando a gustarme un poco, cosa que *jamás* le voy a contar a Dev.

En un momento, mi novio me rodea los hombros con el brazo y me acerca para después plantarme un beso en la sien.

—Voy a conducir para Mascort este fin de semana —murmura totalmente incrédulo, como si se acabara de dar cuenta.

Una ola de mariposas embobadas me revolotea por todo el estómago. Estoy tan orgullosa de él que podría gritar.

—Sí.

—Voy a ocupar el lugar de Zaid hasta que se mejore.

—Así es.

—Tengo que estar a la altura de Zaid Yousef, joder.

Claramente, no es poca cosa, pero la forma en que lo dice me llena de una presión aplastante a mí también. No lo culpo por

ponerse ansioso.

—Seguro que te va a ir…

—Mierda, estoy muy emocionado.

Tomo aire y le analizo el rostro, sorprendida por esa confesión efusiva.

—¿En serio? ¿No estás nervioso?

Se encoge de hombros.

—O sea, si nos basamos en que la tengo un poco tiesa…

—Perdón —escupo y freno en seco en medio del pasillo—. ¿Me estás diciendo que *Zaid Yousef* te la pone dura?

Me mira desde arriba con picardía.

—Ay, qué asco, Dev.

Dobla en una esquina y me acorrala contra una pared a escondidas del pasillo principal. Y sí, siento muy bien lo *emocionado* que está.

—Pero saber que te voy a tener ahí conmigo para acompañarme en todo esto es lo que se lleva todos los premios —murmura, bajando la cabeza para que los labios se vayan acercando despacio a los míos—. No podría hacer esto sin ti, Willow. Nada de esto. Ahora que ya descubrí cómo es quererte y que tú también me quieras, ya no podría seguir sin ti. Es lo que me da fuerza. *Tú* eres mi fuerza.

Se me forma un nudo en la garganta y me empiezan a picar unas lágrimas de felicidad en los ojos. Ayer fue sin duda uno de los peores días de mi vida. Ese miedo y esa angustia que me surgieron cuando no sabía qué le había pasado a Dev, por más que se hayan ido tan rápido como llegaron, casi me destruyen. Pero el regreso de Dev hizo que me recuperara. Me endureció los huesos y me fortaleció hasta el más mínimo músculo y ligamento del cuerpo. Me

volvió más fuerte de lo que me creía posible, y yo hice lo mismo con él.

Nunca más quiero vivir sin ese poder.

Quiero vivir con él pegado a mi lado. Siempre.

Se lo diría, pero Dev sigue hablando, y le va creciendo despacio esa sonrisa que tiene.

—En serio —dice—. Cuánta suerte tengo. No solo puedo viajar por el mundo y conducir coches rápidos, sino que además me acompaña la mujer que amo.

—Mucha suerte —coincido y le apoyo la mano en el corazón acelerado. El mío me late igual de rápido—. Creo que hasta podría ser obra del destino.

—Está en las estrellas, ¿no?

Levanto el mentón como en una invitación abierta.

—¿Te parece que las estrellas dirían que hay un futuro en el que me besas en los próximos cinco segundos?

—Creo que podrían conseguir que eso pasara.

Y quién lo hubiera dicho: las estrellas me dan exactamente lo que quiero. Como siempre.



BONUS
Willow

Un año después - Ciudad de Nueva York

—*¿Ahora sí* puedo quitarme la venda de los ojos?

Juro que tengo este trozo de seda encima de los ojos hace por lo menos media hora, y eso exacerba los sonidos de la ciudad de Nueva York. Todo es muy ruidoso, y tengo un miedo terrible de tropezarme mientras Dev me lleva por la acera. Seguramente le vayan a quedar marcas de uñas en el antebrazo de forma permanente por la fuerza con la que me estoy aferrando a él.

—Todavía no —responde, críptico. Es el mismo tono que ha estado usando desde que interrumpió mi visita con Chantal y Grace para meterme en una furgoneta que nos estaba esperando—. Ya casi llegamos.

Más le vale, porque si no voy a mandar esta sorpresita a la mierda y me voy a sacar la venda.

Esto era lo último que hubiera esperado que pasara hoy, sobre todo porque se suponía que Dev no iba a estar en la ciudad. Acordamos pasar separados las dos semanas que hay entre las carreras, no porque necesitáramos un tiempo lejos del otro, sino porque no encajaban nuestros cronogramas. Yo tenía que estar en Nueva York con Reid, que iba a hacer una gira de prensa corta, y

Dev tenía que estar en el Reino Unido en la oficina central de Mascort para probar unas actualizaciones nuevas en el simulador.

Así que el hecho mismo de que apareciera fue una sorpresa. ¿Pero que venga de la nada para secuestrarme y llevarme a una especie de cita? Eso me asombró más todavía.

—Cinco pasos más —anuncia—. Y… quieta.

Siento la brisa de un aire acondicionado cuando se abre una puerta y suenan unas campanitas por encima de mi cabeza. Un solo paso hacia dentro me dice dónde estoy. El aroma lo delata al instante.

—¿Me has traído a Stella Margaux? —pregunto entre risas—. No hacía falta que me vendaras los ojos para esto.

—Puede ser —coincide Dev mientras me desata el nudo de atrás de la cabeza—. Pero sí quería que esta parte fuera sorpresa.

Antes de sacarme la tela de los ojos, me doy cuenta del silencio que hay en el edificio, cosa que no pasa nunca. Nadie lo sabe mejor que yo: he venido cada tarde desde que llegué hace tres días. Y todas las veces, la cola daba la vuelta a la esquina. Se confirman mis sospechas cuando se cae la venda y se revela que Dev y yo y un hombre con ropa blanca de chef somos las únicas personas en la tienda.

Con los ojos bien abiertos y el estómago dándome volteretas, miro a Dev.

—¿Has alquilado todo el lugar?

—Sí. —Sonríe, balanceándose sobre los talones y regodeándose de placer—. Me imaginé que no ibas a querer testigos cuando intentaras hacer macarrones de nuevo.

Suelto un quejido, pero la emoción me sale a borbotones y se apodera de mí. Hacer macarrones en una cita es el plan más *yo* que podría haber organizado.

—Cómo me arrepiento de haberte contado mis fracasos con la repostería.

—Vamos a asegurarnos de que esta vez salgan perfectos —promete el chef.

—No la subestimes —dice Dev, con lo que se gana un codazo en el estómago de mi parte. Lo único que consigo con eso es hacerlo sonreír más.

El otro hombre da un paso adelante con la mano extendida.

—Antoine, un gusto. Stella pidió disculpas por no poder venir, pero dijo que la verá en el *paddock* la semana que viene. ¿Está lista para cocinar?

Asiento con la cabeza y le doy la mano.

—Por favor, enséñeme sus técnicas. Vengo tratando de replicarlas hace *años*.

No puedo creer que esté más emocionada por esto que por ver a Stella la semana que viene. Pero una ventaja de tener un novio que está en F1 es poder conocer a los famosos con los que siempre quise relacionarme.

Antoine nos llama a la cocina con la mano.

—Venid. Os voy a enseñar todos nuestros secretos.



Una hora después, conseguí lo imposible. Hice un macarrón perfecto.

En realidad, hice *varios*. Hay todo un surtido de obras de arte de melocotón y vainilla delante de mí. Creo que estoy más orgullosa de esto que de cualquier otra cosa que haya hecho en la vida.

Es testimonio del talento increíble que tiene Antoine para enseñar que hasta Dev haya hecho toda una bandeja de macarrones hermosos y uniformes. El tipo cocina bastante bien, pero nunca pensé que la repostería fuera lo suyo. Juro que no hay nada que él no sepa hacer. Es otra razón más por la que lo amo con todo mi corazón.

—Toma —dice Dev y me da una caja clásica de Stella Margaux—. Pon tus creaciones aquí con las mías.

Agarro la caja que me da, concentrada en elegir las más perfectas para llevar a casa. Cuando ya seleccioné las diez mías, le quito la tapa color teja a la caja y cojo el primer macarrón para ponerlo con cuidado al lado de los suyos.

Y entonces me quedo congelada. El macarrón se me resbala de los dedos y cae al suelo.

Metido entre dos macarrones de fresa preciosos hay un anillo. Un anillo de diamantes. El anillo de diamantes más grande, brillante y hermoso que he visto en la vida.

Cuando vuelvo a alzar la vista, con el corazón en la garganta y los labios separados de la sorpresa, Dev ya no está de pie frente a mí. Está arrodillado y me contempla desde abajo.

—Willow Williams —empieza. Trata de decirlo serio, pero está conteniendo la que debe ser la sonrisa más grande del mundo—. Mi

rayito de sol. Mi pequeña amenaza que adora los macarrones. Amor absoluto de mi vida. ¿Te quieres casar conmigo?

Mierda, está pasando. Está pasando *de verdad*. Estamos juntos hace más de un año, y no me imagino vivir la vida con nadie más, pero *aun así*. Estoy pasmada.

—Ay, por Dios —farfullo, pasando rápidamente los ojos de su rostro expectante al diamante enorme—. Ay, por Dios, Dev, *sí*. ¡Sí, sí, sí!

La caja retumba contra la mesa de trabajo de acero inoxidable, y la risa de Dev funciona como la banda sonora del momento en que me tiro encima de él.

—¿Por eso Chantal me dijo que tenía las uñas feas y me obligó a hacerme las manos hoy? —sollozo, aferrada a él. Estoy tan feliz que podría explotar—. ¿Ella lo sabía?

Me sujeta contra él, con los brazos fuertes y cálidos.

—Sí, les avisé a ella y a Grace. Igualmente necesitaba su aprobación.

—¿Y por eso ha llamado Oakley esta mañana? —exijo. Se va montando el rompecabezas. Dios, ¿cómo no lo vi venir?—. ¡Estaba todo meloso y tierno! ¡Pensé que quería dorarme la píldora para que le consiguiera pases para el garaje de D'Ambrosi!

—Es un milagro que no haya dicho nada —dice Dev—. Le conté hace dos semanas lo que estaba planeando y le hice prometer que no iba a arruinar la sorpresa. Nunca vi a un tipo tan estresado por guardar un secreto.

Es increíble lo lejos que llegamos desde el día en el que Oakley se enteró de lo nuestro. Me preocupaba que no lo fuera a superar nunca, pero en vez de eso, ahora es uno de los que más nos

alientan. Dev y Oakley volvieron a ser colegas; la única diferencia es que ahora yo no soy el parásito que nadie quiere. Soy parte del grupo. Nunca pensé que iba a llegar el día en que pasara eso.

Aprieto el rostro contra el pecho de Dev, sin pensar en si las lágrimas me están corriendo el maquillaje y le están manchando la camisa.

—¡No puedo creer que hayas hecho esto!

—Me pareció que ya era hora —murmura contra mi cabeza—. Lo hubiera hecho antes, pero hemos estado demasiado ocupados.

Me alejo de nuevo cuando me doy cuenta de algo.

—Espera, ¿Reid también lo sabía? ¿Por eso me insistió tanto para que me tomara el día hoy? ¿Quién *no* lo sabía?

La sonrisa de Dev es pícara.

—Digamos que había mucha gente metida en esto. —Vuelve a hundir la cabeza y me murmura al oído—: Ya que estamos, Reid tampoco espera que trabajes mañana. Ni hasta que volvamos a estar de gira. Eres toda mía, Willow.

Lo miro desde abajo con el corazón a punto de explotar. Tiene razón. Soy toda suya. Y él es todo mío.

Supongo que así es el destino.



AGRADECIMIENTOS

Es impresionante la cantidad de personas que se necesitan para dar vida a un libro, pero no podría haber hecho esto sin cada una de ellas.

Mi increíble agente, Silé Edwards, que me respondió mi primer e-mail frenético a los treinta minutos de habérselo mandado un sábado por la noche y se quedó despierta para atajar mis llamadas llenas de pánico. Me sujetaste la mano (muy sudada) para atravesar el torbellino que ha sido esta experiencia, y no podría estar más agradecida.

Mi editora de Pan Macmillan, Kinza Azira, por creer en esta historia y ayudarme a darle tanta más fuerza. Me encanta cómo se alinearon las visiones que teníamos del libro; trabajar juntas ha sido un sueño total. Mi editora de Berkley, Mary Baker. Desde que tuvimos nuestra primera conversación sobre Danny Ric, supe que este libro iba a estar en buenas manos.

Beth Lawton, por leer el primer borrador de este libro y ayudarme a convertirlo en algo coherente con la magia de tu edición de línea. Leni Kauffman, por crear la portada más bonita de todas. Les diste vida a mis ideas mejor que lo que yo jamás podría haber imaginado. Soraya y Mahbuba, por allanar el terreno para que este libro les llegara a más personas. Vosotros dos habéis ayudado mucho a cumplir mis sueños editoriales. Vuestra bondad fue todo para mí, y nunca voy a poder agradecéroslo lo suficiente.

Los lectores que me han seguido a través de distintos seudónimos, plataformas y géneros. Gracias por quedaros a mi lado y por crecer conmigo. Llegamos muy muy lejos.

Todos los lectores beta de *Cruzar la línea* que han dedicado un tiempo a ayudar a darle forma a la historia. ¡Vuestros comentarios fueron invaluables!

Jenna, Deidre, Norhan, Ruqi, Bei, Naorès, Moon, Ann, Tiyasa, Vivian, Nat, Teigan, Chloe, Aaliyah y Zarin, por ser mis porristas más fieles y por aclamar este libro. Sois geniales. A la Brigada A, por aguantarme durante el karaoke y simplemente por acompañarme en los momentos más difíciles. Esta vez, no os voy a preguntar si lo disfrutasteis.

Kate, literalmente no habría conseguido hacer esto sin ti. Gracias por cuidar tan bien a la neurona compartida cuando yo no pude, por escuchar con tanta paciencia todas mis ideas locas y por sentarte a mi lado en Palm Springs mientras yo me quejaba de la que pensaba que sería la última corrección de este libro. Yo también espero que sigamos escribiendo libros complementarios por casualidad durante décadas.

Kell, me alegro tanto de que hayamos logrado escaparnos de Ya-sabes-dónde, pero haberte conocido ahí fue lo mejor que me podría haber pasado. Gracias por toda tu motivación para que yo siguiera escribiendo a pesar de todo, y por ser tan genial. Ya es hora de planear nuestro próximo viaje a Vancouver. Marlene, por ser mi tercera madre y por animarme a seguir mis sueños, incluso cuando me sentía estancada. Gracias a ti, atravesé los peores minutos y horas y días de mi vida, y es algo que no voy a olvidar nunca. Sammy, por ser la hermana que la verdad nunca pedí, pero con la

que me tuve que quedar. No hay nadie más con quien quiera compartir la habitación siniestra de un motel al borde de la carretera.

Mi abuela, por traerme chai, por llamar para despertarme temprano y que no me perdiera las carreras de F1 y por cuidar a mis perros para que yo pudiera avanzar en serio con el trabajo.

Mamá D, si estás leyendo esto, quiere decir que por fin te dejé leer uno de mis libros. ¡Enhorabuena! ¡No volvamos a hablar del tema! Pero gracias por respetar mi privacidad a lo largo de toda mi infancia y adolescencia, porque eso me dio el espacio para convertirme en la escritora que soy ahora. Gracias por ser mi chef, mi peluquera y mi psicóloga. Te quiero más de lo que se puede expresar con palabras.

Y mamá J. Yo sé que no te gustaba el romance, pero quiero pensar que hubieras disfrutado este libro (solo porque lo escribí yo). Te echo de menos. Gracias por hacerme llegar hasta aquí.

Índice

Cronograma de carreras de fórmula 1
Prólogo. Dev
Capítulo 1. Willow
Capítulo 2. Dev
Capítulo 3. Willow
Capítulo 4. Dev
Capítulo 5. Willow
Capítulo 6. Dev
Capítulo 7. Willow
Capítulo 8. Dev
Capítulo 9. Willow
Capítulo 10. Dev
Capítulo 11. Willow
Capítulo 12. Dev
Capítulo 13. Willow
Capítulo 14. Dev
Capítulo 15. Willow
Capítulo 16. Dev

Capítulo 17. Willow
Capítulo 18. Dev
Capítulo 19. Willow
Capítulo 20. Dev
Capítulo 21. Willow
Capítulo 22. Dev
Capítulo 23. Willow
Capítulo 24. Willow
Capítulo 25. Dev
Capítulo 26. Willow
Capítulo 27. Dev
Capítulo 28. Dev
Capítulo 29. Willow
Capítulo 30. Dev
Capítulo 31. Willow
Capítulo 32. Dev
Capítulo 33. Willow
Epílogo
Bonus. Willow
Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en
todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo de
nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Título original: *Cross the Line*
Traducción del inglés: Paula Galindez y Sofía Yáñez
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Diseño de cubierta: Leni Kauffman
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: abril de 2025

© 2024, Simone Soltani
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado por primera vez en 2024 por Pan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited. Edición en español publicada bajo acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-24-9

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Simone Soltani
Portada
Dedicatoria
Cronograma de carreras de fórmula 1
Prólogo. Dev
Capítulo 1. Willow
Capítulo 2. Dev
Capítulo 3. Willow
Capítulo 4. Dev
Capítulo 5. Willow
Capítulo 6. Dev
Capítulo 7. Willow
Capítulo 8. Dev
Capítulo 9. Willow
Capítulo 10. Dev
Capítulo 11. Willow
Capítulo 12. Dev
Capítulo 13. Willow
Capítulo 14. Dev
Capítulo 15. Willow
Capítulo 16. Dev
Capítulo 17. Willow
Capítulo 18. Dev
Capítulo 19. Willow

Capítulo 20. Dev
Capítulo 21. Willow
Capítulo 22. Dev
Capítulo 23. Willow
Capítulo 24. Willow
Capítulo 25. Dev
Capítulo 26. Willow
Capítulo 27. Dev
Capítulo 28. Dev
Capítulo 29. Willow
Capítulo 30. Dev
Capítulo 31. Willow
Capítulo 32. Dev
Capítulo 33. Willow
Epílogo
Dev
Willow
Dev
Willow
Bonus. Willow
Agradecimientos
Índice
Créditos